

LA MAYOR CONQUISTA

SEGUNDO EPISODIO

POLICIA TELEGRAFICA

POR

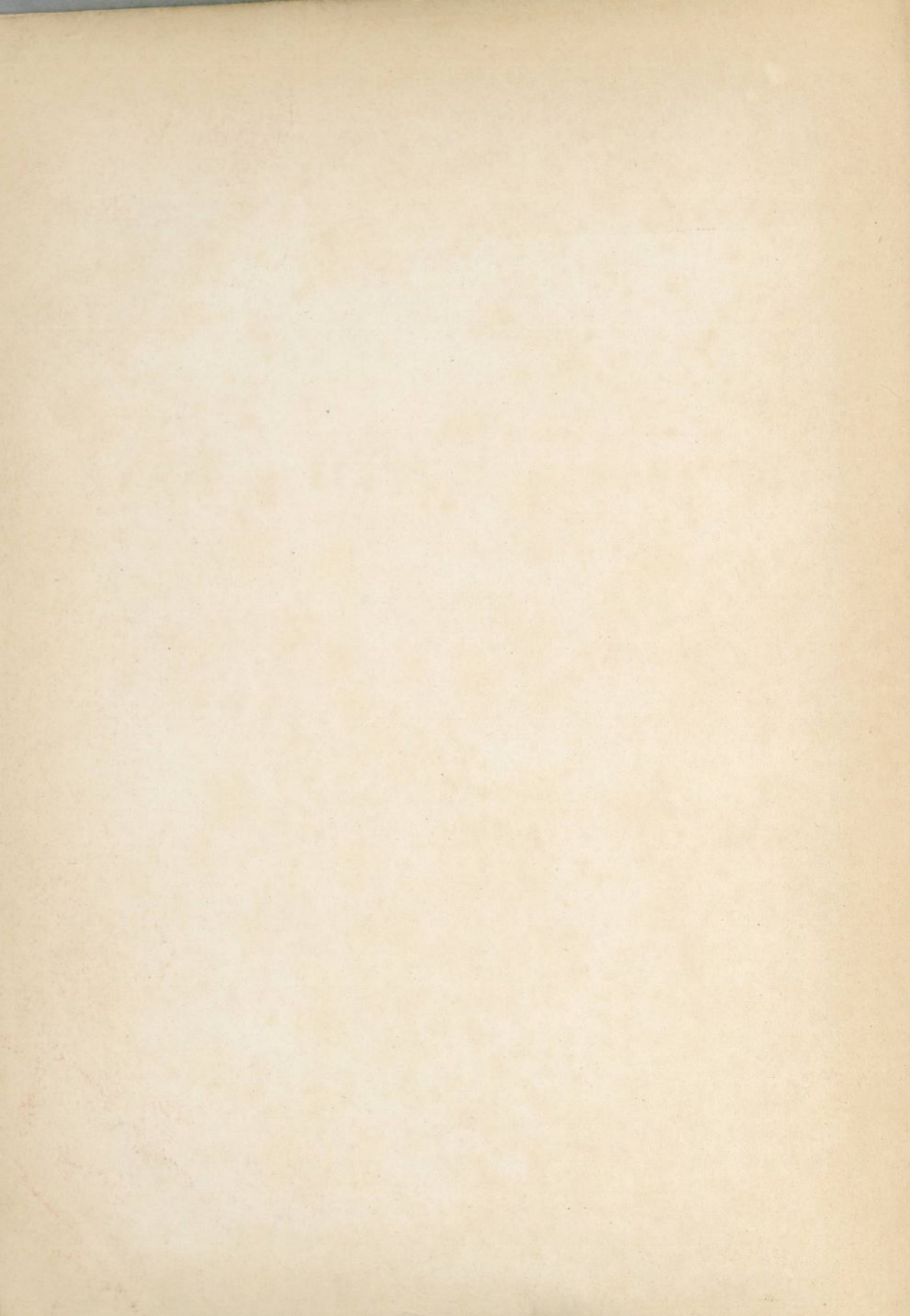
EL CORONEL IGNOTUS

BIBLIOTECA NOVELE/CO-CIENTIFICA



LIBRERIA Y EDITORIAL
RIVADENEYRA

RAMOS



POLICÍA TELEGRÁFICA



Es propiedad. Prohibida la reproducción, incluso la "cinematográfica", sin permiso del autor. ✱

LA MAYOR CONQUISTA

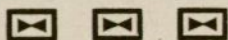
POR

EL CORONEL IGNOTUS

JOSÉ DE ELOLA

SEGUNDO EPISODIO

POLICÍA TELEGRÁFICA



MADRID, LIBRERÍA RIVADENEYRA

1922

INDICE

	<u>Páginas</u>		<u>Páginas</u>
I.—Una ojeada a lo que atrás he-		XVI.—En donde la anublada estre-	
mos dejado.....	7	lla se eclipsa por completo.	66
II.—La sentencia.....	10	XVII.—Friand tiene una idea y cora-	
III.—La voluntad de Al-láh.....	13	zón para llevarla a cabo...	70
IV.—La evasión.....	17	XVIII.—Un soterrado cadáver prehis-	
V.—Donde Emma se enreda en el		tórico.....	74
Código penal.....	20	XIX.—Rompecabezas.....	78
VI.—Bertier descubre quien es Nú-		XX.—El alegre Raúl aprende lo	
ñez, y Emma, lo ancho del		que es melancolía.....	83
calor.....	24	XXI.—Una interesantísima confe-	
VII.—Varias maravillosas vulgari-		rencia telegráfica....	87
dades austro-físicas.	28	XXII.—La expedición de salvamento	91
VIII.—El Sol se mete en la noctur-		XXIII.—A qué costa averiguó Raúl	
na tertulia de Techiasco.....	34	la fecha que no pudo sor-	
IX.—Duvery hijo «detective» tele-		prender.....	94
gráfico.....	37	XXIV.—La liebre y el águila.....	97
X.—Caza de telegramas a la es-		XXV.—La mañana de un día fecun-	
pera y con reclamo.....	42	do en acontecimientos....	100
XI.—Donde piensa Joubert si será		XXVI.—Quien mal anda mal acaba..	103
brujo Raúl.	46	XXVII.—Porqué no contestaba la es-	
XII.—Sol en jirones.....	50	tación de Agadés.....	105
XIII.—Manos a la obra.....	54	XXVIII.—En retirada.....	108
XIV.—Donde empieza a nublarse la		XXIX.—Pepe Lobera improvisa una	
estrella de Raúl.....	58	potente antena.....	112
XV.—Una tempestad de arena en		XXX.—Vuelven a Techiasco el De-	
el Sahara.....	62	seado y el Temido.....	116

BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS»

Pesetas.

DE LOS ANDES AL CIELO.—Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición.....	4
DEL OCÉANO A VENUS.—Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
EL MUNDO VENUSIANO.—Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA.—Primera parte.—EL MUNDO-LUZ.....	4
EL MUNDO-SOMBRA.—Segunda parte de la anterior.....	4
EL AMOR EN EL SIGLO CIIEN.....	4
LA MAYOR CONQUISTA.—Primer episodio: LOS VENGADORES.....	4
POLICÍA TELEGRÁFICA.—Segundo episodio de la anterior.....	4

EN PRENSA:

LOS MODERNOS PROMETEOS.—Tercer episodio de LA MAYOR CONQUISTA.

EN PREPARACIÓN:

UN MUNDO NUEVO.

OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

MODERNAS BRUJERIAS DE LA CIENCIA.....	6
MÁS BRUJERIAS CIENTÍFICAS.—En preparación.	
EUGENIA.—Novela.....	3
LA PRIMA JUANA.—Novela, dos tomos.....	3
BOSQUEJOS.—Cuentos.....	3
CORAZONES BRAVÍOS.—Cuentos.....	1
CUENTOS ESTRAFALARIOS DE AYER Y MAÑANA.—(Agotada).	
REMEDIO CONTRA CEGUERA.—Comedia en dos actos (agotada).	
LA NIETECILLA.—Idem en íd., íd.	
IN ARTÍCULO MORTIS.—Idem en un acto, íd.	
PRECOCIDAD.—Idem en íd., íd.	
MACBETH.—Versión de la tragedia de este nombre, de William Shakespeare.....	2
OBRAS DRAMÁTICAS.— <i>El salvaje, Luz de belleza</i>	2
EL FIN DE LA GUERRA.—Con el seudónimo IGNOTUS.....	3,50
EL CREDO Y LA RAZÓN.—Segunda edición.....	3
LA VERDAD DE LA GUERRA.—Versión del inglés (agotada).	
LAS CAUSAS DEL DESASTRE.—Con seudónimo IGNOTUS (agotada.)	
LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.—(Agotada.)	
EL PLEITO DEL REGIONALISMO.—Con seudónimo <i>Don Nuño</i> (agotada).	
LA ENFERMEDAD DE LA PESETA.....	2
LO QUE PUEDE ESPAÑA.....	1
PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN.—Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes..	50
LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS.—De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes.....	30
AGENDA DEL TOPÓGRAFO.....	7
ESPAÑA EN MARRUECOS.—Mapa de la zona de influencia española.....	3

EN PRENSA:

LAS HERRAMIENTAS DEL TOPOGRAFO EN EL CAMPO.

UNA OJEADA A LO QUE ATRÁS HEMOS DEJADO

En complejas narraciones, donde numerosos personajes intervienen en múltiples acontecimientos, no es posible lograr el simultáneo avance de los relatos de éstos, ni sujetar a estricto orden cronológico la sucesión de sus desenvolvimientos y peripecias. Así al final del primer episodio de esta historia las impacencias de Emma y Pepe por casarse contagiaron a Ignatus, que por llegar pronto a la boda todo lo atropelló, dejando a un lado hechos y olvidando personajes, que, aunque importantes, no lo eran tanto entonces como aquélla y los novios. Ya satisfecho aquel afán, hora es de referir lo que atrás nos dejamos.

Al llegar Abd-el-Gahel y Tinkert a Abadarjen no siguieron a Tintelloust, sino que, una vez hecho el cambio de meharis y de trajes, se dirigieron al inmediato poblado de Tourayet—35 kilómetros, son un paseo en las enormes extensiones saharícas—y en él a casa de un pudiente tuareg, donde estaba instalada una de las estaciones radiotelegráficas para descubrir las cuales había Pepe Lobera montado el radiogonómetro automóvil ya descripto; pues efectivamente, según Bertier sospechaba, los vengadores tenían varias en el desierto, servidas por argelinos y marroquíes años antes enviados por Gahel a Australia y a América, donde se hicieron radiotelegrafistas: con lo que, a su regreso pudieron ser dedicados a desempeñar a escondidas servicio de tales, ocupando ostensiblemente plazas de mayordomos, capataces o sirvientes de los santones o caides, en cuyas viviendas estaban ocultas las estaciones.

Apenas llegado el disfrazado Gran Califa a la de Tourayet, ordenó qué, modificando la frecuencia habitual de onda en sus comunicaciones sobrepticias, fuera el variómetro arreglado a la empleada en las oficiales; y que en cuanto llegara la hora del turno de

servicio de Morand, en Agadés—conocida, pues ya él tenía cuidado de enterar de ella con antelación a sus compinches de las estaciones clandestinas—se le diera orden de transmitir a Mohamed, el contratista, la de trasladarse inmediatamente a Tourayet, desde donde Gahel telegrafaba y en donde lo aguardaba.

Las tres primeras llamadas fueron infructuosas, porque estando Morand acompañado al recibirlas no hizo caso de ellas. Sin despertar por ello sospechas de sus compañeros; pues para nadie sino para él tenían sentido, por ser convenidas en forma que si otro las oyera, fueran por él atribuidas a la acción sobre los aparatos de fortuitas influencias estáticas de la electricidad atmosférica que con frecuencia perturban las transmisiones. A la cuarta pudo al fin ser cursada la orden, en cumplimiento de la cual llegaba Mohamed a media noche a Tourayet, distante de Agadés 46 kilómetros; y subiendo Gahel en el *side-car* del recién venido, siguieron ambos inmediatamente a Sabankafi, recorriendo a gran velocidad los 150, de uno a otro poblado.

A la llegada hicieron despertar al motorista cuyo puesto en el camión del escondrijo había ocupado Tinkert la noche del frustrado rapto de Emma; pues querían instruirlo en el papel que había de representar en una farsa por Abd-el-Gahel urdida con el fin de evitar que el empleo en aquella fechoría del camión del contratista no hiciera perder a éste la confianza de los franceses; pues de faltarle quedaría privado de los informes de Techiasco, recibidos por los entrantes y salientes que allá llevaban las traviesas; presisamente cuando al Gran Caíd le eran más indispensables para liberar a su pariente, si es que ya no había muerto, o no moría antes de libetarlo.

El motorista, como cuantos servían a Mo-

hamed, era uno de los muchos afiliados pulantes en el país donde apenas había un indígena no juramentado como vengador.

—¿Pero no podré siquiera dormir un rato?—preguntó Mohamed al acabar Gahel de darle instrucciones, que en breve veríamos ejecutar.

—Imposible: además de mi impaciencia de saber si Pozo ha muerto o no, es urgentísimo que demuestres tu interés y tu lealtad a los de la Residencia, llevando a este hombre a contarle al capitán, que verosímilmente habrá llegado esta tarde a Techiasco, lo que sabe de los que anoche se introdujeron allí, y cómo fué por ellos maltratado. Que traigan cuerdas en seguida.

Llegados los cordeles, el mismo Abed-el-Gahel, amarró por su mano al camionero: codo a codo por detrás de la espalda, muñeca a muñeca por delante del pecho y tobillo con tobillo; pero apretando las ligaduras tan cruelmente que no pudo, el pobre hombre, contener los gritos.

—Ya te lo he prevenido, es un mal rato que no hay más remedio que pasar; pero te lo pagaré bien.

—Ya, ya lo sé.

—¿Puedo apretar todavía más?

—¡Más!

—Ya comprendes que tú eres el primer interesado en que allá no recelen que lo del amarre ha sido juego.

—Aprieta... ¡Qué le hemos de hacer!... ¡Ay, ay! Basta, basta: los cordeles me siebran la carne.

—Ya no aprieto más.

Sacado el motorista, en brazos de dos hombres, donde aguardaban tres meharis ya enjaezados, fué sujeto sobre uno como un fardo, mientras Mohamed y otro de sus sirvientes subían a los otros, yendo el roncal del que llevaba al pobre conductor anudado al aparejo del que montaba el criado.

—Señor, ¿y cuánto tiempo tengo que ir así?—preguntó el infeliz.

—Hasta que digas a tu amo que ya no puedes más... Pero no me has de hacer dengues de señorita, sino aguantar como un hombre, pues es preciso que llegues allá hecho un guñapo.

—Aguantaré... Pero créame, señor, que lo paso muy mal. Y que estas cuerdas se me van a clavar más todavía en cuanto empiece a trotar el camello.

—Sobre lo que ya te he prometido tendrás, a la vuelta, veinticinco francos por cada minuto que desde ahora aguantas.

—¿Cuánto hace eso en una hora?

—Mil quinientos. Mohamed, mira el reloj para ajustar la cuenta cuando lo desates. Y por tu parte, no te olvides de que si Pozo

vive acaso tengas que quedarte dos o tres días en la Residencia.

No ha de extrañarse que Abd-el-Gahel llamara Pozo a Cassim al hablar con Mohamed, pues aun sabiendo éste que Pozo y Núñez eran jefes importantes, y no tenían tales nombres, ignoraba los verdaderos de ellos.

En el Sahara, donde la moneda es escasesísima, la cantidad de mil quinientos francos sonaba en los oídos de un hombre humilde como el motorista, cual si fuera un tesoro fantástico. Y sin embargo, y a despecho de sus heroicos esfuerzos, no tuvo aguante para llegar a las tres horas: tan intolerables se le hicieron sus dolores.

Cuando Mohamed dispuso fuera desatado eran las siete de la mañana, y al mirar en las carnes las huellas de las cuerdas, comprobó que el camionero era hombre de aguante, pues tenía muñecas, brazos y canillas hondamente desollados, pareciendo aun más hondos los sanguinolentos surcos, por quedar cada uno comprendido entre dos grandes tumefacciones amoratadas, y presentando todo tan lamentable aspecto que al contemplarlo dijo el contratista:

—Eres un valiente, y aunque todavía falta un poco para las tres horas, las cobrarás enteras.

Gahel había conseguido lo que deseaba, pues el esfuerzo hecho para aguantar las ligaduras dejó, efectivamente, al pobre motorista hecho un "guñapo": al extremo de que, sin fuerzas para tenerse en la montura, fué preciso dejarlo atado a ella durante las dos horas que aun quedaban de camino.

A la llegada al centro ferroviario dijo Mohamed a Duvery y a Bertier que, no obstante el lastimoso estado en que venía aquel hombre, no había querido demorar su traslado a Techiasco por lo importante de las declaraciones que podía hacer sobre los autores del escalamiento de la antevíspera.

Con tal motivo, contó seguidamente el contratista la patrañosa historia forjada por Abd-el-Gahel. Hela aquí: La tarde anterior habían llegado a Sabankafi unos campesinos llevando en parihuelas improvisadas con ramaje al conductor del autocamión arteralmente introducido la noche precedente en la Residencia, mas no guiado por él; pues cuando estaba reparando la avería que lo detuvo en el camino lo asaltaron tres kelovis, amarrándolo en la brutal forma que a la vista estaba; y después de acabar ellos de componer el motor, y de quitar varias traviesas de la carga, se habían alejado en el carruaje, dejando atado al motorista donde a la mañana fué hallado por quienes lo llevaron a Sabankafi.

Transportado el conductor delante de la

cama donde yacía Ben Cassim, dijo que, por ir cubiertos sus atacantes con los *litzam*, no podía decir si aquél era uno de ellos, sino tan sólo que éstos eran muy alto y más bien delgado uno, altos también los otros, pero muy gordo uno (señas de Ben-Cassim), y delgadísimo otro, lo cual no concordaba con el rechoncho tipo de Tinkert, que, de otra parte, no era de nadie conocido en Techiasco: siendo lo último por el declarante manifestado que, por haberlos oído llamarse entre sí, recordaba ser Pozo y Núñez los nombres de dos de ellos.

Ni para Duvery ni para Bertier, que allí tenían al falso Pozo, y estaban persuadidos de ser autor del frustrado golpe el falso Núñez, podía ser sospechosa la declaración del camionero, primera víctima además de los que tan cruelmente lo maltrataron, y a quien, en vista de no serle posible mantenerse en pie, se trasladó a la enfermería para asistirlo y tenerlo en ella mientras bajara la terrible hinchazón de sus heridas y comenzaran éstas a cicatrizarse.

Mucho le debían doler, pues al hacerle la primera cura se pasó varias veces los dedos por los ojos como para disimular las lágrimas que el dolor le arrancaba, excitando, sin duda, la conmiseración del enfermero argelino, que se la practicaba, pues también hizo lo mismo, cruzando después de ello con el herido una mirada rápida y expresiva, que, vista por Mohamed, presente a la cura, le hizo pensar le era ya innecesario propinarse el potingue que Abd-el-Gahel le había recetado con objeto de simular enfermedad que lo obligara a permanecer en Techiasco los días precisos para establecer inteligencia con Pozo; pues ya seguro de que el practicante era un hermano, y enterado luego de que a su cargo tenía la asistencia y la vigilancia de aquél, halló medio de decirle, antes de anochecer, que el motorista que allí quedaba lo pondría en relación con uno de los conductores de los autocamiones que cuando a la Residencia fueran visitarían, naturalmente, en la enfermería a su compañero; con lo cual ellos y el practicante servirían de intermediarios entre Pozo y Núñez, que continuaría en Sabankafi. Por último, al despedirse Mohamed del nuevo agente que en Techiasco dejaba, le previno que, por lo pronto, su cometido no era sino enviar noticias del estado de Pozo; que más adelante recibiría otras instrucciones, y que al ejecutarlas no solamente cumpliría sus deberes de hijo de Africa Vengadora, sino que ganaría una buena recompensa.

La causa de que la substitución de los *dagatums* por dazas no hubiera limpiado por completo de traidores el centro ferroviario, fué no haberse desconfiado del practicante, moro argelino sumamente diestro en su oficio, de toda confianza de Don Gustavo, y al cual habría, además, sido imposible substituir útilmente, en lo que ni siquiera se pensó; pues el médico habría respondido de él por su intachable conducta durante el mucho tiempo que llevaba de servir a sus órdenes.

En los días pasados hasta que ya restablecido volvió el motorista a Sabankafi, dejando bien montada la comunicación entre dicho pueblo y la Residencia, nada interesante ocurrió en ésta, porque siguiendo Ben-Cassim en peligro de muerte, no podía su sobrino ejecutar el plan para la evasión formado; pero tan pronto comenzó el herido a avanzar en su convalecencia, decidió Gahel no demorar la fuga, temiendo que al volver el capitán de Taflete se llevara a Agadés el preso o lo fusilara en el mismo Techiasco por lo de Tadelaka; pues Pepe habría reconocido seguramente en él a quien le dió la puñalada.

Lo anterior, el estar Sabankafi demasiado lejos de la Residencia y el no permitir el régimen de servicio de los camiones obtener de allá noticias sino cada dos fechas, ni basar en datos frescos resoluciones cuyo éxito dependiera de adopción oportuna y ejecución rápida, tenía preocupado y nervioso al Vengador, cuando recibió aviso de Mohamed notificándole que Morand participaba la llegada para el día siguiente de Bertier: noticia que, actuando de espolazo, lo hizo arriesgarse a cambiar su cuartel de operaciones, llevándolo a la propia aldea de Techiasco, no alejada del centro ferroviario sino unos dos kilómetros, y en aquélla a una misera casucha, donde se escondió, por lo pronto, con su fiel Tinkert, mientras éste tomaba tierra e informes de los hermanos allí residentes.

Por supuesto, los dos vestían de dagatums de la más baja estofa, con harapientos trajes y con litzams, que, en vez de velos, eran mugrientos trapos.

A la siguiente mañana, mediante las conocidas señas, trabó Tinkert relaciones con varios afiliados, por quienes supo que cotidianamente salían del lugar carros con cabras, gacelas, gallinas, legumbres y huevos: todo destinado al consumo de la Residencia.

Poco después de mediodía, al pasar por las inmediaciones de la aldea los camiones de traviesas que de Sabankafi iban a la Residencia, se encontraron a dos desarrapados con los cuales conversó brevemente el con-

ductor cuyas mataduras habían sido curadas por el practicante argelino, a quien dos horas después convidaba aquél en la cantina, diciéndole en cuanto pudo hacerlo sin ser de nadie oído: "Mañana acércate a los carros de las provisiones de Techiasco, quéjate de lo flacas que están las gallinas que os mandan a la enfermería, repara en el carretero que te conteste: *Más flaco estás tú, y aproxímate a él para coger con disimulo un papel que te traerá.*"

Al regresar los camiones se encontraron de nuevo con los disfrazados Abd-el-Gahel y Tinkert, que a la siguiente mañana entraron en la Residencia con los carros citados, y entregaron al enfermero el papel anunciado, donde se le ordenaba darse a conocer a Ben-Cassim como *hermano* en connivencia

con Núñez, y se le daba el nombre de una negra de la inmediata aldea, a quien había de dirigir a diario noticia de cuanto de importancia ocurriera en la Residencia o al preso, utilizando al efecto el correo oficial, que por ella pasaba muy de mañana: con lo que, dada su cercanía al lugarejo, serían las cartas rápidamente recibidas por la negra: es decir, por Abd-el-Gahel. Además, se prevenía al enfermero que aquella misma tarde fuera al poblado con pretexto, si de alguno tuviere necesidad, de visitar a dicha negra, que no se enfadaría aun cuando él se alabara de andar amor en la visita; pues los *amigos* habían menester hacerle varias preguntas antes de darle definitivas instrucciones para la evasión.

II

LA SENTENCIA

En países como los del Sahara, hormigueantes en solapados enemigos de los europeos, y por necesidad regidos militarmente, la justicia castrense no pierde tiempo en tíquismiquis curialescos, bastándole honrada convicción del crimen y de lo justo del castigo para sentenciar y ejecutar. De aquí que a no haber intervenido circunstancias especiales cuando a Techiasco volvió Bertier, hallando al preso en pie, restablecido y ya convicto de alevoso apuñalamiento a Lobera en Tadelaka y de los nuevos crímenes de asalto nocturno, tentativa de rapto, y asesinato consumado del pobre daza muerto en el parapeto, no habría tardado en fusilarlo sino el tiempo indispensable para celebrar un sumarísimo consejo de guerra verbal, pensando en cuya constitución se había traído consigo tres tenientes; pero al que no hizo funcionar con expeditiva rapidez que en horas permitiera pronunciar sentencia, porque viendo en el preso no solamente al reo de los citados delitos, sino además un jefe de la insurrección en ciernes, que por momentos le parecía más cierta y próxima, aspiraba a conocer por él a otros, y, sobre todo, a poner mano sobre el falso Núñez, que por tercera vez se le había escapado.

Por tal razón, cuando a su llegada a la Residencia interrogó a Ben-Cassim, sin resultado, por encerrarse éste en mutismo absoluto, no por ello desesperó, sino que en días sucesivos repitió la intontona, buscando modo de impresionarlo y de engañarlo, di-

ciéndole que era inútil callara cuando su compañero, preso en Agadés, había ya confesado; pero no fué creído por aquél a quien ya por entonces se había franqueado el enfermero, y que aquella mañana había leído una esquela de letra de su sobrino y jefe, con instrucciones sobre el modo de preparar la evasión proyectada.

Únicamente cuando, a la cuarta tentativa, se convenció Bertier de que nada sacaría de hombre tan indiferente a sus preguntas como si fuera sordo-mudo se decidió a hacerle, a lo menos, pagar las culpas propias, reuniendo al efecto el consejo y careándolo en él con Pepe Lobera, que lo acusó de haberle dado la puñalada en Tadelaka: sola imputación que, reconociendo su veracidad, contestó Ben-Cassim, no pronunciando luego una sola palabra: ni al ser preguntado sobre las preparaciones de este atentado y del nocturno asalto en donde cayó herido, ni cuando, a la caída de la tarde, volvió a comparecer ante el tribunal para oír la lectura del fallo que lo condenaba a ser pasado por las armas al siguiente día, precisamente víspera del fijado para la boda de Emma.

Ni Ben-Cassim era hombre a quien inmudara la perspectiva de la muerte, ni, en realidad tenía porqué temerla, pues Abd-el-Gahel y el practicante tenían ya preparado cuanto era necesario para la realización de la fuga en la mañana del mismo día en cuya tarde fué pronunciada la sentencia: tanto, que si al llamar al preso no recibieron los

jueces la noticia de haberse ya evadido, fué por haber él mismo aplazado la evasión; pues tan pronto creyó posible recuperar la libertad lo asaltó la feroz idea de aprovecharla para jugarse nuevamente la vida a cara o cruz en la ejecución de un proyecto cuyo éxito le era mucho más caro que libertad y vida. Si después de ponerlo por obra podía escapar, escaparía; si no, lo primero era lo otro.

La idea era, lisa y llanamente, *desembarazar* a Abd-el-Gahel del maleficio con que la *maldiva hurí rubia* lo tenía hechizado y distraído de su magna empresa de venganza y redención, comprometiendo el resultado de ella.

Sabido que los mahometanos atribuyen gran intervención a los demonios en las cosas de este mundo, que a cegarritas creen en mal de ojo, embrujamientos y hechizos, nada tenía de extraño que el fanatismo de Cassim atribuyera la pasión de su sobrino no a resultado naturalmente explicable por los personales atractivos de Emma, sin la menor intervención de la voluntad de ella, sino a consciente propósito de la *endemoniada perla cristiana*, a satánicas artes, a brujería, en suma, que mientras ella viviera, tendría esclavizado al Vengador. Por ello, en cuanto el practicante le habló de la fuga, no pensó sino en que, una vez libre, pocos minutos podían bastarle para llegar a la hurí rubia y darle muerte. Por esto y para esto apetecía la libertad, haciendo firmísimo propósito de no salir de la Residencia sin haberlo logrado.

Tal fué la causa del aplazamiento de la evasión propuesta para la siguiente mañana, por el enfermero, cuando la víspera del consejo entró la cena a Ben-Cassim, llevándole para facilitar la huida un traje de jornalero como los usados por los trabajadores dazas, un espuerta, una pala y un cuchillo, y diciendo que, con achaque de ver a la negra de marras, había estado por la tarde en la aldea, donde recibió orden de decir al preso que, siendo de temer lo fusilaran de un momento a otro, había el Señor resuelto se evadiera la mañana siguiente.

El plan era que a las cuatro de la madrugada, mientras Cassim se disfrazara y se pintara de negro frente y sienes, solas partes del rostro no cubiertas por el litzam, serrara el practicante, con una sierra de pelo, el candado que en los batientes de la reja de la única ventana de la habitación habían montado al convertirla en calabozo. Una vez hecho esto, no ofrecería dificultad salir, pues la ventana no quedaba sino dos pies por cima del suelo exterior. Pero para evitar fuera visto al franquearla, y aun cuando a aquellas horas era improbable anduviera

nadie levantado, no la saltaría hasta que, saliendo su cómplice y cerciorado de que podía hacerlo sin ser visto, diera desde afuera tres leves golpes en la persiana.

Agazapados bajo cualquier cobertizo aguardarían el toque de campana que poco antes de rayar el alba servía de diana a los jornaleros dazas; y cuando, todavía entre dos luces, salieran éstos al trabajo echarían ellos detrás de las cuadrillas que hacia Te-chiasco fueran, retrasándose poco a poco de ellas hasta quedarse, sin ser vistos, en la casa donde Gahel y Zinkert los aguardarían con camellos para los cuatro.

Silencioso Cassim, y como distraído, miraba y remiraba el cuchillo, probando punta y filo en el tablero de una mesa, y al terminar el otro de exponer el bien tramado plan, preguntó:

—¿Dónde duermes tú?

—En la enfermería; aquí cerca.

—¿Podrás venir, si fuera preciso, antes de las cuatro?

—Sí, señor; pero no hay para qué adelantarse.

—¿A qué hora se acuesta la familia del ingeniero jefe?

—De diez y media a once; pero de esos no tenemos que cuidarnos: a la hora a que vamos a salir estarán..

—¿Duermen en este mismo edificio?

—No, pero hay un pasadizo cubierto entre uno y otro.

—¿Sabes tú cuál es la alcoba de su hija y sabes ir a ella?

—No.

—¿Lo puedes averiguar esta noche, antes de la hora de escaparnos?

—Imposible.

—Y mañana, ¿podrías?

—Sí; pero como mañana no estaremos ya aquí.

—Estás equivocado: yo no me escapo mañana.

—Pero si todo está dispuesto.

—Se avisa que será pasado.

—¿Y si mañana le da al capitán la ventolera de fusilarte?

—No me podré escapar pasado; pero a lo que está escrito no hay más que resignarse.

—Estás loco.. ¿Qué digo yo al señor?... No, no; de ningún modo.

Al oír tan rotunda negativa se levantó Ben-Cassim colérico, hizo la seña que lo daba a conocer como uno de los emires del Diván Supremo, y agarrando por un brazo al practicante y sacudiéndolo violentamente, dijo:

—¿Quién eres tú para decir que no cuando yo digo quiero?

—Perdón, señor: no sabía quién eres.

—Pues ahora que lo sabes, obedece.

—Sí, sí obedeceré, Gran Señor. Dime qué he de hacer.

—Por lo pronto, no más que averiguar mañana dónde duerme la Señorita Emma y aprenderte el camino desde aquí a su alcoba; pero cuidando bien de no equivocarte, porque si te equivocas no lo cuentas. Después... ya te lo diré cuando haga falta... ¡Ah! Por la mañana envía a Techiasco con los de las gallinas una carta diciendo que en el momento de ir a saltar la ventana me ha dado un desvanecimiento y que me escaparé pasado mañana. Pero como digas palabra del encargo que te he hecho respecto a la francesa, estrenaré en tu corazón el cuchillo que me has traído.

—No, no tengas cuidado.

—¿Puedo contar con que antes de la noche de mañana sabrás llevarme a su alcoba?

—Sí: iré a pedir a la señora Maka que su ama me recomiende al médico para que me permita irme a pasar quince días en mi pueblo.

—¿Quién es la señora Maka?

—La nodriza de la señorita. Desde que yo le hacía las curas cuando Don Gustavo le extirpó un absceso, somos buenos amigos.

—Pues no tenemos más que hablar. Hasta mañana.

Al salir el enfermero quedaba pensando Ben-Cassim que después de asesinar a Emma probablemente le sería más difícil evadirse, y que en aquello se jugaba a un definitivo albur libertad y vida; mas ¿qué importaban una ni otra a quien las perdería gustoso con tal de asegurar la redención de Africa preparada por su glorioso padre Abdel-Gahel, el viejo, que desde el Paraíso bendeciría a su hijo?

Aunque Duvery, Bertier y los Loberas tenían buen cuidado de no hablar del preso delante de Emma, para no preocuparla con la suerte a éste reservada, por palabras al vuelo cogidas, por alguna seña interceptada y por augurios y rumores, que Maka había contado a su niña, de criados y obreros al ver llegar al capitán acompañado de tres oficiales, andaba Emma cavilosa, amargándosele la dichosa perspectiva de su cercana boda con la idea de que, no por su culpa, pero sí por su causa, pudiera ser empañada la alegría de aquel acontecimiento con la ejecución a él inmediata de una terrible sentencia de muerte.

Pero durante la comida del día del consejo subieron sus recelos a viva presunción al advertir la extremada seriedad de su pa-

dre y los dos argentinos y el preocupadísimo continente de Bertier y los oficiales, que después de verificado el careo de Pepe y Ben-Cassim y leída la acusación fiscal donde para éste se pedía pena de muerte, suspendieron el consejo precisamente para que la ausencia de ellos a la comida no revelara a Emma lo que trataban de ocultarle mientras no fuera un hecho consumado: preocupación aquella muy natural en quienes, tan pronto acabaran de comer lo poco que comieron—tan poco y tan a la fuerza que lo echó de ver ella—habrían de volver a reunirse para dictar sentencia.

Enterada por Maka de la celebración del consejo, no preguntó Emma nada, ni a su novio siquiera, por estar cierta de que la mentirían; pero apenas regresada del comedor a sus habitaciones encargó a su nodriza que saliera a enterarse.

A ésta, como a todos los criados al servicio de la familia, había ordenado Duvery que ocultara a su hija el consejo y los resultados de él; pero Maka obedecía en todo y ante todo a su niña; así es que dos horas después de recibir el encargo volvió diciendo que el fusilamiento sería ejecutado al día siguiente, pero no en la Residencia; pues, pensando en su hija, de antemano había suplicado Duvery a Bertier que, de recaer condena de muerte, no fuera ejecutada allí, sino en la aldea de Techiasco.

Lo sabía la nodriza porque el consejo había sido público, por prescripción expresa de la ley.

—¡Qué horror, qué horror!—exclamó Emma al oír la noticia.

—Bien ganado lo tiene: no contento con haber querido matar al señorito, todavía después...

—Sí, Maka, sí; pero a pesar de todo, ¡es tan hermoso perdonar!... Podían encarcelarlo; ¡pero matarlo!... ¡Y mañana!... ¡La vispera de mi boda!... ¡Es horrible, horrible!... ¡Dios mío, qué triste boda!

—Pero tú no tienes la culpa: ¿Qué tiene que ver eso con tu boda?... ¿Encarcelarlo?... Esos bribones no agradecen las blanduras, ni para ellos hay otro escarmiento que ése.

Continuó Maka hablando sin que Emma la contestara ni aun la oyera, pues la contemplación de un cuadro, por su imaginación forjado, donde se veía arrodillada al lado de Pepe recibiendo la bendición del sacerdote, no ante un altar, sino delante de un patíbulo, la tuvo ensimismada hasta que, esforzándose para sustraerse a la horrenda pesadilla que despierta la sobrecogía, dijo:

—No, no: ¡qué espanto!... No, eso no puede ser... Si papá... No querrá, ni podrá:

Bertier no accedería... Si yo misma se lo pidiera a éste... ¡Qué desatino! Me contaría que él no puede faltar a la ley.

—¿Qué hora es, Maka?

—Las ocho.

—Estarán ya todos en el salón, les extrañará que no vaya, tal vez sospechen que sé algo... Y al no verme, Pepe... Hay que ir; tengo que dominarme, disimular... Y al mismo tiempo pensar, discurrir... Si Pepe quisiera...

Al decir esto salía ya para el salón donde hasta la hora de recogerse se reunían todas las noches en tertulia Duvery, los ingenieros subordinados suyos y, desde que en el centro estaban, Bertier y los oficiales, mientras Emma y Pepe conjugaban el verbo amar, según es uso entre prometidos abocados a boda.

Ni al novio ni al padre les pasó inadvertido el descompuesto semblante de Emma, por ésta achacada a dolor de cabeza, ni ella

dejó de reparar en la tristeza de cuantos rostros veía en el salón, y en los esfuerzos de Pepe para disimular la suya al hablar con ella.

A consecuencia de aquella general depresión de ánimos se disolvió la tertulia, no entre diez y cuarto y diez y media, como todas las noches, sino antes de las diez; y cuando, después de dar a su padre el beso acostumbrado, se retiraba ya Emma, llamó desde la puerta a Pepe, como si algo se la hubiera olvidado, diciéndole rápidamente y en voz baja, al acudir él a la llamada:

—No te acuestes. Tenemos que hablar esta misma noche, sin que nadie se entere.

—¡Hablar! ¿Dónde?... ¿Qué tienes que decirme?

—Es de nuestra boda. A las once y media irá Maka a buscarte a tu cuarto y te traerá al mío.

—Pero ¿qué tienes que decirme de nuestra boda?... Es muy raro.

—Ya lo verás. Adiós. Cuidado que no se entere nadie.

III

LA VOLUNTAD DE AL-LÁH

La vida ofrece coincidencias que, pareciendo casualidades a quien no mira en lo hondo de las cosas, no son tales, sino concordantes consecuencias derivadas de un hecho único que, al producirse, imprime simultáneos impulsos a cuantas personas interesa: aun cuando sea por heterogéneas causas, aunque estén a distancia y solamente de manera inconsciente y sin acuerdo previo coadyuven a un mismo fin por fortuita y transitoria coincidencia originada por tal hecho inicial. Dicese esto para hacer resaltar que, no casualidad, sino lógicas concomitancias, determinaron los sucesos acaecidos la noche anterior al día señalado para el fusilamiento de Ben-Cassim, que al enterarse, cuando el practicante le llevó la cena, de que éste sabía ya dónde estaba la alcoba de Emma, preguntó:

—¿Estás seguro de poderme llevar allá?

—Sí; pero si en vez de escapar sin méritos en llos pretendemos llevarnos a la señorita, será casi imposible sacarla del recinto y casi seguro que nos cacen.

—Eso no es cuenta tuya—contestó Cassim, no queriendo sacarlo del error en que estaba sobre sus propósitos con respecto a Emma—, sino mía. A las tres de la ma-

drugada te espero. Si estoy dormido, me despiertas; y cuidado con retrasarte.

El enfermero salió de malísimo humor, por pensar que, a menos de ser el preso brujo, aquella ocurrencia de insistir en el rapto ya una vez fallido, imposibilitaría la evasión: cosa que no solamente le preocupaba por Ben-Cassim, sino porque al coger a éste lo atraparían a él, apareciendo clara su complicidad. Y, sin embargo, tan terribles eran los juramentos de los hermanos vengadores, tan espantosos los castigos impuestos a los perjuros y tal el fanatismo de los juramentados, que ni sombra de tentación tuvo el argelino de desobedecer a Cassim; pero las contingencias que de obedecerlo se siguieran y el miedo de que se le pasara la hora de llamar a su jefe no le dejaron pegar los ojos.

Despierto estaba, pues, cuando unos golpes dados en la puerta del gran salón de la enfermería, vacío totalmente a la sazón de enfermos, lo sorprendieron, por ser rarísimo que a media noche fuera nadie allí: creyendo su sorpresa cuando, al abrir la puerta, vió en ella a Maka, que le dijo:

—¿No estás tú al cuidado de ese que van a fusilar mañana?

—Sí, ¿Por qué?—contestó alarmado, temiéndole obedeciera la pregunta a desconfiada de él o a haberse traslucido algo de la proyectada evasión.

—Porque es preciso que te vengas conmigo: la niña quiere hablarte ahora mismo.

—¿La Señorita? ¿A mí?

—Sí.

—No puede ser—contestó el árabe recordando que le tendían un lazo—. Yo respondiendo del preso, y si por casualidad se escapara mientras yo estuviera arriba, me costaría caro y de poco me serviría el permiso que esta tarde me ha conseguido tu señora para marcharme mañana.

—Pues no hay más remedio: lo manda la niña—replicó la negra convencidísima de que ante la voluntad de Emma todos debían plegarse cual se plegaba ella.

—Pues aunque lo mande. Dile que me dispense y se haga cargo de que la obligación es la obligación: la mía es no perder de vista a ese tunante.

Ínútil fué la insistencia de Maka, pues la escama del practicante lo hizo mantenerse firme, a despecho de la indignación de ella por el desacato a su niña: violentamente desahogada, pues, se fué rezongando:

—Yo te aseguro que no te reirás de la gracia. Ya, ya las pagarás...

Con la puerta abierta aguardó él hasta oír apagarse a lo lejos el ruido de los pasos de la negra en la galería, cerró en seguida con cerrojo, corrió a la habitación de Ben-Cassim, y despertándolo, lo enteró de aquella inquietante novedad; y cuando ambos cavilaban, sin lograr penetrar el alcance de la extraña llamada de Emma, oyeron otras repetidas en la puerta de la enfermería y cuchicheo de varias voces al otro lado de ella.

Más alarmado todavía que anteriormente, cerró el carcelero la habitación de Ben-Cassim y salió a abrir la enfermería; pero antes, y por encargo de éste, deseoso de saber quiénes llamaban y de oír lo que dijeran a su compinche, recorrió el último el pasador de un ventanillo enrejado que en la puerta del preso permitía vigilar desde la sala grande lo que éste hacía en su cuarto, el cual quedó cerrado sólo con picaporte.

Mientras tanto corría Ben-Cassim a la llave de la luz eléctrica, apagaba ésta para poder, desde la obscuridad, ver sin ser visto a quienes llamaban; y cuando para ello volvió al ventanillo, y el otro abrió la puerta de la enfermería, quedaron asombrados los dos ante la inesperada e inverosímil aparición en ella de Emma.

Pasado brevísimo instante de estupor, vio Ben-Cassim patente la voluntad de Al-láh,

que ahorrándole el trabajo de ir a buscarla, le ponía en las manos a la maldita hija de Satán, a la nueva Dalila que, a no evitarlo él, anularía la fuerza del Sansón ismaelita; a la Judith que acaso segaría el cuello del Holofernes africano; y recordando que tan sólo una puerta con pestillo lo separaba de ella, corrió al lecho donde, bajo la almohada, tenía escondido el cuchillo.

Pero al volver, ya con él en la mano, advirtió a través de la mirilla que con Emma habían entrado en el salón Maka y Pepe Lobera, y que siendo éstos y el practicante los más cercanos a la puerta por donde él había de salir, era muy probable que tropezara con ellos al lanzarse sobre su víctima; que acaso le sería preciso para llegar a ella sostener lucha, que si no le preocupaba después de haberla matado, le asustaba antes, por temer le impidiera asestar golpe tan certero como él ansiaba darle: máxime cuando para tal lucha con Lobera y la hombruna Maka estaba en malas condiciones, por no haber todavía recuperado todo su vigor.

Por esto no salió inmediatamente, quedándose en acecho para precipitarse contra Emma en cuanto se produjera un cambio favorable a su propósito en la colocación de las personas o, en último extremo, cuando para marcharse le volvieran la espalda.

En aquel momento comenzaba a hablar Emma. Pero antes de transcribir sus palabras, preciso es relatar la anterior y reciente conversación de ella con Pepe, determinante de la bajada de ambos a la enfermería.

De regreso en su aposento al salir del salón, preguntó Emma a la nodriza si el practicante para, quien, a ruego de la misma Maka, había ella pedido aquella mañana a Don Gustavo el permiso para que aquél pasara una temporada en su país podría ayudar a la evasión del condenado, a quien ella deseaba hacer escapar aquella misma noche.

Contestó la negra que, sin estar cierta de ello, creía que él era quien lo había cuidado; pero que ni él ni nadie se atrevería a cosa tan grave como la que la niña deseaba.

—Se lo pagaré bien... Es decir, ¿a cuánto suben tus ahorros, Maka?

—A ochocientos francos.

—Eres más rica que yo, que no tengo sino quinientos: en total, mil trescientos... Es muy poco...; pero él me ayudará, pues no es posible que le sea indiferente... Si no quisiera, sería un triste engaño... Pero ya es la hora. Anda, Maka.

—¿Adónde?

—Verdad es, no te lo he dicho: al cuarto del Señorito Pepe a decirle que ya puede venir.

Minutos después volvía la negra con el novio, que al llegar preguntó:

—¿Qué ocurre, Emma? Estoy inquieto desde que me has dicho que viniera. ¿Qué tienes que decirme con tantas precauciones?

—Que no creo en augurios, pero creo en los recuerdos; y que cuando pasado mañana nos casemos tendremos que acordarnos de la sangre..

—Ya lo creo: de la que me dió la vida que te debo.

—No, Pepe: ni de esa, ni de la que antes vertiste tú por mí podremos acordarnos, porque estará más fresca la que va mañana a derramar, no el amor, sino la venganza.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—Pero, Emma, eso no es venganza, sino justicia.

—Sí, para los jueces, a quienes el reo no ha inferido daños; pero vista por nosotros esa muerte, que penará crímenes contra nosotros cometidos, me parece venganza.

—No, no.

—Pues, bueno, no; pero aun no siendo venganza, será muerte violenta dada por nuestra causa a una criatura... Desde que lo he sabido estoy horrorizada de pensar que su sangre manchará nuestra boda; que en ésta brindarán por mi felicidad los que la víspera hayan matado a ese hombre.

—Emma, ¡por Dios!, no pienses eso.

—¿Cómo no he de pensarlo?

—Verdad, verdad... ¡Maldita coincidencia! ¿Cómo no has de pensarlo tú, si desde esta tarde no pienso en otra cosa?

—¡Pepe de mi alma, qué feliz me hace oírte! Oyeme, oyeme, y ahuyéntame el temor que me atormenta de que creas pequeño mi cariño al ver que no sé odiar al que intentó matarte... Porque no puedo odiarlo... Yo no tengo la culpa, Pepe mío; pero no sé, no sé.

—¿Qué has de saber!... Y desecha el temor de que en mí quepa la monstruosa idea de que de amor deba nacer odio.

—¿Verdad, verdad?... Tú sabes cómo te quiero yo..

—¿Que si lo sé! ¡No he de saberlo, si me diste tu sangre!

—Pues por ella te pido que para que a la dicha de que una misma corra en nuestros cuerpos se junte la felicidad de que también unamos nuestras almas en una hermosa obra de perdón, me ayudes a evitar sea derramada la de ese desdichado.

—Eres un ángel enviado por Dios para darme en la tierra el cielo de allá arriba... Soy tuyo, Emma: soy tuyo en todo y para todo..

—Gracias, Pepe, gracias: ya lo sabía—dijo Emma cogiéndole ambas manos.

—Pero ¿cómo lograr lo que tú quieres?... Estoy seguro de que no conseguiremos el perdón.

—Y yo: por eso no he pensado sino en sobornar al carcelero; pero como entre Maka y yo no tenemos sino mil trescientos francos..

—Te has acordado de mí.. Has hecho bien. Pero aunque ese hombre se deje sobornar, para una evasión no basta abrir la puerta del calabozo; y menos cuando el que ha de evadirse es un convaleciente, que apenas ande dos kilómetros no podrá dar un paso. Además, ¿cómo arreglarnos para que el portero del recinto abra de noche sin orden de tu padre?

—De eso me encargo yo: ya lo tengo pensado.

—¿Cómo?

—Ya te lo diré en cuanto hayamos encontrado solución para que ese hombre pueda alejarse rápidamente. ¿Habría medio de sacar a escondidas un meharí del establo, o una "moto" de los garajes... Lo malo es que no disponemos sino de pocas horas, pues ya debe de ser casi media noche.

—Tengo lo que necesitamos: el *side-car* de tu padre que dejan siempre en el zaguán de entrada, debajo de la caja de la escalera. La cuestión es que tenga gasolina.

—Anda, anda; corre a verlo, y en seguida a tu cuarto, a buscar el dinero. Tú, Maka, para ganar tiempo, vete a decir al practicante que suba contigo, pues necesito hablarle ahora mismo.

A la par que la nodriza—presente a la anterior conversación—salió Pepe, quedando Emma sumida en hondísima cavilación, procurando ultimar su esbozo ya trazado de plan para la fuga de Cassim: con el mismo anhelo que si ella fuera un presidiario ansioso de la libertad.

—Albricias—dijo Pepe al volver—; el depósito está lleno de gasolina.

—Dios nos ayuda.. ¿Qué es eso, Maka? ¿Vuelves sola?

—No hay medio de arrancarlo de allí: dice que hoy menos que nunca puede separarse del preso.

—Maka, llévame allá. Hablaré yo con él.

—No, Pepe, sería inútil; pues si, como es probable, no habla ese hombre francés, no os entenderíais.

—Maka nos servirá de intérprete.

—Eso sería muy largo y no podemos perder tiempo. Voy yo. Además, tal vez le haga yo más fuerza, por ser hija del Director, y que, como ya he pensado tanto en esto, tengo mi plan.

—Bien; pero yo voy contigo.

—Sí.

—Y yo—dijo Maka.

—Pues no perdamos ya más tiempo.

No es fácil saber cuál fué mayor, si el asombro del argelino o la estupefacción de Ben-Cassim cuando Emma, acuciada por la urgencia del caso, entró en materia inmediatamente, diciendo en árabe:

—Necesito que nos ayudes a salvar la vida del infeliz condenado a muerte.

—¡Qué! ¿Pero...? ¿Pero es que...?

—Que no quiero, que no quiero que lo maten; que es preciso hacerlo escaparse esta noche para que al amanecer de mañana esté lejos de aquí.

Sin dar crédito aún a sus oídos, temió el enfermero que aquella extraña duplicidad de proyectos de fuga diera por resultado que ninguno cuajara; y no estando dispuesto a revelar el que traía entre manos, creyó lo más urgente evitar que aquellos importunos perturbaran la ejecución de él, alejándolos cuanto antes de la enfermería, cortando pronto la conversación y protestando indignado de ser tenido por capaz de faltar a su deber.

Pero en esto, y a medida que parecía ir resfriándose la indignación y trabándosele la lengua, se le abrían y le brillaban más y más los ojos al ver que Pepe sacaba una cartera, y abriéndola para dejarle ver los billetes de que estaba repleta, se la entregaba a Emma, quien, volviéndose al enfermero, le dijo que el servicio que de él demandaba sería bien recompensado, haciéndole pensar que, de serle posible conseguir juntamente sacar al preso de la Residencia, ganarse unos miles de francos y echarse encima tan buena protectora, habría hecho un negocio redondo. Y comenzó a buscar en su magín modo de realizar tan seductor programa sin descubrir su anterior juego. Para evitar esto último mientras hallaba lo otro, continuó negándose a favorecer la fuga, para hacer creer, cuando al fin se prestara a secundarla, que únicamente obraba seducido por quienes se lo pedían.

Engañada Emma por las primeras negativas y creyendo ver en ellas un verdadero y grave obstáculo, insistió, angustiada:

—¡Por Dios, por Dios! No sea usted insensible: piense que todo lo tengo arreglado, que para salvar la vida de ese desgraciado basta que usted le abra la puerta; y que si se niega usted a ello tendrá siempre su muerte sobre su conciencia.

—No, Señorita, no... Yo no lo he sentido; yo...

—Por mí, hágalo por mí: se lo agradeceré eternamente. No quiero, no queremos que por nosotros muera un hombre: es cruel y absurdo haber estado luchando un mes para conservarle la vida con el solo objeto de arrancársela ahora fríamente; es imposible que usted, que lo ha cuidado, no haya tomado cariño a esa vida; sería inhumano que se negara a salvarlo.

—Señorita, no me comprometa. Vea mi situación y déjeme: que si a usted le da pena, ¡caray!, no soy de corcho.

—Sí, ya lo veo, sí; ya veo que tiene usted buen corazón, que va a ayudarnos. Sí, sí, ¿verdad? ¡Por Dios, por lo que usted más quiera!...

—Emma, dile que arreglaremos las cosas de modo que no aparezca comprometido, y que lo recompensaremos espléndidamente.

El pillo aquél que, contra las suposiciones de Emma, hablaba francés, como argelino que de practicante había servido varios años en un hospital de Constantina, entendió perfectamente a Lobera; y creyendo llegado el caso de rendirse a las súplicas de Emma, cuando de nuevo insistió en ellas, contestó, cual si obrara arrastrado por la compasión:

—Haré lo que usted mande, señorita.

—Gracias, gracias: Dios se lo pagará. Lo salvaremos, lo salvaremos—exclamó ella gozosa—; y en seguida expuso y consultó rápidamente a Pepe el plan de fuga que tenía pensado, mientras el taimado moro meditaba que, de obstinarse el preso en su descabellado propósito de no marcharse sin llevarse a Emma, cosa imposible estando ella despierta y acompañada de su ama y su novio, todo se habría estropeado: todo en el cual entraba, muy principalmente, el bonito negocio que a él se le venía a las manos.

Comprendiendo, por tanto, que lo más urgente de momento era quitarle al Señor Pozo tal disparate de la cabeza, haciéndole ver que ya no había sino adelantar la hora de la fuga aprovechando la ocasión que se les ofrecía o resignarse de una vez a que lo fusilaran, se fué a la habitación de aquél pretextando con Emma necesidad de despertarlo para que se levantara, vistiera y alistara para huir cuando ella decidiera.

* * *

Si dramática y conmovedora, para cuantos en ella intervinieron, menos para el cazurro practicante, fué la escena en que Emma trataba de salvar una vida, todavía lo fué más la que sin otro actor que Ben-Cassim se desarrolló muda al otro lado de

la puerta donde éste acechaba la llegada de ocasión propicia para asesinar a su salvadora.

De raza y religión en las que la venganza se considera de derecho natural, más todavía de derecho divino si recae sobre cristianos, se quedó absorto, atónito, al ver que su condena entristecía a Emma y a su prometido en lugar de alegrarlos. Si de boca de Pepe hubiera oído las conmovidas y vibrantes instancias al hipócrita carcelero, habríalas, acaso, llamado cobardía, falta de virilidad; pero escuchadas de los trémulos labios de una débil y bellísima mujer, sintió primero turbadora emoción; desasosiego por el insólito enternecimiento que lo sobrecogía—y su ferocidad consideraba despreciable flaqueza en hombre de su temple—, sin conseguir sobreponerse a él, sino antes bien, sintiéndolo crecer con la pasión por Emma puesta en sus calurosas súplicas, y el generoso empeño con que la veía esforzarse en conservar la vida de quien tenía en la mano el cuchillo para arrancársela e ella.

Perplejo el juicio, transtornada la conciencia, despierta y exacerbada su sensibilidad, cual jamás la sintiera, le pareció a Cassim que algo más duro que su feroz corazón, duro como el acero, se lo oprimía, causándole hondo dolor, sólo atenuado con la contemplación de aquella criatura; por-

que la voluntad, paralizada para el propósito homicida, no tenía ya fuerza sino para sujetarle la mirada al dulce rostro iluminado por la caridad, por el anhelo de conservarle la vida: ¡a él!...

Y lo miraba, lo miraba; y cuando Emma, creyendo estar ya a punto de conmover al carcelero, cogió las manos de éste, arreciando en sus instancias, subiéndole a los ojos lágrimas de enternecimiento nacidas de la idea de que al fin lograba arrancar una vida a la muerte, vió Ben-Cassim las lágrimas, vibró en su oído, sacudiéndole el alma el júbilo con que gritaba ella: “¡Lo salvaremos, lo salvaremos!”, sintió que el apretado corazón dejaba de dolerle y se hinchaba, se hinchaba hasta llenarle el pecho, y que su ser entero era invadido por suave laxitud muy parecida a desfallecimiento, a la par que una nube le oscurecía la mirada velándole el bello rostro que lo fascinaba.

Para apartarla y continuar gozando la dulzura inusitada, y casi milagrosa en su alma ruda, del éxtasis en que Emma lo tenía aprisionado, se llevó las manos a los nublados ojos, y al hacerlo cayó al suelo el cuchillo que empuñaba una de ellas, al par que muy callando murmuraban sus labios: “Es verdad, sí: es una huri, una huri.”

La voluntad de Alláh, el terrible dios de las venganzas, caía vencida ante la voluntad del Dios de los Perdones.

IV

LA EVASION

Cuando el enfermero entró en la habitación de Ben-Cassim lo halló sentado y conmovido por la ofuscación con que nunca experimentados sentimientos, absurdos a la luz de su habitual modo de pensar y sentir, le tenían paralizado el juicio.

Abrumado por aquella bondad, por aquella dulzura, hallábase en estado de mental inconsciencia y sensibilidad exacerbada, sin darse cuenta sino de las punzadas dolorosas infligidas por el recuerdo obsesionante de su propósito homicida de unos minutos antes, sin advertir, en su ensimismamiento, que el practicante abría la puerta, después de haber cerrado el postiguillo de ella, ni de que, acercándose, le preguntaba en voz baja:

—¿Te has enterado?... ¿No me oyes?—
Y repetía, en cuanto encendiendo la luz, pudo reparar en la actitud del preso:

—Pero, ¿no me oyes?

Ben-Cassim oía, pero no se enteraba; y solamente el brusco tránsito de la obscuridad a la luz fué lo que, sacándolo de su estupor, le hizo preguntar, cual si de pronto despertara de un sueño:

—¿Qué?... ¡Ah, eres tú!

—Pero ¿es que no has oído lo que la señorita me ha dicho?

—Sí, sí.

—Ya ves que es imposible escaparnos llevándonosla; y que insistir en eso sería...

—No insisto en nada.

—Entonces, si te parece, yo creo que nos conviene aprovechar su ayuda, y adelantar la hora de la evasión... Pero, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Pues ¿por qué no me contestas? No estamos para perder el tiempo; ¿qué hacemos?

—Lo que mande ella.

—¡Gracias a Al-láh! Entonces, prepárate. Voy a decírselo.

Por haberse Emma ido con Maka a buscar un abrigo para echárselo cuando saliera a hacer abrir la barrera del cercado, no halló el argelino, al volver a la sala grande de la enfermería, sino a Lobera, quien, después de explicarle sucintamente el plan de Emma, y cómo habían ideado ponerlo a él a cubierto de sospechas de complicidad en la fuga le dió cinco billetes de mil francos y se lo llevó consigo para que le ayudara a abrir la puerta del zaguán donde estaba el *side-car* de Don Héctor; pues por la puerta del edificio de las habitaciones particulares y oficinas de aquél había de verificarse la evasión, porque en la exterior de la enfermería montaba centinela un gendarme.

Mientras ambos iban por el corredor cubierto de comunicación interna, preguntó Lobera si el preso sabía guiar el *side-car*, cosa en que ni Emma ni él habían antes pensado, contestando el enfermero que, siendo el condenado un árabe de calidad, seguramente estaría acostumbrado a usar la moto, pues todas las personas de posición acomodada la emplean con mayor frecuencia que el camello, por más rápida y cómoda, para viajar en el Desierto.

Llegados al zaguán, y alumbrados por la precaria luz de una linterna eléctrica de bolsillo, recorrieron los cuatro grandes pasadores que sujetaban las dos hojas del portón al dintel y al umbral del marco de ellas. Así, y no obstante estar echada la llave, consiguieron abrirlas.

En esto llegaron Emma y Maka arrebozadas en sendos albornoces, dando orden la primera al practicante de volver a la enfermería para traer al preso, a quien, mientras los otros lo aguardaban en el portal, dijo aquél que, en llegando a Techiasco, en lo cual no tardaría sino minutos, llamara en la casa donde se alojaban Abd-el-Gahel y Tinkert, bien conocida de Cassim por haber estado escondido en ella cuando aquéllos entraron en la Residencia disfrazados de gendarmes. Además le encargó que explicara al *Señor* porqué él (el argelino) no lo acompañaba en su fuga, y le encareciera la urgencia de que, sin aguardar a la mañana, escaparan los tres inmediatamente de la aldea, pues cualquier desgraciada casualidad podía, antes de amanecer, descubrir la evasión al capitán.

Dejándose llevar como un autómatas por el practicante—sorpresa, pero no descontento de poder manejar como a una criatura al hosco y déspota “emir” de la pesada noche—, llegó Cassim donde los otros aguar-

daban; y al verse cerca de Emma sintió emoción tan efusiva y tan vivo anhelo de demostrarle su agradecimiento, que la misma violencia del deseo, unida a la rudeza ingénita del moro, le impidieron atinar con frases proporcionadas a su efusión, diciéndole únicamente, con ronca voz entrecortada y sin saber seguir:

—Niña, no sé cómo hacerte ver...

Percibiendo antes que el sentido transparente en el balbuceo de Cassim lo sordo de su voz y su reconcentrado y huraño continente, representóse Emma en el momento de apuñalar a Pepe, y tuvo miedo, y sintió horror que de él la hizo apartarse, acercándose a su prometido. Acción que, rectamente interpretada por quien era causa de ella, le dolió en lo hondo, haciéndole decir:

—Si me temes, no me escapo: antes que darte miedo prefiero que mañana me fusilen.

—¡Qué horror! No, no: fué un movimiento irreflexivo; ya no te temo.

—Gracias, gracias.

—¿Qué te dice?—preguntó Pepe.

—Me da las gracias. ¡Pobre hombre! Luego te lo diré; ya hemos perdido demasiado tiempo. Vamos, vamos. Tú, no: aguardanos en la enfermería hasta que volvamos.

Excepto el practicante, que era a quien se dirigían las últimas palabras, salieron todos del zaguán, empujando entre Lobera y Cassim el *side-car* a brazo para que el ruido del motor no llamara la atención.

Llegados a la barrera—aunque arrojando para no pasar cerca del gendarme de guardia—, y despierto el portero a los reiterados golpes dados por Maka en su ventana, se precipitó éste a abrir la puerta de su vivienda en cuanto oyó que quien llamaba era la señorita, y no oponiendo dificultades a la salida del *side-car* en cuanto ella dijo que Don Gustavo, el médico, había enfermado de pronto alarmantemente, y que no habiendo otro médico en la Residencia que pudiera asistirlo, Don Héctor, a la sazón a su cabecera, donde trataba de hacerlo reaccionar con sinapismos y otros remedios adecuados, había dispuesto la inmediata salida en su *side-car* de un propio que fuera a buscar uno en Agadés.

Mientras el portero desceba los disformes candados de los cerrojos y Ben-Cassim ponía en actividad el motor, dijo Emma a éste a media voz:

—Salga en cuanto vea abierto, corra cuanto pueda, y Dios lo ayude y lo perdone. Ya, ya está abierto; salga.

—Que Al-láh te premie, y que te guarde siempre como esta noche te ha guardado—contestó él al partir, hundiéndose en la negrura de la noche, a los pocos segundos.

—¡Gracias a Dios!—exclamó Emma, dando un suspiro al verse libre del terror a la tragedia del siguiente día—. ¿Qué hora es, Pepe?

—Aún no han dado las dos. Antes que Bertier se levante, puede estar ese hombre a trescientos kilómetros de aquí.

—Gracias a ti, que me has ayudado.

—No: a ti, que tuviste la idea.

—Pues gracias a los dos. Eso es lo que más me halaga, Pepe mío: pensar que antes de unirnos mañana el sacerdote ya Dios ha unido hoy nuestras almas y nuestras voluntades en esta hermosa obra.

Los ojos de ambos se buscaron sin hallarse en la obscuridad; pero lo que los ojos no pudieron decirse lo dijo la presión de las manos.

De su arrobamiento los sacó Maka recordándoles que el argelino los aguardaba en la enfermería. En tanto Emma regresaba a su habitación, preguntándose intrigada, sin lograr comprenderlo, qué habría querido decir el preso con aquello de "*Al-láh te guarde siempre como te ha guardado esta noche*", volvían Pepe y Maka a la sala grande, donde, por encargo anterior del primero, tenía ya el practicante preparadas unas cuerdas, precisas para representar la farsa de su inocencia en la evasión.

Tendiéndose en un catre, a prevención llevado delante de la puerta del cuarto del evadido, cual testimonio de la diligente vigilancia de su guardián, se dejó atar éste por Lobera y Maka con tres amarres: uno cificando la cintura, otro por debajo de los sobacos, y por cima de las rodillas el tercero.

La versión embustera que del amarramiento se daría a la mañana siguiente sería que, descalzos y a paso de lobo, habían entrado Emma, su novio y la negra por la puerta del pasillo de comunicación interior, nunca cerrada sino con picaporte, sorprendiendo dormido al practicante, que, imposibilitado de rebullirse ni gritar, despertó bajo el peso de Lobera tapándole la boca, y tendido sobre su cuerpo y de Maka echada sobre sus rodillas, mientras Emma anudaba por debajo del catre la cuerda que contra éste lo sujetó por la cintura. Que la misma Emma había en seguida atado el segundo cordel pasado sobre las rodillas, ayudando después Maka a Lobera a inmovilizar brazos y cabeza. Y que, por último, mientras la negra revisaba y afirmaba las tres amarraduras, Lobera y Emma le pasaron un pañuelo grande por debajo de la barba, atándolo en lo alto de la cabeza para imposibilitarle de abrir la boca y de gritar.

Esto había de declarar el enfermero cuando se descubriera la evasión, agregando que Lobera le había sacado luego del bolsillo la llave de la habitación del sentenciado, que con él, Emma y Maka se marchó.

Cuando al ladino y doble cómplice de Abdel-Gahel y de Emma le fué explicado lo anterior, puso algunos reparos, pensando que la historia parecería poco creíble cuando la contara él; pero, como creíble o no, la corroborarían los otros, todo el mundo habría de rendirse a la fuerza de cuatro testimonios concordantes.

Mas todavía, antes de dejarse atar y amordazar por Maka, tuvo la precaución de devolver a Lobera el dinero recibido de él, pidiéndole se lo guardara unos días; pues los gendarmes, que seguramente lo registrarían, nada dejarían por curiosar en la enfermería; y si le encontraban aquella cantidad, ni ligaduras, ni mordaza ni todas las declaraciones del mundo convencerían a Bertier de su inocencia.

Diez minutos después se quedaba solo aquel tunante, tan incómodo en su penosa inmovilidad como satisfecho del negocio que con ella hacía.

—¿Y no sería mejor—decía Maka a Lobera cuando salían de la enfermería—que declarara ese hombre que lo han atado unos desconocidos?

—No, porque como es tu niña quien ha dado suelta al pájaro, diciéndole al portero lo de la enfermedad de Don Gustavo, a estas horas dormido como un lirón, y como no vendrá médico ninguno, ni tu amo volverá a ver su *side-car*, todo el mundo conocería que los desconocidos éramos nosotros.

—Pues es verdad.

* * *

Ni la excitación dejó dormir a Emma, ni su novio pegó los ojos, por estar preocupado con las posibles consecuencias de haberse dejado llevar del sentimentalismo, que lo arrastró al pedirle ella ayuda para aquella empresa en términos que hacían para él imposible el rehusársela.

Porque la hazaña era indudablemente hermosa, noble, cristiana; pero, ¿qué pensarían de ella la justicia y Bertier, encargado de aplicarla? Pues tan evidentes excelencias no bastaban a quitar a lo hecho el carácter de gravísimo delito, en todos los códigos penales castigados con presidio.

¡Emma en presidio!... ¡Qué atrocidad! ¿Sería posible que Bertier tuviera corazón para... La perspectiva de una ejecución capital la víspera de la boda era tristísima, sí; pero lo que la irreflexión de Emma y Pepe

les ponía delante, era terrible. Pues aun suponiendo que Bertier no se indignara, lo cual era difícil, y aunque se conmoviera, ¿qué podría hacer cuando en las inevitables diligencias judiciales acerca de la fuga del sentenciado resultara probada la culpabilidad de ellos?

Dando vueltas y vueltas a tan gravísima situación, que si no tan clara, no dejaba de ser vista también por Emma en aquellos momentos, pensó Pepe que si al día siguiente comenzaba el capitán a hacer pesquisas y a tomar declaraciones sin la menor sospecha de lo que iba a descubrir, de nada servirían sus mejores disposiciones, dado que la jugarrera no se las disipara.

Por ello, tan pronto alboró hizo a Maka

avisar a Emma que necesitaba verla, convenciendo a ésta a las pocas palabras de que lo mejor era confesar todo a Bertier, sin pérdida de tiempo, poniéndose en sus manos.

No ya en la cama, mas sí en paños menores, levantándose de ella, sorprendió Pepe al capitán, quien, al oír que Emma necesitaba hablarle urgentísimamente, quiso esquivarlo, suponiendo le querría pedir demostrase la ejecución para dar tiempo de solicitar indulto, que él no creía oportuno; y no aviniéndose a conceder la entrevista sino después que Pepe le hubo empeñado su palabra de no tratarse del indulto, pero sí de gravísimos hechos de los cuales no lo enteraba él por ser deseo expreso de Emma hacerlo por sí misma.

V

DONDE EMMA SE ENREDA EN EL CODIGO PENAL

—¿Qué cosas misteriosas son esas que solamente usted puede revelarme?—dijo Bertier al entrar en el gabinete de la hija de su amigo.

—Un delito cometido esta noche por Pepe, mi ama y yo, que a mí, como inductora y principal culpable, me toca confesar.

—¿Un delito! ¡Usted! ¿Está usted loca, hija mía?

—No, Bertier, no: lo estuve anoche; y aun conociéndolo hoy, no puedo arrepentirme sino de haber mezclado a Pepe y a Maka en mi locura de hacer evadirse al condenado a muerte.

—¿Canario!... Pero ¿se ha evadido? ¿Es verdad? ¡Y ha sido usted!... Pero, criaturas, ¿no han pensado ustedes que eso es un delito gravísimo?

—Sí, Bertier, lo hemos pensado; pero después de cometerlo—contestó Pepe.

—Haga usted conmigo lo que quiera—agregó Emma, echándose a llorar.

—Que haga lo que quiera... ¡Insensata, insensata! ¡Qué más querría yo que poder hacer lo que quisiera! Pero ¿cómo?, ¿cómo ha sido? ¿Cómo han hecho ustedes esa barbaridad?

El relato, comenzado por Emma y continuado por su prometido, por estar ella tan asustadísima que no lo pudo terminar, fué en todo veraz, salvo en la parte fantaseada para cumplir al enfermero la formal promesa de librarlo de responsabilidad, pareciéndole todo tan extraño a Bertier, que exclamó:

—¿Que Emma ha cooperado a ese atraco,

amarrando por sus manos a un hombre?... Imposible; eso no puede ser verdad.

—Sí, sí lo es; pero era para salvar al sentenciado. Y al carcelero lo atamos sin hacerle daño—respondió inocentemente la avergonzada y turbada muchacha.

—¿Y usted, Lobera!... Usted, que estaba obligado a tener el seso que le faltaba a ella, ¿cómo ha podido consentir, ayudar?... ¿Cómo no me ha prevenido, y cómo no ha evitado a esta niña esta terrible situación? Usted es el más culpable.

—No, Bertier, no: él no.

—Tiene usted mil razones; pero me pedía la vida de ese infeliz en pago de la que a ella le debo, y no pensé, no pensé.

—¿Y qué hago yo? ¿Qué hago?... Porque el hombre que está amarrado allí declarará, y declarará el portero; y esas declaraciones habrán de consignarse por escrito... Si a lo menos pudiéramos cogerlo todavía... ¿A qué hora y en qué dirección escapó?

—Eso no se lo digo a usted. No quiero que lo maten.

—Sigue usted loca, Emma... Sí, loca, loca; pues aunque lo que hace sea sublime, es una locura—dijo conmovidísimo el gendarme, que en seguida agregó: —Y yo no puedo hacer ostensiblemente nada, Lobera: usted comprenderá que mi cargo y mi deber...

—Por mí, Señor Bertier, no habría dicho a usted nada. Pero por ella, por ella... Si usted...

—Sí yo, si yo... Es fácil de decir cuando dentro de dos horas, al ir a buscar al preso

para ejecutario, se encontraran mis gendarmes, en lugar de él, con el carcelero atado... No sé, no sé...

Venga, Lobera, vamos a ver si Don Héctor, ¡bueno se va a poner cuando lo sepa!, nos saca del atasco... Si él... Porque yo no puedo intervenir en nada; yo no debo saber nada...

Al decir esto, llegaba ya Bertier a la puerta desde la cual se volvió hacia Emma diciendo:

—Hija mfa, usted habrá hecho una hermosa obra de caridad; ese canalla la estará agradecido; pero esa caridad me hace a mí un flaco servicio.

Lobera iba muído y contrito, sin rechistar a los reproches y recriminaciones del capitán, que tan pronto conmovido con el temerario arranque de Emma, como furioso con su insensatez y aterrado de las consecuencias, desfogaba su cólera en aquél.

—¡Bonita, bonita situación! Se han hecho ustedes un precioso regalo de boda... Pero usted, usted... Se ha lucido; puede estarle ella agradecida a su condescendencia... Es inconcebible que un hombre... Merecía usted...

¡Anda! Allí sale ahora Don Gustavo de su cuarto. Corra, hombre, corra... ¿No ve que hay que meterlo en la cama ahora mismo, para que no lo vea nadie; que es necesario que se ponga malísimo, y que yo no pueda saber nada de eso?... Corra, acuéstelo a la fuerza y dígame que es preciso engañarme.

Salió Pepe como una flecha, y muy alegre, pues el encargo recibido demostraba que, con toda su indignación, y a hurto de su ordenancista severidad, ya estaba el veterano buscando modos de que lo sabido por el sensible Bertier no llegara a oídos del austero gendarme: que al darse, por su parte, también cuenta del alcance de haber partido de él la ocurrencia de encamar a Don Gustavo, prorrumpió en espantosa retahíla de tacos y vocablos, al ver salir al otro disparado a cumplir la comisión.

Mientras Bertier proseguía su camino, alcanzaba Pepe a Don Gustavo, se arrojaba sobre él, y a fuerza de empujones, y sin ninguna explicación, lo hacía volverse atrás y lo metía en volandas en su cuarto, diciendo:

—No se extrañe; perdone: es muy urgente, urgentísimo... Luego le explicaré; pero vuélvase, vuélvase ahora mismo; métase en su cuarto antes que lo vea nadie.

—No hace falta; ya me ha metido usted. ¡Caracoles!

—No pierda tiempo—prosiguió Pepe, cerrando la puerta—. A la cama, a la cama.

—¡A la cama! ¿Porqué? ¡Qué desatino!

—Acuéstese inmediatamente.

—¡Porra, con los modales! Pero ¿es que va usted a desnudarme?

No perderemos tiempo refiriendo las explicaciones de Lobera al médico, que en cuanto se enteró de la hazaña de la tímida Emma y del estado del conflicto, comenzó por asombrarse, resignándose luego a meterse en la cama, a ponerse gravísimo y a fingir que engañaba al capitán; porque tan indiscreto fué Lobera que, a condición de que Don Gustavo lo callara, le confió los deseos de aquél de dejarse engañar.

...

Cuando Bertier llegaba a la puerta de las habitaciones de Ducery, iba despotricando por lo bajo:

—¡Maldita niña! ¡Imbécil novio!... Y yo, ¡bonito papel para una autoridad!, convertido en encubridor de encubridores. No, eso no puede ser... Pero tampoco puede ser que yo encarcele a esos muchachos, y menos la víspera de la boda... Lo que no puede ser es que yo envíe a galeras a esa pobre criatura, por su buen corazón y no saber de leyes. Pero el aprieto es gordo... ¡Las mujeres, las mujeres!... ¡Jesús qué cosas hacen las mujeres!... Y las que hacen hacer. ¡Porque lo que ha hecho el novio, y lo que estoy en camino de hacer yo! No, la tal Emma merecía un escarmiento. ¿Porqué diablos habrán quitado de los códigos el castigo de azotes? Tan bien como vendría ahora...

Llegado a este punto, se cambió en diálogo el anterior monólogo al entrar el monologante en el despacho, donde ya estaba trabajando Don Héctor, el cual se levantó de pronto y muy molesto al oír de improviso:

—Buena me la ha hecho la angelical Emmita, esa mosquita muerta. Como usted no lo arregle...

—¿Qué dice usted, Bertier? Tenga cuenta cómo habla de mi hija.

—Su hija de usted ha preparado y ayudado la evasión consumada del sentenciado a muerte. A ella la tienen sin cuidado sentencias, tribunales y códigos.

Asombro de que Emma hubiera tenido la idea y la osadía de realizar cosa tan grave enternecimiento al comprender los hermosos impulsos que la habían ofuscado, espanto de las consecuencias, y cólera de aquella rebeldía a toda ley no dictada por el corazón, fueron las sucesivas impresiones que precipitadamente asaltaron a Duvery.

Cuando en rapidísimo relato le informó Bertier de lo acaecido y de la cooperación de Lobera en la insensata empresa, la ira del padre se revolvió contra el futuro yerno, descargando sobre él cuando llegó con

la noticia de quedar Don Gustavo ya en la cama.

Aguantó Pepe esta catilinaria con igual mansedumbre que el anterior chaparrón de reconvenções de Bertier, que esta vez atacó el desahogo de Don Héctor diciéndole que no perdiera tiempo; pues era muy urgente que entre él y Lobera se arreglaran de modo que al entrar los gendarmes en la enfermería a buscar al condenado, no encontraran allí al practicante *amarrado por Emma*.

—¿Que mi hija ha amarrado a un hombre? Usted está loco.

—Pregúnteselo a ella, y a éste, que se lo tenía sujeto... Pero ahora no hay tiempo de perderlo en discusiones. Como yo no puedo encubrir delitos, ni dejar de perseguir a los culpables, es preciso evitar que me los pongan delante... Yo tengo que aplicar la ley, y únicamente si no hallara a quien tomar declaración y mis pesquisas fracasaran ante una *evasión misteriosa*...

—¡Ah! ¿Usted nos aconseja?

—Señor Lobera, yo no aconsejo nada... ¡Pues no faltaba más!—contestó Bertier con muy mal modo, y se marchó dando un portazo. Pero al medio minuto volvía, entreabría la puerta y tornaba a cerrarla y a marcharse, pero después de haber dicho:

—Duvery, yo me voy a mi cuarto, de donde no saldré hasta minutos antes de las diez, que enviaré a los guardias a buscar al preso.

Lo primero que en cuanto se quedaron solos decidieron el padre y el futuro de la delincuente fué ir a la enfermería. Por el camino enteró el último al primero del verdadero papel desempeñado en la fuga por el practicante y de obedecer la farsa de la amarradura a terminante decisión de Emma de no comprometerlo, garantía sin la cual no habría él facilitado la evasión. Apenas llegaron a la enfermería desataron al hipócrita aquél, entablando los tres viva conversación, en la que, percatándose del apuro de los otros, sacó el muy granuja a Duvery, por los nuevos servicios que iba a prestar, otros cinco mil francos sobre los que Lobera le tenía guardados, y le devolvió entonces.

Seguidamente entraron en la habitación que había ocupado Ben-Cassim, haciéndose el tunante el sorprendido de hallar en ella la sierra de pelo y el traje de daza por él allí llevados para emplear una y otro en el primer plan de evasión: hallazgos que a Duvery y a Pepe les hicieron cruzar miradas de inteligencia, por parecerles imposible que allí estuviera aquello sin la complicidad del practicante; pero necesitando de éste se callaron.

Efectuando por sí lo que él mismo propu-

so en pocos minutos dejó el argelino cortado el candado de la ventana, entornadas las hojas de ésta, de modo que desde afuera parecieran cerradas, y el candado caído en el suelo junto a la sierra con que fué aserrado. En seguida se vistió el traje de daza para Cassim traído, se embadurnó la cara con el menjurge negro para éste preparado; y después de cubrirse aquélla hasta los ojos con el *litzam*, subió detrás de Don Héctor y Pepe al despacho del primero, a recibir la convenida cantidad y un volante con membrete y sello de la Compañía, que falseando su personalidad, había de servirle de salvoconducto al escaparse de la Residencia, y en el cual certificaba el Director que Kafi-kafi, daza de Borkú, cesaba de trabajar de jornalero en las obras del ferrocarril, donde había observado buena conducta.

—Y que no te volvamos a ver por aquí en todos los días de tu vida.

—Descuide, Señor Director. Pero todavía falta que me indique usted qué camino debo tomar.

—El que te dé la gana.

—No, no, señor: necesito irme por donde esté seguro de no ser perseguido por los gendarmes; pues si me cogen me harían declarar, y *sería un contratiempo*.

—Es verdad... Como ellos supondrán que el preso y tú procuraréis huír al otro lado de la frontera de la Nigricia inglesa, lo probable es que os busquen por ahí.

—Entonces me iré al Borkú, que es lo más natural, puesto que esa es la tierra del Kafi-kafi del certificado—dijo al marcharse el practicante, agregando:—Ya lo sabe, señor; *por ese lado no pueden ir los gendarmes*.

No consiguió reprimir Duvery un movimiento de cólera al ver con qué descaro hacía el bribón alarde de su forzada complicidad con él; pero se reprimió, por no tener otro remedio que tascar el freno.

Salió el fingido daza del despacho y del edificio, seguido a distancia por Don Héctor y Pepe, inquietos hasta no verlo fuera de la Residencia; se dirigió a la barrera del recinto, abierta entonces por ser hora de constante entrada y salida de empleados y obreros, y como uno de tantos la traspuso, tomando con toda calma el camino de la aldea.

—¡Gracias a Dios!—exclamó Duvery—¿Sabe usted lo que le digo, Lobera?

—¿El qué, Don Héctor?

—Que Emma y usted han sido unos cándidos exponiéndose innecesariamente.

—Sí, sí: ya entiendo; porque sin necesidad de nuestra ayuda tenía ya preparada ese pillastre la evasión que nos ha vendido.

—Está bien claro: ese traje, la sierra de

pelo, la rapidez con que sin pararse a meditarla nos dió la solución del candado y la ventana...

—Sí; pero no hay que decírselo a Bertier, pues le daría más coraje que se le escapen dos en vez de uno.

—Desde luego, amigo Lobera. Y ahora, mientras voy a avisarle de que ya no hallará quien le cuente las hazañas de mi hija; váyase usted a tranquilizarla; pero dígame que me tiene furioso: sí, furioso, furiosísimo con ella... Y con usted también... ¡Bonto matrimonio! ¡Vaya un par, sin un adarme de seso entre los dos! La niña encogida liándose la manta a la cabeza, calzándose los pantalones que usted debía llevar, y haciéndonos a usted y a mí y al pobre Bertier amontonar delito sobre delito, con los que hay causa suficiente para enviarnos a los tres a presidio... Sí, sí; dígaselo así, claro. Y que no se me ponga delante hasta, hasta... Si no fuera porque mañana tengo que llevarla al altar, no sé hasta cuándo no volvería a verla.

Al decir esto, Duvery se entró en el cuarto de Bertier, que paseándose nervioso, a grandes zancadas, en espera de aquél, iba pensando ya que tardaba demás, y repetía en alta voz a cada tranco:

—¡Malditas mujeres! ¡Malditas mujeres!

—Amén, Bertier, amén. Somos de la misma opinión. Tiene usted mil razones.

—Bien... Pero ¿qué hay del hombre a quien amarró la dulcísima Emmita?

—Está ya fuera de la Residencia, y las apariencias de la fuga arregladas, como usted quería, misteriosamente.

Al oír Bertier que ya no encontraría quien declarara los delitos de que Emma era culpable, dió un resoplido de satisfacción, pero en seguida se disparó diciendo:

—¡Que yo quería!... Yo no quiero nada. Como si no fuera bastante hacerme el tonto con lo que ayer ha hecho la hija, quiere ahora el padre colgarme el muerto de director de farsas para... para... Si hay misterios, allá usted: yo no tengo nada que ver en ellos: yo no puedo ni quiero intervenir en nada. Con saber que ese hombre no está ahí, sé bastante; no me diga usted más; no cuente cosas que yo no debo oír.

—No digo nada, amigo Bertier... Únicamente, que si organiza usted la persecución de los dos fugados...

¡Ah! ¿Son dos los fugados?

—Yo creo que sí... y que haría usted mal en buscarlos por el camino de Borkú, donde acaso podría topar con alguien interesado en declarar cosas inverosímiles, patrañas para despistar a la justicia.

—¿Sí, eh? Muchas gracias por la advertencia, Duvery.

—Yo creo que deben haberse ido camino de Nigricia.

—Es verosímil: ese toman casi todos los que por aquí cometen fechorías.

—Pues hasta luego.

A poco de separarse Duvery de Bertier, ordenó éste sacar al preso de su encierro y llevarlo a Techiasco, a dar allí cumplimiento a la sentencia, mostrándose sumamente sorprendido cuando el oficial a quien había dado aquella comisión volvió a participarle que el condenado se había evadido por la ventana, probablemente en complicidad con su carcelero y en compañía de él; pues también éste había desaparecido.

Corrió a la enfermería el capitán, y con tal calor tomó el asunto, que en lugar de encarregar a ninguno de sus subordinados las primeras diligencias y pesquisas, echó sobre sí la faena de instruir el atestado; pues tratándose de una *evasión misteriosa*, según su repetida frase tenía especial prurito en aclarar personalmente el misterio.

Lo primero que hizo fué llamar al portero, preguntándole si había alguien *forzado o roto la barrera*, o si en ella se advertían señales de que dos hombres la hubieran escalado, a lo cual, claro es, contestó negativamente el interrogado. Y cuando, en su deseo de explicaciones, quiso agregar que la noche anterior no había salido sino... lo interrumpió Bertier diciendo: "Sí, ya lo sé: un propio enviado por el Señor Director: ya lo sé, ya lo sé. Puede usted retirarse."

Probado así en las diligencias que los fugitivos no habían salido por la barrera, se dedujo que se habrían escapado escalando el parapeto; y no quedando por tomar declaraciones sino a los gendarmes que habían hecho centinela a la puerta de la enfermería, una vez evacuadas y redactada el acta de reconocimiento de los lugares, fueron suspendidas las diligencias: a reserva de proseguirlas si los fugados fueran aprehendidos.

Ni de la enfermedad de Don Gustavo, ni del emisario enviado a Agadés, ni del desaparecido *side-car* del director constaba nada en el atestado, pues ni palabra dijo nadie de una ni de otros, y ya tuvo buen cuidado Bertier de que no se mezclaran en los autos estos asuntos con la evasión, de la cual eran *completamente independientes*; y como lo único que ya podía hacerse era enviar gendarmes en busca de los dos fugitivos en la dirección presumible de su fuga, así se hizo, con encargo de registrar la comarca y las rutas situadas hacia el lado de la Nigricia.

Por último, una vez que a mediodía se divulgó todo esto, se le pasó a Emma el susto,

y ya no se acordó en toda la tarde sino de charlar, y charlar, y charlar con su novio de la boda del siguiente día; pues, a decir verdad, se preocupó muy poco con la cacareada furia de su padre.

Estando tan gratamente ocupados y siendo ya las seis de la tarde, llegó un criado con una esquila para Pepe, que, abierta, resultó ser de Don Gustavo, y hallarse concebida en los siguientes términos:

Querido amigo: ¿Hasta cuándo tengo que seguir en la cama? Como en vez de volver, según me prometió, ha hecho usted la del humo, estoy, más que aburrido, inquieto con lo poco que me dijo esta mañana.

—No me había vuelto a acordar de él— dijo Pepe dando el billete a Emma, que al leerlo soltó la carcajada y preguntó:

—¿Desde qué hora lo tienes encamado?

—Desde las siete o las siete y media.

—¡Y son las seis! ¡Pobre Don Gustavo! Anda, hombre, anda a sacarlo de la cama. —Allá voy. Pero para lo que ya queda de día podía empalmar hasta mañana.

Cuando Lobera hubo sacado de su blanda prisión al recluso en el lecho, y referídoles,

con detalles que antes no pudo darle, los sucesos de la víspera y el feliz desenlace en que habían parado, dijo el médico:

—¿Sabe lo que se me ocurre, amigo mío?

—Usted dirá.

—Que se va usted a casar con una niña que le da quince y raya a su madre Eva.

—¿Porqué?

—Porque Eva no le hizo a Adán comer sino media manzana, y ella, no contenta con hacerle a usted tragarse la ración que complaciente se ha comido al ayudarla, ha hecho para ser de Pepe, yo y hasta el mismo Bertier nos atraquemos de manzanas... Dígaselo, dígaselo de mi parte a ella.

* * *

A pesar de su indignación, no por ella dejó aquella noche Duvery de dar a su hija el beso de costumbre, y aun más apretado que solía, porque pensaba, al dárselo, en que faltaban pocas horas para que Emma dejara de ser suya para ser de Pepe, y sentía el peso de la melancolía indefinible que a todo padre le produce el matrimonio de una hija.

VI

BERTIER DESCUBRE QUIEN ES NUÑEZ, Y EMMA, LO ANCHO DEL CALOR

Al día siguiente del muy amargo que a Bertier dió la autora de la evasión de Ben-Casim se casaron los novios y cómplices, comenzando para ambos lo que solamente por respeto a consagrada frase llamaré luna de miel; pues ni la intensidad de los mutuos afectos de los desposados ni el resplandor de felicidad en sus ojos brillante eran comparables a la fría palidez de la luz reflejada por nuestro satélite, sino a la fulgurante del Sol; y por si esto era poco, el Sol comenzó a ser, a partir de la boda, frecuente objeto de sus pláticas: tanto, que a no cohibirme temor a ser tildado de estrambótico, cambiaría de figura retórica, llamando sol de miel de Pepe y Emma a la dichosa temporada vulgarmente llamada luna de ídem. Pero en luna se queda mientras llega el osado con el atrevimiento que me falta para romper los moldes clásicos y hacer revoluciones metafóricas, en las que yo no quiero poner mano.

Se ha dicho ya que al regreso de sus expediciones respectivas a Tafilete y al Congo traían Bertier y Manuel Lobera impresiones, muy buenas uno, malísimas el otro. Las del

capitán nacían de noticias recibidas y prevenciones hechas por su coronel al enterarlo de que los diplomáticos rozamientos entre París y Londres, por cuestiones africanas, habían llegado a punto que si ya no había traído un rompimiento de hostilidades en las fronteras del Sahara, debíase al deseo de Francia y de Inglaterra de aumentar solapadamente, cada una por su parte, sus preparativos bélicos, siendo uno de los propósitos recelados de la pérfa Albión (y va de frases consagradas) el de fomentar el levantamiento mahometano contra los franceses, cuya incubación ya no era en Africa para nadie un secreto.

Pero tal plan, muy en los hábitos de la política internacional británica, exigía separar previamente de la conspiración a los musulmanes del Egipto y de los demás países sometidos a la influencia inglesa, para lo cual ya habían comenzado gestiones encaminadas a atraérselos, mediante concesiones políticas, predisponiendo a favor de éstas los ánimos de influyentes santones y caides el peso en sus bolsillos de no pocas libras

esterlinas: palanca muy de antaño acreditada de la diplomacia sajona.

Del fruto de tales maniobras y del tiempo en que cuajaran dependería que el conflicto armado sobreviniera en semanas o en meses. Pero fuera antes o después, era seguro que la ruptura de las hostilidades obligaría a Francia a emplear la mayor parte de sus tropas del Sahara contra las inglesas en las direcciones de Egipto, el Sudán y la Nigricia, y a esto obedecía la llamada de Bartier a Taflete, por la necesidad de prevenirle que, pudiendo verse privado inopinadamente de los refuerzos recientemente recibidos, debía prepararse a combatir con sus propios recursos el alzamiento en su demarcación, caso de que estallara, y esforzarse en descubrir y apresar a sus presuntos jefes, a fin de ahogarlo en los comienzos, y mejor aún frustrarlo, a ser posible, de antemano.

Pensando en este último cometido, y gracias a Manuel Lobera, hizo Bertier un descubrimiento importante, que por lo pronto le exacerbó el añejo coraje de que por repetidas veces se le hubieran escapado de entre las manos los falsos Núñez y Pozo.

Una noche que en la tertulia de después de comer se lamentaba el capitán de que, en vez de Pozo, no hubiera sido Núñez el cazado la noche del fracasado rapto, le contestó Manuel Lobera que debía estar equivocado, pues el Núñez de quien hablaba no debía ser el acompañante de Pozo, a quien éste, al caer, había gritado que huyera, llamándolo por un nombre, que sin duda a causa del inmediato efecto del cloroformo había olvidado Manuel, pero que estaba cierto no era Núñez.

Infructuosos por entonces sus esfuerzos, hechos a ruego de Bertier, para recordar el olvidado nombre, no se volvió a hablar de esto, quedando convencido el capitán de que el fugado era quien él decía, y afirmándose en tal creencia al enterarlo Duvery de la pasión del falso español por Emma y de su entrada en la Residencia disfrazado de gendarme con anterioridad a la tentativa de rapto.

Y en esto habría quedado el asunto, y secreta la personalidad del citado personaje, a no ser por que, al encontrarse nuevamente en Techiasco Bertier, de retorno de Taflete, y Manuel, a la vuelta de su viaje al Congo, hicieron el primero y Duvery conversación delante del segundo y de Pepe de que en todo y por todas partes se veían evidentes síntomas de estar cercana la presunta insurrección, siendo expresivo indicio de lo avanzado de la propaganda hecha entre la plebe el que las viejas canciones popu-

lares profetizando el advenimiento de *un Vengador*, semiolvidadas ya durante los últimos años, volvían a oírse por doquier en el Desierto.

—¿Qué canciones son ésas?—preguntó Pepe.

—Unas baladas que predicen la expulsión de los europeos de Africa y el triunfo del Islam—repuso Duvery.

—¿Pero ese vengador anunciado?...

—Se vaticina que será un vástago del célebre caudillo de la terrible sublevación musulmana de 1940, a quien ellos llaman Abd-el-Gahel el Grande.

—¿Gahel, Gahel?... Es raro; yo no conozco esas canciones; por primera vez oigo hablar ahora de tal caudillo y del anunciado vengador, y, sin embargo, yo he oído, no sé dónde, pero he oído antes ese nombre.

—Y yo también creo haberlo oído, y tampoco sé dónde—dijo Pepe—. Y es extraño, porque, aun llevando más tiempo que tú en el Sahara, no he oído nunca esas canciones. Tienen que ser aprensiones nuestras.

—No, Pepe, no: estoy cierto, completamente cierto... ¿Dónde, dónde ha sido?... ¡Ah, ya lo sé; ahora me acuerdo! Ese es el nombre que el árabe a quien yo herí, al verlo entrar por el balcón, dijo, cuando al lanzarse sobre mí para cloroformizarme, gritó a su compañero: "¡Sálvate, Gahel; estamos descubiertos!" Gahel se llamaba el que huyó.

—¿Está usted seguro, señor Lobera?—preguntó Bertier, al mismo tiempo que Don Héctor decía:

—Eso sería importantísimo y muy grave.

—Tan seguro que por eso sostuve contra todos ustedes, al otro día del asalto nocturno, que el escapado no se llamaba Núñez. Entonces no recordaba el nombre oído; pero sí que no era ése; y ahora, al oír el de Gahel, se ha reavivado claro y sin duda ninguna en mi memoria.

—Y en la mía, y en la mía—exclamó Pepe—. Porque ahora recuerdo que ese mismo nombre dió Pozo a Núñez cuando entre los dos me apuñalaron en Tadelaka.

—Ya no me sorprende—agregó Bertier—que lo mismo al huir de casa de Moyfsk que en Tadelaka y en Techiasco se me haya escabullido cual si fuera una anguila. Porque supongo, Duvery, que usted no dudará ya de que Núñez y Gahel son uno.

—No, Bertier, no; y lo ocurrido en esas ocasiones afirma mi creencia, pues a un Abd-el-Gahel lo han de esconder, lo han de ayudar, por él han de morir hasta...

—Hasta las rocas y las arenas del Sahara.

—No andábamos errados usted y yo cuan-

do ya en Agadés sospechamos que ese tuno era un jefe principal.

—Pero nunca creí lo fuera tanto ni tan temible; porque en cuanto ese hombre, que además de atrevido, nos consta es inteligente y culto cual ningún otro de su raza, rompa su incógnito para unir a esas fuerzas reales la incontrastable que la superstición popular presta a su nombre glorioso en todo Africa, la noticia de haber surgido el presagiado vengador sacudirá y empujará a estos pueblos como en las tempestades del Desierto son impelidas sus arenas por el terrible *simún*.

—Dice usted bien, Duvery; y mucho me equivoco si las idas y venidas y las extrañas citas de ese mozo no tienen por objeto cerciorarse de estar la mina lista y en estado de ponerle fuego.

—Sí, sí; y como el estallido puede no estar lejano y el prestigio de ese nombre es muy temible, creo urgente se vaya usted a informar de esto a sus jefes; pues prevenidas las autoridades, acaso puedan organizar una general batida para apresarlo antes de que la rebelión estalle, o buscar medio de hacerlo pasar por impostor, que tal vez sea, o cuando no, de hacer surgir, al mismo tiempo que él, otro u otros fingidos Abd-el-Gaheles, para que el pueblo los tome por embaucadores. Y como todo eso exige tiempo, no creo deba usted ya perder ninguno.

Tan de perlas le pareció el consejo al capitán, que a la siguiente mañana tomó de nuevo el camino de Taflete para enterar a su coronel del interesante descubrimiento recién hecho.

* * *

Las favorables impresiones que de su viaje a Stanley-Pool traía Manuel eran que aquel colosal emporio de potencia hidroeléctrica rendía ya por entonces, y a reserva de superiores aprovechamientos esperados de las obras aun en curso de ejecución, 25 millones de kilovatios, o sea 34 de caballos de vapor, y que el poderosísimo voltaje de 800.000 voltios al cual trabajaba aquella central favorecía extraordinariamente las inalámbricas transmisiones de fuerza a remotísimos lugares.

Un libro entero podría llenarse con la descripción de aquel ingente manantial de energía, de las estupendas obras realizadas en él para capturar la encerrada en la corriente del inmenso caudal del soberbio río, de los procedimientos inventados para transportar la de sus cataratas, sin necesidad de metálicos conductores, mediante ondas etéreas, en cierto modo semejantes a las de la radiotelegrafía, y sin que las pér-

didas de transmisión, al llegar a Techiasco la vibración eléctrica portadora de la fuerza, pasara del 15 al 16 por 100. Porque no solamente había la ciencia resuelto ya el problema de lanzar inmaterialmente al espacio la energía, sino el de hacerlo orientándola en la dirección que se deseara para llevarla por cima o a través de las nubes de un punto a otro de la Tierra (1).

Como únicamente de la posibilidad de disponer de fuerza mecánica para la remoción de tierras e instalación de aparatos dependía que en Techiasco se estableciera la fábrica heliodinámica, en los terrenos aledaños a la Residencia se resolvió montarla en cuanto hubo certeza de que tan pronto llegaran el ingeniero y los obreros de Stanley-Pool y montaran el receptor de ondas electromagnéticas se podrían utilizar en el centro ferroviario los 12.500 kilovatios (17.000 caballos de vapor) por Manolo contratados para el plazo de establecimiento y puesta en marcha de los ingenios encargados de sustituir, multiplicándolos, los hidroeléctricos caballos del caudaloso río por caballos de fuego sustraídos al Sol: *jébeos pegasos*, que decía Don Gustavo.

Los días transcurridos hasta la llegada de los citados personal y elementos fueron empleados por los dos argentinos en concienzuda experimentación destinada a medir la intensidad solar en aquellos parajes donde iban a capturarla; dato que, naturalmente, era la base para sustituir sus cálculos aproximados por otros exactos del rendimiento en el Sahara del método de que era inventor Pepe.

Aun cuando sea somera, en breve hemos de dar noticia de sus interesantes experimentos; pero antes, y por estar relacionado con el mismo asunto, vamos a ver cómo el marido de Emma satisfacía las vulgarísimas curiosidades de ésta relativas a la imponente grandeza del manantial de potencia que aquél se disponía a explotar: tema manoseadísimo por los recién casados en reiteradas conversaciones, de las que es una muestra la siguiente:

—Pero, Pepe, ¿es posible que sólo de esta luz y de este calor solar que nos envuelven puedan sacarse las fuerzas potentísimas de que estos días os oigo hablar a todas horas?

(1) Entre los abundantes documentos de donde Ignotus saca las narraciones de esta biblioteca novelesca científica, hay dos que se titulan *The Congo Mechanical Power Waves System* (Sistema de ondas de fuerza mecánica del Congo) y *The Rising and Improving of Stanley Pool Plant* (Fundación y progresos de la Central de Stanley-Pool—1963—, de donde, cuando el turno les llegue, podrá salir a luz cuanto ahora se calla sobre tan interesante asunto.

¿Que solamente del sol llegado a las pequeñas extensiones de suelo que has acotado para recogerlas puedan obtenerse las enormes e incesantes propulsiones necesarias para mover fábricas, arrastrar trenes, impulsar barcos, aeroplanos, dirigibles, iluminar ciudades, caldear edificios; y que todo eso sea realizable a inverosímiles distancias?

—Sí, hija mía, sí.

—Me parece mentira.

—Oyeme y lo comprenderás. De muy serios estudios hechos, no en el Sahara, sino en países templados, donde el sol tiene fuerza muchísimo menor que la del que aquí, no templa, sino abrasa los cuerpos de quienes a él se exponen, resulta que un hombre de mi talla, que en las horas del centro del día *toma el sol*, recibe de él cantidad de calor que en un minuto vale unas dieciocho y media grandes calorías, también llamadas *calorías-kilogramos*.

—¿Qué es eso?... No te entiendo. Dímelo en grados del termómetro.

—No puede ser, monina; porque el grado termométrico no representa, aunque ello te sorprenda, *una cantidad de calor*, sino la medida no más de uno de los elementos que la integran, en lo cual es análogo al metro, pues el número de metros de una tela no representa por sí solo una cantidad real de tela.

—Continúa no entendiendo; y aun me parece que no tienes razón, porque en tres metros de alfombra siempre hay menos alfombra que en diez.

—Te equivocas, Emma: con sesenta metros de una de medio de ancho no tendrías bastante para cubrir el piso de esta habitación, y con veinte de dos metros de anchura te sobraría; y si además una es delgada y otra gruesa...

—Vaya una gracia; si lo tomas así.

—Pues así hay que tomarlo: lo mismo con la alfombra que con el calor, respecto al cual no da el termómetro sino el largo o el alto, siendo preciso, para saber cuánto hay, *medirlo a lo ancho*.

—¿Lo ancho del calor?

—No te extrañe la frase, que pronto entenderás. Aquí tenemos un cacharro de calentar agua en el cual cabe un litro, y debajo de él este infiernillo. Cógelos y vámonos con ellos a la cocina, donde prenderemos fuego al alcohol para que, mientras preparamos con otras vasijas un sencillo experimento térmico, rompa a hervir el agua.

Pasando el brazo por la cintura de su mujer, la sacó Pepe de la habitación, y hasta le dio, antes de salir al pasillo, media docena de besos, completamente independientes del experimento, pero para él y ella más intere-

santes que la pendiente demostración térmica.

Por el camino tomaron un termómetro de los usuales en el Sahara, cuya escala alcanzaba a sesenta y cinco grados, y una vez en la cocina, y enterado Pepe de que diez litros era la cabida de una gran olla puesta con agua al fuego, ordenó a un pinche que descolgara dos grandes barreños, en cada uno de los cuales hizo verter otros diez litros de agua fría del depósito para el servicio de la cocina, la cual estaba, según dijo el termómetro, a treinta y cuatro grados; e introduciendo aquél en la olla arrimada al hogar, lo vió subir a sesenta y ocho.

Mientras tanto, el agua calentada en el infiernillo había roto a hervir.

—Vamos a ver, Emma: aquí tienes un litro de agua a cien grados, y aquí diez a sesenta y ocho. ¿En cuál crees tú que hay *más calor*?

—Pues claro está: en el agua hirviendo.

—Entonces, al verter ese litro hirviendo en uno de los barreños a treinta y cuatro grados deberá subir más la temperatura en él que en el otro donde vamos a echar los diez litros a sesenta y ocho grados...

—De eso no estoy ya tan segura, porque en la olla hay mucha más agua que en el cazo del infiernillo.

—¡Ah! Parece que vas viendo que la cantidad de agua es aquí lo que la anchura de la alfombra de antes, y que si bien en cada litro a sesenta y ocho grados hay menos calor que en el litro a cien, no hay tanto en éste como en los diez a sesenta y ocho...

—Sí..., me parece; pero no estoy segura...; aunque sí, sí...

—Para ponértelo aún más claro realicemos las mezclas.

Efectuadas éstas, dijo Pepe, después de sumergir el termómetro en los dos recipientes:

—En cada lebrillo teníamos antes iguales cantidades de calor: las contenidas en los diez litros de agua de uno y otro a treinta y cuatro grados. Ahora hay en éste el calor correspondiente a veinte litros a los cincuenta y un grados a que la mezcla ha resultado, mientras en el que hemos echado el litro de agua hirviendo sólo tenemos el calor contenido en once litros a los cuarenta grados que en ella marca el termómetro (1), lo cual prueba que el calor agregado al primer barreño es mayor que el aumentado al otro, o sea que en diez litros a sesenta y ocho grados hay más calor que en uno a cien. Ya

(1) Tales son las temperaturas a las que, despreciando el calor absorbido por los vasos y el irradiado, honduras en las que Pepe no quería meter a su discípula, debían resultar estas mezclas.

ves cómo el termómetro nada dice por sí solo, pues la temperatura no da sino *la última del calor*.

—Es verdad, es verdad, ya lo veo, y además lo comprendo.

—Pues ahora ya puedes comprender lo que significa decir que una *caloría grande* es la cantidad de calor necesaria para elevar en un grado la temperatura de un litro de agua: de donde resulta que el calor que con ese kilogramo de agua hirviendo hemos hecho pasar de él a los diez de un barreño

ha sido de sesenta calorías (40-34 grados de aumento multiplicados por diez kilogramos), y el comunicado a los diez del otro barreño, ciento cincuenta (49-34 multiplicados por diez). Esos mismos calores son los perdidos por el agua caliente añadida a la fría de una y otra vasija.

Y en esto se quedó la lección de aquella mañana; porque al volver el profesor y la discípula a sus habitaciones se distrajerón en otros temas más entretenidos.

VII

VARIAS MARAVILLOSAS VULGARIDADES ASTRO-FISICAS

Vulgaridades son para los sabios lo que para Emma maravillas... Para Emma, y hasta para los sabios mismos, a quienes los fenómenos de la Naturaleza les parecen vulgares sólo por lo notorio y familiar de su existencia para ellos que acaso se maravillan más que Emma si piensan en las fuerzas que los engendran.

Justificada con el anterior párrafo la aparente antinomia del título del capítulo, volvamos a las curiosidades de la recién casada, que la misma tarde del día de los caçuletes decía a su marido:

—Pepe, con tus tonterías de esta mañana al volver de la cocina, nos quedamos en los preliminares de tu explicación. Decías que el calor solar recibido en un minuto por un hombre en Buenos Aires, Madrid, Nueva York, era no me acuerdo cuánto.

—Cerca de un tercio de *caloría grande*; y aun cuando sepas ya lo que en calor vale una, apreciarás mejor la enormidad, en otro aspecto del recibido por un hombre en un minuto, sabiendo que, convertido en fuerza mecánica de modo análogo a como la locomotora o los motores de los automóviles transforman el calor que les damos, sería capaz de levantar a plomo 127 kilogramos (o sea más de once arrobas) a un metro de altura, o 12.7 a diez metros (1).

—A mí, que tengo tan poca, me parece ésta muy grande.

—Y lo es; porque equivale al trabajo que un caballo de vapor (superior a un caballo

verdadero que nunca se fatigara) desarrolla en uno y dos tercios de segundo.

—Mira, Pepe, haz el favor de no burlarte de mí. Es imposible que el calor que a mi cuerpo llega en un minuto...

—Te doy mi palabra de que no bromeo; porque si supiéramos aprovechar la enorme potencia latente en el calor, recogeríamos de cada kilogramo de hulla o antracita fuerza mecánica con la que podríamos realizar el trabajo de un caballo de vapor durante veinticuatro horas y cuarenta y cinco minutos (1). Pero lo malo es que con ser la máquina de vapor una de las invenciones más portentosas del ingenio humano, rara es la que devuelve en la hélice, la locomotora o las herramientas por ella movidas, un 10 por 100 de la energía que en calor de carbón se le entrega en el hogar de la caldera.

—Lo que más me choca es oírte que calor y fuerza sean lo mismo.

—Idénticamente no, pero sí diversos trajes de una misma dama: *la energía*, que además toma otras muchas figuras: electricidad, luz, magnetismo, atracciones químicas, etc., etc., de las cuales no te hablo hoy para no marearte. Pero quedándonos en ese calor recibido del Sol en un minuto, del que hablábamos antes, sabrás que si en vez de trocarse en caballos de vapor se convirtiera, también sin pérdida, en co-

(1) Hay otra *caloría*, la pequeña, mil veces menor que la grande, llamada *caloría gramo*, e igual al calor necesario para elevar un grado la temperatura del gramo o centímetro cúbico de agua.

(1) En el supuesto de tratarse de carbón de 7.500 calorías por kilogramo; pues éstas valen en kilogramos (425 por *caloría*) 6.625.000, que dividido por 75, contenidos en un caballo de vapor, y por 3.600, que son los segundos de la hora, dan el indicado resultado.

Hay carbón de mayor número de calorías, pues 7.500 es un valor medio de los fuertes.

rriente eléctrica, bastaría para encender veinticinco bombillas de 50 vatios.

—Únicamente porque tú me lo dices... Pero sabes que sería curioso sacar esa luz de un caballero o de una señora, mientras tomara el sol.

—Curioso, sí, pero algo más difícil que la captura de la energía solar por mi sistema, en el cual tomaré el calor directamente de los rayos solares antes que me los cojan esos señores.

—¿Y qué vas tú a sacar del sol que aquí nos llega? ¿Calor, fuerza, electricidad?

—ENERGÍA metamorfoseable en la clase de ella que a cada necesidad de la humanidad y la industria le sea precisa según casos, mediante transformación de la potencia solar en electricidad; agente intermediario eminentemente apto para convertirse en toda otra fuerza.

—Y podrás recoger mucha, ¿verdad? Porque, según lo que me has dicho, el sol que llega al mundo entero debe contener muchísima.

—Se han hecho diversos cálculos para evaluarla: aproximados, claro es, pero racionalmente aproximados. Y si esta conversión no te aburre...

—No, no, al contrario: es muy interesante.

—Pues de uno de ellos, que me parece haber leído en una obra de Dolmage, resulta que de estar el Sol cubierto de una capa de hielo de 400 metros de espesor el calor de aquél la licuaría en una hora.

—Mucho debe de ser; pero no me hago cargo, porque me confunde la inmensidad del Sol.

—Para ponerlo más a la medida de nuestro pequeño mundo, te diré que a ser de hielo en vez de tierra nuestra Tierra y hallarse junto al Sol, la totalidad del calor de éste la deshelaría en tres minutos y medio (1).

—Pues todavía es para mí poco asequible esa comparación, y si pudieras hacer un esfuerzo para reducirla, no a la medida del mundo, sino a la de quienes lo habitamos...

—El esfuerzo no necesito hacerlo, pues hace tiempo lo hizo John Ericsson—inventor de los barcos de guerra llamados *monitores*—, quien, de muchos años de experi-

mentación, dedujo que el mundo recibe *en un día* calor solar equivalente a fuerza mecánica, prepárate a asombrarte, de 341.600 millones de millones de caballos de vapor, con los cuales podrían elevarse en un segundo 145 millones muy largos (145.180.000) de toneladas a un kilómetro de altura.

—Lo mismo que si nada me dijeras.

—Acudiremos a otro símil; y suponiendo posible la repartición entre la humanidad de esos caballos, y hecho el reparto ya, resultaría cada habitante de la Tierra agraciado en él con 223.838.383 caballos: lo cual quiere decir—dividiendo por los 84.400 segundos contenidos en veinticuatro horas—el trabajo de 259 caballos de vapor en actividad incesante (1).

—No puede ser.

—Pues es, Emma: no te quepa duda.

—Pero si antes me has dado para cada hombre una cantidad mucho más pequeña.

—Es que aquélla era la recibida en un minuto en su propio cuerpo, y ésta la que recogería en un día entero aprovechando la total llegada al mundo.

—Ya... Pero entonces, ¿cómo, si a cada hombre corresponde esa enormidad de fuerza, siguen los hombres cavando con sus brazos la tierra, realizando toda clase de penosas faenas?

—Porque los sabios, capaces de evaluar esa fuerza por la Naturaleza derramada espléndidamente en torno de ellos—y que con ser tan grande no es todavía cuanta del Sol nos llega, pues en ella no se halla comprendida la de la gravitación, ni otras—no habían resuelto hasta ahora sino el problema de medirla, mas no el de capturarla.

—Pero tú sí, tú sí lo has resuelto: tú eres el más sabio de todos.

—Tonta.

—Tú vas a apoderarte de esos torrentes de energía. ¿No es así como has dicho que se llama?

—Sí; pero...

—Tú, Pepe mío, vas a dar a los hombres todo eso, a libertarlos de la esclavitud del duro trabajo muscular: es hermosa tu obra: es soberbia la conquista que vas a realizar de *toda esa inmensa potencia*.

—Para, para... Toda, no: una pequeña parte, dando el primer paso.

—Es el más interesante... Para quererte como te quiero no necesito yo sino que seas mi Pepe: el que sin conocerlo aún, como ya lo conozco, vi en Tánger por primera vez;

(1) El volumen de la supuesta envoltura de 400 metros de espesor en torno del Sol sería 18.455.674.128.000 kilómetros cúbicos; el de la Tierra es igual a 1.080.170.000.000 (claro que todo en números redondos y aproximados), de donde resulta, estableciendo una sencilla proporción, el indicado número de minutos necesarios para deshelar la hipotética bola de hielo igual a nuestro mundo.

(1) Tomando para población total del globo los 1.546 millones de habitantes que le asigna Vidal de la Blache. Adoptando el cómputo de 1.640 millones, de Justus Perthes, no resultan sino unos 241 caballos; pero aun así no es poco.

pero ahora, además de quererte, te admiro,
me enorgullece que seas mío: y todavía
más ser tuya.

—Emma de mîi alma...

—Pepe mio...

Quando pasó la distracción de los recién casados, velada por los anteriores puntos suspensivos, Emma, que había tomado el gusto a aquella exploración solar, donde, conducida por gufa tan de su agrado, hacía de cuando en cuando tan plácidos descansos como el de los citados puntos, volvió al tema, diciendo:

—¡Qué grandiosidad la de esa lumbrarada solar capaz de producir semejante calor. Increíble parece que un solo astro pueda engendrar tan inconcebibles fuerzas, y maravilloso es que, estando tan lejano, llegue a nosotros sin disiparse ni perderse en el camino toda su potencia. Creo recordar que me dijiste que el Sol dista de la Tierra 150 millones de kilómetros.

—Si: esa es la distancia media; pero yerras creyendo que los números que miden el calor por el mundo recibidos del Sol expresen la totalidad del que produce.

—¿Cómo? ¡Todavía más!

—Muchísimo más. El Sol no es un horquillo ni un farol solamente encendidos para caldear e iluminar la minúscula Tierra, pues calienta y alumbrá otros mundos muchísimo mayores, y su poder irrada al insondable espacio en todas direcciones.

—¡Ah, sí!: es verdad.

—Claro. Cuando varias personas rodean una hoguera no acapara una sola todo el calor de ella.

—Verdad, verdad; el emitido por el Sol tiene que ser mayor de lo que has dicho...

—Enormemente mayor. Imaginando todo el espacio que circunda al Sol hasta la distancia a que de él nos hallamos encerrados en una esfera ideal de esos 150 millones de kilómetros de radio y en cuyo centro estuviera él; suponiendo después incrustados en la superficie de esa esfera, y unos junto a otros, mundos y más mundos del tamaño del nuestro, para cubriría por completo e interceptar todos los rayos por el Sol lanzados serían necesarios 2.229.310.735 globos como este en que vivimos, cada uno de los cuales recibiría iguales calor y fuerza; y la consecuencia es que la total energía solar a nosotros llegada no alcanza ni a media mil millonésima de la irradiada al universo por el Sol (1).

—¿Media mil millonésima?

—No te haces cargo, ¿verdad?

—No. Comprendo que es muy poco; pero si antes no abarcaba lo desmesuradamente grande, ahora no percibo esa imperceptible pequeñez.

—La concebirás en cuanto sepas que representando la total energía irradiante del Sol por la distancia que en Madrid habrías de recorrer para ir de la puerta del Palacio Real a la de El Retiro, o en París desde el Jardín de las Tullerías a la Plaza de la Estrella, quedaría representada la que nosotros disfrutamos por medio milímetro.

—¡Qué asombro!... Y oye: yo sé bien que el Sol es grandísimo; pero ¿cuánto más grande que la Tierra?

—Para hacer otro igual a él sería necesario juntar 1.283.720 mundos como este que tú me has convertido en cielo.

—¡Qué pequeños nosotros, qué inmenso él!

—Nosotros mucho más pequeños y él mucho menos grande de lo que tú piensas.

—¡Menos grande!... ¿Pues qué mayor inmensidad?

—No una, muchas: por ejemplo, la hermosa estrella Arturo es 365,526 veces mayor e igual, por tanto, a más de 469.000 millones de Tierras; de donde resulta que si la nuestra cupiera en esta sortija tuya, el aro que abarcara al Sol habría de medir 1,083 metros, y el que se ajustara a la redondez de Arturo, 5,537 kilómetros largos.

—¡Qué maravilla!

—Y en el Universo hormiguean soles muchísimo mayores que Arturo.

—Basta, basta: a mi asombro le sobra ya con ese, y mi curiosidad pide ahora otra cosa.

—¿El qué?

—Saber cómo es el Sol y cómo puede arder y arder sin hacerse ceniza como todas las hogueras.

—No, no preguntas poco, y como la respuesta llenaría un libro, o, mejor dicho, llena ya muchos libros, habrás de contentarte

los 150 millones de kilómetros de distancia media de nuestro mundo al Sol, y dividiendo dicha superficie por la del círculo máximo de la esfera terrestre.

En dicho cálculo se ha tomado como unidad, en vez del metro o el kilómetro, el radio medio de la Tierra (6.367 kilómetros) y empleando logaritmos; lo uno y lo otro con objeto de no volverse locos manejando números de dieciocho guarismos. Así se obtuvo: logaritmo esfera ideal (0,84532179) — log. círculo máximo terrestre (0,4971498) = 9,3481719.

Cuyo antilogaritmo da para la relación buscada el número 2.229.310.715 en el texto inserto.

(1) Al número 2.229.310.785 se llega calculando el área de la esfera ideal, cuyo radio es

con el índice de alguno de los más breves y vulgares.

Consta el Sol de un núcleo central donde no penetra el telescopio, ni del cual es probable lleguen rayos de luz (o de llegar lo hacen del incógnito) al *espectroheliógrafo*.

—¿Qué es eso, Pepe? Ya sabes que conmigo no puedes abusar de terminachos.

—Un aparato que va más allá que el *prisma* donde la luz blanca del día se desmenuja en el hermoso iris de las diversas luces elementales, roja, anaranjada, amarilla, verde, azul y violeta, que la componen, y en las cuales vemos escalonados los colores de las llamas de los diversos cuerpos incandescentes en el Sol: cada una con los suyos y siempre con los mismos; un aparato mago que, además de deshacer la madeja enmarañada de todas esas luces, las fotografía separadamente, delimitando cuando lo hace las zonas del astro donde cada una brilla, y trazando, por tanto, los mapas de las diversas regiones de aquel ígneo océano en donde arden este o el otro cuerpo.

—Cuando quiera trãbar más amplio conocimiento con ese *espectronosequé*, te pediré que me lo expliques; pero ahora vuélvete al Sol, que es lo que en este momento me interesa (1).

—Está bien: me atenderé al índice, prescindiendo de notas. Decía que el núcleo—a altísima temperatura, verosimilmente superior a las medidas en la superficie solar—se supone formado por una masa gaseosa; mas la presión inconcebible, inmensurable, reinante en el centro del astro tal vez haga posible que alguna parte de su centro se mantenga en estado de líquidas lavas y aun quién sabe si... voy a meterme en honduras excesivas.

Envuelve al núcleo lo que, llamado técni-

camente *fotosfera* (de *foto*, luz), constituye la faz solar por nosotros vista, la luz que los físicos llaman blanca. Es una profundísima atmósfera de ígneos vapores cuyo espesor no ha podido medirse, una acumulación de nubes luminosas debidas al enfriamiento y a la condensación que el frío de los espacios siderales determina en los gases ardientes desprendidos del núcleo; pero enfriamiento dentro del habitual estado incandescente de cuanto en el Sol se halla; y así, lo que en nuestros terrestres celajes las gotezuelas de agua suspendidas en la atmósfera, son en las nubes solares las vesículas de fundidos calcio, magnesio, hierro, plomo, etc., etc.

—¡Nubes de hierro, nubes de plomo flotando en los aires!

—En los aires, no, pero sí en las alturas de la fotosfera, en la cual predomina, según supone Fleming, "carbono probablemente condensado en gránulos o copos de hollín": claro es, incandescente.

Por cima de la fotosfera existe una delgada envuelta menos ardorosa que ella, compuesta de resplandecientes y traslúcidos gases de casi todos los cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos conocidos en la Tierra. Cubre esta envuelta a la fotosfera a modo de delgado velo con espesor comprendido entre 800 y 1,600 kilómetros.

—¡Vaya una delgadez!

—Eso no es nada para el Sol, cuyo diámetro mide 1,383,272 kilómetros. Ese sutil cendal, descubierto por el astrónomo Young al observar en España—1870—un eclipse de Sol, es designado con el nombre de *Zona de inversión* (1).

Sobre la zona de inversión flota la *chromoesfera*, equiparable a la parte de nuestra atmósfera situada por cima de las nubes terrestres. De color rojo escarlata y grosor variable entre 8,000 y 16,000 kilómetros, está formada por gases no condensados; principalmente hidrógeno y ázoe.

Al contrario de la fotosfera, cuya aparición en el telescopio fotográfico o en el espectroheliógrafo da la sensación de una masa granulada que arde en calma, la *chromoesfera* semeja un mar de fuego agitado por espantosa tempestad, sobre el cual se

(1) El espectroheliógrafo, aparato por excelencia para el estudio físico del Sol, con el cual se hace hoy el mapa fotográfico de la distribución del calcio, el hidrógeno, el helio en la superficie de dicho luminar, es insustituible para el estudio de los flóculos, de la *chromoesfera* y sus protuberancias. Con él realiza el Observatorio de Madrid preciosos estudios, en los que corresponde importantísima parte al astrónomo Sr. Tinoco. Fué inventado simultáneamente (cosa no rara en descubrimientos científicos) por Hale y por Deslándres, sabio director del Observatorio de Astrofísica de Meudon y presidente de la Sección de Ciencias del Instituto de Francia, a quien su amigo Ignatius se complace en rendir aquí tributo de admiración. En el observatorio de los jesuitas en Tortosa del Ebro se realizan también interesantes trabajos de física solar, dirigidos hasta ha poco por el sabio P. Cirera, y en la actualidad por el P. Rodés, otra lumbrera de la Astrofísica, trabajos que son allí cultivados desde muy larga fecha.

(1) *Reversing layer*, la llamó el descubridor, a causa del curioso fenómeno de que la luz de dicha zona enciende con brillantes colores las rayas negras que en el espectro de la fotosfera, descompuesta en el prisma, se manifiestan de un extremo a otro de dicho espectro como hilos negros sobre la banda luminosa y coloreada de matices cambiantes gradualmente del rojo al violeta. (Véase lo dicho en la nota de las páginas 32 y 33 sobre rayas oscuras del espectro de absorción.)

elevan ingentes oleadas, desmesurados surtidores de llamas de tornadizo aspecto, flameantes penachos de variable altura.

Son las *protuberancias*, que no es raro se eleven hasta 500.000 kilómetros sobre el nivel medio de la cromoesfera, llegando alguna a 800.000 (veinte veces la vuelta al mundo): tal la observada en 1916 por Mr. Evershed en el Observatorio de Kodaikanal: soberbio airón solar donde las gaseosas lavas ascendían a las cúspides de sus dardos flamígeros con espantosa velocidad de 350 kilómetros por segundo, con la cual podría irse de polo a polo de la Tierra, o del Perú a la Siberia, en menos de un minuto (52 segundos).

El estudio de la cromoesfera y sus protuberancias ha progresado gracias al espectroheliógrafo, que aísla la luz de unas y otras; pues sin él apenas son visibles, porque casi todas las radiaciones solares que a nosotros llegan proceden de la fotosfera y en su brillo naufraga toda otra luz.

—¿De modo que esas protuberancias son las célebres manchas solares? (1)

(1) Para Galileo y Scheiner, primeros astrónomos que las descubrieron, fueron las manchas motivo de perplejidad propia sobre su naturaleza y origen, y de ajenas críticas; pues sus colegas no se avenían a admitir que el clarísimo Sol estuviera manchado, atribuyendo aquellas macas a suciedad de las lentes de los aparatos de observación o a que tuvieran los observadores telarañas en los ojos.

El examen de las manchas y la medición de la velocidad con que se mueven sobre el disco solar condujo al descubrimiento de la rotación del Sol, qué sin duda por el estado gaseoso de la fotosfera y la cromoesfera, no es uniforme en todo el astro, efectuándose en veintidós días la de su zona ecuatorial, y en veintisiete y medio la de las equidistantes del ecuador y los polos.

Los cráteres invertidos que en la masa gaseosa de la fotosfera forman las manchas tienen una parte central, llamada sombra, rodeada de otra menos oscura, la penumbra. Sus formas son irregulares, y sus tamaños muy varios, siendo una de las más famosas la observada a principios de 1892, elipse irregular cuyos dos ejes medían 150.000 y 100.000 kilómetros, y en cuya cavidad habrían cabido setenta mundos como el nuestro.

El estudio de las manchas, de sus apariciones y desapariciones y de su variable actividad es fecundísimo para el conocimiento del Sol, y en especial de su actividad magnética, muy sensible en la Tierra e íntimamente ligada con el fenómeno de las auroras boreales: punto sobre el que no se insiste por haber sido ya tocado en otra obra de esta Biblioteca: "Del Océano a Venus". Pero es curioso hacer notar que una de las características de dicha actividad, la de variar en un período cíclico de intensificación y decrecimiento, el cual se desenvuelve en once años y tres meses, no fué descubierta por un astrónomo profesional, sino por un mero aficionado a la Astronomía, el boticario Herr Schwabe, a quien le dió la idea de ir contando día por día las manchas y registrando sus progresivos crecimientos y decrecimientos, llegando, al cabo de un estudio que

—No, hija mía: esas son oscuras y no se observan en la cromoesfera, sino en la fotosfera, pareciendo ser hondísimos desgarrones de sus abrasadoras nubes, por las cuales se ve la incandescencia menos viva del núcleo, que, aun cuando emite luz potente, parece oscura en el contraste con la fotosfera.

Y además de estas manchas oscuras, existen en la fotosfera zonas más brillantes que el resto, llamadas *flóculos*.

Por último, durante los eclipses y solamente entonces percibe el telescopio y registra la fotografía astronómica una última región llamada *corona*, que con formas irregulares y extremadamente mudables prolonga los resplandores de la cromoesfera a modo de aureola de melancólica luz perlina, cuya intensidad mengua con la lejanía al núcleo. Ese inmenso halo, solamente observable durante breves minutos en cada eclipse, se extiende—desigualmente, ya lo he dicho—, hasta llegar a veces a millones de kilómetros. La materia (gaseosa, claro es), de la corona es tan levisima que se la ha comparado a la constitutiva de las colas de los cometas.

—¿Y qué temperatura tiene el Sol?

—Hasta hace poco la mayor registrada era la del hierro volatilizado en dicho astro: 6.000 grados centígrados; pero recientemente se han medido en él temperaturas de 7.300.

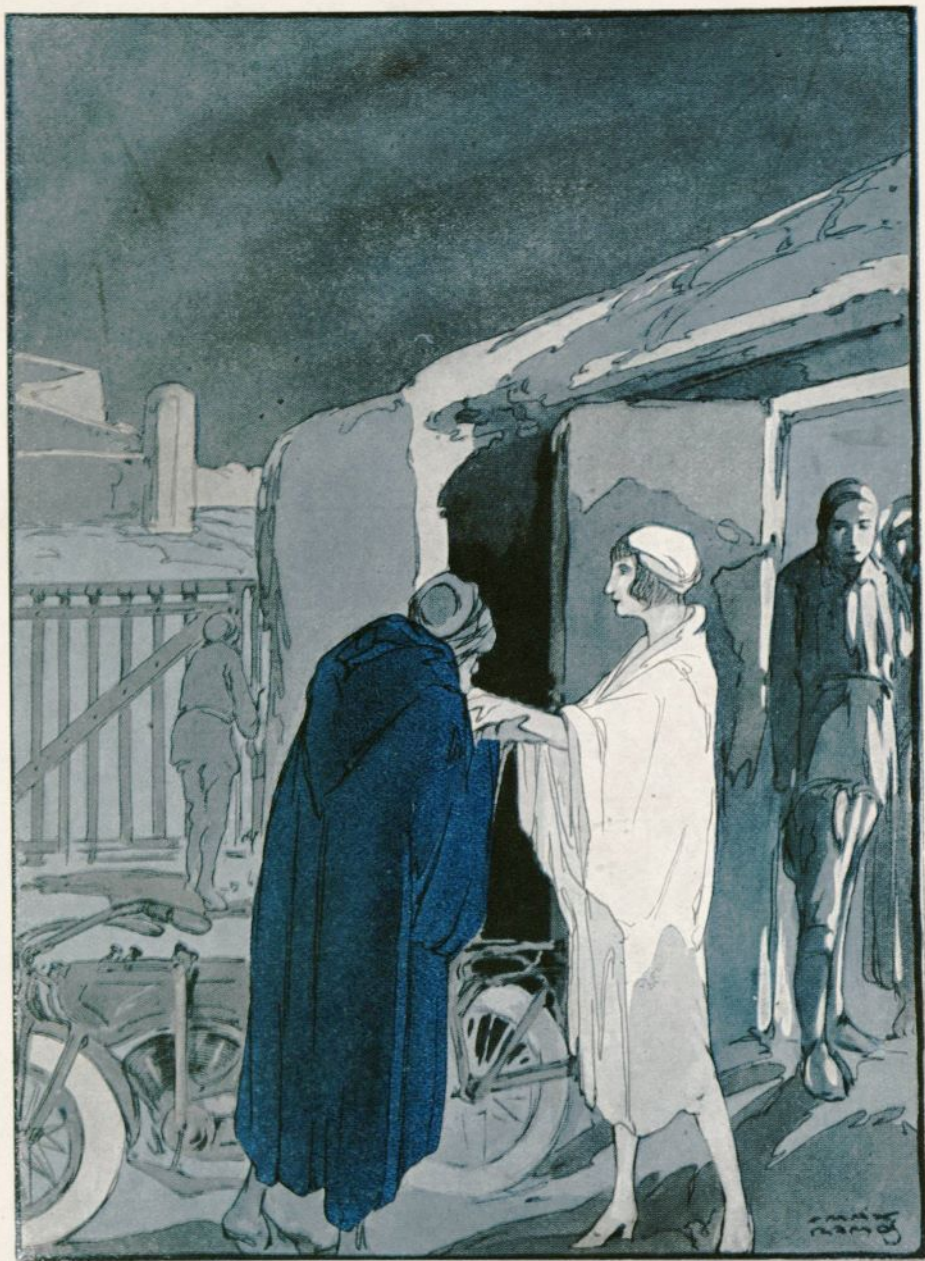
—¿Y cómo? ¿Porque nadie habrá llevado allá un termómetro?

—Por la identidad de la posición de la raya del hierro en el arco iris de la luz del Sol, con la que en el espectro—que es otro arco iris artificialmente engendrado—de los resplandores salidos de un horno eléctrico de fundición, traza la luz del hierro hirviente en él a dicha temperatura (1).

duró desde 1826 a 1851, a establecer el período de la actividad de aquellas, también relacionado con la de las protuberancias y extensión de la corona: es decir, con la total actividad solar.

(1) El primer espectro solar visto por el hombre fué el arco iris, que desde Adán acá hemos contemplado todos; pero quien primero obtuvo el arco iris en un laboratorio de Física y lo estudió científicamente fué Newton, aun cuando el análisis verdaderamente fructífero de él no comenzó sino cuando en 1814 el astrónomo alemán Fraunhofer descubrió hasta cerca de cuatrocientas rayas oscuras sobre sus diversos colores iluminados. Wollaston, Brewster y otros varios físicos han ido descubriendo más y más rayas, que hoy llegan a varios millares.

Para comprender el alcance de estas rayas, que entre otras cosas, y en manos principalmente de Kirchhoff, Lockyer, Lorentz, Lord y Lady Huggins, han dado medios de medir las más altas temperaturas de los hornos de fundición y de los cuerpos celestes, de descubrir las materias, de que éstos



Que Al-lah te premie, y que siempre te guarde como esta noche te ha guardado

—¡Qué colosal hoguera!... Y de la causa de ese calor, y desde cuándo existe y hasta cuándo durará, ¿no podrías decirme algo?

—Sí, hija mía; pero hoy no, porque a estas horas tu padre, Don Gustavo y Manolo deben estar ya sentados a la mesa, murmurando de nuestro retraso y haciendo juicios temerarios sobre la causa de él; pues de se-

guro no han de atribuirlo a los respetables motivos científicos que la determinan. Y mucho me equivoco si al vernos llegar tarde no te da Don Gustavo una de las chirigotas que tan colorada te ponen.

—Sí, vamos en seguida: me hacen muy poca gracia esas bromitas.

están formados, de averiguar que no pocas estrellas que parecían al telescopio un solo astro son soles dobles, triples; y de apreciar movimientos y evaluar las velocidades de ellos en otros aparentemente inmóviles; para comprender, repito, el alcance de estas rayas oscuras, conviene saber que los cuerpos sólidos y líquidos dan, cuando se calientan hasta la ignición, espectros continuos; es decir, bandas de luz diversamente coloreadas de un extremo a otro de ellas.

Por ejemplo, calentemos en una habitación oscura un trozo de hierro al rojo, y recibiendo su luz en una pantalla, después de pasar aquella por el prisma, veremos, en vez del espectro completo de la luz solar con sus siete colores, un *espectro incompleto*, donde sólo luce la banda roja. Pero aumentada la temperatura de la barra, se observa que, a medida que aquella crece, van apareciendo sucesivamente, en prolongación de la mancha roja, resplandores naranja, amarillo; y cuando el hierro llega al *rojo blanco*, el espectro aparece ya completo con los siete colores, de la luz blanca del Sol.

Lo que con el hierro ocurre con todo cuerpo calentado al rojo blanco.

Mas no nos detengamos en esta temperatura, y prosiguiendo calentando el hierro hasta elevarlo a los 1.500 grados a que el metal se funde, recibamos la luz del ardiente líquido en el prisma, el cual nos hará ver en la pantalla que en dicha luz subsiste el espectro luminoso continuo, análogo al del Sol, salva la ausencia de rayas oscuras.

Aumentemos aun más la temperatura, hasta pasar de los 3.300 grados a que la fundición hierve, y en cuanto empiece a despedir vapores y sea ya solamente la luz de ellos la que admitamos en el prisma espectral, desaparecerá de la pantalla la banda luminosa continua del espectro, y en vez de ella se verán sobre fondo negro rayas sueltas brillantemente coloreadas (siempre las mismas para el hierro y siempre las mismas para cada cuerpo); pero cuyas posiciones a lo largo de la banda espectral dependen de la temperatura del vapor, que en estado de gaseosa incandescencia traza un gran número de líneas brillantes en su espectro.

El vapor de sodio (obtenido quemando sal común en un mechero Bunsen) produce dos amarillas: el de litio, las da rojas; el bario, verdes; el hidrógeno, tres: roja, verde y azul, etc., etc.

Esta diferencia, característica entre los dos espectros luminosos continuos de sólidos y líquidos, donde la luz no sufre interrupción, sino tan sólo cambio de color de un extremo a otro de él, y el discontinuo, de rayas brillantes sobre fondo oscuro, de los gases incandescentes, fué descubierta en 1859 por Kirchhoff, y en tal descubrimiento y en el del *espectro de absorción*, nació el análisis

químico espectral, la química estelar, y el maravilloso aparato de medida de movimientos y velocidades de astros que no son apreciados por el telescopio.

Y vamos ahora con las rayas oscuras del citado espectro de absorción:

Fotografiemos el brillante y discontinuo del vapor de hierro y guardemos la prueba cual documento que registra la situación de las rayas luminosas de dicho vapor.

Hagamos ahora que la luz blanca de un fotogénico manantial cualquiera—cuerpo al rojo blanco, lámpara eléctrica, mechero iluminante—, cuyos rayos luminosos produzcan el espectro continuo, pase, *antes de llegar al prisma*, a través de vapor incandescente de hierro; y al mirar primero y fotografiar después el espectro ahora obtenido, se advierte ser una banda luminosa continua, pero surcada (como la obtenida con la luz solar) de rayas oscuras; y comparándolo con el brillante discontinuo del vapor de hierro, se comprueba que las rayas negras del que se acaba de obtener son en el mismo número y están situadas en los mismos lugares que las brillantes de aquel: es decir, que superpuestos ambos espectros, las rayas luminosas del uno caen sobre las oscuras del otro.

Si en vez de vapor de hierro, fuera de *sodio* el atravesado por la luz blanca, en el espectro se verían dos rayas oscuras en la zona amarilla, situadas en el lugar correspondiente a las dos únicas brillantes de dicho color que produce la luz de aquel vapor cuando ella sola llega al prisma.

Si hidrógeno fuera lo que se interpusiera, surgirían en el rojo, el verde y el azul las rayas típicas de dicho gas; si vapor de litio, las rayas estarían en el rojo; si de bario, en el carmín.

Este es el espectro de absorción, cuyo estudio ha conducido al fructífero descubrimiento de que al atravesar diversos vapores, pierde la luz blanca los colores elementales propios de la luz de cada uno de ellos.

Así, las rayas oscuras del espectro solar significan que en la fotosfera o en la cromoesfera arden vaporizados los cuerpos que aquí quemados en estado de vapor producen rayas brillantes situadas a igual altura que las que se ven en dicho espectro solar; así se ha comprobado, hasta ahora, la existencia en la fotosfera de unos cuarenta de los cuerpos simples de la Tierra, y así Lockyer midió la temperatura del hierro que allí arde, al encontrar en el espectro solar las mismas rayas, idénticamente situadas, sólo que negras, en vez de luminosas, del brillante del hierro vaporizado en el horno eléctrico a 6.000 grados.

El espectro es, por tanto, el termómetro solar, o más bien estelar, y por él se ha sabido, además de otras cosas que ahora sería prolijo relatar, que produciendo algunas nebulosas espectros luminosos discontinuos *han de ser masas gaseosas*.

VIII

EL SOL SE METE EN LA NOCTURNA TERTULIA DE TECHIASCO

Al entrar retrasados Emma y Pepe en el comedor, fueron acogidos por Don Gustavo con las consabidas bromas, rechazadas por ella, protestando contra el mal pensado galeno y la temeraria creencia de que a su marido y a ella se les fuera la vida en ternezas, carantoñas y mimos, cuando si llegaban tarde era por haberse entretenido en experimentos de alta ciencia: alta, a lo menos para neófita como ella.

—Buenos habrán salido hechos, por dos tórtolos entre arrullo y arrullo.

—No supondrá usted que nos fuéramos a arrullar a la cocina en las barbas del cocinero y el pinche.

—¡A la cocina!...

—Sí, allí hemos realizado nuestros trabajos heliohidráulicos.

—Calorimétricos, Emma.

—Es igual, Pepe.

—Tiene razón; y que uno y otro son nombres demasiado rimbombantes para esos experimentos, que al fin resultan guisos.

—Tan perspicaz está usted en eso como en lo otro. Ni arrullos ni guisos: verdadera experimentación científica. Ya sé lo que es una *calorina*.

—Caloría, Emma.

—Da lo mismo, Pepe; el nombre es lo de menos: lo importante es la esencia. Además he aprendido una porción de cosas del Sol, de las que probablemente no sabrá usted jota: sé medir el calor a lo ancho, sé...

—¡El calor a lo ancho!...

—¡Ah! ¿No sabe usted lo que es? Pues entonces, en lugar de burlarse, debía respetar mi sabiduría.

—La respeto, la respeto; pues fuera de mi anatomía y mi terapéutica soy un ignorante. Del Sol sé poco; tus calorías las conozco solamente de oídas, y de esa anchura del calor estoy completamente a oscuras.

—Más vergonzosa es todavía esa ignorancia—dijo Duvery—en un ingeniero que, como yo, anda siempre entre máquinas y motores y en ensayos de carbón. Pepe, ¿qué diablos quiere decir tu mujer con eso de "lo ancho del calor"?

—Que lo explique ella; y así le servirá de repaso de la lección de hoy.

Con la ayuda, cuando se veía muy apurada, de su marido, explicó Emma los *calzolecos* térmicos de aquella mañana.

—Ya, ya entiendo—dijo su padre al acabar ella de hablar.

—Y yo te otorgo ya, sin regateos, título de sabia—agregó Don Gustavo.

—No, no: sería prematuro, mientras no nos demuestre que también es capaz de medir el calor a lo hondo.

—Pues, papá, me has dejado sin título. Pepe, tú no me has explicado eso: por tu culpa estoy haciendo un mal papel.

—No eres tú sola, porque ya has visto que tu padre ignora qué es lo ancho, y yo nada sé tampoco de lo profundo del calor.

—Vaya, vaya, todavía va a poder este pobre mediquín hombrearse con los sabios.

—Bueno, papá, explica esas honduras.

—Vamos a ver: si los diez kilos a 34 grados del agua del lebrillo donde echaste la que estaba hirviendo hubieran sido, no kilos de agua, sino de aceite...

—¡Ah!—dijo Pepe.

—¿Has caído ya?—le preguntó su suegro.

—Sí.

—O si en el agua hirviendo hubieras medido diez kilogramos de acero, también a 34 grados, ¿crees que aceite y acero se hubieran calentado igualmente que el agua fría?

—Claro.

—No, hija, no: el calor contenido en iguales cantidades de sustancias diferentes, que, cuando por estar unas y otras a iguales temperaturas decimos todos, y decimos mal, que están igualmente calientes, no es el mismo; porque si ese calor tiene igual altura termométrica y la misma anchura de un kilogramo en todas ellas, no tiene igual profundidad. He dicho que decimos mal, porque *lo más caliente es lo que tiene más calor, no lo que está a mayor temperatura*; pues ésta no es sino una de las manifestaciones de él, o adoptando el pintoresco símil de tu marido, una de sus dimensiones.

—Me hace usted el efecto de un prestidigitador de ideas y palabras.

—Nada de eso, Doctor: Don Héctor tiene razón—dijo Manolo Lobera.

—Pero ¿pretenderán ustedes sostener que un kilo de agua, otro de aceite y otro de acero, a cien grados los tres, no están igualmente calientes?

—Ni más ni menos, porque el kilogramo de agua contiene más calor que el de aceite, y el de éste más que el de acero. En prueba

de ello, y a reserva de que cuando le plazca haga usted la prueba, yo le aseguro ahora que si en tres barreños con diez kilogramos de agua a 34 grados echa usted, respectivamente, uno de agua, otro de aceite y otro de acero a cien, subirá la temperatura, en el primero, seis grados, en el segundo—déjeme hacer un breve cálculo—, dos escasos, y en el tercero, menos de uno: lo cual prueba que en el agua a cien grados había más calor que en el aceite y mucho más que en el acero a iguales temperaturas, puesto que calienta más la misma cantidad de agua a 34. En tales diferencias estriba la profundidad del calor en los diversos cuerpos. Supongo que ahora lo verá claro, Emma (1).

—¿Qué?... ¡Ah!... Sí, sí.

Emma no había visto nada, pues ella y Pepe estaban hacía rato a cien leguas de aquella discusión térmica: tanto que su sorpresa al oír la pregunta hizo soltar la carcajada a todos.

La anterior conversación se había desenvuelto durante la comida, al final de la cual fué cuando, entre sorbo y sorbo de café, tuvo Duvery que echar mano al lápiz para obtener las temperaturas de las mezclas.

Terminado el café, el Sol, héroe principalísimo en el actual momento de esta historia, ocupó y preocupó a todos en la tertulia de aquella noche, dividida en dos grupos: uno de preguntones, Don Gustavo y Emma, muy atenta a cuanto se dijo para no provocar con meras distracciones nuevas carcajadas, y otro de doctos, a cuyo cargo corrían las respuestas, formado por Duvery, los argentinos y los ingenieros subordinados de aquél.

Bertier se había ya marchado a Taflete, y Raúl continuaba en Agadés; pues aun habiendo ya terminado de adiestrar en su nuevo cometido al capataz convertido en lumitelefonista, continuaba allá por estar preparándose, en compañía de Joubert (el telegrafista que auxilió a Pepe a montar el radiogoniómetro), para salir con el "auto" telegráfico destinado a corretear por el Desierto en busca de estaciones clandestinas:

(1) Llamaba Duvery profundidad térmica a lo que los físicos denominan *calor específico* de los cuerpos, que es la cantidad de calor que cada uno ha menester para aumentar su temperatura en un grado: 0,3096 para el aceite; 0,118 para el acero; 0,2374 para el aire.

Este último dato, unido al del peso del aire, 773 veces menor que el del agua, permite establecer una curiosa equivalencia térmica, en virtud de la cual resulta que con la cantidad de calor empleada en elevar un grado la temperatura de un litro de agua se eleva igualmente la de 3,261, o sea más de tres y cuarto metros cúbicos, de aire.

nas: pesquisa que espontánea y entusiastamente se brindó a realizar; pues su cuñado no podía demorar por más tiempo los trabajos de la explotación solar, ni cabía confiar en el buen Joubert sino para manejar su aparato; pero no paró dirigir expedición científica de índole tan delicada como aquélla.

Preguntando unos, contestando otros, y hasta sonando aquello a ratos a controversia más que a explicación, contendieron en ella sucesivas hipótesis por el mundo sabio formuladas sobre las causas del calor solar, y a relucir salieron los preclaros nombres de Hemoltz, Lockyer, Kelvin, Huggins, Moulton, Young y el del glorioso Padre Sechi.

Invocando los conocidos fenómenos del calor desarrollado en todo choque y en toda detención de un movimiento, de los cuales son buenos ejemplos la rojez que invade un carrillo violentamente abofeteado, el recalentamiento de los frenos de un tren, que incendia a veces los vagones, la fusión del metal de una bala detenida en un blindaje que no puede atravesar, deducía un disertante la temperatura desarrollada por cada kilogramo de aerolitos caídos en el Sol con velocidades doscientas, cuatrocientas y aun más veces superiores a las de una bala de cañón; y habida cuenta de los innumerables bólidos que allí caen a causa de la enormidad de la atracción solar y de las grandes distancias hasta donde se ejerce en el espacio poblado de materia meteórica, concluía este calculista que no hacía falta más para explicar la altísima temperatura del centro de nuestro sistema planetario.

—Que la caída de ese crecidísimo número de meteoritos ha de engendrar enorme calor, es indudable—dijo otro de los contendientes—; pero de ello a erigirla en sola causa del calor solar, hay un abismo infranqueable; pues para ser así habrían de caer en el Sol cantidades tan grandes de materias externas a él, que en el transcurso de los siglos históricos habrían ya producido, y seguirían produciendo, aceleración—obligada por las leyes de la Mecánica Celeste—en la correlativa velocidad de traslación de los planetas, con el consiguiente acortamiento en la duración del año en cada uno. Y como esto se halla en desacuerdo con la permanencia inmemorial del año terrestre (1), parecía evidente al impugnador de

(1) La razón de por qué a mayor masa del centro de gravitación planetaria habría de corresponder crecimiento de la rapidez con que los planetas giran en torno de él, es fácil de comprender.

Salva la diferencia entre la forma circular de

aquella hipótesis que únicamente Hemoltz, con su teoría de la contracción, había dado aceptable explicación sobre la causa esencial de calor solar.

Preguntó entonces el médico en qué consiste dicha teoría, siéndole explicado que la fuerza de la gravedad solar (veintisiete veces largas la de la Tierra) produce en su masa, no mengua, pero sí contracción continua, equivalente a recalcamiento de ella, debido a incesante descenso de las partes externas del astro hacia su ardiente núcleo, verificado con gran velocidad; pues una masa igual a la de un hombre de 75 kilogramos pesa allí 2.025.

Al detenerse estas materias en la caída, perdiendo su velocidad, ha de engendrarse allí calor tan grande, que para compensar el irradiado por el astro bastará, según cálculos de la termodinámica, contracción que

haga disminuir su diámetro en 55 centímetros por día, o sea, aproximadamente, dos kilómetros en siglo.

Objetó entonces el partidario de la hipótesis meteórica que, de ser ésta inadmisible, por no haberse advertido durante los tiempos históricos acortamiento del año, también sería inaceptable la de la contracción, por no haberse observado empequeñecimiento del disco solar.

—Amigo mío—contestó Manuel Lobera—, es que la reducción secular de dos kilómetros necesitará acumularse durante trece siglos para valer una cienmilésima escasa del diámetro del Sol, la cual no llegará a hacerse perceptible para los telescopios sino al cabo de seis mil años. Y como los perfeccionados son de fecha muchísimo más reciente, preciso es pasen muchos siglos antes de que puedan comprobarla (1).

la órbita recorrida por una bola que al extremo de una cuerda sujeta por la mano voltea en torno de ésta cuando se la da impulso, y la elíptica de los caminos de los planetas, existe semejanza entre los movimientos de una y otros, que se convertiría en identidad en cuanto, en vez de cuerda, sujetara la bola un resorte espiral de acero o un cable de goma, que según fueran las cuantías de la fuerza atractiva y la velocidad rotatoria, se alargara o se encogiera hasta equilibrar una con otra.

Como resorte o goma tirarían de la bola, y la harían caer sobre la mano a no existir la fuerza que la impulsa en su movimiento circular, así con la fuerza llamada gravitación, la atracción solar tira hacia el Sol de los planetas, que, a no estar animados de movimiento traslatorio, caerían en aquél, como la gravedad terrestre, idéntica a aquélla, hace caer al suelo en el mundo cuanto en éste no descansa en sostén que contrarreste su peso o no se halla animado de un rápido movimiento traslatorio, que como el de la bola, el del proyectil o el del avión, lo sostiene mientras persiste la causa engendradora de su movimiento.

La fuerza de la gravedad depende de dos cosas: la cantidad de materia contenida en la Tierra y la que contienen los cuerpos que caen atraídos por ella; la intensidad de la gravitación depende de la masa solar y de la de cada uno de los planetas, influyendo también en ambas fuerzas la distancia de los cuerpos entre los cuales actúan la gravedad o la gravitación.

Si de pronto duplicara la Tierra su masa, y quien no sepa qué es masa ponga en lugar de esta palabra peso, todo cuanto en ella existe duplicaría el suyo, cayendo con doble velocidad o requiriendo doble fuerza para sostenerse. Por pesar más que ella Júpiter y el Sol pesan allí las mismas cantidades de materia mucho más que aquí, y menos en Marte, y aun menos en Mercurio, por tener ambos planetas menor peso que el nuestro.

Dicho esto, consideremos un aeroplano con un motor calculado para que su velocidad mínima pueda vencer la atracción de la Tierra y permitir al aparato proseguir el vuelo; supóngase que estando en marcha a esa velocidad crítica para no caerse es sobrecargado con un peso de diez kilogramos, por ejemplo, caídos de otro aeroplano que vuela encima de él, y el resultado será que en cuanto con tal peso adicional quede recargado, ya

será insuficiente aquella velocidad para arrastrar el avión; y una de dos: o caerá al suelo en caso de no ser posible aumentar la velocidad del motor, o solamente incrementándola en proporción suficiente a contrarrestar el mayor peso se evitará la caída.

El motor que empuja a los planetas en sus órbitas anuales se llama fuerza de translación de ellos, y su potencia, providencialmente regulada, es la precisa, y solamente la indispensable para contrabalancear la atracción del sol, evitando la caída en éste de ellos.

En el caso del movimiento traslatorio no podemos aumentar el peso solar de los planetas que en el éter bogan como el del aeroplano en la atmósfera; pero de crecer la cantidad de materia contenida en el Sol, por efecto de las enormes cantidades de bólidos indispensables para engendrar con sus caídas el calor de aquél en la hipótesis de ser todo de origen meteórico, aumentaría con el crecimiento de su masa la intensidad de su atracción sobre los planetas, por distinta causa, pero con igual resultado respecto a dichos orbes que en el aeroplano producía la sobrecarga de los diez kilogramos: es decir, que para que los planetas continuaran volando en el espacio, habrían de hacerlo con rapidez suficiente a equilibrar sus mayores pesos a lo largo de sus órbitas, las cuales serían por ellos recorridas en menor tiempo, con la consiguiente disminución en la duración del año.

Y si no la aumentaran, el resultado inmediato sería que dichos mundos perecerían abrasados en el Sol, pues caerían en él, como a la Tierra cae el avión en cuanto pierde la velocidad indispensable para sostenerse, como cae la bola que voltea al extremo de la cuerda en cuanto amengua en ella el impulso rotatorio.

He aquí explicado, un poco macarrónicamente, porqué la Mecánica Celeste vota en contra de la teoría del calor solar engendrado por la caída en el Sol de materia cósmica, cuyo influjo es indudable, pero en proporción incapaz de aumentar sensiblemente la masa de nuestro centro de atracción gravitatoria.

(1) El diámetro del Sol es de 2.766.554 kilómetros (Flammarion), que, dividido por dos kilómetros de contracción secular, da la relación $\frac{1}{1.383.272}$ base de las afirmaciones hechas por Lobera.

—¿Y cuándo cesará el Sol de recalcarse?

—Cuando llegue todo él a tal grado de solidez que ya no pueda continuar enco-
giéndose.

—¿Y qué pasará entonces?—preguntó Emma.

—Que comenzará a enfriarse.

—Y nosotros; es decir, nuestro mundo con él. ¿No es así?

—Así es; pero no te asustes, y perdone, Lobera, quite a usted la palabra, pues veo la urgencia de tranquilizar a mi hija diciéndole que, con arreglo a esa teoría de la contracción, habrán de transcurrir cien mil siglos antes de que se enfríe el Sol al extremo de no poder sostener las vidas animal y vegetal en este mundo.

—Y eso—agregó Pepe—sin contar con que también han de contribuir a desarrollar calor en aquel astro licuefacciones de sus gases y solidificación de sus líquidos, debidas a las enormes presiones reinantes en sus nubes; pues es notorio que dichos fenómenos físicos son potentes manantiales de energía térmica.

—Y a ello han de agregarse las acciones de los cuerpos radioactivos que al ir desintegrándose desprenderán calor como nuestro radio, y probablemente más de prisa y más enérgicamente que aquí, por estar sometidos a excitaciones lumínicas, caloríficas y eléctricas de la radioactividad incomparablemente más poderosas que las obrantes en la Tierra.

—Oye, papá: ¿y no se sabe cuál es la edad del Sol?

—Saberse, no: de cierto sólo Dios sabe esas cosas; pero hace poco leí en una revista científica que la teoría de la contracción da para edad del Sol la de diecisiete millones de años.

—¡Atiza!

—¿Y cómo no se ha quemado ya, después de arder durante tanto tiempo?

—Tiene razón Emma: es inconcebible que materias que se están quemando desde hace tantos siglos no se hayan consumido por completo.

—No, Don Gustavo; ni Emma ni usted tienen razón; porque el Sol arde, pero no se quema. Como en la fragua no se quema la barra de hierro en ella enrojecida, aun cuando en la fragua arda; como en la lámpara de incandescencia eléctrica tampoco se consume el ardiente filamento de carbón, osmio o tántalo que en ella resplandece.

Y al caso es aplicable aunque no fuera dicha para él la clásica y elegante frase del místico que dijo:

Se encienden y no se queman,
Arden y no se consumen,
Apúranse y no se gastan (1).

—Ya.

—Porque aun siendo verosímil que en el Sol se queme algo, ha de ser en muy pequeñas proporciones con respecto a la total masa en conjunto incandescente, pero no en combustión. No creo halle usted dificultad ninguna en comprenderlo, Don Gustavo. De ello hay infinitos ejemplos.

—Desde luego, desde luego; sin ir más lejos, el de usted y Emma, que, abrasados de amor, ni se consumen, ni siquiera se encogen como el Sol. Y hasta es probable crezcan y se multipliquen.

—Es usted incorregible—dijo la aludida, enrojeciendo al oír la cuchufleta del doctor y las carcajadas de los otros con que finó la conversación y la tertulia.

IX

DUVERY HIJO "DETECTIVE" TELEGRAFICO

Mientras el ingeniero y los operarios enviados de Stanley-Pool montaban en Techiasco el receptor de las ondas electromagnéticas, diluida en las cuales había de llegar a la Residencia la fuerza hidráulica del caudaloso Congo en forma que, por haberse dicho ya merece un libro aparte, no ha de puntualizarse en éste, dedicábanse los inventores argentinos a medir, no solamente la energía calorífica de los rayos de sol en el lugar donde iban a instalar su

empresa heliodinámica, sino la potencia lumínica y química de ellos; pues el invento Lobera se diferenciaba esencialmente de todos las anteriores tentativas similares en no haber éstas pretendido extraer de tales rayos sino el calor, pero no capturar las demás energías con ellos llegadas a la Tie-

(1) *La Conversión de la Magdalena*, por Fray Malón de Chaide.

rra y utilizadas en el proyecto de Pepe (1). Aquellas mediciones eran la base de los detalles de instalación de la Central Solar.

Pero, aunque muy curiosas, se aplaza la noticia de ellas, por ser ahora más interesante e inaplazable acompañar a Raúl en su exploración a través del Sahara en busca de las presuntas estaciones clandestinas radiotelegráficas de los conspiradores africanos.

El "auto" donde Pepe había montado el radiogoniómetro ya descrito en "Los Vengadores" no era un coche ordinario de pasajeros, sino un gran camión cerrado y cubierto a modo de "autobús", y con ruedas de anchísima llanta de goma maciza, en las que, cuando fuera preciso pasar de las arenosas llanuras a terreno de piso desigual, blando o pedregoso, cebarían cadenas sin fin de las usadas en la propulsión de tanques de guerra y de algunos tractores agrícolas, empleando el sistema de arrastre ya designado en España con el anglicanismo *caterpillar*, y que muy bien podríamos llamar *tracción de oruga*, lo cual dice lo mismo, con la ventaja de decirlo en castellano.

Al exterior se alzaba, sobre el techo del carruaje, la cruceta del radiogoniómetro, rotatoria sobre un eje vertical, en donde se montaba la ligerísima armazón de bambú portadora de los dos circuitos cruzados de alambre que, por las posiciones tomadas al girar a impulsos del misterioso influjo de las invisibles ondas radiotelegráficas, revelarían las direcciones de los viajes de ellas en la atmósfera, y por lo tanto, las en que se encontrarán las estaciones transmisoras de los telegramas transportados en alas de las citadas ondas.

Pero el leve peso y suave giro de la cruceta habría sido causa, a no adoptar adecuada precaución, de que el más ligero viento perturbara y hasta inutilizara sus eléctricas indicaciones. Por ello había sido protegida de la acción de aquél instalándola den-

tro de una torrecilla octogonal de madera, cubierta y cerrada: sin inconveniente para su funcionamiento; pues es notorio que las ondas eléctricas atraviesan, no ya madera, sino mampostería y piedra con igual facilidad que la luz el cristal, mientras que los metales las detienen (1).

Además del radiogoniómetro, cuyo cuadrante y aguja indicadora quedaban en el interior del coche, transportaba éste una magnífica estación de campaña de telegrafía sin hilos, la cual usaba una pequeña dinamo para transmitir, movida por uno de los ocho cilindros del motor, que, a voluntad del motorista, unía su acción a las de los otros siete para impulsar las ruedas, o era segregado del mecanismo propulsor, empleándose entonces las explosiones de él en hacer girar el árbol de la dinamo productora de la corriente alternativa enviada al carrete que por los intermedios usuales hacía estallar las chispas engendradoras de la vibración eléctrica, en definitiva irradiada en ondas al espacio por la antena emisora de los telegramas.

Dicha antena no era del modelo de alambres tendidos entre pértigas a elevada altura, como las primitivamente usadas en la telegrafía sin hilos, sino del tipo de bastidor cuadrangular, al cual se arrolla, en vueltas múltiples, el alambre; y aun cuando sin inconveniente técnico podría haber sido colocada en el interior del coche, iba, cual la cruceta, sobre el techo para dejar mayor espacio en el interior. Dividíase éste en departamento cubierto para el conductor y en dos camarillos, en el primero de los cuales estaban los aparatos telegráficos, dos taburetes y dos literas colgadas para Raúl y el telegrafista Joubert, su acompañante; pues si aquél tenía mucha más ciencia radiotelegráfica que éste, no podía pasarse sin los servicios de un profesional para la práctica de recibir y transmitir. En el segundo camarote se alojaba la escolta—sin la cual no quiso Bertier se echara Raúl a corretear por el Desierto—, compuesta de Friand y dos guardias. El motorista Dessaix dormía tendiéndose en su amplio asiento de guiar, que ocupaba toda la anchura, muy cercana a dos metros, del

(1) Excepto la gravitación cuyo aprovechamiento en fines diferentes de los astronómicos constituye problema aparte sobre el cual varias veces habían meditado ambos hermanos, pero sin abordarlo a fondo, por comprender dependía su solución de hallar manera de poner en movimiento alternativo, ascensional y de caída, grandes masas pesadas mediante acciones sucesivas y automáticas de la gravitación solar y la gravedad terrestre: resultado al cual sólo se llegará cuando se descubra modo de substraer periódicamente las citadas masas a la acción de la segunda, e investigación en que no quisieron los americanos enfrascarse mientras no dieran cima a la empresa entre manos; pero que es verosímil resuelvan en lo venidero, tomando, acaso, cual punto de partida de sus estudios los interesantes experimentos del profesor italiano Marjorana, que ha conseguido disminuir, no mucho, pero sí algo, el peso del kilogramo del plomo.

(1) Precisamente lo contrario de lo que ocurre con la electricidad que fluye por los conductores metálicos y se detiene en los aisladores: siendo la razón de ello que en cuanto una onda electromagnética llega a un metal, se convierte en electricidad, desapareciendo como movimiento vibratorio del éter. Como las ondas de luz y de calor radiante no son hasta que tocan a los cuerpos, sino movimientos etéreos, no convirtiéndose en luz y calor sino al llegar a ellos. Así como el martillo no aplasta el cuerpo que golpea hasta no dar en él.

camión transformado. La longitud de él pasaba de los tres y medio.

El sistema de recepción telegráfica era al oído, no porque la transmisión fuera telefónica ni los auditivos repitieran palabras, sino porque el teléfono receptor sonaba con chasquidos equivalentes a los de la palanquilla de los telégrafos Morse, escuchando los cuales reciben los telegrafistas diestros al oído los telegramas, sin haber menester mirar la cinta donde se imprimen los puntos y las rayas diversamente combinados para formar las letras del alfabeto teleográfico. Un brevísimo sonido de la placa vibrante del teléfono es el punto; uno largo, la raya.

Pero como en la estación ambulante faltaba cinta impresa, receptora, carecía Raúl, por muy técnico que fuera en lo científico, de la soltura de viejo practición que tenía su auxiliar, sin el cual no habría podido pasarse. Por último, no está demás decir que la estación era un verdadero primor de montaje, por lo completo y fino de los aparatos complementarios destinados a variar con gran rapidez y en límites muy amplios la frecuencia de la onda propia del circuito eléctrico de la antena hasta hacerla en cada caso que pudiera presentarse igual (o por lo menos poco discrepante), a las de las diversas ondas que a ella pudieran llegar desde diferentes estaciones transmisoras con variados compases de vibración.

Tal afinado (*sintonización* en términos técnicos), era indispensable para recibir los despachos que Raúl se proponía interceptar; pues sin tal acuerdo armónico entre las antenas receptora y transmisora es trabajosísima, y hasta inútil, la radiotelegrafía: tanto más, cuando el ambicioso muchacho no se contentaba con descubrir la existencia de estaciones ocultas, sino que, de haberlas, aspiraba, además de descubrirlas materialmente, a leerles los telegramas al paso de éstos por la atmósfera, cuando junto a él pasaran, sin despertar sospecha de ello en quienes los cruzaran: para enterarse mediante tal lectura de planes, órdenes y de quienes fueran los cabezas de la conspiración.

Para terminar con los preparativos de la interesante expedición que iba a emprender el hijo de Duvery, réstame hablar del agua que, como antaño para las caravanas en camellos, ha de ser siempre el gran problema para cuantos viajan por el Sahara; pues la frecuente falta de ella en sus desolados arenales no dejará nunca de ser amenaza perpetua de tremendas catástrofes.

Cierto que reduciendo las distancias apreciadas en tiempo, el automovilismo ha aminorado extraordinariamente la extensión del

Desierto, cual entre el automóvil y el aeroplano han reducido la del mundo para los viajeros; claro es que, en consecuencia, el riesgo, antiguamente grande, de perecer por falta de agua en los largos trayectos de pozo a pozo, resulta hoy más remoto para el automovilista; pues distancias que antes consumían semanas de viaje, se salvan en un día; mas no por ello ha de creerse aquí en plena libertad de correr como y por donde quiera, a su placer en el Sahara, en cuya atmósfera de fuego devoran los autos grandísimas cantidades de agua evaporada en la refrigeración de sus motores, quedando por tal causa la fijación de itinerarios tan sujeta como la de los adoptados por las caravanas a la mayor o menor lejanía de los pozos en la zona del Desierto que haya de recorrerse y a precaución que tomando en cuenta no ser raro hallar algunos secos, lleve en los coches además de la esencia para la propulsión, agua suficiente a asegurar la refrigeración: no ya durante los trayectos de pozo a pozo entre los más alejados de la ruta, sino para que el remanente de ella, al llegar a cualquiera y encontrarlo exhausto, permita proseguir la marcha hasta el inmediato.

Atendiendo a esto y extremando previsiones, el auto teleográfico llevaba, además de un gran depósito de agua, medios de prolongar la duración de ésta, disminuyendo su consumo, gracias a un regular acopio de amoníaco que, mezclado a ella al alimentar el refrigerador, rebajaba la temperatura de cada toma en más de treinta grados. Y cuando tal respueto se acabara, reemplazaría Raúl con otro de salitre—que por doquier abunda en el Sahara—capaz de producir efecto similar, aunque no tan intenso, al del amoníaco.

Como sería aburrido detallar prolijamente la expedición, de más de dos semanas, que en torno a distancias entre 500 y 1.000 kilómetros de Agadés realizó el ambulante armatoste de exploración telegráfica, sólo consignaremos el itinerario general seguido, los procedimientos empleados en las pesquisas efectuadas, los principales resultados de ellas, y algunos episodios con que el ingrato suelo y el odio de los indígenas a los europeos convirtieron en dramático el científico viaje.

El inteligente y osado muchacho que lo dirigía salió con su auto de Agadés un anochecer; pues mientras tuvo luna durmió de día y aprovechó la noche para viajar y observar; porque es sabido que durante aquella suelen propagarse (a lo menos en esta parte de la tierra) con superior pureza que de día las señales radiotelegráficas.

A la salida tomó hacia oriente, y pasando por el oasis de Agram, aislado en la gran llanura que separa El Air de la línea de los de Kavar, se dirigió a estos oasis, escalonados en larguísima serie de eslabones de villorrios y pozos, explorados por los viajeros Vogel en 1854, Rolfs en 1866 y Nachtigal en 1870. Estos oasis constituyen desde tiempos muy remotos la comunicación natural desde el Fezzan tripolitano al lago Tchad, a la Nigrigia y al Camerún, pasando por Murzuk Gatrún, Bilma y Agadés (no Agadés), que Raúl cruzó próximo a Tou, siguiendo luego paralelamente a ella con rumbo al norte y sin acercarse a lugares habitados sino cuando no hallaba modo de tomar agua en pozos aislados; pues rehúsa enterar a los indígenas de las maniobras de su artefacto: que ni por tamaño ni por aspecto era fácil pasara inadvertido.

Al oriente del rosario de oasis se extendía ahora otra extensísima llanura hasta las faldas de la gran cordillera del Tibesti, enorme islote alargado de montañas que, emergiendo del mar de arena en dirección NO. a SE., separa el Sahara Central del Oriental, que se prolonga hasta la Nubia y el Egipto con el nombre de Desierto Líbico, atalayado desde lo alto de la orográfica cadena del Tibesti por los montes Tarso y Toussidé con alturas respectivas de 2.400 y 2.700 metros (1).

Mientras el auto tomaba agua en el pozo de Deforú, como a trescientos kilómetros de la cordillera y a ciento treinta de Bilma, dió el radiogoniómetro la primera señal de su existencia girando de pronto la cruceta y quedando apuntada en dirección de los citados montes. Varias veces la desvió Raúl, a intento, y otras tantas retornó ella velozmente a la misma posición, re-

velando que de allí venía algo a través de la atmósfera. Algo que ni el oído ni la vista podían advertir, pero sentido por las sutiles percepciones del aparato, que en diez minutos fué siete veces desviado por la mano de Raúl, vuelto seis, por otra invisible mano, a su anterior disposición, permaneciendo a la séptima quieto donde aquél lo puso: lo cual interpretó el muchacho con el significado de que entre la primera y la sexta había estado sumergido el radiogoniómetro en el torrente de las ondas eléctricas de un radiograma transmitido por una desconocida estación, siendo los effluvis de ellas los que habían movido la cruceta, quieta después donde se la pusiera; porque tan pronto acabó de pasar la última letra del telegrama, con ella se extinguió el postrer impulso electromagnético, la última inmaterial oleada de las que en la dirección marcada por la cruceta habían orientado ésta.

Del contexto del telegrama, que pasaba de largo, nada fué averiguado; pues si bien el teléfono receptor no cesó de dar levísimos chasquidos indicadores de llegar a la antena ondas actuantes sobre el circuito telefónico, tan tenue era su acción que sólo producía confusos rumores en los auriculares; pero no obstante útiles, pues su llegada a ellos corroboró que el movimiento del radiogoniómetro provenía de una transmisión telegráfica, percibida, si bien confusamente, por la antena, lo cual era ya mucho, por venir de una estación forzosamente subrepticia; pues de proceder de alguna del gobierno habría Joubert podido leer el telegrama que sobre su cabeza volaba en las alturas, y por debajo de sus pies serpeaba en lo hondo de la tierra, con vibraciones del impalpable y misterioso éter que con la misma libertad ondula entre leves y sueltas moléculas de aire o de nubes, que oscila en lo interior de las más duras rocas y metales.

La razón de porqué, en el supuesto de provenir de estación oficial, debiera haber sido entendido el telegrama, era que habiendo un rato antes comunicado Raúl con Agadés, lo cual hacía a menudo para estar siempre cierto del buen estado de su estación trahumante, al llegar a ésta las ondas cuyo paso fué delatado por el movimiento de la cruceta espía y por los incoherentes ruidillos del teléfono, la antena, invisiblemente sacudida por aquéllas se hallaba arreglada para vibrar a la misma frecuencia que la de Agadés, y en condiciones de recibir, con toda claridad, despachos de cualquiera de las estaciones oficiales con la de Agadés sintonizadas (afinadas); y de aquí

(1) El nombre de Tibesti es árabe, siendo Tou (Las Rocas) el que los indígenas dan a estas montañas.

La longitud de la cadena es de 500 kilómetros, y 700 con las escibaciones. El primero que la exploró fué Nachtigal, en un peligroso viaje realizado en 1869.

Los principales nudos montañosos de ella son el Koussi, con elevación superior a 2.500 metros, al sur el Tarso y el Toudidé al norte.

Los naturales informaron al explorador que todos los años se cubren de nieve aquellas crestas.

Toda la cordillera está erizada de conos volcánicos, y en el gran pico del macizo de Toudidé describe Nachtigal un cráter como de cincuenta metros de profundidad y perímetro que le exigió cuatro horas de marcha para contornearlo.

En los estribos al noroeste lanzados por la cordillera tienen los montes constitución y formas extrañas que recuerda, al decir del viajero, masas arquitectónicas: circos romanos, torres bizantinas, almenados castillos, peregrinas siluetas y violentos perfiles.

que el no entenderse el telegrama demostrara que las ondas llegadas a la antena vibraban a compás tan discordante del peculiar a ésta que, no pudiendo hacerla oscilar armónicamente con la desconocida transmisora, no lograban adecuada reproducción en el teléfono de las señales enviadas en las ondas emitidas por la última.

Aquellos indescifrables y al parecer inexpressivos ruidos significaban, pues, no mucho, sino muchísimo, cual testimonio de la existencia de clandestina telegrafía inalámbrica en el Desierto; y pareciéndole a Joubert que no decían nada, claramente entendía Raúl en ellos "allí está una estación".

¿Allí?... ¿Dónde?... Lo único que mirando la aguja y el cuadrante del radiogoniómetro podía Raúl hacer era señalar una dirección, o la diametralmente opuesta, diciendo "hacia allí o hacia allá".

Pero *por allí* podía llegarse a La Nubia, al mar Rojo, a Arabia, al Hílamaya, a China, y seguir más y más, y *por allá*, en sentido opuesto, al Air, Oualata, a las islas de Cabo Verde, al Atlántico, al Brasil, etc.

Tal pensaba el joven jefe de la expedición mientras por el punto de su mapa del Desierto correspondiente al pozo de Deforú, en donde se encontraba el auto telegráfico, trazaba una recta en la dirección dada por la aguja de la cruceta, patentizando gráficamente que no bastaba un "hacia allí" mientras no se le uniera un "hasta aquí". Y no sólo esto, pues al prolongar aquella recta indefinida y verla cortar por un lado la cordillera del Tibesti cerca del monte Toussidé, y pasar hacia el opuesto muy cerca de la estación oficial radiotelegráfica de Oualata, lo asaltó inquietante duda, reflejada en el diálogo que tan pronto midió en la carta la distancia Deforú-Oualata (1), entabló con su ayudante el telegrafista.

—Diga, Joubert, ¿podríamos desde aquí recibir con claridad radiogramas de Oualata?

—No sé, porque ignoro la distancia a que de allá estamos.

(1) Oualata, con cerca de seiscientas casas de piedra y numerosas ruinas en sus cercanías, que revelan haber sido más importante que hoy en otros tiempos, pertenece al Sahara Occidental, hallándose cerca de los límites meridionales del desierto.

Es casi tan importante como Tombuctú; se halla en el cruce de los itinerarios de esta población a Río de Oro y de los de Senegambia a In-Saláh y El Air.

El primer explorador moderno que le visitó en 1860 fué el oficial senegalés y explorador del Sahara, Ahoun-Sal.

Es muy abundante en agua, pero sin que en la superficie del terreno se vea una gota, pues toda fluye en corrientes subterráneas por debajo de la población.

—Entre 2.300 y 2.400 kilómetros.

—Entonces, no: el alcance de nuestro aparato receptor es de 1.800, pues para la faena en que andamos creyó el señor Lobera innecesario darle más.

—¿De modo que a distancias mayores resulta completamente inerte nuestra antena?

—Tanto como eso, no; pues en condiciones excepcionalmente favorables podría recibir bien hasta 1.900 y aun a 2.000. Pero a esa que dice usted no será excitada sino irregularmente, y dando en el teléfono señales débiles e inexpressivas.

—Me ha fastidiado usted.

—¿Porqué, Don Raúl?—preguntó el telegrafista, que no se distinguía por su perspicacia.

—Porque si cuando ha poco señaló la cruceta la dirección Toussidé-Deforú-Oualata ha querido mi mala suerte que estuvieran telegrafando en Oualata, se me ha vuelto agua de cerrajas mi ilusión de haber descubierto una estación clandestina hacia los montes del Tibesti.

—¡Ah! ¿Había usted descubierto?... ¿Cómo?

—Luego se lo explicaré a usted. Por lo pronto, como de existir tal estación es, más que probable, seguro que trabaje con onda mucho más corta y por lo tanto de vibración más rápida que las oficiales, hágame usted el favor de duplicar la frecuencia de vibración del circuito de la antena. Para salir de dudas, cuando vuelva a moverse la aguja indicadora de la cruceta quiero estar en buenas condiciones de capturar ondas cortas, y no recibir, o recibir muy mal, las largas de la telegrafía oficial.

—¿Vamos a permanecer aquí?

—De ningún modo: ya conozco la dirección de las malditas ondas que nos pasan delante de las narices sin decirnos si cruzan de derecha a izquierda o de izquierda a derecha. En cuanto tengamos la antena en condiciones de que lo que hagan en Oualata nos tenga sin cuidado, podremos irnos; pues cuando pase otro telegrama, si es que pasa, ya no podremos tener duda de que no viene de allí.

Pero no, antes de levantar el campo quiero cerciorarme de cómo responde la nueva frecuencia de nuestra antena a la de esa onda incógnita que queremos atrapar.

—Entonces tendremos que quedarnos aquí hasta que vuelvan a telegrafiar. Como no sea que la otra vez fueran los de Oualata los que...

—No me diga usted eso si no quiere que perdamos las amistades.

—No sería culpa mía.

—Lo malo es que mientras a esos desco-

nocidos telegrafistas no se les ocurra transmitir de nuevo, habremos de estarnos aquí mano sobre mano sabe Dios hasta cuándo... Esto no es para mi genio.

—Y que el plantón puede ser muy largo si al fin resulta que no hay tal estación ni tales telegrafistas.

—¿Pero es que se ha propuesto usted des-
esperarme?

—No, no, perdone; es que como usted mismo hablaba de una larga espera...

—Pues ya está prevista, y no por ello ha de suponer usted que nos vayamos a estar aquí hasta el día del juicio final; porque no hay estación que, aun no teniendo nada que transmitir, deje de telegrafiar una vez al día, por lo menos, para comprobar el estado de sus aparatos. Puede usted, pues, tranquilizarse, porque, en el peor caso, veinticuatro horas será lo más que el plantón dure.

—No, yo no tengo prisa, y que además tiene usted razón en lo que dice.

—Es mi costumbre, aunque me esté mal el decirlo.

¡Pobre Raúl como hubiera tenido que aguardar las veinticuatro horas a que debía estar resignado!; pues no llevaba todavía diez minutos de vigilar la aguja del goniómetro, pendiente de sí a ella llegaba algo, cuando la impaciencia de verla inmóvil se le hizo tan intolerable que no cesaba de darle golpecitos con el dedo para despertarla, diciendo a cada uno: "¡Tumbones! No, no los mata el servicio", o "¡Vaya unos telegrafistas! Con bien poco trabajo ganan el sueldo que les dan... Pero, señor, donde no hay nada que telegrafiar no se monta una estación telegráfica"; y otras frases de sabor similar, hasta que al cabo, levantándose, dijo:

—Bien sabía yo, Joubert, que no sirvo para esto. Continúe usted observando hasta que a esa gentuza se le mueva el alma a transmitir algo. Yo me bajo a pasear, pero en cuanto haya novedad avíseme.

—Se va usted a achicharrar los sesos con este sol.

—Lo prefiero a achicharrarme aquí la sangre.

X

CAZA DE TELEGRAMAS A LA ESPERA Y CON RECLAMO

En la media hora que Raúl se estuvo paseando y achicharrándose efectivamente, cual Joubert predijera, apenas se enteró del tostamiento de su cuerpo por tener mucho más abrasada la paciencia. Cinco o seis veces miró el reloj, sorprendiéndose de su lenta marcha; tres o cuatro se acercó al auto por creer se habría dormido su auxiliar, cuando el pobre hombre no podía abrir más de lo que los tenía los ojos clavados en la aguja del radiogoniómetro, tan inmóvil como inactivos aquellos desconocidos y malditos telegrafistas cuyos mensajes pretendía sorprender.

—O tienen que habérseles descompuesto los aparatos—murmuraba Raúl yendo y viniendo—o si no, forzosamente ha de ser nuestra estación la estropeada: tiene que ser lo uno o lo otro. ¡Calla: qué idea!

Al decir esto salió corriendo el impaciente mozo, y poniéndose en cuatro zancadas junto al auto, entró en él como un cohete, sobresaltando al tranquilísimo telegrafistas y gritando:

—Joubert, Joubert. ¡Qué estúpido!

—¡Yo!... ¿Porqué, Don Raúl?

—No, hombre, no: el estúpido soy yo por

no habérseme ocurrido antes cosa tan sencilla, y estar perdiendo el tiempo paseándome como un papanatas.

—¿Qué es lo sencillo?

—No perdamos tiempo en explicaciones de lo que va usted a ver. Llámelos, llámelos en seguida.

—¿A quiénes?

—A esos tumbones, a los desconocidos telegrafistas de la onda incógnita de la estación aún más incógnita. Bastante han descansado, hora es ya de que trabajen un poco.

—Pero ¿a quién ni adónde he de llamar, si ni siquiera sabemos con qué estación queremos comunicar?

—Pero, ¡hombre de Dios!, ¿supone usted que yo pretendo llamarlos hasta por sus nombres para matar el rato, como suelen ustedes cuando están aburridos, echando una parrafada telegráfica con fulanito o zutanito?... Lo que yo necesito es una simple llamada de atención, que en cualquier parte haga sonar un timbre, o encienda una bombilla de aviso, bastándome que esa llamada la reciba cualquiera; pero el quién me es indiferente.

—Ya... Y si contestan, ¿qué les digo?

—Nada, No conociendo sus estaciones no podemos tomar el nombre de ninguna, y hablar sería descubrirnos... Si, como deseo, responden, envíeles con el transmisor unas cuantas letras sueltas que no formen palabras, ni tengan sentido, y separadas por intervalos largos, para que lo atribuyan a mal funcionamiento de los aparatos de una estación de su red, con la que nos confundirán y con la cual creerán estar comunicando; porque no pudiendo sospechar que están espiados por nuestros novísimos artefactos de telegrafía andariega, forzosamente han de tomarnos por alguno de los suyos. Pero como es interesante no hacer cosa que despierte sus recelos, tenga usted cuidado, si surge algo imprevisto, de no hacer nada mientras yo no le diga el qué, o enrede de cualquier modo en el manipulador para que, en caso de llegar a posibilidad de comunicación con ellos, nada saquen en limpio de la transmisión de usted.

—Está bien. Entonces, ¿qué hago ahora?

—Largarles seguidos quince o veinte chorros de chispas, y aguardar. Si contestan con igual llamada, transmitir señales incomprensibles; y como ellos nos dirán probablemente que no nos entienden, observar entonces la pureza de la recepción para afinar la frecuencia de nuestra antena con la de la suya.

—¿Qué cosas se le ocurren a usted!... Y es verdad, haciéndoles telegrafiar a ellos tendremos posibilidad de ir afinando con su antena la nuestra...

—Vamos, vamos; suélteles los chispazos.

Resonaron en el *detonador* del circuito transmisor los chasquidos secos del chisporroteo de seis consecutivas descargas eléctricas, que a la antena—ligada por inducción al circuito crepitante (1)—lanzaron igual número de precipitados impulsos de inalámbrica ondulación telegráfica escapados al espacio, y que sin duda no hallaron en su vuelo ninguna otra antena capaz de recogerlos; pues no respondió nadie a la llamada.

Cuando Raúl se convenció de ello ordenó a Joubert tocar paulatinamente y reiterada-

mente el *variómetro* (1) en el sentido necesario para disminuir la longitud de onda, y lanzar nueva llamada después de cada toque.

Un minuto después de la tercera intención, cuando la longitud de onda emitida era de 800 metros (lo cual equivalía a rapidez de ondulación de 375.000 vibraciones por segundo), le latió a Raúl fuertemente el corazón al ver que la aguja del radiogoniómetro comenzaba a moverse y se detenía en el mismo lugar del cuadrante dos horas antes señalado, lo cual quería decir que sobre la dirección correspondiente a tal posición de la aguja había una estación, y no la de *Oualata*; pues no pudiendo ésta recibir llamada emitida a la frecuencia empleada por Joubert en la recién hecha, mal podía contestar a ella.

Porque, efectivamente, las ondas que habían movido la cruceta y su aguja traían, como respuesta indicadora de haberse oído la llamada en la estación desconocida (y estar ésta dispuesta a recibir) otra de cascada de chispas igual a la enviada por Joubert: la cual se revelaba en el aparato del auto no por repique de un timbre, sino por la ignición de una bombilla que, según dijo aquél, lució más débilmente de lo debido, ordenando Raúl cuando lo oyó:

—Acorte todavía más la onda: hasta 600 metros (rapidez de vibración de 500.000 oscilaciones por segundo), y en seguida envíeles señales incoherentes, letras sueltas.

Obedeció el telegrafista, que tan pronto hubo movido el *variómetro* y telegrafiado en *camelo*, como Raúl le mandaba, exclamó:

—Comienzan a transmitir.

—¿Qué dicen?

—Oiga: "Se le ha olvidado a usted empezar por la indicación inicial y dar el nombre de su estación. Dénos una y otro y reanude su telegrama."

—¿Que reanude usted!... Pero ¿qué les ha dicho? ¿No se ha enterado de mi encargo de no transmitir nada inteligible?... Cuando dicen que reanude usted es que algo han entendido.

—Pues ya deben ser listos, y no me lo explico... He telegrafiado: "Pun, ras, chuf" o algo por el estilo, pues ya no me acuerdo de las letras transmitidas, y así he seguido echando muchas ches, efes y eses. ¡Y eso es lo que quieren que reanude!...

—Sí es raro, sí...

—Vuelven a llamar... Preguntan otra vez quiénes somos y la indicación inicial.

(1) Habiendo puntualizado en otras obras de esta biblioteca, con los detalles compatibles con la índole de sus libros, lo que la inducción es, me limitaré ahora a decir que así como el calor de una estufa caldea las inmediaciones de ella, una corriente eléctrica que de pronto comienza a circular o cesa de correr por un alambre, determina (*induce*) el paso de otras corrientes por los alambres cerrados (circuitos), situados a su inmediación, y así las descargas de chispas del *detonador* telegráfico, en donde estallaban, provocaba correlativas descargas, o sea emisiones de ondas radiotelegráficas por la antena transmisora de autocamión.

(1) Ya en esta misma obra se ha explicado lo que es este elemento de las estaciones radiotelegráficas.

—No tenga prisa... Déjelos que se impacienten... ¿Qué tal llega la transmisión?

—Débil; pero poniendo cuidado se oye. Ya supuse yo cuando me mandó usted acortar a 600 que habría sido mejor quedarse en 700.

—Y yo; pero así, habiéndonos pasado con 600 y no habiendo llegado con 800, tenemos ahora la certeza de que 700 es lo justo (1).

(1) Supóngase una orquesta ejecutando una sinfonía de Beethoven, cuyas bellezas y matices se perciben con toda claridad, porque todos los instrumentos de aquella están bien afinados; pero si antes de empuñar la batuta el director se le ocurre a cualquiera la diabólica idea de ir atril por atril desafinándolos, y de ello no se percataran los ejecutantes, será preciso taparse los oídos en cuanto suenen los primeros compases de la que ya no sonará como la hermosa obra musical, sino como infernal desconcierto; y nadie que escuche aquella orquesta podrá reconocer la partitura ejecutada, más bien sacrificada, por bien que la conozca, pues cuando los violines deban dar un *re*, y las trompas un *fa*, y las flautas un *sol*, darán cada uno de aquellos instrumentos otras notas entre sí discordantes.

Lo mismo... Bueno, lo mismo, no, pero sí cosa parecida, ocurre cuando a una antena receptora no sintonizada con la transmisora llegan las letras y palabras enviadas por ésta; pues en vez de vibrar la receptora como la transmisora, lo hace de diferente modo, sin lograr reproducir, por tanto, lo que la otra le dice.

Del mismo modo que dos cuerdas de dos violines, dos arpas o dos pianos se dicen afinadas si pulsadas oscilan o vibran con el mismo número de ondulaciones sonoras por segundo, dos antenas lo están cuando en ambas ondula la electricidad (pasen los técnicos lo incorrecto de esta frase) el mismo número de veces por segundo. Este número mide la *frecuencia de vibración* de la onda, o sea el de los movimientos de vaivén que el éter da en un segundo.

No debe confundirse esta frecuencia con la velocidad con que la onda, y por lo tanto el telegrama que transporta, se transmite de estación a estación, que es cosa muy distinta, pues dicha velocidad es de 300 millones de metros por segundo, con la cual puede un telegrama dar la vuelta al mundo en menos de un séptimo de segundo.

Cuando las oleadas circulares (de que ya hemos hablado en otra nota de este libro) producidas en un lago tranquilo donde se arroja una piedra van alejándose del lugar de la caída de ésta hacia las orillas, se advierten varios círculos concéntricos formados por los lomos, donde el agua está más elevada, que paulatinamente van alejándose del centro; mas con la particularidad de ser iguales las distancias del primer lomo al segundo, de éste al tercero, del tercero al cuarto, y así hasta la última oleada. Esta distancia es lo que se llama *longitud de la onda*, y si del sitio donde cayó la piedra a la orilla se cuentan nueve ondas, y si cada una de las sucesivas tarda un minuto en llegar a la orilla, un minuto, dividido por nueve, dará la frecuencia de la vibración del agua; y la distancia de la piedra a las márgenes, dividida por la frecuencia, dará a su vez la longitud de onda, puesto que entre las nueve llenan esa total distancia.

Del mismo modo la longitud de la onda radiotelegráfica se obtiene dividiendo la velocidad con

Ponga a 700 y suélteles otros cuantos chispazos, como si volviéramos a llamar por no habernos llegado su transmisión.

Apenas obedecida por Joubert esta orden, los teléfonos de fleje ceñido a su cabeza comenzaron a crujir con las señales correspondientes a las siguientes palabras que aquél escribía letra y letra, y Duvery hijo iba leyendo por cima de su hombro: "Debe estar desarreglado ese aparato; no me llegan sino llamadas y más llamadas de usted, inútiles después de haber yo contestado. Le he pedido, sin resultado, la indicación inicial, pues de nada me sirve la profundidad mientras no dé usted el ancho. ¿Cómo voy a entender sin él?"

Ha de advertirse que la transmisión llegaba en árabe.

—¡Ah! Ya sé qué es—dijo Raúl.

—¿Sí?... Pues yo ni jota.

—Ya no tenemos nada que hacer aquí... Vámonos. No. ¡Canario! ¡Buena la iba a hacer!... Todavía queda algo interesante. ¿Cómo ha llegado ahora esa transmisión?

—Divinamente.

—Pues aticeles otra pirotecnia estrepitosa y larga; y no se cuide más de ellos, que la atribuirán a avería nuestra que nos impide seguir comunicando...

—Así, así. ¡Vaya un chisporroteo! Bien debe repicar el timbre de esos pillos. Ahora, que llamen hasta que se cansen... ¡Eh, conductor, que nos vamos. Friand, al coche.

En los cinco minutos que el auto tardó en ponerse en marcha, por tener el motorista que llenar de agua el refrigerador, llegaron tres nuevas llamadas de la estación, que, por haber acudido al reclamo de las de Raúl, ya comenzaba a ser para el travieso e improvisado *detective* telegráfico, si no del todo conocida, mucho menos misteriosa, y que al cabo calló, por haber desistido de conseguir normal comunicación.

Caía la tarde cuando echó a andar el auto, rumbo al norte, desarrollando en aquella llanura, lisa como una mesa de billar, su marcha máxima de treinta y cinco kilómetros a la hora; pues ni el gran peso del carruaje, cercano a nueve toneladas, ni el carecer de neumáticos, le permitía correr como un coche de carrera, ni siquiera de turismo.

Por el camino explicó Raúl a Joubert lo que éste no entendía y aquél había ya visto, diciéndole:

que vuela (300 millones de metros) por la frecuencia, y viceversa. Así se obtiene:

$$\begin{array}{l} 3.000.000.000 \\ \text{long}^a 800 \text{ mts} \end{array} \left\{ \begin{array}{l} = \text{frecuencia de} \\ \text{por segundo.} \end{array} \right. \begin{array}{l} 5.000 \text{ vibraciones} \\ \end{array}$$

$$\begin{array}{l} 3.000.000.000 \\ \text{long}^a 600 \text{ mts} \end{array} \left\{ \begin{array}{l} = \text{frecuencia de} \\ \text{por segundo.} \end{array} \right. \begin{array}{l} 500.000 \text{ vibraciones} \\ \end{array}$$

—Está claro, amigo mío: si al desconocido telegrafista con quien hemos estado a media conversación no le han asustado las explosivas combinaciones de efes, ches y jotas que usted le disparó, eso prueba que está ya acostumbrado a recibir telegramas por el estilo.

—Pues no cabe duda que sacara mucho en limpio.

—¡Qué bruto es este Joubert!—dijo Raúl para su coleteo, prosiguiendo en voz alta—: Para ponerlo en claro le pedían a usted la indicación inicial.

—¿Pero qué indicación había de darles yo?

—(Pues todavía es más bruto.)

—¿Ni cómo iba a aclararles lo que ni para mí, que lo transmití, tenía ningún sentido?

—Es que, ignorando que quien les hacía el honor de comunicar con ellos era el señor Joubert, distinguido oficial de telégrafos de la Compañía Ferroviaria del Sahara, creían esos clandestinos y vergonzantes telegrafistas estar hablando con otro como ellos; y al no asombrarse de recibir los chis, paf, rof, y no decirle a usted les hablara en cristiano, y no en gringo, es que esperaban entender aquel gringo.

—Imposible, imposible. ¿Cómo habían de esperar...?

—Pero, ¡hombre de Dios!—saltó Raúl saltándole a la cara y al tono de la frase, no los epítetos, pero sí la intención de sus anteriores ofensivos apartes—. ¿Es posible que todavía no haya conocido que el anónimo telegrafista pensaba que otro de su pandilla le estaba transmitiendo un telegrama cifrado: *cifrado, hombre, cifrado*.

—¡Ah! ¿Cifrado? ¿Usted cree...?

—¡Qué he de creer: estoy seguro! ¿Pues a qué, si no, aquel pedir y más pedir la indicación inicial, que será una palabra o clave convenida para descifrar las inexpresivas agrupaciones de letras que, por lo visto, usa esa gente en sus comunicaciones?

—Pues es verdad... No se me había ocurrido.

—Ya, ya lo veo.

No se sabe si Joubert no vió tampoco, o no entendió, la mirada de que fué acompañada la anterior frase; pero seguramente no se dió cuenta del significado. Y fué una suerte, pues era transparente y tan ofensiva, cuando no más, que los "bruto, estúpido" poco antes masculados entre dientes.

En la marcha, de unos doscientos kilómetros largos, se invirtieron seis horas, moviéndose dos veces durante ellas la aguja del *radiogoniómetro*, para marcar rumbos diferentes del observado en la parada en Deforú, sacando Joubert de ello deducciones atentatorias a la solidez de las consecuen-

cias inferidas por Raúl de sus enredos radio-telegráficos, quien al oírlo dijo:

—¿Pero usted cree que si esos tunos de la conjuración tienen una estación en el Desierto, *es*, la de antes, no van a tener más? ¿Que la han establecido para no comunicarse con otras; para darse el gusto de no telegrafiar sino con ella, sin que ninguna otra haya de recibir sus telegramas?

—Claro que no.

—Pues habiendo otras, han de estar en diferentes direcciones; y esas, *quiero decir las diferentes direcciones, ¿eh?*, son las que, al pasar los despachos procedentes de diversos lugares, va marcando la aguja.

—Claro, claro: esas son las que han movido el *gonio* y las que...

—Lo ha adivinado usted perfectamente.

Pensaba entonces Raúl que, a tener a mano un ferrocarril, otro auto, un aeroplano o cualquier medio de locomoción rápida, se apresuraría a facturar a Joubert para Agadés, pidiendo otro ayudante; pero, falto de posibilidad de hacerlo, se resignó, proponiéndose tenerlo constantemente vigilado, para evitar que una tontería suya descubriera a los otros que estaban espíados; y, desde luego, le prohibió transmitir palabra y aun contestar a llamada ninguna sin su conocimiento.

Simultáneas con las dos desviaciones de la aguja de rumbos habían llegado llamadas a comunicar, dirigidas a otros, claro es, pero por Raúl utilizadas, haciéndole a Joubert tomar los telegramas, que resultaron ser sertas de letras eslabonadas en inexpresivos grupos de igual número de ellas, sin vestigio de sentido, y precedidas, en cabeza del despacho, de un número, en el primero 20 y en el otro 25; quedando maravillado el ayudante de la perspicacia y rapidez con que, al verlos encabezando los telegramas, dijo su joven jefe:

—¿Ese 20 es la indicación que nos pedían?... ¿Qué querrá decir? ¿Cómo se utilizará para desenmarañar este jeroglífico?... ¡Bah! ¡Sería tonto perder tiempo en querer ahora adivinarlo sin otra base que ésa; pero guarde esos papeles y no deje de copiar y guardar igualmente cuantos telegramas interceptemos. ¡Quién sabe si más adelante, viendo muchos reunidos!...

En seguida anotó en cada uno de los incomprensibles despachos los rumbos marcados por la aguja del *gonio* al recibirlos, y las distancias, leídas en el contador del auto, cubiertos por éste desde que en Deforú lo había puesto en marcha. La dirección de ésta la marcaba una brújula, compensada como la de los barcos, pero que, claro es, no era utilizable mientras funcionaban los

aparatos telegráficos, por resultar entonces loca e inútil. Tal dirección era anotada siempre que se cambiaba la de la marcha, cosa poco frecuente en el terreno abierto hasta entonces recorrido.

Así pudieron conocerse los sitios donde se hallaba el auto cuando a él llegaron inopinadamente las ondas de los mencionados telegramas, y así, cuando paró, pudo Raúl marcarlos en el mapa con tolerable error, y por ellos trazar en él las rectas dadas por la aguja como caminos de las citadas ondas: venidas del norte unas, próximamente en la dirección de Murzuk, y del sudoeste otras, de la parte de Agadés.

Los trazados en el mapa de los itinerarios seguidos y la colocación de los puntos de parada del auto se comprobaban tomando, con el sextante, la latitud por observaciones estelares, o por la altura del Sol a mediodía; la longitud se determinaba por la hora de un cronómetro, cuya buena marcha se comparaba a diario con la del de la Compañía en Agadés (1), recibiendo, a las nueve, por telégrafo, la hora marcada por el último.

Poco antes de media noche detuvo Raúl el coche, para efectuar sus observaciones estelares, y seguidamente distribuyó los turnos de vigilancia hasta el día entre Joubert, Friand y él, para que siempre hubiera uno vigilando la aguja de la cruceta, con orden de despertarlo inmediatamente tan pronto se moviera.

De doce a tres hizo guardia Friand, y de tres a seis el telegrafista, reservándose Du-

very, por razones especiales, el turno de seis a nueve de la mañana; pues para tales horas barruntaba cosas interesantes y trabajo largo: presunción que, con ser muy lógica, según se verá luego, aumentó los asombros de Joubert y su admiración por el pollo, como él lo llamaba, quien, el ser preguntado por aquél qué esperaba, sólo le contestó que al día siguiente lo vería.

Mas si dejó tal pregunta sin respuesta porque quiso, otra por Joubert hecha al tiempo de tumbarse los dos lo puso en un aprieto, al cual no halló salida.

Dicha pregunta nacía de curiosidad del telegrafista relativa a qué querría significar aquello de *lo hondo*, que ¡él había dicho!, sin saberlo, y *lo ancho*, que se había callado con igual inocencia al telegrafiar las disparatadas combinaciones explosivas, como las llamaba Raúl, de retumbantes letras; pues por muchos esfuerzos que hizo éste, no atinó con respuesta. Y eso que aun después de acostarse estuvo largo rato dando vueltas al asunto, por presentir que en tal problema se encerraba algo más interesante que la satisfacción de mera curiosidad.

“¿Qué habría en aquellos grupos de letras, transmitidos por Joubert, que a los otros les parecía indudablemente cosa conocida al hacerles decir que en ellos se les daba *la profundidad*? ¡La profundidad de un telegrama!... ¿Qué significaba eso?”, se preguntaba, sin salir del atasco, hasta que más que esta preocupación pudo su sueño.

XI

DONDE PIENSA JOUBERT SI SERÁ BRUJO RAUL

—Pronto, pronto, Joubert: despiértese de una vez, que se mueve la cruceta. Póngase los teléfonos, coja el lápiz y no hable, ni haga caso sino del aparato.

Eran las siete y veinticinco de la mañana cuando, con la precipitación denotada por

las anteriores frases, despertó Raúl a su auxiliar al ver moverse la aguja del radiogoniómetro hasta quedar apuntada casi exactamente al este. Pero su prisa en ponerlo, medio dormido aún, a la faena resultó inútil, pues no llegó al aparato tele-

gado de tinta y unido al segundero del cronómetro, que al bajar marcaba un punto negro en la esfera de segundos.

Aquel puntito era la hora correspondiente a aquel momento en Agadés (corregida, si era preciso, con la diferencia de cronómetros).

La observación astronómica daba, de otra parte, mediante conocidos cálculos, la hora en el mismo instante en el lugar donde se hallaba Raúl, las diferencias de una y otra, y la de longitud entre dicho punto y Agadés (que la tenía conocida), mediante la conversión de tiempo en grados de ecuador o paralelos, deduciendo de todo la longitud geográfica de tal lugar de observación.

(1) La cosa, sencilla y aun vulgar para marinos, astrónomos y exploradores, era fácil gracias a un sencillo artilugio de transmisión eléctrica que en el “auto” se había montado, semejante en la esencia, pero menos perfeccionado a otros análogos usuales en los observatorios.

Merced a él, cuando Raúl observaba el paso del Sol por el meridiano, la culminación en éste o la mayor elongación de él de una estrella consignada en el anuario que consigo llevaba, oprimía el botón de un pulsador eléctrico de un alambre conectado al cronómetro, cerrando así la corriente de un electroimán que atraía un levísimo estilite car-

gráfico llamada ni transmisión ninguna; sin que por ello le fuera permitido al pobre hombre quitarse ni un minuto de la cabeza el fleje que contra las orejas le apretaba los auditivos, ni soltar el lápiz un minuto; pues decía su tirano que tenían por delante tarea larga y necesidad de alertarse para aprovechar fugaces ocasiones.

Al cabo de unos cuantos minutos saltó la aguja al este-nordeste, señalando la dirección de Alejandría o El Cairo; cambió luego al sudeste, pero sin que a continuación de estos indicios de ser movida la crucea por ondas telegráficas llegadas de los citados rumbos sucediera ruido ninguno en el teléfono.

A cada nuevo movimiento de la aguja apuntaba Raúl la hora de él, contando hasta los segundos en el cronómetro.

A la tercera vez dijo Joubert:

—Debe de estar descompuesto el receptor. Voy a mirarlo.

—Si se mueve lo mato. El receptor está seguramente bien.

—¿Pero es que usted sabe por qué no funciona, como ayer, al mismo tiempo que el radiogoniómetro?

—Me lo figuro, pero dentro de un rato lo sabré fijamente.

—¡Ah!

La exclamación anterior la profirió el telegrafista al ver encenderse la bombilla de llamada al mismo tiempo que Raúl apuntaba con la mano derecha en su registro de observaciones "las siete, cuarenta minutos y quince segundos", hora en que la aguja tomaba nueva posición, y engarrafaba precipitadamente en la izquierda la muñeca de su compañero cuando éste se disponía a responder a la llamada.

—Quieto, quieto: ya les contestarán los otros a quienes ellos llaman. Y ahora atención, y no perder palabra de lo que transmitan.

—Ya, ya hablan—dijo Joubert pasado un breve instante—. ¡Anda!... Pues ya no dicen más.

—¿Qué han dicho?

—Una P, y luego "Za": za, por todo po-taje, y ni una letra más: a eso se reduce el telegrama. De poco va a servirnos.

—¿Quién sabe!

—¿Cómo?... ¿Pero es que esc?...

—Allá veremos, hombre... ¡Ja, ja, ja! Vaya unos ojos espantados.

—Es que como no sea usted brujo...

—Tranquílese, amigo mío: doy a usted palabra de que no tengo tratos con el diablo. ¡Ja, ja, ja!

Hasta las ocho y tres cuartos varió la aguja de rumbo otras siete u ocho veces,

coincidiendo en unas con tales movimientos la llegada de telegramas, todos idénticos, en el za, al anterior, del cual no discrepaban sino en la letra mayúscula antepuesta a dicha sílaba, y permaneciendo otras veces los teléfonos receptores tan silenciosos como al principio de aquéllas extrañas transmisiones de los cuales no entendía palabra el asombrado telegrafista.

Desde las ocho, todos los rumbos marcados por el *gonio*, hasta entonces dirigidos hacia oriente de la línea norte-sur, pasaron, sin excepción, a marcar direcciones situadas a occidente de ella; a partir de las ocho y tres cuartos, progresivamente fueron haciéndose más largos los intervalos entre las variaciones de la aguja, ninguna acompañada ya de telegrama, y siendo el último de los rumbos por ella marcados, el de las Islas Canarias: al cual llegó, bien pasadas las nueve, tan perezosa y lentamente, que comprendiendo Raúl que la tarea había terminado se levantó diciendo:

—¡Ea, a almorzar! Después me enredaré con todos estos datos a ver qué tienen dentro.

—Se va usted a volver loco.

—No lo creo. A almorzar, a almorzar.

Mientras en compañía del veterano Friand hacían Raúl y el telegrafista un desayuno muy parecido a almuerzo fuerte, pues no solamente de gasolina, agua y amoníaco iba bien abastecido el auto, dijo Joubert, intrigadísimo con cuanto acababa de ver:

—Y ¿no va usted a explicarme?

—Luego, luego... Cuando me haya convencido de no estar equivocado en mis presunciones.

—¡Qué lástima! Si en lugar de ese estúpido "Za", con que todos parecen haberse puesto de acuerdo para burlarse de nosotros, hubiera dicho cada uno, como todo telegrafista que sabe su obligación, la hora a que ponía su telegrama, habría sido esta una bonita coyuntura de aplicar el procedimiento del Señor Lobera para averiguar dónde están esas estaciones.

—¡Ah! ¿El de la combinación del rumbo de las ondas eléctricas con la diferencia de horas entre las estaciones transmisora y receptora, con el cual basta una sola observación del radiogoniómetro para dar la posición de la desconocida en el punto donde se corta el rumbo de las ondas capturadas con el meridiano de dicha estación? (1).

—Sí señor. ¡Vaya una ocasión que perdemos por no saber las horas a que las esta-

(1) Quedó explicado este procedimiento en el capítulo XIII de "Los Vengadores".

ciones han transmitido esos incomprensibles *zas*.

—No tan incomprensibles.

—¿Cómo! ¿Pretenderá usted?...?

—Hombre...: traducirlos correcta y puntualmente, como si tuviera la clave de esos bribones, no; porque lo mismo podrán querer decir "sin novedad", que "lista", o "en estado de servicio, la estación"; pero sea una u otra la frase que literalmente lo traduzca, ese ha de ser el significado esencial y práctico del "Za" que le da a usted tanto coraje como satisfacción a mí; pues por habérselo oído sucesivamente a todos los aparatos comprendidos dentro del alcance del nuestro conoceré, en cuanto haga unos cálculos, no la hora a que cada estación lo ha transmitido, pues ésa la conozco ya, sino la situación aproximada de todas ellas.

—¿Que conoce usted las horas a que han transmitido!... ¡Vaya una broma!

—Las horas no, la hora. Y no bromeo, Joubert: lo digo en serio.

—Pues entonces brujo, como dije antes: no puede ser de otra manera.

—No, Joubert, no: nada de magia negra, raciocinio no más, que para quien no se fija en lo que delante tiene parece a veces brujería... Sí, hombre, sí: se va usted a convencer. ¿Qué es lo único exactamente igual que cotidianamente se transmiten las estaciones de una red telegráfica, a hora fija, y la misma por reglamento para todas?

—Pues el aviso de hallarse en estado de servicio, para saber que la que no da el parte es que tiene avería, comunicarlo al público y buscar otra ruta para cursar los telegramas que normalmente suela reexpedir ella.

—¿Y usted cree necesario emplear un largo despacho para dar esa noticia a diario aguardada a la hora sabida?

—Claro que no: como que para eso y para todo lo que en el servicio es habitual y previsto empleamos siempre señales breves y convenientes.

—Pues en la red de los conspiradores esa señal es "za".

—¿Canastos! Debe usted tener razón.

—Además, como esa señal ha de hacerse a hora fija, es claro que todos la han hecho a la misma, y he aquí por qué traduzco yo: "Za, las ocho."

—Eso no: hemos estado oyendo *zas* desde antes de las siete y media hasta después de las nueve.

—Esa, hombre, esa es la mejor prueba: los primeros venían del este, donde, por amanecer antes que aquí, van los relojes adelantados al nuestro; los oídos alrededor de nuestras ocho llegaron en direcciones pró-

ximas a la norte-sur, donde la hora es, poco más o menos, igual a la de aquí; y los últimos *zas* procedían del oeste, donde las ocho llegan después de haber pasado ya para nosotros.

—Pollo, ¿sabe usted lo que le digo?

—¿Cómo lo he de saber?

—Que lo que usted no idee no se le ocurre al mismísimo demonio.

—¡Ja, ja, ja!

—Bueno: y entonces, ¿porqué unas veces ha sonado el teléfono al moverse la cruceta, y otras no ha dicho pío, como si no pasaran telegramas al lado de la antena?

—Muy sencillo: porque las ondas procedentes de estaciones muy lejanas llegaban con suficiente energía para hacer girar la cruceta, pero sin la necesaria para vibrar eficazmente en la antena ni *piar* en el teléfono; porque los circuitos telegráficos de nuestra estación son más duros que el del radiogoniómetro.

—¿Sabe usted lo que le digo?

—No: porque supongo que no irá usted a volver a compararme con el diablo.

—Pues que es usted un telegrafista de *buten*: palabra, no he conocido otro que pueda ponérsele al lado.

—Si no fuera porque no sé recibir, ni transmitir, sino a paso de tortuga, como los chicos cuando deletrean, no lo haría mal del todo; pero esos dos son defectos gordos. Y como nada queda ya qué comer, se ha acabado el almuerzo... y la conversación.

Hoy no nos movemos: tengo cortado aquí trabajo largo.

Usted vigile la cruceta, y cace y copie cuantos telegramas pasen; pero mucho ojo con tocar al transmisor, pues sería descubrirnos: las llamadas de ayer las hice por precisión; pero una y no más: nuestro papel ahora es oír, callar y estarnos quietecitos.

...

Ya vencida la tarde, llamó Raúl a Joubert, y enseñándole unos redondeles trazados en el mapa con lápiz rojo en torno de Fasher, Busein, Aoudjila, el monte Toussidé, Murzuk, Kouka e In-Saláh, dijo:

—En cada uno de estos lugares o en sus alrededores está una de las clandestinas estaciones cuyos *zas* oímos esta mañana y en estas direcciones aproximadas, sin poder precisar ni ellas ni las distancias, las que sólo movieron la aguja del radiogoniómetro.

—¿Y por qué para esas no puede usted precisar?

—Porque a tan grandes distancias adque-

ren los errores inevitables de la apreciación de dirección importancia muy grande.

—Entonces ya podemos volvernos a Agadés.

—No, porque como al telegrafiar ellos a las ocho, no lo harían a tal hora con exactitud del segundo, ni tal vez del minuto, estas posiciones no son sino burdamente aproximadas, y para trincar los pájaros tendrían los gendarmes que registrar grandes extensiones; pues, no siendo probable fueran tan afortunados que la casualidad los condujera de primera intención a los nidos, sus pesquisas en los contornos de las estaciones subrepticias alarmarían a los conjurados, dándoles tiempo de desmontarlas antes de que fueran sorprendidas. Por eso necesitamos ir acercándonos a cada una de esas zonas para determinar en dónde están las estaciones, con error a lo sumo de un kilómetro, y empleando para ello la cruceta movida por las ondas, cual si fuera una brújula.

—Es el diablo, es el diablo este chico—murmuraba el admirado ayudante.

—Vamos a hacer una especie de triangulación topográfica, en la que las ondas electromagnéticas van a hacer el papel de los anteojos de los teodolitos: una a modo de topografía radiotelegráfica en la que los espías nos lo darán todo hecho. Por eso de aquí no nos movemos hasta recibir otro telegrama de la misma estación que ayer nos puso sobre la pista a la cual llamo provisionalmente de Toussidé.

—¿Pero cómo va usted a conocer que es de ella y no de otra el telegrama que nos llegue, si esos condenados no dan la indicación de origen sino en jeroglífico? ¿En qué?...

—En que al recibir los procedentes de allá, precisamente ha de marcar el *gonio* rumbo este-oeste; pues el lugar de esa estación no puede diferir sino poco del provisional, ya determinado para ella, y en que estando muy cercana a nosotros, pues dicha posición me dice que sólo distamos de ella unos 200 kilómetros, recibiremos sus telegramas con grandísima claridad.

—Es el diablo, es el diablo...

Hasta el anochecer no llegó el aguardado telegrama, en dirección muy próxima a la colegida por Raúl. Trazada en el mapa, fué a cortarse con la registrada la víspera para la misma estación desde Deforú, muy cerca de la posición provisional anteriormente obtenida con la hora del telegrama de la mañana, y cayendo la definitiva sobre Tao, pueblo asentado en situación dominante a

setecientos metros de altitud en la ladera occidental, no del monte Toussidé, sino de su gemelo El Tarso, de la misma cadena de El Tibesti.

Inmediatamente hizo cambiar Raúl la longitud de onda de su estación móvil para comunicar con Agadés; y empleando la clave oficial que, al salir a su expedición, le había dado Bertier, hizo a Joubert transmitir el siguiente radiograma:

"Raúl Duvery a Jefe Gendarmería: Agadés.—Comprobado funcionamiento estaciones clandestinas. Conocida, poco más o menos, situación siete, pero hay más y con mucha aproximación posición una en Tao, ladera monte Tarso. Desde luego, pueden hacerse allí pesquisas. Téngame corriente resultado. Buena hora nueve doce mañana, que a diario tengo afinada antena para comunicar Agadés. Prosigo viaje circular aquilatar situación otras estaciones. Telephones Techiasco, con abrazos papá y mis hermanos.—Raúl."

* * *

El radiograma últimamente interceptado, que Raúl daba por cierto procedía de Tao, era tan incomprensible como los anteriormente capturados y decía literalmente:

L a A — 20

dii	xhcg	modt	yicd
vonv	irull	esx	bubu
nasp	gima	ey	lysy
uenr	sosg	ttrp	ydn
rrri	jalo	ryie	mija

Cuando Joubert hubo acabado de escribirlo y pasó por él la vista, dijo:

—Tan clarito como los de antes.

—Todas las letras y signos de puntuación están distribuidos en grupos de cuatro—observó Raúl.

—En este, sí; pero en los anteriores, no.

—A verlos, a verlos.

Examinados los tres telegramas que el telegrafista tenía en el cajón resultaron ser los grupos de letras de nueve en uno y de cuatro en los otros.

—¿Y ese, al que le faltan las mayúsculas y el número que encabeza los otros?... Ponga cuidado en que no se le pase copiar nada en los que reciba en lo sucesivo.

—No, ese no es un telegrama, sino la traducción de mi gráfico de transmisión que en todas las estaciones tenemos cuidado de traducir de la cinta del manipulador después de transmitir para archivarlas y coleccionarlas, en caso de reclamación con los originales dados por el público o los jefes de

servicio. Vea usted la cinta prendida a la traducción por detrás, con un alfilerillo.

—¿Pero a qué telegrama se refiere esto? Porque usted no ha puesto otros que los enviados a Agadés, y ninguno estaba cifrado como éste.

—¡Cifrado! ¡Ja, ja, ja! No está mala cifra. Son los disparates que transmití ayer cuando esos que ya ha averiguado usted están en Tao contestaron a nuestra llamada; los *chas* y los *pun* que dijeron no entendían. ¡Ja, ja, ja!

—¿Y para qué tradujo usted la gráfica de tales tonterías?

—Para nada. Lo hice sin pensar: la fuerza de la costumbre.

La gráfica a que aludía Joubert es una cinta de papel arrastrada por un cilindro giratorio que la hace correr por debajo del manipulador telegráfico cuando éste funciona, y en la cual quedan impresos los puntos y las rayas del alfabeto Morse en cada caso transmitidos por dicho manipulador para formar las letras y palabras de los telegra-

mas. Es, pues, una auténtica empleada para vigilar el servicio de los telegrafistas.

—No extraña a usted me haya confundido, porque como en su *camelístico* telegrama están agrupadas las letras de tres en tres, su aspecto es semejante al de estos otros cifrados.

—Pues es verdad. Sin duda lo que usted llamaba combinaciones explosivas me salían más rotundas disparando las letras de tres en tres.

Con esto terminó la conversación; pues Raúl cogió la traducción de la gráfica y se quedó mirándola sin decir palabra. Pero sin duda le interesaban aquellos *chas fst aff pun chfr* de su redacción, si redacción cabe llamarla; pues después de cenar tornó a cogerla, comparándola con los telegramas cifrados, y éstos entre sí, exprimiéndose los sesos y torturándose el intelecto, sin sacar nada en limpio en la imposible tentativa en que estaba pensando de descubrir la clave de los conspiradores. Hasta que, después de tres horas bien largas, se decidió a acostarse, llevando en la cabeza una grillera.

XII

SOL EN JIRONES

Dejaremos a Duvery hijo seguir su exploración, acercándose sucesivamente a las comarcas donde sus primeras observaciones le habían revelado la existencia de escondidos aparatos de radiotelegrafía; pues la manera como iba aquilando los resultados primitivamente obtenidos sobre el lugar de instalación de cada uno no ofrece novedad después de lo ya visto, y porque de tan monótona labor sólo le distraía su descabellado y pertinaz intento de descubrir la clave telegráfica: empeño más complicado de día en día con la captura de nuevos telegramas, que hacía entrar en probaturas, permutaciones, combinaciones, cálculos y cábalas con resultado, por de contado nulo. Pero no cejaba.

Al volver a la Residencia, hallamos ya en plena actividad los trabajos de instalación de la Central Heliodinámica.

Base de todo era la determinación hecha por los Loberas del valor total de la radiación solar en Techiasco, tomando la suma de los valores de sus componentes calorífica, lumínica, química y eléctrica: descomposición no explotada hasta entonces por nadie y a la cual se debía que triunfaran ellos en donde tantos fracasaron.

Para evaluar la radiación calorífica emplearon los procedimientos vulgarizados en España por los escritos y las observaciones de los astrónomos Cos y Fernández Ascarza; para la lumínica, las pilas de Th. W. Case, rudimentarias en 1921 y perfeccionadísimas por Manolo Lobera; siendo evaluada la actividad química de las luces afil, violada y ultraviolada, que a la tierra llega en luz de sol por métodos ideados sobre los trabajos de Halwachs, Erstel y Geitel.

Para ello comenzaron los argentinos por desdoblar cada rayo de sol en los tres que en él vienen: calorífico, químico y luminoso, llevándolos por separado a instrumentos de medición adecuados a sus naturalezas.

En el pireliómetro—piros, fuego; helios, Sol; metro, medida: medida del fuego del Sol—cayeron los rayos rojos del iris dado por prismas o retículas, los más inferiores de los anaranjados, y los que por bajo del rojo nos son tan invisibles como los ultravioleta, pero revelados por el termómetro como calor obscuro. Los restantes anaranjados con los amarillos verdes y azules, donde reside, principalmente en los primeros, la mayor potencialidad luminosa fueron encaminados a las pilas electro-luminosas,

ya citadas, que midieron la energía de ellos, previa *directa conversión de su luz en corriente eléctrica*. Por último, los añil, violeta y demás radiaciones oscuras del deshecho rayo solar, que a lo alto del espectro traen la *negra luz* (1), para la cual es ciega la retina humana y no la placa fotográfica ni los ojos de los subterráneos animales. fueron medidos por su acción, sobre láminas metálicas electrizadas (2).

(1) De esta luz ya he hablado por extenso en la obra de esta biblioteca titulada "De los Andes al Cielo".

(2) El pirehellómetro dió la intensidad de la corriente, que al pasar por una lámina ennegrecida de platino, la caldeaba con igual intensidad que otra gemela suya calentada por los rayos caloríficos del Sol sobre ella enfocados. Este termómetro del Sol, no único, pues el arco iris del espectro solar ofrece otro, está descrito en numerosos tratados, y con detalles en el tomo de 1907 del interesante "Anuario del Observatorio Astronómico de Madrid".

El pirehellómetro consta de dos tiras de platino finísimas y ennegrecidas, tan iguales como es posible obtenerlas, que se exponen, alternativamente, a los rayos solares; y mientras una se calienta por el efecto de éstos, la otra se caldea por una corriente eléctrica llamada compensadora.

Las bandas están en contacto con las soldaduras de dos elementos termoelectríficos iguales, destinados a revelar la intensidad de acción de la radiación que actúa sobre una banda, y de la corriente eléctrica capaz de compensarla, que obra simultáneamente sobre la otra. Del valor de esta corriente, medida con un millamperímetro, se deduce el valor de la radiación solar.

Es sabido que, en virtud de un fenómeno, conocido con el nombre de *efecto Peltier*, cuando dos soldaduras de dos metales diferentes se caldean desigualmente, en ellos nace y por ellos corre una corriente eléctrica.

Para operar con el pirehellómetro se deja expuesta al Sol una sola de las bandas; por la otra, que está a la sombra de la pantalla, se hace entrar la corriente compensadora hasta obtener el equilibrio, y sobre el millamperímetro se lee entonces, con el mayor cuidado, la intensidad de esa corriente.

En la pila *electroluz* nació corriente engendrada por los rayos luminosos, cuyo trabajo fué medido en vatios.

Las superficies electrizadas donde incidían los rayos actinoeléctricos, violados y ultraviolados, comunicaban con un electrómetro, que medía las cantidades de electricidad negativa que a aquellas era necesario comunicarle para compensar la positiva traída por dichos rayos.

El pirehellómetro medía calorías, o sea fuerza calorífica; la pila electro lúmnica, vatios; es decir, fuerza, y el electrómetro, colombios, o sea cantidades de electricidad capaces de desarrollar al ponerse en movimiento energía eléctrica.

Por último, como fuerzas caloríficas, eléctricas, mecánicas, etc., no son sino apariencias de la fuerza esencial convertible en toda otra; evaluadas aquellas ya no tuvieron los experimentadores sino acudir a las equivalencias que todo físico recuerda fácilmente, e insertar en cualquier agenda para saber a cuántos caballos de vapor equivalía la suma de las diversas actividades por el Sol derramadas

Dieron por resultado estas mediciones:

Fuerza calorífica equivalente a 2,30 caballos por metro cuadrado.

Idem lumínica: 0,45 idem por id.

Idem actino-química: 0,75 idem por id.

Es decir, energía total caída en cada metro cuadrado de superficie asoleada equivalente al trabajo, desde el amanecer al ocaso de tres y medio caballos de vapor. Bien entendido, que tal dato es término medio de los correspondientes a diferentes horas: menor que el obtenido en las del centro del día, mayor que el de las primeras de la mañana y últimas de la tarde, y promedio también de los observados en diversos meses del año (1).

Era tan espléndido este resultado que, a poder los Loberas capturar, sin pérdida, tal torrente de fuerza caído en el pequeño campo de insolación de 20 hectáreas (31 fanegas), al que, a reserva de ulterior desarrollo, se proponían limitar, por lo pronto, su explotación, sería el rendimiento diario

sobre el suelo de Techiasco desde el orto a la puesta.

Para que los técnicos no me muerdan, consigno que a conciencia empleo mal, a veces, la palabra fuerza por la de trabajo, que es la mecánicamente correcta. Y lo hago así porque, a quienes no son duchos en mecánica, les es más familiar y comprensible el concepto de fuerza. Y como aquí lo estamos en un aula...

(1) Aunque el Sol envía siempre a la Tierra la misma energía, en forma de radiación solar—*constante solar* en términos técnicos—, una parte es absorbida por la atmósfera atravesada por ella en espesor mínimo cuando por hallarse el Sol en el cenit caen sus rayos perpendicularmente sobre el suelo, y creciente con la profundidad de la capa de aire que han de recorrer antes de llegar a aquél; siendo este aumento y la absorción de energía por el aire, tanto mayores cuanto más cercano el Sol al horizonte.

Por ello decrece la radiación llegada a tierra según se consideran horas más alejadas del mediodía, y por la misma causa varía con las estaciones y las latitudes, siendo mayor, en general, en verano que en invierno, mayor en las zonas templadas que en las polares y todavía muchísimo más en los países tropicales, como el Sahara.

Los principales físicos que han hecho estudios serios sobre la radiación solar son Hershell Pouillet, Mouchot, Violle, Soret, Crova Forbes, Dossains, Lambert Randau, y en España Cos y Ascarza.

Ascarza, en su interesante estudio titulado *La Radiación Solar* (1916), y como consecuencia de sus observaciones y cálculos, fija el valor aproximado de la *constante solar* en dos pequeñas calorías, o sea *calorías-gramo* por centímetro cuadrado y minuto, lo cual equivale en grandes calorías (caloría kilogramo a 0,333 por segundo y metro cuadrado: en kilogramómetros a 1,42, y en caballos de vapor a 1,89.

¡Lástima que no se pueda recoger tal calor en lo alto de la atmósfera! El Smithsonian Instituto da como consecuencia de 606 observaciones en diversas épocas y latitudes 1,93 para valor medio de la *constante solar*.

de 700.000 caballos de vapor trabajando doce horas.

Mas no cabía hacerse la ilusión de recoger en aparatos industriales los dones del Sol, tan íntegramente, como en los experimentales, pues sería imposible evitar que algunos rayos de luz se escaparan mezclados con los del calor obscuro al receptor calorífico, perdiéndose como energía luminosa y viceversa, mezcla que también se produciría entre luz visible y luz ultraviolada. Debía, además, contarse con el consumo de fuerza que en la misma central requirirían faenas exigidas por la explotación, y era además preciso dedicar alguna a una pequeña fabricación accesoría, pero indispensable, cuyo objeto será luego indicado; resultando, en suma, que por fatales deficiencias mecánicas de la realidad los 700.000 caballos de sol llegados en cada instante al campo insulatorio, quedarían reducidos al aprovecharlos como fuerza motriz a 450.000, caso de utilizarlos en el mismo Techiasco, y en el general de transportarlos por ondulación etérea atmosférica, o tal vez subterránea para venderlos en Madrid, París, Roma, Londres, Berlín, etc., a las industrias, todavía bajarían a 350.000 ó 300.000.

Ya es buena baja, el resultado no es para gunte quien tal crea a cualquier ingeniero, envanecer a nadie, dirá el lector. Pero pre-maquinista o director de empresa, por el efecto útil de sus máquinas o turbinas de vapor, de sus dinamos, del carbón comprado o de los capitales invertidos en embalsar el agua en la presa del salto, y le dirán que rendimientos como por los obtenidos por Lobera, son no ya buenos, ni magníficos, sino increíbles y capaces de revolucionar al mundo industrial: máxime cuando el manantial Sol suministra su fuerza más liberalmente que la tierra el carbón que esconde en sus entrañas, defendiéndolo con la dureza de las rocas que lo cubren con hundimientos y explosiones. Y cualquiera de esos técnicos testificará la perspicacia de Echegaray al vaticinar que "los motores solares están llamados a realizar maravillas en la industria" (1).

Que tal predicción estaba en vías de cumplirse lo vieron patente Duvery y los ingenieros a sus órdenes, a la sazón reunidos en el centro de trabajos, al tener noticia de aquellos tres y medio caballos que en sus experimentos preliminares encontraron los dos hermanos en cada metro cuadrado, de

(1) Diez por ciento es un buen rendimiento en una máquina de vapor, y cuando el carbón se quema para producir luz eléctrica, no se aprovecha en la obtenida sino del uno al dos por ciento de la energía del combustible. Lo demás es perdido.

suelo: copioso filón de fuerza por el cual fueron calurosamente felicitados en la habitual tertulia nocturna, donde no se hablaba en toda aquella temporada sino del invento y de las obras en marcha para su implantación.

—Les habrá a ustedes sorprendido tan magnífico resultado—dijo uno la noche en que aquél fué dado a conocer.

—No; pues conociendo las investigaciones análogas, pero sólo referentes al calor solar, realizadas por Ascarza cerca de Madrid, a cuarenta y pico de grados de latitud, y los resúmenes del Instituto Smithsonian de centenares de mediciones hechas en todo el mundo, ya presumíamos que en el Sahara, en plena zona tórrida, obtendríamos resultados muchísimo más favorables (1).

—Y como mi hermano acaba de hacer notar que las mediciones anteriores no tomaron en cuenta sino la radiación calorífica, y nosotros utilizamos además otras actividades...

—¿Y cómo se llega a ese desdoblamiento de ellas?... Pues supongo que no irán ustedes a convertir los pequeños aparatos ópticos de

(1) Trabajos realizados de julio a septiembre de 1915 en la Sierra de Guadarrama—Siete Picos y sus cercanías—por el citado astrónomo del Observatorio de Madrid.

La máxima radiación observada en el suelo por Ascarza fué de 1,334 pequeñas calorías (18 de julio), equivalentes 1,257 caballos de vapor por metro cuadrado.

Este resultado viene a ser sumamente concordante con el que podría obtenerse de los datos ya aludidos de Smithsonian Institut.

Pero los Loberas sabían que en épocas en que el Sol se encuentra más alto sobre los horizontes de España, que en las de las experiencias realizadas por Ascarza, el calor llegado al suelo ha de ser mayor por ser menor el espesor de la atmósfera por el Sol atravesado. Sabían, además, que las observaciones de Violle en Argelia habían dado en dicho país, más cercano al trópico que la Sierra de Guadarrama, radiación solar por término medio igual (una vez hecha la conversión) a caballo y medio en vez del caballo y cuarto del Guadarrama.

Aun cuando desconocieran los datos sobre que se fundara la afirmación de Clamiciani, sabían los argentinos que éste había evaluado en 1,955 caballos de vapor la energía del calor llegada a cada metro cuadrado de tierras desiertas, y aun cuando les pareciera sumamente exagerada otra evaluación hecha como resultado de experimentación en las llanuras de Arizona, que dió para tal energía 3,48, cantidad muy alta, que acaso obedeciera a errata en la impresión de los resultados de dicha experimentación, realizada por Williams Calver; una y otra eran claras pruebas de que la práctica corroboraba lo que el juicio indicaba: es decir, que cuanto más cercana al ecuador la comarca y más descargada la atmósfera de vapor acuoso, tanto mayores habrían de ser la constante solar y la cantidad de calor de ella llegada al suelo, no sorprendiéndoles, por tanto, que la parte de energía calorífica que de la solar midieron en el Sahara con el Sol cerca del cenit de Techiasco les diera aquellos 2,30 caballos por segundo.

sus experimentos de laboratorio en gigantes-cos prismas de centenares de metros.

—Y supone usted bien, querido suegro. En primer lugar cuando los rayos luminosos lleguen a los numerosos, pero pequeños elementos destinados a transformar su calor y su luz, ya habrán perdido, en un primer cribado, la electricidad, diluida en uno y otra y cedida al paso a grandes, pero sutiles telas metálicas montadas *de perfil*, con respecto al Sol, para que apenas substraigan calor a sus rayos. Esta idea análoga a otra de aquel célebre Tesla, que a fines del siglo pasado y comienzos de este xx, que expira, fué llamado el mago de la electricidad, me dará en los condensadores donde recogeré tal electricidad, la *primera de las tres cosechas* de energía que de los rayos de sol he de recoger.

—Veamos las siguientes:

El nudo del problema estriba en la fabricación de una aleación cristalina, que a la vez que diáfana a la luz he tenido la suerte de hacer impenetrable al calor: es decir, un filtro que me da luz fría en un lado y calor en el otro.

—A ver, a ver, explique eso un poco más.

—Sí, sí: luz de sol fría suena a cosa imposible. Explique, explique.

—Hasta ahora, al caer rayos de sol sobre un espejo cóncavo, juntos iban su calor y su luz a concentrarse en el foco del espejo, y si caían sobre una lámina transparente, juntos también la atravesaban. Mas, trabajando un día en mi despacho, fijé sucesivamente la vista en los diferentes colores blanco del papel, rojo de la carpeta de escribir, verde de las tapicerías y negro de un pisapapeles de azabache, y pensé en seguida que en cuanto cerrara el balcón, papel, cuero y tapicería se tornarían tan negros como el azabache, no más, y que al abrirlo nuevamente, vería aquellos objetos con sus colores *diferentes, aun cuando a todos los iluminara una misma luz*.

Recordé entonces que la causa de esto es que en la superficie del papel blanco pueden nacer, y nacen cuando la luz blanca del sol llega a ella, todas y cada una de las vibraciones de diversa rapidez, características de las siete luces de colores que están fundidas en dicha luz blanca (1) y al trabarse las siete nos hacen ver blanco el papel, por ser el color blanco, resultado de la mezcla de esas siete luces; mientras en el cue-

ro rojo y en la cortina verde no pueden vibrar sino el rojo y el verde, respectivamente, de sus superficies, desapareciendo los demás colores venidos con aquéllos en la luz blanca al sumirse en lo hondo del cuero y la cortina donde quedan extintos.

Muchísimas veces había pensado antes en esta explicación archisabida, sin pasar más allá de ella, pero aquel día di otro paso, y una vez más se repitió, por suerte, el frecuente caso de que una conocida nimiedad, durante siglos desdeñada, condujera en minutos a un descubrimiento.

—¿Cómo dió usted ese paso?

—Gracias a que a la par que meditaba por qué eran blanco el papel de escribir y roja la carpeta, sentí gran calor en una mano, donde me daba el fuerte sol entrado a través de la vidriera, asaltándome de improviso la idea de que lo mismo que las cortinas y el cuero eran verdes y rojo, por vibrar en ellos rayos luminosos de dichos colores, el calor de mi mano procedía de su capacidad de vibrar con los rayos caloríficos trabados con los de luz en la solar y que a faltarle a mi piel tal aptitud, como le falta al azabache la de vibrar luminosamente, estaría mi mano tan negra como éste, digo, negra no, fría.

Y aun pensé más, diciéndome que si el vidrio de la ventana no dejara pasar al mismo tiempo luz y calor, *luz solamente habría entrado adentro, quedando el calor fuera*, y en tal supuesto, la energía luminosa se habría podido recoger a un lado de la vidriera y la calorífica al otro.

—Es verdad, es verdad.

—La idea es clarísima y sencilla.

—Como todas las verdaderamente fructíferas.

—Desde aquel momento comprendí que la captura íntegra de la energía solar sería un hecho en cuanto yo supiera fabricar zarrandas, perdónenme lo grosero del símil, bueno, tamices, capaces de acribar ese prodigio, que es en el iris de las nubes una de las bellezas de la Naturaleza y en el espectro de los laboratorios testimonio de su inmensa grandeza.

—¿Y cómo fabrica usted el cedazo?

—No hay tiempo para explicarlo, pues al hacerlo, tendríamos que acostarnos demasado tarde.

—Pues quédese para mañana.

(1) Si sobre un papel blanco hago caer luz roja, no veo el papel blanco sino *rojo*. Y azul, verde, amarillo, si la luz enviada sobre él tiene esos colores; lo cual prueba que en un objeto blanco puede vibrar aisladamente cada uno de los diversos colores, y cuando luces de todos ellos caen a la vez sobre él, como ocurre al ser alumbrado por

luz compuesta de los siete elementales, la vibración *simultánea* de todos en su superficie nos lo muestra blanco.

Inténtese hacer igual experimento con papeles no blancos, sino de colores, y se verá que esto es imposible, pues las luces coloreadas enviadas sobre él desaparecen o se *desnaturalizan*, sin darnos blanco.

XIII

MANOS A LA OBRA

A la siguiente noche reclamó Don Gustavo, en cuanto estuvo reunida en el salón la tertulia cotidiana, que diera Pepe la prometida explicación de cómo fabricaba sus harneros termo-luminosos, contestando a lo cual lo hizo el inventor en los siguientes términos:

—Sin entrar en químicos detalles, innecesarios y hasta engorrosos, para hacerse cargo del fenómeno físico sobre la composición que empleo en mi cedazo, formo éste con superficies cóncavas que respecto a la luz no son espejos; pues siendo transparentes y no estando azogadas, se dejan atravesar por ella, pero cuya composición las impide absorber calor ninguno, del llegado a ellas, que es totalmente reflejado y concentrado en el foco, donde encuentro todo el venido en el rayo del sol, en tanto, al otro lado del espejo hallo la cernida luz fría que con aquél estaba entremezclada.

—Un divorcio, un verdadero y cruel divorcio.

—De cónyuges unidos de tiempo inmemorial en perfecta avenencia.

—¡Pobrecillos!... Pero ya que hemos visto que el esposo va al foco del espejo, donde, claro es, levantará vapor caldeando agua en calderas exteriormente ennegrecidas..

—No, Don Gustavo: ese que fué el sistema de nuestros predecesores, sería poco original.

—Entonces serán aire o gases los calentados.

—Tampoco.. Y por ahora no digo más sobre ese punto. Refrene su curiosidad hasta que llegue oportuna ocasión de satisfacerla.

—La aguardaré pacientemente, ¿pero es que tampoco va usted a darnos noticia de la suerte de la pobre esposa repudiada?

—Sí, señor: la luz, helada ya hasta las entrañas con el frío de su truncado idilio, mas no por ello menos rutilante, sigue solitaria su camino, es decir, sola no, pues todavía la acompañan otras actividades que en su seno laten, yendo a caer sobre una multitud de delgadas placas de rubidio oxidado, adheridas a la superficie posterior del tamiz.

—Quiere usted decir la cara posterior del cristal.. ¿No es eso?

—Sí. Dichas placas, eléctricamente ais-

ladas unas de otras por recuadros de caucho, se hallan en contacto con esa cara posterior y a cada una de ellas corresponde otra lámina de igual tamaño y paralela a ella, pero de cobre, quedando interpuesto entre rubidio y cobre trozos de franela impregnada en agua salada, que humedece las placas.

—Vaya, unos *sandwichs* eléctricos.

—Precisamente.

—Parecidísimos—dijo Duvery—a los de la primitiva pila de discos de cobre y cinc del ilustre padre de la electroquímica.

—Sí; mas con la diferencia esencial de que en la de Volta surge la corriente en cuanto se unen con un alambre el cobre con el cinc, y en la de que hablo (modificación ideada por mi hermano Manolo de la inventada por Mister Case) no circula corriente, uniéndose de igual modo rubidio y cobre, sino en el caso de estar el primero iluminado por la luz solar: lo cual demuestra que las energías químicas y eléctricas, al parecer nacidas en la pila, no hacen sino reaparecer en ella, por ser en realidad fuerzas en el Sol engendradas y a la Tierra impelidas con los efluvios de su calor y su luz (1).

(1) La primera idea de las pilas fotoeléctricas perfeccionadas por Manuel Lobera, hasta obtener un rendimiento de ellas notablemente mayor que el inicial, la tuvo, según nuestras noticias, Mister Theodore. W. Case, que en 1916 dió cuenta de su descubrimiento a la New-York Electric Society.

He aquí el primero, y, por lo tanto, más interesante de sus curiosos experimentos:

Se arrolló a un corcho alambre de cobre de modo que las sucesivas vueltas no se tocaran una a otra; entre éstas se arrolló en igual forma, y también evitando los contactos, un segundo alambre de bromuro de plata; se conectaron los extremos de los alambres a un par de teléfonos, y el corcho se colocó debajo de un chorro de agua. Y ahora llega lo interesante, pues en cuanto se hizo llegar luz de un modo intermitente al corcho, convertido en bobina eléctrica, cantaron clara y distintamente los teléfonos. SE HABIA DESCUBIERTO LA PILA FOTOELECTRICA.

Sucesivas experimentaciones hicieron conocer que el elemento activo de esta pila era el cobre, pues cuando la luz caía solamente sobre él y no sobre el hilo de bromuro de plata, seguía cantando el teléfono, que enmudecía cuando, en sombra el cobre, no llegaba la luz sino a la plata.

Largos ensayos y variadas probaturas condujeron a emplear agua salada en lugar de agua pura, y a prescindir del alambre argentífero, constituyendo la pila con dos placas de cobre, puro en una y oxidado en la otra, que era la activa y equiparable a la de zinc en las pilas electroquímicas.

Y se observó algo más y muy interesante: que

—¿Y queda ya con eso terminado el despedazamiento de los rayos solares?

—Algo más llega en ellos; mas para aprovechar ese algo, todavía ha de aguardar la humanidad que surja alguien capaz de dar ese otro paso que nosotros no sabemos dar.

—¿La radioactividad?

—Precisamente, amigo mío. Pero ese es hueso que para nuestros dientes está aún demasiado duro.

—No son tiernos los que ya han roído ustedes.

—Pero no dan más carne que la ya dicha, pues lo explicado es todo lo esencial en el invento: aparte los detalles mecánicos de instalación y los procedimientos de acopio, transformación y canalización de la fuerza.

* * *

Tan pronto los Loberas se decidieron a establecer la Heliodinámica en Techiasco, telegrafaron a su socio sueco, que en América estaba, y a los agentes a quienes en diversas capitales europeas había encargado Pepe de hacer las compras necesarias para completar y reparar los aparatos destruidos o inutilizados en la explosión de Los Llanos, de que se dió noticia en "Los Vengadores".

Al primero se le avisó ser ya ocasión de enviar al Sahara el material escapado intacto de aquel siniestro, el averiado ya recompuesto allí, el susceptible de recomposición, y con todo esto tres ayudantes, químico, mecánico y eléctrico, de los Loberas, unos cuantos maestros de taller y hasta dos docenas de obreros aventajados de la arruinada explotación que al cuidado del material aguardaban en ella la orden de llamada para cooperar a instalar la nueva.

haciendo pasar la luz a través de agua antes de caer sobre la placa activa, con objeto de enfriar dichos rayos de luz, no se advirtió diferencia en el rendimiento eléctrico de la nueva pila, lo cual fué prueba de que en la acción *no interviene* el calor.

Se ha hablado del rendimiento, el cual, durante experimentos detenidos hechos en La Florida, dió por resultado, para un elemento cuyas placas fueran de $10 \times 7,5$ centímetros, fuerza electro motriz en la corriente de un décimo de voltio e intensidad 0,005 amperios.

Claro es que aumentando el tamaño de las placas o uniendo dos del mismo nombre, se multiplica la intensidad por la superficie, y uniéndolas en serie crece la fuerza eléctrica motriz proporcionalmente al número de elementos enlazados.

El profesor Brown dice haber calculado la energía lumínica utilizada en estas pilas. Para ello ha transformado la energía eléctrica obtenida en energía térmica. Convirtiendo los resultados por él obtenidos en trabajo mecánico, resulta el realizado por la luz en un día despejado equivalente a 70 kilográmetros por segundo; es decir, poco menos de un caballo de vapor.

A los agentes comerciales le fué encargado que recatadamente empaquetaran y reunieran en lugares alejados de las usuales vías del tráfico comercial el material por ellos adquirido, que los aerodirigibles propiedad de la Heliodinámica, y otros dos al efecto fletados por el sueco irían a cargar a dichos puntos.

Constituían las primeras y más duras faenas a realizar en Techiasco vastas obras de remoción de tierras que se comenzaron excavando el campo entero de insolación hasta profundidad de tres metros; pero dejando a distancia de cinco uno de otro, *testigos* o hitos de tierra, sin derruir; venideros pilares de los arcos de sostenimiento de una cubierta, que sería a la par techo del hueco vaciado en el terreno y piso del campo insulatorio. Los arcos y entramado de cemento armado de tal piso fueron montándose según iba avanzando el enorme vaciado.

A tener que realizar tal trabajo con los elementos previstos en el proyecto de los sabios argentinos, habría sido la empresa tan larguísima como la pasada de Los Llanos; pero no habiendo mal que por bien no venga, y asustados con los rumores de próxima rebelión los consejeros de administración, en París, de los ferrocarriles saharícos, ordenaron suspender las obras, reconcentrar en Techiasco el material y el personal técnico europeo y despedir a los jornaleros indígenas, permitiendo esto a los inventores triplicar sus elementos de trabajo, agregando a las mecánicas perforadoras, dragas y torpedos subterráneos traídos en los zepeles de la Argentina y de Europa, las excavadoras de trincheras y barrenas de túneles de pertenencia de la compañía ferroviaria, que muy satisfecha de esta pequeña compensación a los quebrantos acarreados por la suspensión de sus obras, les alquiló el herramienta.

Además, a los brazos de los setecientos negros contratados por Manuel en el Congo, pudieron sumarse los de dos mil quinientos braceros despedidos del ferrocarril. Gracias a esto, cuando fué descargado el *zeppelin* que traía a los operarios americanos y la primera remesa de material, ya habían comenzado y recibido un buen avance los trabajos de excavación.

Veinticuatro potentísimas zanjeadoras mecánicas, movidas a gran velocidad por la eléctrica fuerza recibida de Stanley-Pool, ahuecaron hasta tres metros de profundidad zanja maestras paralelas de un metro de anchura, dejando subsistentes, entre cada dos contiguas, paredones naturales de tierras no excavadas, con espesor de dos; y pequeñas

barrenas, llamadas *topos*, perforaron de través estos muros por sus bases, socavando los asientos de ellos.

Hecho esto, llegaron los *arietes eléctricos*, que golpeando con fuerza de varias toneladas en los muros sin base, derrumbaron las tierras entre hito e hito: no quedando otra labor para los zapapicos de los cavadores que abrir estrechas hendiduras verticales en los muros antes de la llegada de los arietes para marcar la situación de dichos tetones, y recortar éstos a sus debidos tamaño y forma después de ya extraídas las tierras.

En el escombrado, tremenda faena, pues la total cubicación de lo acarreado arrojó más de cuatrocientos mil metros cúbicos, no fueron empleados los obreros sino para cargar las vagonetas suspendidas de cables viajeros, cual todo allí, impulsados por las cataratas del lejano Congo.

Parte de las tierras se vertieron sobre los parapetos de la Residencia, aumentando su relieve y anchura, y el resto fué empleado en constituir otro circunvalando el campo insolatorio y las futuras fábricas de transformación de la energía solar, anexas a él, que los operarios venidos de la Argentina armaban mientras avanzaba el excavado; pues dichas fábricas y todas las dependencias y oficinas se instalaban en los mismos edificios desmontables ya usados antes en Los Llanos, o en otros nuevos, pero del mismo tipo.

El primero que estuvo listo fué el de los hornos eléctricos destinados a fabricar vidrio basto en planchas de dos centímetros de grueso para substituir las inutilizadas de la primitiva instalación boliviana, y otro más basto todavía, que en grandísimas cantidades y machacado habría de emplearse, como a su tiempo se verá.

La arena para esta fabricación sobra en el Sahara, la caliza estaba en unas canteras de Tembellaga, la sosa se obtenía de la sal, casi tan abundante allí como la arena y el azufre para fabricar con aquélla el sulfato sódico fué importado de Dakar y San Luis.

* * *

En 1922 sorprenderá que las grandes cargas representadas por el cúmulo de pesadas cosas, llevadas a Techiasco, sobrado flete de un trasatlántico de gran porte, llegaron por vía aérea, impropia hasta ahora para tal clase de transportes; pero del año 22 al 90, la aviación y la aeronáutica habían transigido la querella añeja en que aerostatos más ligeros y aviones más pesados que el

aire se habían disputado durante mucho tiempo el dominio de la atmósfera: fausto suceso, el de la transacción, del cual nació un novísimo tipo de nave aérea, semejante, aun cuando en gigantescas proporciones, a algunos insectos, con tórax de *Zeppe-lín* y alas de aeroplano: el *derodino*.

Dióse a estos transatmosféricos cuerpo central compuesto, para facilidad en los virajes, de tres trozos pisciformes articulados unos en prolongación de otros, con longitud cada uno de ciento cincuenta metros y diámetro de ochenta, dotándolos así de colosal potencia ascensional. Pero además corrían a toda la longitud de cada uno, y por ambos costados alas rígidas cual las de un monoplano con saliente a cada lado de setenta metros, y no constituidas por planos, sino por placas curvas de duraluminio que les daban forma, cuya sección lenticular dejaba en su interior enorme espacio hueco que contribuía a aumentar el empuje ascensional del aéreo buque, al cual se agregaba el de sustentación debido a la velocidad una vez que lanzado en vuelo le comunicaba el impulso de sus motores de millares de caballos.

Estos caballos, apenas recargaban los *albatros* (así fueron llamados vulgarmente estos aeromóviles), pues procedían de motores eléctricos ligeros, y recogían la fuerza actuante en ellos de ondas etéreas circulantes en la atmósfera que hendían los *albatros*, lanzadas por centrales de energía como la repetidamente citada de Stanley-Pool. Y como estos motores no habían menester combustible, no había que recargar las naves aéreas con el peso muerto de la provisión de éste.

Además, a las potencias ascensional estática en reposo y de sustentación dinámica debida a la velocidad en vuelo, se agregaba la acción de seis potentes helicópteros, verticales, claro es, cuyo helicoidal movimiento aumentaba en caso de avería, único en que se usaban, su poder ascensional.

No hay que decir que estos imponentes aparatos no podían rizar el rizo ni hacer otras inútiles habilidades de acrobatismo aéreo; pero como tampoco podían dar volteretas *catastróficas* si fallaba el motor, ni un escape del hidrógeno producía vertiginosa sino lenta caída, gracias a las alas de la velocidad y a la intervención automática de las hélices horizontales de los helicópteros, esto valía más que aquello. Por último, lo más peregrino de estos monstruos de la locomoción aérea, es que lo difícil para ellos, aun plenamente cargados, no es sostenerse, ni subir, sino descender, lo cual sólo consiguen empleando potentes bombas, movidas, como todo en ellos, por ondas electromag-

néticas llegadas por la atmósfera, que en depósitos *ad hoc* comprimen aire tomado de ésta. El aire, pues, es el lastre inagotable de estos aparatos (1).

En suma, que durante el siglo xx (y sin que esto implique que como sutiles naves dejaran de emplearse los aeroplanos perfeccionados con la adición del helicóptero), la navegación aérea que podemos llamar de carga, había evolucionado como la marítima, que cada vez halla superiores ventajas en construir barcos más y más grandes; como la balística, que con sólo aumentar el empuje arroja proyectiles de día en día más pesados: tanto, que los de hoy parecerían absurdos a los artilleros de antaño.

Por supuesto, nadie busque en tales trans-atmosféricos colgantes barquillas, ni estorbo alguno externo en donde pueda el aire encontrar resistencia; pues carga y pasajeros se estiva y alojan en el interior del cuerpo principal de aquéllos, perforado además de proa a popa en forma que sobre no ofrecer sino aristas agudas, al empuje del aire aumenta grandemente la solidez del esqueleto de las naves, cuya velocidad llega a 250 kilómetros a la hora: con la cual no fué extraño que rindiendo viajes de Madrid o París a Techiasco en once y catorce horas, respectivamente, y en treinta y cuatro desde Bueno Aires, pudieran transportar en mes y medio de constante ir y venir todo el material de nueva compra y dejar terminada la mudanza del que en América estaba.

Entre este último vinieron los filtro-reflectores solares—por Lobera llamados cedazos del calor y la luz—formados por espejos cilindro semiparabólicos, al dorso de los cuales se montarían las pilas electroluminicas.

Venía asimismo un gran surtido de placas que de canto al Sol recogerían, cuando a gran altura fueran suspendidas, la electricidad volandera diluida entre la luz y el calor.

(1) Antes de poner reparos gramaticales al párrafo anterior por el extraño empleo de *es* y *era* para lo que parece debiera ser *será*, téngase en cuenta que el autor habla, no en 1922, sino a finales del siglo, cuando ya serán hechos pasados cuantos relata en este libro.

El campo de insolación, con sus fabriles anexos, fué establecido alledaño a la Residencia, formando el parapeto elevado en torno de él, lo que en fortificación se llama una obra avanzada.

Con ello aumentó el desarrollo del recinto que podía haber necesidad de defender; mas sin inconveniente por haber crecido también el número de defensores con la gente venida de América y con los negros congoleses. Pero no con los jornaleros del ferrocarril que la suspensión de las obras de éste permitió contratar a los Loberas; pues con la sola excepción de los fieles dazas, con anterioridad reconcentrados en el centro de trabajos, tales braceros no eran de fiar.

Solamente dazas y congoleses quedaron, por tanto, en el interior de la plaza—pues plaza fuerte, en realidad, era aquélla, y hasta artillada con varios cañoncillos revólveres fácilmente transportables y no pocas ametralladoras—, acantonándose en la cercana aldea los que en ésta cupieran de los demás braceros, y acampando el resto en sus inmediaciones.

* * *

Excavadoras de trincheras, máquinas topas, arietes, cables y vagonetas colgadas trabajaban día y noche, a la luz, durante ésta, de intensísimos arcos voltaicos encendidos por las ondas eléctricas de Stanley-Pool; los obreros lo hacían en dos turnos, de tres de la tarde a una de la madrugada, unos, y de esta hora a once de la mañana otros.

Dirigían las cuadrillas los capataces venidos de América, los del ferrocarril, y en plano más elevado, los ociosos ingenieros del último, a quienes el aburrimiento, de una forzada ociosidad movió a prestar entusiasta cooperación a la obra de los sabios y simpáticos americanos, que con este valioso refuerzo de un personal ilustrado, pudieron activar los progresos de ella, delegando en dichos ingenieros la dirección y vigilancia de determinados trabajos.

Gracias a tal acumulación de favorables circunstancias, se acabó en menos de tres meses una empresa cuya duración en las presupuestas en los primitivos planes de Pepe habría pasado de dos años.

XIV

DONDE EMPIEZA A NUBLARSE LA ESTRELLA DE RAUL

Mientras las obras avanzaban en Techiasco continuaba Raúl su *raid electro-policíaco*, habiendo conseguido, sucesiva pero no fácil ni rápidamente, descubrir las situaciones de hasta seis estaciones clandestinas.

En cuanto tuvo las de las dos primeras se las telegrafió a Bertier, de vuelta ya de la visita a su coronel en Taflete, para que comunicándolas a los oficiales de gendarmería de los puestos más cercanos a las zonas señaladas enviaran a los lugares indicados parejas escoltando a telegrafistas encargados de sorprenderlas.

Fracasadas estas primeras intenciones desconfiaron los colegas de Bertier, y hasta este mismo, del fundamento de las noticias enviadas por *aquel atolondrado chiquillo*, que por su parte achacaba el fiasco a torpeza de los telegrafistas; pues de parecerse los empleados a la muestra que él tenía al lado, serían practicones rutinarios sin conocimiento científico de los hondos problemas de la radiotelegrafía; por lo cual, y pensando que la prosecución de infructuosas pesquisas no conduciría sino a alertar a los conjurados, descubriéndoles la telegráfica vigilancia sobre ellos ejercida, cesó de enviar noticias, cuya torpe utilización amenazaba frustrarle la campaña, con la cual se ufanaba y estaba decidido a terminar sin ajenas ayudas, según manifestó a Bertier en una de las conferencias que casi todas las mañanas celebraba con él.

—Pero, muchacho, ¿estás verdaderamente seguro—dijo Bertier desde la estación de Agadés—de que en esos sitios hay efectivamente?...

—Tanto por lo menos—contestó el impulsivo Raúl cortando con su respuesta la transmisión de la frase de Bertier—como de la imbecilidad de quienes no han sabido ver las cosas debajo de los puntos que les he puesto claros delante de las narices.

—Mira que en cosas tan sutiles como esas en que andas, puede el deseo a veces...

—Dígallo, dígallo claro: ya lo veo, usted piensa que lo he soñado todo.

—No digo tanto.

—Que he visto visiones; que no hay que hacerme caso.

—No seas fuguillas, hombre.

—Por eso y por otras cosas, no volveré a enviar a usted más noticias hasta que no puedan dar lugar a dudas. Yo me las compendré solo. Después de todo, para lo que vale la ayuda que pierdo...

—Pero, criatura, no seas coqueta.

—No, si más vale así: esos torpes iban a estropeármelo todo, escamando a los que queremos descubrir. Adiós, Señor Bertier.

—Aguarda, escucha. No te atufes, hombre. ¿Pero es que no piensas volver a llamarme?

—¿A qué?...

—¿Ni a contestar cuando te llame?

—Eso no; no soy tan descortés... Pero sólo por atención a usted, y para que mi padre y Emma sepan de mí: no para hablar de mis *soñados descubrimientos*. Adiós.

—Raúl, aguarda, oye... Nada: se fué; se me ha amoscado.

La anterior conversación, casi disputa, cortada por el ofendido mozo, fué sostenida por él desde los pozos de Ouzel, a setecientos kilómetros de Agadés, en el borde meridional de los desolados páramos de Tanezrouth, los más temidos del Sahara por las antiguas caravanas, a causa de hallarse en ellos los pozos alejados unos de otros a distancias de siete u ocho jornadas de camello; y eso en su parte menos inhospitalaria.

Había llegado allí Duvery hijo, marchando de nordeste a suroeste; cruzando, primero en Tididji, el itinerario seguido en 1899 por Foureau-Lammy, en Tazarouek el de Cottene (1902), y junto al monte Anehef el de Gillo-Loham (1903): todo a través del país del Ahagar, teatro en 1881 de la tragedia, obscura aún, de la expedición militar francesa del coronel Flatters, asesinado con casi todos sus acompañantes por los tuaregs.

Siguió después el auto telegráfico por Tinef y Tin-Gaor la ruta de Laparine hasta los pozos de Ouzel, visitados en 1904 y 1912, respectivamente, por aquél, yendo de In-Saláh al Niger, y por el capitán inglés Haywood en su expedición de Tombuctú a Argelia, por Gao y Ahnet.

Al acabar la conferencia con Bertier, estaba Raúl de mal talante: más todavía que por las dudas de aquél sobre sus éxitos que con razón no creía desdeñables el inteligente

y entusiasta muchacho, porque en los últimos días parecían habersele paralizado en lo tocante a una pícara estación A, con la que hablaban todas las demás, y *nunca contestaba*, y otra F, de la cual no tenía noticia sino por algunos telegramas transmitidos a ella; pero mucho más escasos que los dirigidos a A.

En los precedentes de las que ya había logrado situar se observaba que los transmitidos desde Tao, por ejemplo, iban siempre encabezados con *I* a otra mayúscula variable; los de Muzzuk, indefectiblemente *M* a..., y así todos, siendo tal observación base de su creencia de ser tales mayúsculas, en los cifrados mensajes, velada y convenida designación de los nombres o lugares de las estaciones clandestinas con aquéllas encubiertos.

Otro dato: los *zas* de los diarios partes matinales iban todos dirigidos a A: B a A, C a A..., M a A, lo cual le hizo suponer fuera A la estación cabeza de la red: suposición corroborada por la circunstancia de no comunicar apenas las otras letras entre sí, sino casi siempre con A.

Tales indicios de la importancia de esta misteriosa estación, el no haber conseguido capturar ni un despacho, ni interceptar un solo *za* de ella, que le permitieran situarla, ni a ojo de buen cubero, lo tenían molestó por creerla la más interesante como presunto cuartel general de la conjuración: siendo lo único que tal falta de datos le hacía inferir de ella, que había de estar muy lejos hacia el noroeste y fuera del alcance de su estación ambulante; pues repetidas veces había marcado el radiogoniómetro la orientación de las Islas Canarias, a raíz de la interceptación de telegramas dirigidos desde diversas letras a A, atribuyéndolo Raúl a que las contestaciones dadas por A a aquellos despachos eran suficientemente enérgicas para desviar la cruceta; pero no para actuar sobre el receptor telegráfico.

Determinadas en las tres semanas ya corridas de su exploración varias estaciones subrepticias al oriente, norte y oeste de Agadés, llegaba Raúl a Ouzel, con propósito de no cerrar la vuelta por el sur, sin hacer antes una punta al noroeste que lo acercara a A; esperando llegar así a interceptar telegramas de ésta, reveladores de su situación: propósito no tan mollar como él creía, pues el sargento Friand, que a sus funciones de jefe de la escolta acumulaba las de práctico del Desierto, le dijo al conocerlo que no contara, cual su impaciencia le pedía, marchar recto como una flecha en dicho rumbo; pues, no sabiéndose dónde se encontrarían, siguiéndolo, los pozos necesarios para repo-

ner la provisión de agua, y aun temiendo se hallaran a distancias mucho mayores de lo exigido por el consumo de ella en la refrigeración del motor, sería preciso marchar primero al norte cuatrocientos o quinientos kilómetros antes de dirigirse al noroeste; alargamiento de itinerario y pérdida de tiempo que contrariaron mucho al impaciente e improvisado *detective*.

Llamado éste por Bertier cuando recibía los anteriores informes, no pudo apelar al fallo de Friand hasta la hora del almuerzo: pero inútilmente, porque a sus objeciones contestó el sargento diciendo:

—No puede ser, Don Raúl. Cualquier práctico de esta parte del Desierto sabe, como yo, que sería una locura querer atravesar en línea recta los novecientos kilómetros que entre Ain-Cheik y Assion tiene de este a oeste el Tanezrouth.

—Eso es historia antigua, buena para las antiguas caravanas en penosas jornadas que nuestro auto, aunque pariente de los caracoles, hace en una hora.

—Sí; pero con un refrigerador que en vez de aguantarse, como lo camellos, una semana sin beber, se traga entero el depósito del camión en ocho o diez horas. Por eso mientras no se sepa dónde están, si es que los hay, los pozos en esa dirección, no seré yo quien aconseje tomarla con la probabilidad de quedarse parado y morir de sed, como tantos y tantos infelices perecidos en este endemoniado Tanezrouth: y eso no metiéndose en la aventura de que usted habla, sino siguiendo la ruta trillada de norte a sur, con pozos conocidos, y que desde aquí a los de Ahnet no tiene sino cuatrocientos cincuenta kilómetros (1).

—No es poco sin agua—dijo Joubert, sin cuidarse de disimular su miedo.

—No: sin agua, no; porque entre estos pozos de Ouzel y los de Ahnet quedan los de Timisao; pero aun así, hasta llegar a estos últimos, que son los más cercanos, tenemos unos ciento cincuenta kilómetros; y después viene el trozo peor, de trescientos, hasta Ahnet.

—Ya ve usted, Don Raúl, que aun caminando al norte hemos de andar con cuidado

(1) El Tanezrouth, con superficie cercana a la de España entera, no es, a desdecho de su extensión, sino uno de los muchos, y no el mayor, de los numerosos desiertos parciales que separados por cadenas de oasis entre sí alejadísimos, forman en conjunto el Gran Desierto: el Djouf, los Iguidf, el Sahara Argelino, el Tripolitano, los Arenales entre el Air y Kavar, y entre éste, el Borkú y el Fezzan, el Terrible Desierto Líbico.

Esta somera enunciación bastará a dar idea de lo que es la extensa y desolada inmensidad del Sahara.

para que en el segundo trozo no se nos pare el auto por acabársenos el agua para enfriar el motor. Y no veo otro modo de evitarlo que hacer de noche las dos jornadas para que el fresco haga durar más el agua.

—Pues si no hay otro remedio daremos el rodeo y en Ahnet pondremos rumbo a Canarias.

—¡A Canarias!

—Sí, Joubert.

—Pero entonces la expedición va a ser mucho más larga de lo que usted pensaba; tendremos que embarcarnos.

—No, Joubert, no; poner rumbo a Canarias no es ir allá: como ponerlo al norte no implica decisión de llegar al polo ártico.

—¡Ah! Ya.

—Sin embargo—la cara de Raúl al decir esto transparente socarrona burla, que el inocente telegrafista no veía—aun cuando yo no pienso, por ahora, llegar a dichas islas, tan lejos podrá estar esa maldita estación A que acaso hayamos de subir a buscarla hasta el mismísimo Pico de Tenerife.

—¡Cómo! ¿Usted cree que pueda estar tan lejos?—preguntó el pobre hombre sin recatar cuán poco grato le parecía el programa.

—¡Quien sabe, quien sabe!—respondió el travieso muchacho, conteniendo a duras penas la risa al guiñarle el ojo a Friand—. Bien deseo abreviar a la Señora Joubert la privación de las caricias de usted; mas por si acaso fuera indispensable alargar el viaje, no perdamos más tiempo: usted, Friand, vea si Dessaix el motorista ha terminado ya la aguada, y si no, que avive; porque nos vamos en seguida, para poder llegar a hacer la de Timisao con luz del día y salvar esta noche la otra etapa hasta Ahnet.

En Ouzel no hay aldea, ni casa, ni choza, ni aun brocales en los pozos, que no son sino boquetes en el suelo. Alrededor de ellos se extiende hasta perderse de vista la llana meseta de In-Ouzel, cubierta de arena blanca, donde los pies se entierran hasta veinte y aun treinta centímetros, sin que en tan vasto descampado se vean otros vestigios de vegetación que algunos yerbajos, en las cercanías de lo pozos, y tal cual raro arbusto, llamado *ethel*, en lo hondo de los *uads* (ríos) que surcan la meseta, cual borroso recuerdo de que allá en tiempos de la prehistoria geológica corrieron por sus cauces aguas que nunca más han vuelto a fluir en ellos, pero bajo cuyas arenas está menos horriblemente seco el suelo del desierto que en los demás parajes de éste.

Como todas las miserables y espartosas plantas del Sahara, cada una de las cuales tiene su especial clase de púas y pinchos, y a las que sólo allí le ocurriría a nadie llamar pastos, es el *ethel* tan extraordinariamente espinoso que parece imposible puedan sus duras hojas y punzantes tallos servir de alimento a los camellos; pues comparados al *ethel* resultarían suavisíma manteca pitas y cardos borriqueros.

Como curiosidad para los acostumbrados a ver que unas cuantas semanas sin lluvia bastan, en nuestros climas, a frustrar una cosecha, no está de más decir, pues viene a pelo, que de dos clases son las misérrimas plantas de la triste flora sahárica, raquílica y desparramada en manchas separadas por grandes extensiones de seca arena, de peladas rocas o de peñascales, llamados *hamadas*, de guijarros sueltos.

Unas, las más voraces de agua, han menester de lluvia *una vez al año*, bastándoles con esto para ir viviendo doce o catorce meses. Otras, más sobrias, no decaen ni se alacian aun cuando el chaparrón se haga aguardar tres años; y si tampoco llega al cabo de ellos, sólo entonces comienza su desmedro, dándoles apariencia de secas; pero apariencia nada más, porque para matarlas son precisos *seis y hasta siete años sin un solo día de lluvia*. Y si al fin llueve antes de transcurridos, "reviven y abrotoñan" (1).

Pero cerremos este paréntesis botánico y sigamos al auto espía al Tenezrout, en donde al internarse las *antañonas* caravanas pensaban cuantos en ellas iban que entrar allí era jugarse a un arriesgado albur la vida.

Antes de la llegada a los pozos de Ouzel, lo espeso y deleznable de la capa de arena había obligado a Raúl a hacer revestir las llantas de las ruedas con un juego, a prevención llevado, de anchas zapatas, semejantes a las de las piezas de artillería pesada, que, repartiendo el peso del camión en mayor superficie, evitaban se hundieran aquéllas en el suelo en términos de exigir demasiada fuerza para el avance, y hasta quién sabe si impedir éste en absoluto; pero con el inconveniente de rebajar a quince kilómetros por hora la marcha máxima.

Así se descendió la pendiente de la meseta del Adrar-In-Ouzel—Adrar es nombre berberisco con el significado genérico de zona del suelo, grande o pequeña, elevada sobre las circundantes.

Al pie de la cuesta se pudo felizmente descalzar las ruedas; pues el suelo del am-

(1) Across The Sahara through Timbuctu.—H. V. Haywood.—London, 1912.

plio llano de nueve leguas de anchura que, recto al norte, comenzó a recorrer el auto entre los cerros de Adrar-Tirek al Oriente y Tin Dernan al occidente era ya duro y liso, permitiendo marchar a treinta y cinco kilómetros: con gran contentamiento de Raúl que, creyendo llegar así antes, había tomado el puesto del conductor, y llevaba el auto a toda velocidad.

Pero hasta el fin nadie es dichoso, lo cual se dice ahora, porque como a las cinco de la tarde, y cuando, según las noticias dadas por Dessaix, que había recorrido varias veces aquella ruta clásica en el Desierto con el nombre de "la del Conorel" (1), faltaba poco para acabar la etapa, surgió nueva necesidad de reducir la marcha, todavía mucho más de la consiguiente al uso de las zapatas, pues ni éstas eran ya adecuadas para avanzar por terreno de la naturaleza del que hasta muy poco antes de Timisao tenía que recorrer el auto, ante el cual se alzaba, pareciendo cerrarle el camino por el norte, la cadena montañosa de Tassili-Tan-Adrar, entre cuyos cerros había de trepar primero y desguindarse luego por barrancos pedregosos, agrias pendientes y a través de grandes quebraduras.

Nada rememoraba allí a los expedicionarios las típicas llanuras y arenas que, quienes no conocen el Sahara, creen son todo el Sahara: ni un solo metro de suelo llano, ni un grano de arena veían en torno de ellos. A la derecha, a la izquierda, al frente rocas y rocas en cumbres y laderas, y en el piso canchales de gordos guijarros cual si del cielo hubieran caído en un espeso chaparrón de gruesos aerolitos, que, entorpeciendo la marcha en un principio de modo extraordinario, acabaron por impedirla cuando, además de sortear pedruscos y aguantar tumbos, fué preciso acometer de frente durísimos repechos del camino, transponer anchas irregulares y numerosas grietas del terreno, y se llegó a precipitosos desgaldaderos por donde había el camión de descolgarse, y en los que cualquier vehículo con ruedas se habría desriscado.

Era llegado el caso, eludido hasta entonces, de substituir las ruedas por la antipática—el calificativo es de Raúl—cadena de arrastre de oruga de los tanques de guerra. Esto quería decir perder una hora, que, aun ayudándose con los gatos mecánicos, invertirían los viajeros en montar la cadena por el exterior de las ruedas, y resignarse

luego a recorrer tan sólo de cinco a ocho kilómetros por hora, según dificultades del terreno.

La consecuencia de ello fué transtorno completo del plan; pues anochecía ya cuando estuvo el auto en disposición de echar a andar, y a los diez minutos había obscurecido en términos de obligar al motorista a decir categóricamente que sin luna le era imposible guiar en aquel dificultoso terreno: y aun pareciéndole muy mal a Raúl, no hubo sino hacer alto.

La imposibilidad de hacer aguada con la luz de la tarde en Timisao, para salir de madrugada camino de Ahnet, representaba perder, sobre el tiempo sacrificado ya con el rodeo al norte, otras veinticuatro horas; pues no había sino dormir aquella noche donde ésta los cogió, seguir de mañana a Timisao a tomar agua, y no partir de allí hasta bien entrada la siguiente madrugada; pues la luna, en menguante, no alumbraría hasta entonces lo bastante el camino.

—Bien, ¿pero podremos llegar a Ahnet al amanecer de pasado mañana?—preguntó Raúl.

—De ningún modo: sin detenciones tenemos hasta allá once horas largas de marcha—contestó Dessaix el motorista.

—Pues entonces, si de todos modos hemos de seguir marchando en las horas de calor, tanto da sea al fin como al comienzo de la jornada.

—El señorito dispondrá lo que guste, pero de hacerme caso no andaríamos de día ni al principio ni al fin, sino que dividiríamos en dos la jornada Timisao-Ahnet: la primera, en la madrugada de pasado mañana, y la segunda, en la del siguiente día.

—¡Qué atrocidad!, Dessaix: ¡tres fechas para andar cuatrocientos cincuenta kilómetros!... Ni que fuéramos en camellos. Para eso no se ha inventado el automóvil. Nadie que te oyera creería estar oyendo hablar a un *chauffeur*.

—No, Don Raúl: las caravanas no tardaban doce horas, sino siete u ocho días en ir de Timisao a Ahnet. Y aquí no son los kilómetros, sino el agua, lo que importa mirar.

—Tiene razón el Señor Friand—insistió Dessaix—: nuestra provisión vendrá justa para esa distancia recorriéndola de día a toda marcha; pero ¿y si tenemos algún imprevisto retraso, como éste de ahora? ¿Y si nos ocurre cualquier avería?

—Es que las averías también pueden sobreenir viajando con la luna.

—También sí, pero lo mismo no; pues son más probables cuanto más recalentado trabaje el motor. Además, aun cuando de noche ocurran, como con luna dura el agua triple

(1) Laparine. Este es el itinerario más moderno para ir por Gao, desde Tombuctú a In-Salah, El Golea y Ouargla, comunicando Senegambia y Argelia.

que con sol, tienen menor importancia y dan mayor holgura para repararlas.

—Dessaix habla como un libro. Por algo aprovecha todo el mundo la noche para viajar por el Desierto: esto es sabido.

—Rutina, Friand: rutina de los tiempos de Mari-Castaña.

—No, señor; y ni usted mismo lo cree... Pues si no, ¿porqué anda siempre a vueltas con el calendario desde que salimos de Agadés sino para ver cuándo hay luna?... Porque sabe bien que es mucho mejor compañera de viaje que el maldito sol.

—Sí, pero en una urgencia como ésta de ahora...

—Aquí manda usted, Don Raúl, pero permita que un perro viejo del Sahara le dé un consejo, que su papá de usted y las mu-

jerres de mis gendarmes agradecerían si me lo oyeran: quien no tiene más remedio que entrar en este condenado Tanezrouth, en donde tantos se han quedado, no debe pensar en más urgencia que en la de no correr la misma suerte. Y en nuestro caso, dice muy bien Dessaix que la manera más segura de salir no es echar a andar de cualquier modo. Creo mi deber decírselo a usted, pero ya dicho, no me oírás más palabra; pues usted manda aquí, y lo que mande haremos.

—Gracias, Friand; pero yo no mandaré lo que, por lo visto, es disparate que puede costar seis vidas. Cómo ha de ser: tendré paciencia..., y que después de todo tal retraso no es nada junto al viaje a Canarias que preocupa a Joubert. ¡Ja, ja, ja!

XV

UNA TEMPESTAD DE ARENA EN EL SAHARA

Entre los peligros que en el Desierto amenazan al viajero el más grave, después del más frecuente de la falta de agua, es el de las tormentas de arena que el terrible *simoun* aventra, siendo El Tanezrouth una de las regiones saháricas donde más menudean.

Véase el relato hecho por un viajero contemporáneo de una que en la misma ruta seguida por el hijo de Duvery y sus compañeros, le sorprendió entre Timisao y Ahnet:

"El día era agobiante, la encalmada atmósfera asfixiaba y quemaba el sol. De pronto, al sur, en el lejano horizonte de la sabana inacabable se alzó un nubarrón amarillo grisáceo, bien conocido de mis guías; un leve viento agitó el ambiente, alzando con jar partículas más tenues de la arena del suelo tolvaperas enanas, y en seguida nos azotó una ráfaga, no fuerte todavía, pero aun más ardorosa que el abrasante calor que padecíamos ya, y comparable solamente a la tufarada de ardiente vaho recibida por quien abre la puerta de un horno de fundición.

"Cayó este viento a poco, pero saltó de nuevo arreciando y trayendo suspendidas briznas de polvo tan sutiles como densamente apiñadas, las cuales se infiltraban por entre las juntura de las ropas, y aun casi creo que a través de su tejido, hasta llegar a la piel. Ni anteojos, ni guantes, ni *litzam* preservaban contra aquel polvillo que,

cegando los ojos, atascando las narices, metiéndose en la boca con la inevitable aspiración, se adentraba en la garganta produciendo tos violenta. Pero éstos no eran sino los preliminares de lo que, sin hacerse aguardar, llegó en pos de ellos.

"Impeliendo ante sí espesas masas de arenas, finas y gruesas, con las que nos golpeaba, se hizo el viento huracán de violencia incontrastable, que irremisiblemente derribaba y arrastraba a quien caía en insensata tentación de resistir en pie el vendaval no de aire, sino de *piedra pulverizada*.

"Contra él no hay más amparo que arrojar al suelo rostro a tierra, cubrirse cara y cabeza cuan menos mal se pueda y permanecer así en tanto la tempestad pasa.

"Nuestros camellos, prácticos por excelencia en estos horribles arenales, nos dieron el ejemplo echándose tan pronto barruntaron la tormenta, apelonándose en montón, estirando y encorvando los largos pescuezos, como el cisne que oculta el pico bajo el ala, y cobijando las cabezas entre el propio cuerpo y el de algún compañero, o resguardándolas a sotavento de las jorobas.

"Antes y después de lo más fuerte del tempestoso meteoro veíamos el disco solar pálido, como a través de una neblina londinense; y mientras completamente desatado rugía el *simoun*, el velo neblinoso se cuajaba en tupida cortina, formada por espesas masas de arena, que por completo ocultaron el sol;

y la luz disminuyó hasta impedirnos ver los objetos situados a pocos metros de distancia.

"Al pasar la tormenta, todos teníamos las bocas llenas de salivoso barro, nos sangraban las narices a causa de la violenta irritación que producía la arena en las mucosas y nos punzaban en los ojos centenares de agujallas.

"Y después, durante cinco días, tardados en llegar a sitio donde pudimos renovar las provisiones invadidas por la arena, tan fina que era imposible separarla de los alimentos, todo cuanto comimos estaba lleno de ella: ocasionándonos, sobre las molestias consiguientes a la ingestión y a la masticación, insoportable peso en el estómago y violentos dolores.

"Jamás, jamás, aun cuando pasen muchos años, olvidaré el horrible Tanezrouth, donde, arrastrando la alta fiebre, nacida de los tormentos padecidos en él, tenía que andar y andar, pues detenerse era consumir agua tasada para llegar a Ahnet, y perecer por tanto en aquel país de pesadilla, del cual pensaba que, como él, debían ser las regiones infernales... ¡Qué jornadas!: bregar sin tregua para avanzar luchando con toda suerte de obstáculos y deprimido el ánimo por el recelo de quedarnos allí como los infelices cuyos esqueletos hallamos al pasar por Ain-Ziza; sed jamás satisfecha en días y días, nauseabunda alimentación reducida a dátiles correosos, arroz agorgojado y repugnante *cuscus*: y todo, por supuesto, siempre mezclado con arena."

Hasta aquí el relato de la citada víctima de la tormenta descrita.

Aun no siendo frecuente, ocurre a veces que quien se tiende mientras pasa la tormenta no vuelve a levantarse por quedar soterrado bajo montes de arenas. Así han perecido no pocas caravanas en el Sahara; ése fué el triste fin de una expedición de ingenieros franceses, y sepultado en los arenales de Libia pereció el ejército de 50.000 hombres por Cambises enviado al oasis de Siuah con el sólo objeto de destruir el templo de Júpiter Amnón: catástrofe narrada por Herodoto y Strabón, que los egipcios reputaron olímpico castigo.

Pero volvamos al detenido auto, que se nos ha quedado un poco lejos; pues desde Timisao, en cuyas cercanías lo dejamos, hasta el oasis de Júpiter Amnón, hay muy cerquita de tres mil kilómetros.

Hasta las tres de la madrugada no se reanudó la marcha, porque hasta entonces no

alumbró la luna, lo que era necesario para emprenderla.

Casi dos horas tardó el auto en recorrer a su penoso rastrear de oruga los nueve kilómetros que lo separaban de Timisao, donde se halló casi de pronto al salir de una garganta pedregosa desembocante en el dilatado llano que se extiende al norte hasta los montes de Ain-Ziza.

Apenas llegados allá aprovecharon los viajeros el fresco del alba para las faenas de la aguada, disponiéndose luego a dejar transcurrir un largo día y dos tercios de noche hasta poder ponerse nuevamente en marcha: tal era el programa la víspera formado, que todavía sufrió otra variación, porque sobre las once de la mañana comenzaron a verse por el sur barruntos de una tempestad de arena cual la descrita en recientes párrafos, que aun cuando muy penosa para nuestros expedicionarios, no era probable lo fuera tanto como aquella para el viajero que nos la ha contado, desprovisto de un autocamión en donde guarecerse, como ellos, y que aunque habría parecido espantosa a cualquier europeo, no fué para el veterano Friand sino una rafaguilla comparada con las que por experiencia le constaba suelen levantarse en El Tenezrouth.

Y, sin embargo, pasada la media hora que duró, vieron los expedicionarios al salir del auto, en donde agazapados la aguantaron, que las ruedas de él estaban aprisionadas en una capa de arena de diez o doce centímetros de espesor, amontonada por el huracán alrededor de ellas; y cuando, transcurrido un rato, se ocupaban unos en desbarazarlas de la arena, quitaban otros la acumulaba sobre la techumbre del camión, y el conductor, levantado el *capó*, limpiaba el motor del polvo que hasta él había penetrado por los respiraderos de la refrigeración, dijo el sargento, mirando al mediodía:

—O mucho me equivoco, o lo pasado sólo ha sido la llamada de trompetas, y pronto tocará toda la banda; pues pocas veces he visto tan feo el cielo como está por allá: y eso que yo las he pasado gordas en esta indina tierra.

—Me parece lo mismo—dijo, mirando en la misma dirección, el motorista, que terminaba su limpieza—. Y lo peor, como se venga encima una tormenta gorda, será que la arena se meta en el mecanismo y nos inutilice el motor.

—¡Demonio! Eso sería muy grave.

—Y tanto, que es preciso defendernos cubriendo el *torpedo* con tres o cuatro mantas que le amarraremos alrededor.

—Pues no perder tiempo—dijo Friand—;

me parece que el baile va a empezar pronto.

Precipitadamente trajeron cuatro mantas; y apenas se acabó de rodearlas y atarlas con bramantes al torpedo se anubió el Sol, y llegó el primer resoplido, todavía no muy fuerte del *simoun*. A la segunda y más dura tarascada del viento se metieron los viajeros en el coche, y el tercer zarpazo, ya francamente huracanado, los cogió dentro, con las portezuelas bien cerradas y corridos sus pasadores de seguridad.

Por suerte, como todos los autos usados en el Desierto, no tenía aquél cristales en las ventanas, sino recias y dobles placas de celuloide; pues a no ser por esto, la primera embestida de arena gruesa que furiosamente golpeó el carruaje cual espeso granizo, o más bien cual descarga de metralla, habría hecho añicos todos los cristales y penetrado adentro como Pedro por su casa.

A los pocos minutos de estas primeras embestidas la tormenta justificaba los recelos de Friand, bramando aterradora, amenazando con volcar el auto y haciéndole crujir cual si a desbaratarlo fuera.

—Es que nos coge de costado el viento—dijo Raúl al motorista—. Pon en marcha el motor un momento no más, para virar un poco hasta que empuje en la trasera. Así, en lugar de trabajar contra la armazón del coche, con riesgo de volcárnoslo, se gastará su fuerza en hacerlo rodar.

Ejecutado lo ordenado, pronto se vió que tenía razón el despierto muchacho, pues disminuyeron los crujidos del carruaje, y quienes lo ocupaban advirtieron que cada vez que redoblaba la ira del huracán rodaba algunos metros, quedando así aliviada su armadura del efecto sobre ella de la presión de aquél.

Mas poco a poco fué rodando más trabajosamente, lo cual, unido a la reaparición del rechinar de maderas y hierros, probaba que el viento no conseguía moverlo sino venciendo grandes resistencias y haciendo trabajar alarmantemente a su armadura.

—Parece que cada vez le cuesta más trabajo ceder al empuje, tarda más en rodar y obedece durante menos tiempo.

—Ya sé lo que es.

—¿El qué, Friand?

—La arena: ahora cae mucha más que antes.

—Claro—agregó Dessaix—, y como se apelmaza a los lados de las ruedas y se amontona delante de ellas, cada vez tienen que vencer mayor obstáculo.

—Y gracias que pare en eso.

—Pues ¿qué teme usted, Friand?

—Que, por lo que yo veo, esta tormenta es de las de órdago a la grande—contestó el

sargento gritando con todos sus pulmones, para que los bramidos del huracán no cubrieran su voz—, y bien pudiera ser que, no las ruedas, sino el camión entero, quedara enterrado. Si antes no se hace pizcas.

—No, no; eso sería lo último.

—Y tan último, Don Raúl.

—No quiero decir eso, sino que no es posible resignarse a ello: que hay que luchar.

—No sé cómo: no podemos nada.

—Nada, nada... No puede ser... Algo es preciso hacer... Es absurdo que a ninguno se nos ocurra nada; suicida, estarse con los brazos cruzados... ¡Ah! Sí, como los barcos: huiremos, como ellos, poniendo popa al viento y corriendo el temporal. Eso es, eso: la velocidad aminorará, mientras corramos, la violencia con que el vendaval nos azote, el coche padecerá menos; y estando en constante movimiento no dejaremos a la arena tiempo de amontonarse en torno nuestro en cantidades peligrosas, ni de aprisionar las ruedas.

—Es verdad, es verdad.

—Sí, tiene usted razón; y aunque algún peligro haya en echarnos a correr a ciegas.

—¿No es lisa y muy extensa la llanura que tenemos por delante?

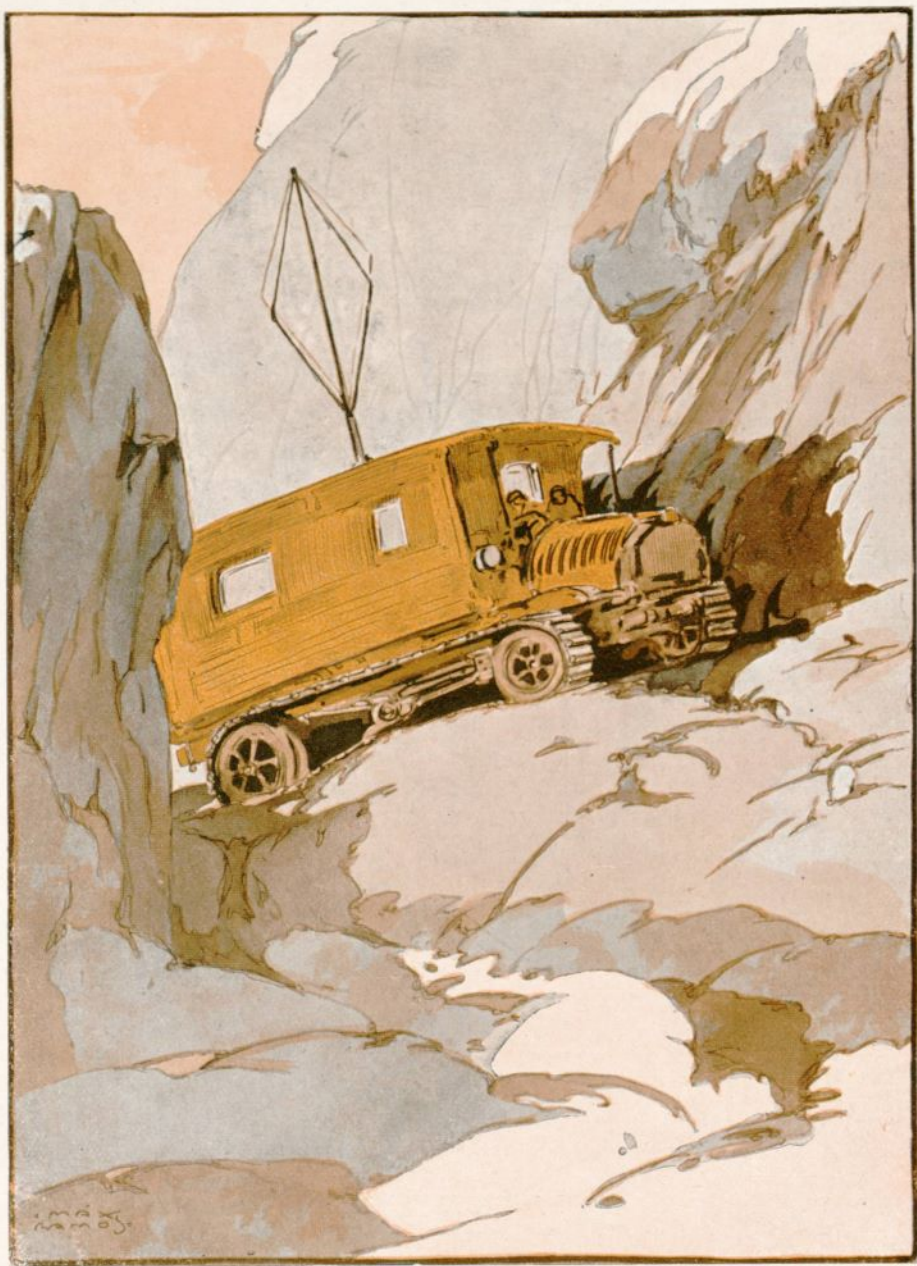
—Llanísima: por lo menos en doscientos kilómetros; pero eso no quiere decir que no encontremos montones de arena: sobre todo, hoy.

—Mientras no sean peñascos, todo será saltar un poco, porque el auto es muy ancho, tiene el peso bajo y no es fácil vuelque. Y que, después de todo, entre correr el riesgo problemático de un vuelco y afrontar el seguro de quedar aquí enterrados... ¿Qué opina usted, Friand?

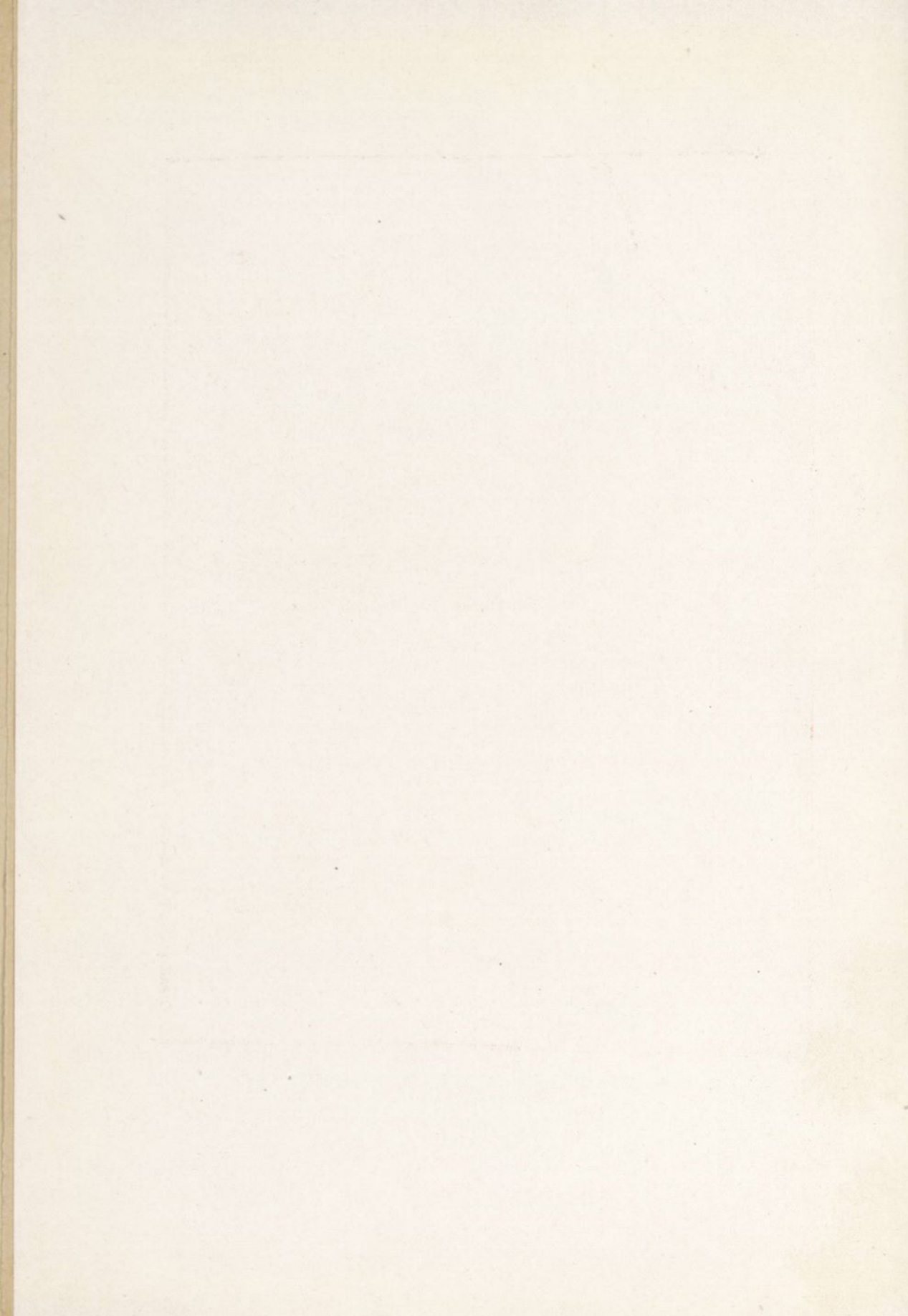
—Usted ya conoce mi muletilla: en el Desierto no hay que pararse sino cuando no se puede andar.

—Pues a correr se ha dicho. Dessaix, andando: a poner el motor en marcha.

Por la puertecilla del camarote telegráfico pasaron el motorista y Raúl al departamento de la conducción cubierta, donde estaban el volante, la maniobra del arranque automático, el contador para apreciar los recorridos y las llaves de paso de la gasolina y del agua acopiada en los depósitos traseros de reserva a los del motor y el refrigerador; y en breve la presión del viento, que en aquel instante forcejeaba en vano para hacer rodar el carruaje cuyas ruedas apresaba la arena, recibió la ayuda del motor; y entre uno y otro desatascaron el vehículo, que comenzó a marchar, no a interrumpidos saltos, cada vez más cortos, como hasta allí, sino resueltamente, arrancando a Raúl un "nos hemos salvado" excesivamente



Nada rememoraba allí las típicas llanuras y arenas que quiénes no conocen el Sahara
creen son todo el Sahara



prematureo en opinión de Friand, que aun pensándolo así, por creer faltaba mucho todavía para poder cantar victoria, se lo calló para no aguar el optimismo del valiente y con fiado mozo.

Cual Duvery había dicho, corría el auto como un barco que escapa forzando máquina delante del temporal; sus previsiones al ocurrírsele aquel racional medio de defensa en su apurada situación se confirmaban; pues aun cuando el zumbar del viento, la escasez de la luz que, aun no siendo sino las dos de la tarde, entraba en el coche y el furioso repiqueteo de la arena lanzada por el *simoun* contra las paredes de aquél, eran fehacientes testimonios de que la tempestad se mantenía en todo su furor, ya no se oían sino de largo en largo los crujidos del automóvil cuando éste era asaltado de través por algunas ráfagas, y el peligro de quedar sepultados parecía remoto mientras continuaran corriendo.

Pero ¿podrían prolongar hasta que amainara la tormenta aquella vertiginosa carrera, en la que además de impelido por el motor iba el carruaje a la par empujado por el soplo del huracán y por su propio peso a favor del declive de la inmensa llanura, que aun siendo suave, siempre ofrecía el peligro de la acumulación de velocidad en todas las carreras cuesta abajo?

La respuesta era inquietantemente problemática, pues las sacudidas al salvar pequeños lomos y montones de arena se hacían más fuertes por momentos, y de encontrar algún obstáculo mayor podía sobrevenir un violento volquetazo; pues aquel auto, cuya marcha máxima no pasaba de treinta y cinco kilómetros, corría, por efecto de las concomitantes causas indicadas, a setenta u ochenta.

Y todavía era de temer otro riesgo más próximo, porque el vuelco, real y positiva amenaza externa, no era sino eventual; pero otro peligro interno, el recalentamiento, crecía y crecía aterradoramente; pues grande siempre durante el día en el Sahara, era espantoso aquella tarde en que las mantas rodeadas al torpedeo, cuando no se pensaba que el auto hubiera de marchar, cerraban los respiraderos del ventilador, con lo que la ventaja de impedir la entrada de la arena en el motor se pagaba a costa de que el calor de las incesantes explosiones de los ocho cilindros se fuera acumulando, amenazando con tremenda avería: con explosión acaso.

Esto, ya sospechado por Raúl a poco de partir y observar cuán pronto se calentaba el agua, se hizo a todos manifiesto cuando la temperatura del departamento de la conducción inmediato al bloque de los cilindros

de explosión subió y subió, invadiendo todo el carruaje y llegando a hacerse irresistible.

Ya antes se había echado mano del agua de reserva de los depósitos traseros y, sobre todo, de la mezcla amoniacal, gastándose sin tasa ni medida la provisión frigorífica, no logrando, a despecho de ello, sino evitar que constantemente hirviera a borbotones el agua del refrigerador, pero no que rompiera a hervir a los pocos minutos de agregarle cada toma frigorífica.

En tales condiciones no habría sido posible que el motor resistiera mucho tiempo, a no ser porque en tres horas se consumió casi completamente el amoníaco, en cantidad sobrada en otras circunstancias para treinta, llegando Raúl, para ganar tiempo y conseguir más rápidos enfriamientos, a verterlo, no poco a poco en el depósito especial del refrigerador, sino de una vez en uno de los dos traseros de la provisión general, unidos a aquél por un tubo con llave de paso.

Simultáneamente dispuso que alternativamente trabajaran no más de dos cilindros a la vez, uno por banda, descansando los otros seis, que sucesivamente iban entrando por pares en actividad; con lo cual no desarrollaban sino una cuarta parte de calor; y, continuando el auto en marcha, se aminoraba notablemente su peligrosa velocidad. Gracias al efecto combinado de estas determinaciones y a que el huracán había, no caído del todo, mas sí amainado algo—lo cual se conocía en la disminución de las sacudidas por él impresas a la velocidad del coche y de la arena caída sobre el techo y lanzada a las paredes—, fué posible realizar la difícil maniobra de abrir con precaución extrema una rendija de una ventanilla delantera (lo cual no habría sido hacedero, a no quedar como quedaba a sotavento) y sacar por ella un palo a cuya punta iba un cuchillo, con el cual fueron dados dos o tres cortes en diversos sitios a los bramantes que amarraban las mantas: tan a tiempo, que cuando esto fué hecho ya comenzaba a arder una, arrebatada con las otras por el viento al hallar resquicio éste para meterse entre ellas y el capó.

Aquello era arrostrar el riesgo antes evitado; pero entre que se filtrase polvo en cantidad que al cabo de veinte o treinta minutos, tal vez menos, impidiera la marcha, y seguir desafiando el terrible recalentamiento que amenazaba con catástrofe inminente, no podía ser dudosa la elección.

Unido lo hecho a nueva reducción de la velocidad, rebajando al mínimo posible, mediante acortamiento de la ración de gasolina, la intensidad de las explosiones en

los únicos dos cilindros de trabajo, se logró que en lugar de hervir el refrigerador a los cuatro o cinco minutos de agregarle cada toma de agua enfriada del depósito posterior, tardara ocho, lo cual era ya mucho; pues como la tormenta comenzaba a ceder, daba esto esperanza de que al cabo podrían escapar con bien de ella.

Un cuarto de hora después, la poca luz que en el coche entraba por sus ventanillas fué creciendo de prisa, diciendo que las nubes de arena se iban aclarando; el viento no rugía ya con el pasado y continuo asordante fragor, sino que, como fatigado de su brega, resollaba a intervalos más largos con baladros cada vez menos rudos.

En este estado, y a punto de cumplirse las tres horas de la forzada salida de Timisao, se atrevió Raúl a entreabrir con cuidado la ventanilla de frente, por la cual vió que ya no estaban en la llanura inacabable, sino que el auto rodaba por una extensa abra de piso liso, duro y hasta escaso de arena, pues, sin duda, no había llegado allí lo duro de la tormenta. Dicha cañada angostaba despacio, según se iba adentrando entre las cumbres que la limitaban, por lo cual fué

preciso, para poder guiar, porque aún no era oportuno detener el carruaje, mantener abierta en una ventanilla una estrecha rendija, pues todavía llegaba, aunque de tarde en tarde, algún que otro resoplido del huracán agonizante.

Pero la marcha, para la cual iba mostrándose hacia ya rato más perezoso cada vez el auto, fué haciéndose más lenta, hasta que, continuando entrando en él por los respiraderos del torpedo el polvillo flotante de la atmósfera, y acumulándose al anteriormente entrado, de tal modo aumentaron los rozamientos de los mecanismos impulsores, y tan claro los percibió Dessaix que, antes que el coche se parara solo, lo cual habría sido obra de poco tiempo, lo paró él, de acuerdo con su joven jefe.

La tempestad había pasado casi por completo; con ella desaparecía el peligro de quedar sepultos bajo arena; pero el único medio de locomoción de los expedicionarios parecía estar, cuando no inútil, poco menos; y quietud prolongada en el Desierto, a distancia superior a cien kilómetros del más cercano pozo, ya sabían ellos lo que significaba.

XVI

EN DONDE LA ANUBLADA ESTRELLA SE ECLIPSA POR COMPLETO

La ambulante estación telegráfica, que no *ambulaba* ya y que aun acaso ni telegrafiar pudiera, estaba detenida en medio de un montuoso laberinto intrincado de incontables cerros de contornos duros y siluetas agrias de ingentes rocas peladas, enhiestas en las cumbres, y amenazantes en los flancos, donde cuelgan en precario equilibrio, de desgajamiento a los barrancos cuyo fondo es un puro cantizal.

Con extrañas, fantásticas, más todavía, inverosímiles formas surgen allí del suelo picos y sierras sin constituir cadena de orientación determinada, ni orográfico sistema de formas definidas, sino revuelta confusión de mogotes y hoyos, de sierras y hoces, de quiebras, picos y cantiles: dando en conjunto a la comarca la apariencia del roquizo esquelto de un enjambre de montañas, no sólo muertas, no sólo descarnadas, sino con los desconcertados restos de su osamenta roídos en prehistóricos siglos por las aguas de arrolladores torrentes diluviales que no han vuelto a correr por vertientes ni cañadas desde

que de ellas se llevaron la carne de sus tierras, dejando las crestas erizadas de carriados colmillos, las laderas tajadas en desgalgaderos, los valles carcomidos por abismales simas, y la región entera convertida en informe montón de riscos, pero no de breñas; pues en leguas y leguas y más leguas no nace ni un yerbajo.

Las cimas son agujas, las lomas cuchillos, las abras y los valles desgarrones en la piedra: todo es allí violento, agudo, aristoso, bravío: más todavía, medrosamente tétrico; pues hasta los peñascos que un tiempo fueron columnas ciclópeas de la meseta ya desaparecida, dan sensación de ruina geológica que todavía continúa carcomiendo aquellos pilares; abrasados, cuarteados por el fuego del sol, que de día caldea y dilata su granito, helados luego y violentamente contraídos por el frío de las noches saharícas: con dilataciones y contracciones que al influir desigualmente en los diversos componentes de la roca, se delatan con chasquidos que son lamentos arrancados a las

peñas por los dolores de desgarramiento en sus entrañas, de la trabazón de aquellos componentes.

Así, los materiales menos duros de las superficies de tajos a pico o aislados monolitos empinados a modo de atalayas sobre despeñaderos y barrancas, se desprenden en polvo, triturados por las reacciones opuestas del calor y del frío, quedando sólo en pie el diamantino cuarzo, con bordes afilados y aguzadas púas en las arpadadas crespas, adentellado en los declives surcados de hendiduras que a fuerza del mordisco de hoy, del de mañana, de los de días y días, de un año y otro año, de un siglo y otro, y otro, y montones de siglos, se adentran en lo hondo del pétreo seno, y tornando la grieta en socavón, minan, taladran el macizo de roca, ahuecándolo a modo de hormiguero o colmena.

El mismo explorador ha poco mencionado (Haywood), el más moderno de quien tenemos noticia, dice al hablar de esta comarca: "Pelados picarachos de granítica roca, arañada por centenares de profundas grietas, nos rodeaban.

"Aunque las vastísimas llanuras arenosas recién recorridas nos habían impresionado tristísimamente con su desamparada soledad y la desolada ausencia de toda vida animal y vegetal en ella, todavía era incomparablemente más desolado y horrendamente tétrico lo hosco o apariencia de aquellas aisladas rocas irguiéndose con escuetos durísimos perfiles a 300 ó 400 pies de altura, semejando restos de los pilares colosales de un derruido inmenso alcázar titánico y dantesco, propia morada de la eterna Muerte."

Quien ve una vez tan tenebroso paisaje no lo olvida. Por ello, apenas Friand y Dessaix salieron del carruaje reconocieron la comarca, diciendo el primero:

—¡Calla! Hemos venido a parar a Ziza.

—¡Ah! ¿Usted ha estado aquí ya, Señor Friand?

—Sí, amigo Joubert: siendo cabo y estando destinado en la sección de Ouallen cobré por aquí unas buenas piezas en una batida que con cuatro guardias di por estos parajes.

Raúl oyó esta conversación, pero no hizo alto en ella; pues en cuanto salió del auto se puso a reconocerlo, en compañía del motorista, para enterarse de porqué marchaba tan dificultosamente.

La primera impresión, a reserva de lo que en definitiva se viera al desarmar el motor y el mecanismo de la propulsión, fué que, en realidad, no existía sino general torpeza en el funcionamiento, porque el polvo, infiltrado hasta por las juntas más cuidado-

samente ajustadas formaba con las grasas un aceitoso barro que aprisionaba las articulaciones del cigüeñal, obstruía válvulas, entorpecía el giro de los ejes y llenaba la caja del diferencial de las ruedas traseras, que, según es sabido, son las motoras en los automóviles.

Pero más habría valido padecer alguna de las muchas averías de posible reparación en pocas horas, pues aquel general embarramiento de todo obligaba a desarmar hasta el último tornillo de la maquinaria, para proceder a total limpieza, que, con el desarme previo y el *remontaje* subsiguiente, consumirían unos cuantos días.

Como esta faena no podía hacerse sino con buena luz, y ya empezaba a caer la tarde cuando quedó el primer reconocimiento terminado, se aplazó el comenzarla hasta el siguiente amanecer.

—¿Cuánto tiempo podrá llevarnos esa maldita limpieza?—preguntó Raúl al conductor.

—Si los guardias limpian lo más burdo y yo no tengo que atender sino a lo delicado y a armar después la maquinaria, tres días lo menos, tal vez cuatro. Pero eso suponiendo que no me encuentre con alguna sorpresa.

—¡Qué contrariedad!... Bueno, pero supongo que, una vez arreglado todo, la llegada a esos pozos de Ahnet, que tanto nos cuesta alcanzar, será cosa breve, pues no pueden ya estar lejos.

—No: lejos, no, porque estamos en los cerros de Ziza, y aunque no sé si en la entrada o la salida de ellos, sea donde quiera, no pueden faltarnos sino de ciento a ciento veinticinco kilómetros.

—Bah, eso no es nada.

—Sí, señorito; pero siempre que el coche pueda andarlos.

—¡Hombre, después de limpio!

—Es que falta saber el agua que nos queda; porque en la carrerita de esta tarde se ha tragado mucha el refrigerador.

—¡Diablo!: no había pensado en eso. Vamos, vamos a medirla en seguida.

Acudieron primero al refrigerador del motor, donde no hallaron ni una gota, pues su alta temperatura, cuando el auto paró, había evaporado la que entonces contenía; registraron después el depósito de reserva, compuesto de dos recipientes gemelos, viendo con satisfacción que, aun descontada la que en los tres o cuatro días de su forzada detención pudieran beberse los ocupantes del auto, todavía quedaría agua muy sobrada para llegar a Ahnet.

La alegría de ver disiparse el recelo apuntado por Dessaix quitó a Raúl su mal humor por el nuevo aplazamiento de las pesquisas

en busca de la misteriosa estación A, y esta alegría despertó la memoria de su estómago recordándole que desde el ligero desayuno de las seis no había probado bocado ninguno de los viajeros; pues las peripecias de la fuga ante la tormenta, comenzada antes de la hora de comer, no les dejaron pensar en nada más; y después de salvos, la preocupación de enterarse del estado del carruaje había mantenido acallada el hambre, que ya gritaba desahoradamente, con sobrada razón, pues eran las siete de la tarde.

El crepúsculo agonizaba, y aunque el ambiente no había refrescado cuanto refrescaría según la noche fuera entrando, era todavía imposible permanecer dentro del coche, cuya armazón metálica se acordaba de la abrasante temperatura que el recalentamiento del motor le comunicara; por lo cual, decidió Raúl que, al aire libre, sin separación de categorías y alumbrados por uno de los faroles del auto, hicieran juntos comida y cena de una vez, los que podían llamarse varados náufragos en el Desierto.

El joven jefe de la expedición tenía ánimo y buen humor a toda prueba; Friand, sus gendarmes y Dessaix, antiguo sargento de Ingenieros en las secciones automovilistas de Túnez y Argelia, y conductor después del correo transaháríco, tenían la fortaleza de quienes habían escapado de otros duros aprietos (frecuente achaque de quien a diario viaja en aquellas inhospitalarias soledades), al parecer más graves que el presente, en el cual tenían agua, y esto es lo principal en el Sahara, y un vehículo rápido capaz de sacarlos, una vez reparado, del atasco.

Solamente el pobre Joubert sentía preocupaciones, o no sabía esconderlas cual los otros, haciendo en la reunión papel de Jeremías; pero ni aun esto bastó a quitar a aquella cena, en realidad tristísima, su aparente alegría; insincera tal vez, forzada acaso, pero alegría al cabo que templaba los ánimos de aquellos hombres valerosos; pues precisamente la chacota y las burlas caídas sobre el pusilánime lograron, entre bromas y bulla, desimpresionar un tanto al pobre telegrafista.

Terminando la cena, Friand, el motorista y el más veterano de los dos gendarmes relataron diversos episodios de sus correrías por el Desierto, siendo entre ellos el más interesante, por haberle servido de escenario los mismos lugares donde era referido, la persecución y captura de cuatro tuaregs contratados como guías y camellos, por los sabios de una comisión internacional de estudios geológicos en el Sa-

hara, y a los cuales asesinaron y robaron en Ain-Tahena.

—Hará de esto diez años. Era yo entonces cabo en la sección de gendarmería de Ouallen, que poco más o menos tenemos a la misma distancia que los pozo de Ahnet, pero a poniente en vez de al norte. Cuando el Teniente se enteró del crimen me envió con cuatro gendarmes a Ain-Tahena.

Así comenzó su relato el sargento, que, bastante hablador y no menos presumido (según sabemos ya, sin que ello baste a oscurecer sus méritos notorios), contó el suceso con pormenores que si no pesaron a su auditorio mientras llegaba la hora de dormir, serían prolijos para quienes tenemos impaciencia de saber si al fin el auto anda o no anda. Por ello saltalos el cronista de esta historia, para llegar al desenlace de la de Friand, único extremo interesante en la que vamos relatando. Y el desenlace fué que, tras varios días de persecución entre enredadas pistas, y por confidencia de un *tibou* esclavo de uno de los criminales, fueron cazados éstos en una gruta, solamente conocida de ellos y otros tales.

Dicha caverna, y esto era lo más interesante de las hazañas de Friand, para los que con él estaban detenidos entre los cerros de In-Ziza, se hallaba en medio de éstos.

Después de comentar cuán bien vendría su sombra al día siguiente en la faena de levantar y desarmar el auto aguantando el terrible sol reverberante en el embudo de rocas donde estaban, se fueron todos a acostar, sin que, excepto Raúl, dormido como un tronco al minuto de tenderse en la hamaca, conciliara ninguno el sueño en largo rato, por preocupar a todos los temores que a solas ya consigo mismos no se tomaban el trabajo de esconder bajo la máscara de optimista buen humor con los demás aparentado. Y eso que no podían prever el doloroso descubrimiento que al día siguiente, en cuanto hubo luz clara, hizo el motorista cuando, desmontadas las ruedas del camión, y tan pronto estuvo éste sostenido en los crics usados para levantarlo, se metió por debajo de él para desenchufar, antes de proceder al desarme de otras piezas, los dos trozos del tubo de alimentación del depósito de trabajo de la gasolina que paulatinamente suministra la que en marcha pasa al carburador y de éste a los cilindros, donde estallan las explosiones impulsoras de los automóviles: depósito dispuesto en el carruaje que se reconocía de modo que, cuando estaba a punto de agotarse, recibía por el citado tubo nueva ración de gasolina caída de

otro recipiente almacén, situado bajo la zaga del camión y de mucha mayor capacidad que el de trabajo.

No es frecuente lleven este segundo depósito los automóviles no destinados a alejarse mucho de las poblaciones, pero sí los empleados en largos viajes. Atendiendo a su finalidad, se le da el pintoresco nombre de *nodriza*.

El depósito delantero del auto telegráfico tenía 30 litros de cabida, y la *nodriza*, más de 200. El tubo de alimentación constaba de dos trozos: el más estrecho servía de desagüe de la *nodriza*; y ajustaba a enchufe dentro de otro más grueso, por donde fluía al depósito de trabajo la gasolina vertida en él por el primero, estando por cima del enchufe protegida la unión de ambos con un manguito o *suncho* exterior, a voluntad resbalante en el tubo delgado hasta cebar a tuerca en el grueso, cuando se deseaba unir los dos, y descebarse de la unión de ellos al desatornillarla para separarlos. Por último, una llave de paso, al alcance del motorista, era abierta por éste cuando en marcha advertía necesidad de recargar de gasolina el depósito del motor, previa apertura de otra de seguridad de la *nodriza*, que, según posiciones, permitía o impedía el paso de la esencia. Cuando ambas se cerraban, dejaban en la unión de los tubos comprendida entre ellas una pequeña cantidad del combustible líquido, a cuyo empleo en los motores de explosión y en los de combustión de Diesel se deben las maravillas realizadas en la locomoción moderna.

Dados estos antecedentes, necesarios para comprender el terrible accidente descubierto por Dessaix al destornillar el manguito de unión, previo cercioramiento de estar cerradas las dos llaves de paso, puede ya decirse que al desenchufar los tubos y no ver gotear al suelo la pequeña porción de esencia vertida siempre en tales casos, se asombró primero y palideció en seguida. Pero teniendo la suficiente presencia de ánimo para no alarmar a nadie antes de asegurarse de si eran fundados sus temores, salió, arrastrándose, de debajo del *chassis*, entró en el coche, desatornilló la tapa de la *nodriza*, situada en lo trasero de aquél, entre las de los dos depósitos de agua que comprendían el de la gasolina; y metiendo una varita hasta tocar con ella el fondo del recipiente, pasó su rostro, de pálido, a lívido cuando, al sacarla, vió que salía seca.

Allí no había una gota de gasolina... ¡Y él había llenada la *nodriza* al salir de los pozos de Ouzel, vertiendo en ella todos los bidones de repuesto comprados en Idelés dos días antes! Tan cierto estaba de ello como

de que, no habiendo después alimentado sino dos veces el depósito de trabajo, debían quedar en la *nodriza* unos 120 litros, y de que si allí no estaban no era por haberlos gastado, sino por haberse salido.

Pero ¿cuándo? ¿Cómo, si el depósito no tenía golpe, ni agujero, ni grieta? ¿Cómo, si los tubos ajustaban perfectamente, según acababa de ver al desenchufarlos?...

Renunciando a darse explicación, que, aun hallada, no aminoraría la gravedad del accidente, procuró serenar su semblante descompuesto, y desde la puerta zaguera del carruaje gritó a su amo que viniera a ver si hallaba la llave pequeña de desarmar, que él no encontraba en parte alguna.

Una vez enterado Raúl de lo que Dessaix acababa de descubrir, fué su primera idea registrar el depósito del motor, para ver si en él quedaba esencia con que llegar siquiera a Ahnet, o si estaba también totalmente vacío, y al encontrar en él gasolina hasta más de la mitad de su cabida, pero con la cual no bastaba para dicho viaje, dijo, esforzándose en simular despreocupación no sentida, que no siendo de agua, sino de combustible de lo que carecían, tanto daba estar parado, mientras no hallaran medio de marcharse, en los pozos de Ahnet como en los cerros de Ziza.

—No es que yo me amilane, ya lo sabe, señorito; pero no es fácil encontrar ese medio. Y en cuanto al agua, empleándola no más para beber, no nos faltará en dos o tres semanas; pero si pasan sin poder movernos o antes se nos acaban los víveres...

—Pero, hombre, dos semanas dan mucho de sí. Estamos en el camino de In-Saláh a Gao y Tombuctú, y mucho será que en tanto tiempo no pasen por aquí "autos", o siquiera "motos" que puedan prestarnos gasolina.

—Si no la llevan justa para ellos. Pero no es fácil pase por aquí ni una rata; pues en los años como éste, en que no están secos los pozos de la ruta directa de In-Saláh a Tombuctú, por ella, y muy lejos de Ziza, va todo el tráfico. Además, ya sabe usted que los caminos del Desierto no son carreteras de pocos metros de anchura, sino direcciones generales de dilatadísima extensión, donde yentes y vinientes se cruzan a muchos kilómetros de distancia, viéndose únicamente si los reúne la casualidad en los pozos de obligado paso. Por eso serían los de Ahnet mejor sitio para aguardar a la casualidad, que no es fácil venga a Ziza a buscarnos.

—No seas agorero, hombre. Con la casualidad no hay reglas: llega cuando nadie la espera.

—Por eso no la espero; pero Dios la traiga.

—Sí, hombre, sí... Después de haber salido del peligro de ayer, que era más grave.

—Más apremiante, sí; más grave, no: contra él teníamos medios de luchar, y los usamos; contra este de ahora, no tan aparatoso, pero más duradero, nada podemos en este destierro.

—¿Pero tú crees—dijo Raúl asaltado por una idea súbita que le extrañó no haber tenido antes—que quien, como nosotros, tiene un aparato radiotelegráfico puede decir que está perdido ni abandonado?

—¡Ah! Es verdad. ¿Va usted a pedir auxilio?

—Claro. Llamaré a Ouallen, donde, por ser estación del ferrocarril de Ghadamés a Tombuctú y Dackar, habrá probablemente gasolina; y si no, a In-Saláh, para que nos la envíen en un "auto" o en un par de *side-cars*.

—Sí, sí—contestó el motorista; mas recapacitando, agregó en seguida mucho menos alegre—: Pero hay otra dificultad.

—¿Todavía otra?... ¿Cuál?

—Que quienes nos la traigan puedan encontrarnos.

—Diciéndoles, como les diré, que estamos en Ziza.

—Señorito Raúl, Ziza no es un pueblo,

como Agadés, ni un punto fijo, como los pozos de Timisao o de Ouzel, sino un amontonamiento de incontables cerros y una maraña de barrancos, en medio de los cuales estamos con nuestro "auto" como una aguja en un pajar; pues estos montes cogen veinte o veinticinco, puede que treinta kilómetros de norte a sur y de este a oeste no sé cuántos, pero muchos más.

—Ya se ingeniarán, y nosotros también, ¡qué diantre! Por lo pronto, voy a telegrafiar ahora mismo... Pero no puede ser; no me acordaba que tan torpe estará el motor para trabajar con el solo cilindro de la dinamo como con los ocho del coche. Mira, como esto es lo más urgente, no te cuides ahora del diferencial, ni del cigüeñal, ni de ejes, ruedas ni de nada del mecanismo de la marcha, hasta haber desarmado y limpiado el motor, para poder usar solamente el cilindro de la dinamo de la transmisión. Y ni palabra a nadie de esto de la gasolina: no quiero que se enteren de que la *nodriza* no es ya sino ama seca.

—¿Ni al Señor Friand?

—A ese le hablaré yo; pero como no quiero que los otros os vean en conciliábulo, no le digas tú nada.

XVII

FRIAND TIENE UNA IDEA Y CORAZON PARA LLEVARLA A CABO

Mientras el motorista se ponía a la tarea señalada por Raúl, llamaba éste a Friand, llevándosele cañada adelante, lejos de donde los demás quedaban junto al "auto". Llegados a unas piedras, se sentaron en ellas el veterano y el muchacho, a la sombra de un gran peñasco, enterando el segundo al primero de la recién descubierta novedad y del plan de demandar ayuda por telégrafo, pidiéndole parecer sobre la dificultad, indicada por el conductor, de que pudieran ser hallados por quienes les trajeran la gasolina.

—Dessaix dice perfectamente—contestó el sargento—. Ya se ve que ha corrido mucho por estos andurriales. El aprieto es gordo, pero a un mozo tan bragado como usted, y que es quien aquí manda, no he de ocultárselo.

—Pero, Friand, conviniendo por telégrafo en que los que vengan y nosotros hagamos señales... Por ejemplo, disparos de hora en hora.

—Si la casualidad nos los trajera cerca,

podría servir eso; pero si nos buscan a tres, cuatro o diez leguas de donde estamos, de poco servirán los tiros. Y aun sin eso: si el viento se lleva el ruido por el lado contrario de lo que haga falta...

—Pero es imposible que no haya ningún medio.

—Imposible, no digo; pero a mí no se me ocurre.

—¿Y si telegrafáramos que nos buscaran con un aeroplano?

—No creo los haya en Ouallen ni en In-Saláh.

—Es que mi cuñado tendrá, probablemente, alguno en Techiasco; y aunque me repugna alarmar a mi padre, y sobre todo a mi hermana, pues querría ocultarles nuestra situación hasta salir de ella, de no haber otro medio de salvarnos...

—No creo que sirva el aeroplano; porque vista desde él esta maraña de picachos, hoyo y barrancos, debe de parecerse mucho a una espumadera y ha de ser muy difícil descubrir en uno de sus muchísimos agujeros

oscuros o de sus grietas, tan oscuras como ellos, la aguja de que, con razón, hablaba Dessaix; pues esas peñas altas brillan al sol, mírelas usted, como diamantes.

—Sí, es el reflejo del sol en las innumerables aristas del cuarzo de ellas.

—Por eso creo yo que deslumbrarán a quienes miren desde arriba, sin dejarles ver lo que haya en cañadas y barrancos.

—Es verdad, es verdad. Vale más telegrafiar a Ouallen, y valga por lo que valiere; yo no veo posibilidad de otra cosa.

—Claro que sí. Puede que no sirva; pero por sí pega... Oiga, Don Raúl, ¿y si avisáramos que encenderíamos una almenara para que por la noche nos buscara el aeroplano del Señor Lobera?

—¿Y de dónde sacamos leña en esta maldita tierra, donde puede que no haya un arbusto en cien kilómetros a la redonda?

—No he dicho nada... ¡Calla! Podemos poner mirando al cielo un faro de acetileno.

—Inútil también, Friand, porque de noche tal vez viera el avión el faro así apuntado; mas no pudiendo aterrizar en este acerico de peñascos, ni mantenerse quieto hasta el amanecer sobre nuestro faro, no sabría dónde estábamos en cuanto el sol saliera.

—Pues tampoco a mí se me ocurre nada más, Don Raúl.

—Es fuerte cosa y mala suerte que en toda esta comarca no haya un solo paraje señalado que poder indicar.

—¡Caramba!... Me ha dado usted una idea: el sitio lo hay.

—¿Cuál, cuál?

—La gruta donde cacé a los bandidos de que hablaba anoche.

—Ya sabía yo que usted me sacaría del atasco.

—No cante victoria tan pronto: lo primero es salir de este otro en que me meto; porque yo casi estoy seguro de que saliendo de Ouallen, como entonces, sabría ir a la cueva; pero es muy fácil que desde aquí no atine con ella; pues no sabiendo dónde estoy, tampoco sé hacia dónde tirar para encontrarla.

—Buscaremos, buscaremos.

—Claro; pero además yo no sé si en Ouallen o en In-Saláh quedará todavía alguno de los gendarmes que me acompañaban cuando eché el guante a aquellos pillos.

—¿Y qué falta hacen?

—Pues porque ellos y yo somos los únicos, al menos que yo sepa, que sabríamos encontrar la cueva viniendo de Ouallen.

—Ya, ya.

—Ahora me acuerdo que hace dos o tres años me escribió Custine.

—¿Quién es Custine?

—El más listo de los cuatro. Me decía que había ascendido a cabo y que se iba a In-Saláh, a la cabecera de la compañía. Si estuviera todavía allí.

—Lo preguntaremos, lo preguntaremos en cuanto el telégrafo funcione.

—Sí, pero mientras no encuentre yo la cueva, para poder citar en ella a los que hubieren de buscarnos nada adelantamos... Lo más urgente, antes de telegrafiar, es encontrarla, si es que puedo.

—¡Pero usted se va a lanzar!... ¿Y si se pierde?... No lo consiento.

—Perderme no hay cuidado, porque ya he caído en que aun no sabiendo dónde estamos, sé una cosa, y es que estamos cerca del borde sur de estas montañas y que las faldas de ellas forman, según vamos a poniente, la margen del Uad-Tin-Chek-Chek. Por eso, y recordando que en los cantiles de los cerros que hacia el sur miran al llano está la boca de la gruta, que en cuanto la vea creo reconocer, me atrevo a buscarla; que si no, sería locura hacerlo a ciegas. Ro-deando, pues, por la llanura la faldas de estos montes, al mediodía de ellos, no hay miedo de perderse, estando la cuestión únicamente en que la gazapera esa no quede demasiado lejos de aquí; pues lo mismo puede estar a cuatro o cinco kilómetros que a más de veinte leguas; y como sea lo último, ni llegaría a ella, por no poder cargar con los víveres y el agua necesarios para la expedición, ni las provisiones les durarían a ustedes hasta que, después de mi vuelta y de telegrafiar, tuvieran tiempo de venir a socorrernos.

—Es inútil, Friand: no tolero que corra usted las terribles contingencias de aventurarse en agosto y a pie en esos arenales del infierno.

—Soy más duro de lo que usted se cree; treinta años de Sahara me han vuelto la piel cuero y los huesos hierro.

—Pierde usted el tiempo: no he de aceder.

—Dígame, Don Raúl: si usted pudiera, como yo, encontrar el único sitio de cuyo hallazgo depende la vida de seis hombres, ¿vacilaría en arriesgar la suya?

—No.

—Pues entonces, pensando sólo en sí, tendrá derecho a prohibirme que vaya, pero no a sentenciar a muerte a nuestros compañeros.

—Si tuviéramos siquiera una "moto"... Ha sido una imprudencia no traer una en el "auto".

—Si la tuviera no me preocuparía de la cueva ni de la compostura del telégrafo;

pues antes de hora y media estaría en Oual-
len, y a la noche de vuelta con gasolina y
agua.

La expedición de Friand, que Raúl no au-
torizó sino imponiéndole la compañía de
uno de sus gendarmes, no se demoró sino el
tiempo estrictamente indispensable para ha-
cer dos paquetes con las provisiones: latas
de leche condensada, de merluza a la vina-
greta y de frutas, ex profeso elegidas por
atemperantes de la sed. El agua, ligeramente
adicionada con vinagre, la llevaban en los
tres "termos" de Friand y sus subordinados,
reglamentarios en gendarmería del Sahara,
y en una bota de Dessaix: en total, once
litros, no suficientes para beber cuanto
apetecieran, pero sí para evitarles penali-
dades excesivas durante las tres fechas se-
ñaladas como duración máxima al recono-
cimiento entre ida y vuelta.

Este plazo había sido fijado por Raúl,
después de hacer cuidadosa evaluación del
total de las provisiones y de ver que, no bas-
tando para alimentarlos a todos sino once
días, era preciso tomar en cuenta que, de
no hallar Friand la cueva, convenía dejar
margen de unos cuantos para que quienes
acudieran a la llamada telegráfica que de
todos modos se haría, como último recurso,
por remotas que fueran las esperanzas que
en ella podían fundarse, tuvieran tiempo de
intentar la difícil busca de los perdidos via-
jeros en aquel dédalo de cerros y barrancas.

La partida de los dos gendarmes a su pro-
blema y acaso desesperada tentativa im-
pidió a Raúl guardar su propuesta reserva
sobre el común peligro, que virilmente des-
cubrió diciendo que para casos tales es el
corazón de los hombres; que amilanarse en
ellos sólo conduce a perder energías para
salvarse necesarias, y que de todos espera-
ba ánimo entero y decidida ayuda, por todos
prometida: hasta por el apocado Joubert,
sin duda contagiado con el ejemplo de sere-
nidad que, aunque la procesión anduviera
por dentro, le daban los demás.

Pero aquella entereza no impidió que a
quienes se quedaban, y el primero a Raúl,
se les llenaran los ojos de agua y se les
apretara el corazón cuando se preguntaron
si volverían a ver a aquellos dos valientes,
que acaso no pudieran resistir las largas ho-
ras de tres días a la temperatura de 56 gra-
dos que iban a desafiar, sin posibilidad de
defenderse de ella viajando de noche, según
uso en el Sahara; pues sin luz no podría
Friand orientarse en el terreno ni recono-
cer la entrada de la cueva.

Además, pensando en el odio de los tua-

regs a los gendarmes y en que éstos no lle-
vaban por toda arma sino la pistola regla-
mentaria, por haber dicho Friand que para
las jornadas, muy largas acaso, que habrían
de hacer estorbaría el fusil, por ser ya muy
sobrado el peso del agua, los víveres y el sol,
temía Raúl que, de encontrarse la pareja
con tales gentes, no desperdiciarían éstas la
oportunidad de cazarla a mansalva con fusiles
desde distancia superior al alcance de las
pistolas de ella.

Y él y sus compañeros no podían apartar
de su memoria la idea de qué sería de aque-
llos infelices de sorprenderlos otra tempe-
stad cual la pasada, no teniendo el abrigo del
"auto": llegando a tanto la preocupación del
joven jefe de la expedición, que ni siquiera
hizo alto en el alcance de un incidente ocu-
rrido poco antes de partir aquéllos, pero que,
recordado al día siguiente, le dio la expli-
cación del porqué y cómo se había perdido
la gasolina acopiada en la nodriza.

El incidente fué que, al ir a llenar los ter-
mos, en uno de los depósitos de agua, casi
agotado ya, la hallaron imponible por estar
mezclada con amoníaco, alarmándose todos,
hasta que hallaron pura la del otro depó-
sito, casi lleno del preciado líquido.

La causa de ello fué que cuando la lucha
con el recalentamiento del refrigerador no
daba tiempo de hacer la mezcla frigorífica
con la rapidez exigida por las circunstan-
cias, echó Raúl directamente el amoníaco en
aquel depósito. Con ello la gasolina conteni-
da en la nodriza, en inmediata contigüidad
con el depósito de agua extraordinariamente
fría, habría de haberse enfriado poco menos
que ésta, enfriando a su vez el tubo estrecho
de salida de aquélla, enchufado en el ancho
depósito delantero: enfriamiento que, en vir-
tud de conocidísima ley física, habría con-
traído dicho tubo angosto, al propio tiempo
que el ancho donde entraba estaba dilatado
por la elevadísima temperatura del motor,
anormalmente recalentado.

Y cuando en un enchufe encoge el macho
estrecho y ensancha la hembra, es conse-
cuencia obvia que sobrevenga huelgo con
pérdida de ajuste. Por tal huelgo se había
escapado la gasolina durante la vertiginosa
carrera del "auto".

* * *

No queriendo tener a los lectores con el
alma en un hilo páginas y páginas, como es-
tuvieron no tres, sino cuatro días los com-
pañeros de los exploradores, no demoramos
más decir que retornaron éstos, pasado el
día fijado para su regreso y avanzada la no-
che del siguiente, cuando aquéllos los daban

ya por muertos o por extraviados con certeza de perecer.

Llegaron a media noche de aquella cuarta fecha, tan terrible para ellos, por sus padecimientos, como para quienes, sufriendo inefables torturas morales, desconfiaban de su vuelta; llegaron aspeados, sangrándoles los pies, abrasados por la sed de sus doce últimas horas de marcha, en las que no probaron una gota de agua; pero triunfantes, pues habían encontrado la deseada cueva a distancia de 56 kilómetros, medidos con el podómetro reglamentario del sargento.

Ciento doce, por tanto, habían andado en tres días y medio: lo que siendo una hombrada en todas partes, sube a hazaña de héroes realizada bajo el sol canicular del Sahara y con cinco litros de agua por cabeza para aquel número de días.

Después de beber a su placer, y nunca vendrá frase más a cuento, de recibir apretados abrazos de los que ya los contaban con los muertos, y de cenar copiosamente, relataron su odisea, que no puntualizamos, pues puede resumirse en sol y sol, sed y sed, fuego sobre la cabeza, fuego en el aire y en el quemante suelo, fuego de abrasadora sed en las entrañas, y la firmeza de voluntad heroica de no beber en cada día sino la ración presupuesta, que al segundo fué acertada; porque cuando desesperando ya Friand de hallar la gruta vió hacia adelante, y lejos, un cerro cuya cumbre se erguía con forma rara y típica que recordó haber visto cuando apresó a los tuaregs, pensó que por allí debía de andar la cueva. Pero como aún estaba el cerro a gran distancia, comprendió que, de llegar allá, no podría estar de vuelta en lo que llamaba él el campamento en la fecha señalada: siendo por lo tanto, preciso *estirar* los víveres y el agua.

Aquella noche durmieron en la cueva, el día siguiente lo dedicaron por entero al descanso; pues tan al cabo se sentían de fuerzas que el sargento vió clara la necesidad de reponerlas con un largo reposo, so pena de no tener las suficientes para el regreso.

La inmediata noche y la siguiente mañana, hasta las nueve de ella, las pasaron andando. Durmieron hasta las cuatro de la tarde y emprendieron nuevamente la marcha, al final de la cual no los habrían sostenido las piernas a no darles energías galvánicas la sed que no podían satisfacer sino llegando al auto, y a no tener certeza de que pararse era morir.

Durante la topográfica pesquisa de los gendarmes habían sus compañeros trabajado de firme hasta acabar la limpieza pieza a pieza del auto, seguida del montaje de ellas. El segundo día, tan pronto como pudo funcionar el motor puso Raul en actividad el cilindro de la dinamo telegráfica, teniendo la desagradable sorpresa de ver que al conectarla a aquél no giraba el inducido de ella a la velocidad normal, sino lenta y premiosamente, produciendo por dicha un chirrido agrio que lo alarmó a tiempo de pararlo antes que se averiara en forma irremediable.

Intentó Raúl, entonces, hacer girar a mano el inducido, y al hallar resistencia invencible sospechó primero, y comprobó después, desarmando la máquina, que la causa era el maldito polvo que atoraba todos los intersticios de ella. Como atoraba los cojinetes de la cruceta goniométrica manteniéndola inmóvil e insensible al paso de los telegramas, que desde la tarde del huracán habrían de seguro atravesado sus circuitos, y de los cuales hay que reconocer no se había Raúl cuidado en dicho tiempo por tener la atención solicitada por más apremiantes preocupaciones.

Por último el receptor teleográfico tampoco funcionaba; pero esto era debido a meras deficiencias de aislamiento de uno de sus carretes, del cual no se había acordado Raúl más que de la cruceta hasta que tuvo necesidad de utilizarlo.

El día que precedió a la vuelta de Friand lo dedicaron entero, Raúl y Joubert, a las reparaciones eléctricas, mientras el gendarme que con ellos había quedado ayudaba a Dessaix en el remontaje del auto: trabajando unos y otros entristecidos con su inquietud por los ausentes; pero a destajo, pues Duvery tenía resuelto que si a la mañana siguiente no habían aquéllos regresado retrocedería con el auto hasta salir al llano, y contorneando luego las faldas de los cerros en la dirección que Friand había dicho iba a tomar, mantendría en ella el coche en busca de sus pobres compañeros mientras tuviera gasolina... Y cuando se acabara, con ella acabarían para todos las posibilidades de salvación.

El retorno de Friand abría, felizmente, cauce a más amplias esperanzas, aun cuando todavía faltara ver si en Ouallen o In-Saláh estaba alguno de los guardias que con él estuvieron en la gruta, y que después de pasados diez años pudiera dar con el camino de ella.

XVIII

UN SOTERRADO CADAVER PREHISTORICO

A las seis y media de la mañana sacó Raúl a Joubert de su hamaca para que afinara la estación con las del gobierno, sin hacer más caso de los guiños de la cruceta del gonio—movida, de juro, por los cotidianos zas—, que el que Friand hacía de lo que junto a él hablaban ellos, porque el estrépito de sus ronquidos impedía lo despertara la conversación.

Mas no por dedefiarlos dejaron de regocijar a Raúl los brinco de la aguja, como prueba de estar de nuevo útil el radiogoniómetro; y en cuanto a los trémolos tonantes de aquel roncar descomedido, sonábanle a deliciosa música cual testimonio de estar ya en salvo el valiente veterano que por él acababa de jugarse la vida, y a quien temió no volver a ver con ella.

Y alegre se reía cuando algún trompetazo ya inverosímil por lo retumbante le hacía decir: "Ahora se despierta: es imposible que éste no lo despierte. ¡Qué atrocidad! Muge más fuerte que el *simoun* del otro día."

Y sin embargo el hombre proseguía durmiendo.

Y llegaron las ocho, y Raúl, impaciente por telegrafiar y necesitando la ayuda del sargento para dar a quienes de Ouallen o In-Saláh hubieren de venir a salvarlos, datos para encontrar la cueva en donde ellos los aguardarían, luchaba entre el deseo de despertarlo, y la lástima de interrumpir el dulce y bien ganado sueño del roncante.

Pero corría prisa telegrafiar... Si él se despertara espontáneamente, o por lo menos sin poder culpar a nadie de la interrupción de su sueño...

Pensando en esto, se le ocurrió al travieso muchacho un hipócrita ardid: tan hipócrita que pudo ponerlo por obra delante de Joubert sin decirle palabra y sin que éste se percatase de la treta.

Consistió la artimaña en coger el espejillo adulator que allá de higos a brevas le servía para forjarse la ilusión de que se hacía la barba, tan rala y mísera como la flora del desierto; y jugueteando, cual distraído, con él, atrapó en su cristal unos rayos de sol, cuya luz reflejada envió a los cerrados párpados del pobre durmiente, que empezó a rebullirse y a hacer muecas.

Para no ser cogido in fraganti cuando,

como creyó inmediato, despertara Friand, desvió el espejo y aguardó un momento.

¡Que sí quieres! El roncante se volvió del otro lado, y pasado un minuto de silencio largó otro formidable trompetazo. Pero ignorante de la artera traición que lo acechaba, no pudo cautelase contra nueva asechanza; pues al volverse dió cara el inocente a sitio donde Raúl pudo colgar el espejo perfilado de modo que el sol volviera a acariciar sus ojos, que ya esta vez se abrieron, sin que al abrirlos sospechara que taimada doblez y NO CASUALIDAD lo había despertado.

Ya en comunicación Joubert con la estación oficial de Ouallen, la pidió con el sargento del puesto, quien dijo a Friand que ya no estaban allí ninguno de los gendarmes por quienes preguntaba; que en el lugar no había ni un bidón de gasolina, ni un solo auto, y que los *side-cars* del puesto se los habían llevado los guardias de servicio.

En vista de esto se llamó a In-Saláh diciendo que el sargento primero de la compañía de Agadés y el hijo del Director del Ferrocarril, perdidos en el desierto, suplicaban al capitán se pusiera al aparato.

Tres cuartos de hora largos duró la conferencia, enterándose detalladamente el capitán de la necesidad de enviar gasolina, víveres, agua, y de las señas dadas para encontrar la gruta en donde quienes demandaban el auxilio aguardarían a los que lo llevaran. Indicó además Friand que de seguir perteneciendo a la compañía de In-Saláh algunos de sus antiguos subordinados, que con él habían ido a la cueva diez años atrás, sería lo mejor encomendarles a ellos la comisión, y mejor que a ninguno el cabo Custine.

Este era el único que continuaba perteneciendo a la compañía; pero no estaba en In-Saláh, ni en Ouallen, sino de jefe del puestecillo de Ain-Tahena, donde no había teléfono, lo cual retrasaría la organización del salvamento, caso de ser indispensable encargárselo a él; pues Ain-Tahena dista de In-Salah cuatrocientos kilómetros. Mas siendo poco diferentes las distancias a Ziza, desde aquella aldehueta y de Ouallen, y dando Friand primordial importancia a que la gruta de Tin-Chek-Chek fuera buscada por quien ya hubiera ido a ella desde Ouallen, creyó preferible perder un día, confiando en

que al saber que de él pendía la vida de su antiguo compañero y jefe, aguzaría Custine su nada romo ingenio y haría los imposibles por salvarla.

—Se hará como ustedes desean—contestó el capitán—. Hoy mismo saldrá una pareja en motos a prevenir a Custine en Ain-Tahena; pero auto en que llevar la gasolina, el agua y los víveres no tendré hasta que mañana por la tarde llegue uno que requiriré a un comerciante, y saldrá por la noche para Ouallen, adonde, por su lado, irá Custine a hacerse cargo de él. Por mal que las cosas se pongan, nunca tardará más de cuatro días en llegar a ustedes el socorro; y teniendo como dicen provisiones para siete, todavía sobran dos.

Después de oír esto dió el sargento a su jefe unos cuantos datos sobre las formas de los cerros inmediatos a la gruta para que con ellos le fuera refrescada la memoria a Custine; y con encargo del capitán a aquél y a Raúl de que a diario lo llamaran, pues le interesaba le informaran de toda novedad, se terminó la conferencia telegráfica.

Apenas se apartó Raúl del aparato, su impaciencia por ver la caverna no le dejó demorar ni un minuto la marcha, por haber decidido solemnizar aquel día *comiendo a la sombra*, cosa harto apetitosa para quienes llevaban tantos y tantos de acampar a pleno sol, en lo hondo de la peñascosa hoya donde estaban, que, sin metáfora, era una verdadera sartén.

En consecuencia se echó a andar entre nueve y diez, pero con sólo cuatro cilindros del motor, pues aun cuando sobraban gasolina y agua para aquel corto viaje—mudanza lo llamaba Raúl—que no podían bastar para otro alguno de provecho, no era cosa de malbaratarlas. Aparte que si se demorara el salvamento más de los días calculados, el agua haría falta para beber y la esencia para mover la dinamo de la transmisión telegráfica, de la cual no podía prescindirse.

Retrocediendo como si quisieran regresar a Timisao, a los cuatro kilómetros salieron del abra donde estaban a la llanura rasa, monótona, prolongada hasta juntar, allá a lo lejos, el amarillo de sus arenas con el azul del cielo, como en alta mar simulan unirse nubes y olas en el confín del horizonte. Era un inmenso inacabable páramo donde no percibía la vista otras ondulaciones que las insignificantes de los *uad* paralelos de Tin-Chek-Chek, Taghammar, Tahouiat y Tamaurassen, imperceptibles hasta llegar a sus cañadas suavísimas.

Al norte de la primera y paralelamente a ella hizo Friand marchar el auto hacia oc-

cidente; dejando al norte, como a medio kilómetro, las faldas de los cerros de In-Ziza, cuyas cumbres se eslabonaban flanqueando el *uad* en la dirección de la marcha hasta una lejanía cuyo término no llegaba a columbrarse.

Así llegaron, cuando el contador marcaba cincuenta y cuatro kilómetros, a enfrentar una zona donde a las crestas erizadas de agudos cerros suceden en lo alto del macizo montañoso, planos sensiblemente horizontales en extensión de siete u ocho kilómetros, pasados los cuales acaba la meseta, y los violentos picarachos vuelven a ser rasgo dominante de las formas orográficas que dan carácter a aquella hosca y salvaje comarca.

Ciento cincuenta a doscientos metros es el relieve medio sobre la llanura de la meseta, o mejor dicho de las dos mesetas, pues dos son, separadas por desgarrón hondísimo que con cincuenta de ancho al nivel del llano y solamente de unas docenas más en lo alto de sus cuarzosos paredones, casi verticales, forma una desgarradura angosta y brava que ahocinándose sabe Dios hasta dónde, pues no hemos de llegar nosotros al fin de ella, se adentra en el enorme macizo pétreo que de asiento sirve a la meseta.

Enfilada esta angostura y recorridos seiscientos u ochocientos metros en ella, fué preciso detener el auto para montar el mecanismo de oruga, indispensable en tan fragoso piso; pero al oír Raúl a Friand que estaban ya muy cerca de la gruta, echó con él, a pie, barranco adelante, encargando a los otros que al terminar la maniobra prosiguieran la marcha hasta que el mismo hocino los llevara a la entrada de la cueva, ya conocida del gendarme, que dos días antes la había visitado, y se quedaba junto al auto; y la cual, de otra parte, no podía pasar inadvertida a nadie por dar acceso a ella un gran boquete que en el cantil del tajado barranco abría en la roca el socavón de su oquedad irregularmente abovedada: con quince metros, por lo menos, de altura en la clave y veinte de ancha al nivel del suelo.

Al penetrar Raúl por el soterrado pasadizo y registrarlo con su linternilla eléctrica de bolsillo, se llevó chasco; pues esperaba que, alejándose las paredes, le dejarían ver una caverna semejante a las muchas calizas de estalactitas y estalagmitas, o a las dolomíticas o basálticas en el mundo conocidas y descritas en tratados de geografía o geología y en relatos de viajeros; y en vez de esto se hallaba ante una galería o túnel natural largo, larguísimo, con altura y anchura que, no bajando nunca e me-

nos de la mitad, tampoco llegaban a alcanzar el doble de las dimensiones de la boca de entrada.

Al revolver un recodo llamó la atención del asombrado muchacho un resplandor que, tenue en el lugar desde donde lo vió, se fué intensificando según él avanzaba en el pasadizo; mas sin lucir al frente con la viva luz que debería verse de proceder la claridad de otra boca frontera de salida al exterior de la subterránea galería. La explicación la halló al llegar bajo un tragaluz formado por un desgarramiento de la roca del techo: extremo inferior de un hondo pozo que allá en lo alto rompía el piso natural de la meseta bañada por el sol, abriendo en él su boca superior: ojo más bien con que se veía el cielo desde debajo de la tierra.

Entonces se explicó Duvery la causa de una muy perceptible corriente de aire que había advertido desde su entrada en el pasadizo: pues el pozo, respiradero o cual quiera llamárselo venía a hacer efecto de cañón de chimenea: con gran alivio de quienes en la caverna se sentían oreados por el aire de ella en movimiento; pues aun siendo caliente, lo era mucho menos que el de afuera.

—Vamos a estar aquí como en una estación veraniega, amigo Friand. Ha hecho usted un soberbio descubrimiento: esto es casi, casi como Trouville o Dieppe. ¿Y hasta dónde sigue este callejón, o, mejor dicho, túnel?

—Donde se acabe no lo sé, pues aunque yo llegué bien adentro con mis guardias, cuando los tres tuaregs de Ain-Tahema huían delante de nosotros, con esperanza de encontrar otra salida por donde escabullirse, y haciéndonos correr no pocas horas, hasta convencerse de que no tenían más remedio que entregarse, no alcancé a ver el fin de esta conejera.

—No está mala la conejera, por donde pueden correr hasta elefantes... ¿Y no aumenta la anchura más adelante?

—En lo que yo vi no noté variación de lo que usted ya ha visto.

—Y este pozo... ¿Qué cosa más rara!

—Y no es único.

—¿Ah, no! ¿Cuántos más hay?

—No los conté entonces, pero no han de bajar de cuatro o cinco.

—Vamos, vamos a verlos.

—Como hasta que mi amigo Custine venga a buscarnos sobra tiempo de verlo, y el auto debe ya haber llegado a la entrada de la cueva, creo, Don Raúl, si le parece a usted...

—Sí, sí; pero lo que es en cuanto lo metamos aquí dentro y comanos, no aguardo ni

un minuto para reconocer esto. Es muy curioso, muy curioso.

Al retorno en busca del camión notó Raúl que el piso, bastante suave, del subterráneo era la única parte de él donde la roca viva, al descubierto en paredes y techo, estaba recubierta por una apretada capa de menuda arena llevada por los vientos hasta la boca del túnel y recogida en ella por el aire encajonado que, penetrando en él para salir a lo alto por los pozos, la dejaba caer al suelo relleno con ella los intersticios de un piso más firme que debajo existía: formado (según a la geológica curiosidad de Raúl le enseñó el zapapico aquella misma tarde) de una tongada de *cantos rodados*, por el estilo de los muy abundantes en el barranco donde desemboca el soterrado pasadizo y de los que al otro día halló excavando en el cauce del seco uad de Tin-Chek-Chek.

* * *

Según Friand supuso, afuera estaba ya aguardando el auto que, por ser muchísimo más grato hacer vida a cubierto del sol que aguantando su fuego, metió Raúl en el túnel hasta llevarlo bajo el primer respiradero; no solamente para buscar la poca luz por éste entrada, sino para situar la antena y la cruceta en más directa comunicación con la atmósfera, en condiciones que pensaba favorecerían su funcionamiento; pues aun cuando las ondas telegráficas no solamente ondulan en el aire, sino que se deslizan sobre el terreno y por debajo de él, parecía que para recibir despachos lanzados por antenas aéreas sería mejor colocación aquella.

Por hacer varios días que con la reparación de desperfectos tenía Raúl bastante abandonadas las investigaciones electropolíticas y los enrevesados trabajos criptográficos, dictábale el deber que tan pronto satisficiera la primera necesidad de la comida reanudara unas y otros sin pérdida de tiempo; y, sin embargo, tan pronto despachó aquella apresuradamente en tres bocados, su inquieta curiosidad le hizo olvidarlo todo, lanzándolo en geológico reconocimiento subterráneo, que por tener el túnel extensión para andar días y aun acaso semanas, sólo Dios sabe dónde lo habría llevado a no hacerle regresar, después de cinco horas de andar hacia adelante, lo monótono del *paisaje*, que ya le iba aburriendo, y temor de que a sus compañeros los alarmara su tardanza. En la excursión había visto los sucesivos pozos anunciados por Friand.

De vuelta al auto le pareció oportuno dar a In-Salah noticia, para hacerla llegar a sus presuntos salvadores, de que quienes pedían

ser salvados estaban ya en el lugar de la cita; y de que de allí a dos días, pues antes no podía presuponerse la llegada del socorro, serían instalados en lo alto de la meseta sendos vigías que, a los dos lados de la entrada de la hoz conducente a la caverna, atalaran, con buenos gemelos, la llanura, en espera de la expedición de socorro, cuya atención procurarían atraerse al divisarla disparando fusiles y con lonas izadas en palos a modo de banderas.

Otro vigilante cuidaría de noche de uno de los faros de acetileno del carruaje, que sería colocado sobre un peñasco a la entrada del desfiladero.

Establecida la comunicación con bastante dificultad, contestó un escribiente que transmitiría el aviso al capitán, que no se hallaba en el cuartel, y que al siguiente día podrían comunicar con él personalmente llamándolo a las ocho de la noche, hora en que probablemente habría ya noticia de la salida de Ouallen de la expedición de auxilio.

—Buen trabajo ha costado entenderse— dijo Joubert quitándose de la cabeza el fleje de los auditivos.

—Ya lo esperaba—contestó Raúl—. Estamos bajo tierra y es posible que entre las rocas que tenemos encima haya algunas metálicas que absorban parte de las ondas. Y gracias a la precaución de habernos colocado debajo del pozo...

Oiga, Joubert. ¿Se ha movido la cruceta durante mi correría de esta tarde?

—Confieso que no se me ha ocurrido vigilarla. Como hace días no nos cuidábamos de ella...

—¿A qué, si no podía moverse? Pero como ahora es ya otra cosa, se le han acabado a usted las vacaciones...

—¿Y ha registrado la estación alguna llamada de los conspiradores?

—No era posible: desde esta mañana tenemos arreglado el aparato a la frecuencia de la red oficial.

—Verdad es... Pues mire, como en más de veinticuatro horas no hemos de volver a comunicar con In-Salah, afine nuestros circuitos receptores con los clandestinos, porque mañana reanudamos las tareas: usted a copiar los jeroglíficos que pesque, si es que algo llega a esta honda gazapera. Pero aunque lleguen yo no los veré hasta después, porque me vuelvo a mi rompecabezas: tengo una idea nueva, y voy a hacer otra intentona aprovechando esta inacción que nos espera.

—Lo que va usted es a volverse loco. Y hablando de otra cosa, ¿qué ha hecho usted en su paseo de esta tarde?

—Un descubrimiento estupendo... Vamos a ver: ¿dónde cree usted estar?

—Hombre: en el Sahara.

—Tampoco usted ha perdido la tarde, porque también ha hecho su descubrimiento.

—¡Yo! ¿Cuál?

—El del Sahara.

—¡Qué tontería! Quise decir en los montes de Ziza.

—Tampoco es novedad, ni verdad siquiera; porque mal puede estar en un monte quien está bajo tierra: si dijera usted dentro de los montes... Y ni aun así...

—Con usted no se puede hablar: hay que pulir tanto las cosas... Debajo de los montes de Ziza: ¿está así bien?

—Todavía es poco decir.

—Pues, vaya, no se me ocurre más... Si no lo dice usted...

—Lo diré, lo diré. Sepa, querido Joubert, que esta galería subterránea, este túnel natural, es el seco álveo de lo que era un río hace muchos millares de años. No sé cuántos, pero muchos, muchísimos.

—¡Esto un río!

—Sí: cuando en el Sahara había agua, y elefantes, rinocerontes, cocodrilos, y pomposas plantas y umbríos bosques.

—Usted siempre de broma...: como si en el Sahara pudiera nunca haber habido...

—No pudiera haber, *hubo*; y lo que cree usted broma se encuentra atestiguado con innumerables testimonios físicos, geológicos, paleontológicos y hasta con dibujos imitativos de esos animales, aquí exóticos hoy por no encontrar condiciones adecuadas de vida, pero cuyas siluetas se hallan grabadas por la mano del hombre prehistórico en las rocas de lo alto de montes situados en comarcas donde de tiempo inmemorial no han sido vistas tales alimañas.

—Pero, ¿es verdad?

—Y tanto. Las aguas que esos animales, desaparecidos en épocas remotas, bebían en el hoy seco *uad* de Tin-Chek-Chek, al cual salían por el desfiladero que aquí nos ha traído, llegaban antes al barranco precipitándose a lo largo de este túnel; los patos se solazaban en las aguas de aquel río.

—Lo que es esa muy gorda para que me la crea. ¡Vamos, patos en el Sahara!...

—No sé porqué le extraña; porque si patos no, gansos quedan algunos todavía.

—No los he visto nunca.

—Yo, sí: se lo aseguro, amigo Joubert... Pero volviendo a mi noticia, estamos en el cauce desecado de un antiguo río subterráneo en un *fósil fluvial*. No tiene usted sino mirar a las paredes laterales de esta caverna larga y estrecha para ver que las pie-

dras de ella no presentan los agudos filos que verá usted si mira a las del techo.

—Y eso, ¿qué prueba?

—Que los salientes de la piedra fueron matados en los siglos prehistóricos por repetido golpear, primero, contra ellos y continuado roce luego sobre sus superficies de cantos arrastrados por aguas torrentosas, diluviales; pues la fuerte pendiente de este pasadizo dice que aquí habrían de correr con tremenda violencia.

—¡Pero habla usted de veras! ¿No quiere usted reírse, como siempre, a mi costa?

—No, Joubert, no: hablo con toda formalidad; y si quiere nueva prueba rasque el suelo, profundizando un poco, en cualquier parte, y en todas hallará en grandísima abundancia redondos y ovalados cantos rodados: suaves de forma, lisos al tacto, como están las paredes de roca contra las que en tiempos ludieron. Ellos son el irrecusable testimonio geológico del paso de las aguas. De otros a ellos iguales está llena la hoz por donde hemos venido; y es más, apuesto diez contra uno a que en cuanto escarbemos en el lecho del Tin-Chek-Chek encontraremos otros exactamente iguales.

—Porque lo dice usted lo creo. ¿Y de dónde venía esa agua?

—Eso lo averiguarán los sabios que al

salir de aquí voy a encargar me manden de Europa para encomendarles que continúen mi paseo de esta tarde y completen mi descubrimiento. A menos que usted desee proseguirlo, pues en tal caso le doy la preferencia; y cuando vuelva usted del fondo de este abismo habrá conquistado el glorioso derecho de darlo a conocer al mundo sabio con el nombre de *Geoinfrahidrológico Antro Joubert*.

—Cuando decía yo que todo esto era para tomarme el pelo. Como si no supiera todo el mundo que los ríos van siempre por arriba.

—Está usted equivocado: sin hablar de este cadáver de río o torrente fósil, hay en el mundo varios casos de enterrados ríos. Y no hablo de los que, como el típico Guadiana, se filtran entre arena para reaparecer después, porque esos cesan de ser ríos desde que se zambullen en la tierra hasta que vuelven a salir; sino de verdaderos ríos con corriente y cauce que sin interrumpirse conservan su personalidad fluvial, mientras corren siguiendo canales soterrados. Y hasta en algunos de ellos se hallan respiraderos, cual los de éste, que sobre el suelo marcan el trazado de su lecho y la dirección de su corriente: pozos en lo hondo de los cuales puede comprobarse el paso de las aguas (1).

XIX

ROMPECABEZAS

El temor por Joubert expresado de que su joven y guasón jefe se volviera loco, nacía de haberlo visto consumir inútilmente horas y horas durante la pasada temporada, en quemarse las cejas y derretirse los sesos sobre la colección, copiosa ya, de interceptados telegramas, con pretensión de descubrir la clave empleada en descifrarlos: en tanto que, mirando el rimero de cuartillas encabezadas con incomprensibles fórmulas matemáticas, partidas en columnas y columnas atestadas de inacabables permutaciones de letras, reputaba el buen hombre descabellado y temerario aquel propósito: no sin razón acaso, pues en tan vasto y caótico océano de combinaciones parecía verosímil naufragara el más sesudo juicio.

Pero Raúl, no solamente terco, sino un tantico puntilloso, soñaba con desquitarse brillantemente de las mortificantes dudas sobre sus éxitos de Bertier y sus colegas fracasados en la pesquisa de las estaciones descubiertas por él: con desquite con-

sistente en presentarles traducido su protocolo telegráfico, seguramente lleno de interesantes datos de la conspiración en marcha.

Por ello, al levantarse después de la primera noche pasada en el subterráneo, se desentendió del radiogoniómetro y del receptor, que dejó encomendados a su ayudante, y sentándose él en una banqueta de tijera delante de una mesilla de campaña, donde extendió las terribles cuartillas, se enfrascó en la interrumpida faena cabalística a la luz del acetileno; pues aunque hiciera rato que en la meseta era día claro, no estaba aún el Sol suficientemente alto

(1) Ignoramos a qué ríos se refería Raúl; pero el autor conoce uno que corrobora la afirmación del hijo de Duvey, y no por cierto en tierras inexpugnadas y salvajes, sino en la populosa isla de Puerto Rico; el río de Camuy, que por bastantes kilómetros corre enterrado con dirección señalada en el terreno por una serie de pozos allí llamados *resolladeros*, a causa de oírse al acercarse a ellos el ruido de las aguas subterráneas.

para que por el pozo descendieran sus rayos, que solamente enviaban a la cueva tenue y difusa claridad.

La única substancia hasta entonces sacada de sus mareantes cavilaciones sobre los telegramas era:

1.º Que el total de letras de cada uno era siempre igual al resultante de multiplicar el número de ellas en cada grupo—igual en todas las agrupaciones en que venía distribuida la totalidad de las del telegrama—por el que en cabeza del despacho seguía a las mayúsculas, que eran disfraz (ya descubierto) de los nombres de las estaciones de origen y destino. Este último número, inscripto en todos los telegramas, era, como el de letras en grupo, variable de unos a otros; pero en uno mismo todos los grupos se formaban con igual número de aquéllas.

Así, un mensaje encabezado "34" y con las letras agrupadas de cinco en cinco, daba ciento setenta al contar la totalidad de las contenidas en él: es decir, cinco multiplicado por treinta y cuatro; en otro, marcado "18" y con grupos de siete, ochenta y seis, *igual a siete por dieciocho*, era el obtenido contándolas una a una.

De esto había inferido Raúl, pero con profundísimo convencimiento, que antes de trastornar el orden de las letras para cifrar los escritos originales deberían constar éstos de número de líneas igual al de las letras en el grupo que en cada caso se empleara, y de tantas letras en línea como unidades contuviera el número en cabeza del telegrama.

Así adquiriría sentido para él aquello de ¡la profundidad!, que los furtivos telegrafistas habían visto clara en los disparatados *pun y ras* por Joubert transmitidos frente a Tao; pues las tres letras de las agrupaciones habían sido por ellos interpretadas como profundidad: *tres* (líneas) del escrito, *que suponían era un telegrama en cifra*; faltándoles para poder descifrarlo el otro dato (1).

Este convencimiento, lógico, pero no positivo, sirvió de punto de partida al muchacho para ir colocando las primeras letras de todos los grupos en una línea, las segundas en otra..., las últimas, en la final.

Escribiendo en seguida las líneas anteriores unas bajo otras, en el citado orden comenzó a cambiar de lugar las letras dentro de las líneas en que se hallaban; pero tan innumerables eran, prácticamente hablando, las permutaciones posibles, que aun

habiendo logrado formar fortuitamente alguna que otra palabra con sentido, entre muchísimas inexpressivas agrupaciones, no había llegado a satisfactorio resultado en ninguna de sus intenciones.

2.º Advirtió además nuestro investigador que la *a* y la *e*, letras que con grandísima frecuencia ocurren en todos los escritos, escaseaban extraordinariamente en los cifrados telegramas; y no ignorando que los criptógrafos experimentados saben cuán valioso indicio para descubrir la clave en toda cifra por transposición, es la repetición de estas dos letras, dedujo que en los documentos por él examinados debían de estar a veces sustituidas por otras.

3.º Le sorprendió, por el contrario, ver que la *x*, la *y*, así como los signos *dos puntos* y *punto y coma*, se repetían inusitadamente: cosa tanto más rara cuando ni por casualidad se encontraban en ningún despacho comas ni puntos sueltos. De ambas observaciones procedía su sospecha de que ni *x* ni *y* representaban sus papeles verdaderos, ni los signos de puntuación estaban empleados en sus habituales oficios ortográficos.

¿Serían *aes* y *es*, u otras vocales?

Todo esto, juicioso, verosímil, discreto, demostraba el ingenio y las poderosas facultades analíticas de quien lo deducía; pero era poco para acertar la clave. Buscando más, meditó y meditó, llegando a comprender que su propósito sería más difícil de alcanzar cuanto más largos los telegramas sobre que discurriera, por lo cual elegía siempre los más breves para sus mareantes reflexiones y tanteos; pero aun así, el más conciso de los que hasta entonces había ensayado tenía setenta y dos letras en dieciocho grupos de a cuatro: las que, a ser atinado su primer supuesto, debían proceder de un original de cuatro líneas con dieciocho letras. No es de extrañar que dicho telegrama mantuviera al pobre chico amarrado al potro de las permutaciones y las combinaciones durante dieciséis horas, repartidas en dos tomas, y le hiciera temer que, si no en loco, como Joubert decía, en idiota era fácil acabara. Y eso que en dicho tiempo no agotó sino mínima parte de las 3.135.200.000.000.000 de las permutaciones posibles en el problema (1).

(1) Como tengo interés en que el lector no matemático no piense que Ignorotus se prevale de tal ignorancia para embaucarlo, le diré con toda seriedad que cualquier estudiante de Álgebra elemental le podrá informar de que las letras *a* y *b* se pueden agrupar de dos maneras diferentes: *a b* y *ba*; tres *a*, *b*, *c*, de seis, o sea igual al producto de 1 por 2 y por tres; cuatro de veinticuatro = $1 \times 2 \times 3 \times 4$...; y setenta y dos en número de formas igual al producto de todos los números 1, 2, 3, hasta 72. Haciendo tal producto se obtiene el dato dado.

(1) En realidad, habiendo seguridad de buena transmisión tal dato era redundante, pero indispensable para comprobar seguidamente que no habían sido cometidas omisiones ni errores en la transmisión ni en la recepción.

Cuando en la caverna reanudó Raúl su espantosa faena no había visto aún los telegramas capturados en la aguada de Ouzel; pues se lo habían impedido los sucesos narrados en los últimos capítulos; así que, al examinarlos entonces por la primera vez y llamarle la atención la brevedad de uno de ellos, y recordarle, por su contextura en grupos de tres letras, la descabellada transmisión de Joubert ya citada, presintió que aquel rompecabezas no era tan duro como los anteriores.

He aquí la copia literal de dicho jeroglífico:

C a F = 8.

xyi moe rlv udo isu hqx oas ;bk

Después de mirarlo atentamente, con mucho miedo, fuerza es confesarlo, se armó de coraje y comenzó la brega, escribiendo en una primera línea las primeras letras de los grupos por el orden de éstos en el telegrama, en otra, las segundas, y en la última, las terceras; hizo lo propio en sentido inverso, y obtuvo:

<i>x m r u i h o ;</i>	<i>; o h i u r m x</i>
<i>y o l d s x a b</i>	<i>b a x s d l o y</i>
<i>i e v o a g s k</i>	<i>k s q a o v e i</i>

Por un rato, contempló ambos inexpresivos resultados; meditó, se rascó la cabeza y volvió a rascarse y cavilar. Como consecuencia de sus cavilaciones invirtió el orden de las líneas; y nada...

Permutó luego de diversas maneras, las ocho columnas verticales de tres letras que en las dos anteriores agrupaciones resultaban; y después de penosísimos tanteos, cuyo detalle no aguantarían los lectores, suspendió su tráfico, recapacitó, y se dijo:

—Estoy perdiendo el tiempo miserablemente en un trabajo que haría con el mismo resultado cualquier mulo de noria... Puede que hasta el propio Joubert. Es preciso pensar, discurrir...

Y a discurrir tornó; mas la primera idea que le vino a la mente fué que Joubert no sabría sacar agua de la noria; porque si lo engancharan con los ojos vendados no daría un paso por miedo de caerse, y si se los destaparan, se caería mareado a la primera vuelta.

Al llegar a este punto de sus *raciocinios* y parecerle demasiado ofensivos para su ayudante, exclamó:

—¡Pobre Joubert! Es un bendito, y me figuro que ya lo voy queriendo casi tanto como al Sultán: no más. Y aun creo que si le alargo la mano capaz será de lamérmela como él.

¡Pero qué cabeza tengo, y adónde me han traído mis reflexiones! Porque como no se

me ocurran sino estas comparaciones mulares y perrunas, poco voy a sacar en limpio del nuevo telegrama... Vamos, vamos a ver si ideo algo más provechoso...

Si atino en mi suposición de que los grupos no son sino columnas que esos tios han tumbado para disfrazarlas, lo primero es restituirles su posición vertical. Pero después de enderezarlas es claro que podré (podré, no deberé) mudarlas entre sí de lugar y escribir además las letras de los grupos que las forman de arriba abajo, o de abajo a arriba.

Bueno, esto es lo que antes he hecho; pero lo interesante ahora, y en lo que aun no había reparado, es en que al tomar de derecha a izquierda las letras de unos grupos, y a la inversa las de otros, para formar de diversos modos las columnas, resultarán mezcladas en la primera línea primeras y terceras letras de los grupos y lo mismo sucederá en la tercera línea; pero siendo tres las letras de los grupos todas sus letras centrales caerán en la segunda línea que *contendrá stempre y no contendrá otras letras que las de la segunda línea del original antes de cifrarlo*, aunque revueltas de diversas maneras, según sea el orden en que yo haya barajado los grupos.

Sí, sí, no cabe duda... En total, ocho letras en este telegrama: número en el que ya parece hacedero atinar con combinación que tenga sentido y dé, para esa segunda línea traducción posible, que una vez encontrada fijará el único orden racional de colocación de las columnas: bastando luego, para llegar al fin, hacer permutaciones verticales entre primeras y últimas letras dentro de cada columna (1).

¿Que no hallo en tan corto número de letras ninguna combinación con sentido?... Pues ello probará la falsedad de mi suposición, y habrá que buscar luz por otro lado.

Así concretado, se reducía el preliminar problema que Raúl se planteaba a agrupar, de modo que diera indicios de sentido, estas ocho letras centrales de los grupos del telegrama examinado:

y o l d s x a b

Permutándolas dos a dos, tres a tres, y desechando, desde luego, como bases de sucesivas permutaciones de mayores números las que entre ellas le dieron maridajes inusuales, prosódica u ortográficamente considerados, y pasando antes por unas cuan-

(1) Claro es que el razonamiento de Raúl era válido, no sólo para grupos de tres letras, sino para cuantos tuvieran número impar de ellas, pues al colocar en columnas las de los cinco, siete, en la línea central resultante (tercera, cuarta) no podrían nunca estar otras letras que las de una línea del original.

tas ilusiones muertas de desengaño, llegó el tozudo mozo a tantear las basadas en la *s* y la *a*.

Después de desechar *sabry*, *sablyx*, *sabdlry*, etc., le llamó la atención, al escribir *sabdoril*, su primera parte, *sabdo*, por muy semejante a sábado; y recordando su sospecha de que la abundancia de equis y de fes griegas fuera debida a hacer veces de *aes* o *es*, pensó que, de ser así, podrían muy bien las ocho letras que estaba combinando decir una de estas cosas: sábado la, sábado al, al sábado, la sábado, sábado le, el sábado, en virtud de unas u otras de las siguientes substituciones de equis e fes griegas por las presuntas vocales:

sab ^x do ^y a	sab ^y do ^x a
sab ^x do ^y al	sab ^y do ^x al
la ^x sab ^y do	la ^y sab ^x do
al ^x sab ^y do	al ^y sab ^x do
sab ^x do ^y e	sab ^y do ^x e
sab ^x do ^y el	sab ^y do ^x el
le ^x sab ^y do	le ^y sab ^x do
el ^x sab ^y do	el ^y sab ^x do

Casi todos estos eventuales significados de la segunda línea constituida con las letras centrales de los grupos fueron sucesivamente utilizados como guías para deducir qué podrían lógicamente decir las primera y tercera líneas, empleando al efecto raciocinio y método, que puntualizaremos solamente para la combinación

Y|^x|
E|L SAB|A|DO,

la cual llevó al ingenioso mozo a descubrir la clave buscada.

Comenzó escribiendo sobre cada uno de los grupos del telegrama el número de orden que ocupaba en él, y substituyendo en ellos las equis por *aes* y las fes griegas por *eses*, y subrayando las letras centrales que le habían dado para traducción, todavía problemática, pero ya verosímil, de la segunda línea "el sábado", obtuvo:

1 2 3 4 5 6 7 8
aei moe rlv udo isa hoq oas ;Bk

Reparó en que para obtener aquellas dos palabras de modo que formaran la supuesta segunda línea del *escrito descifrado* bastaba escribir las letras centrales mayúsculas, en el orden de los grupos impares de izquierda a derecha, empezando por el primero, seguidas de las de los pares—octavo, sexto, cuarto segundo—sucedándose de derecha a izquierda; y una vez visto esto, volvió a escribir en la siguiente forma los grupos en columnas:

1	3	5	7	8	6	4	2
a	r	i	o	;	h	u	m
E	L	S	A	B	A	D	O
i	v	a	s	k	q	o	e

sin que, por ver que ni aun así *decían nada* la primera ni la tercera línea, se rindiera; sino que, apretando las clavijas a su intelecto caviló con tal ahinco, que entre ello y la nerviosidad de creerse a punto de alcanzar la difícil meta, se le salían los razonamientos a la boca según iba operando con las letras.

—El orden de las columnas verticales ha de ser intangible; pues de alterarlo, se me evaporaría la frase ya formada en la segunda línea...

Sí, eso es: si no quiero quedarme atascado en *el sábado* habré de permutar las primeras con las terceras letras dentro de algunas columnas sin tocar a la colocación de éstas; pero ¿en cuáles?

Hay que probar poco a poco, mirando bien lo que se hace para no dejar escapar ningún indicio, como aquel del *sabdo*.

Para no marearme con lo ya sabido, prescindiré de la segunda línea, quedándome con las que todavía se resisten; y para no confundir el primitivo orden de los grupos con el ya fijo de las columnas, numeraré éstas en su nueva colocación con números romanos.

Haciendo lo que decía, escribió:

I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII
a	r	i	o	;	h	u	m
i	v	a	s	k	q	o	e

y para tantear permutaciones, abrió los ojos y exprimió el meollo en atisbo de indicios.

—¡Calla! Al llevar el punto y coma de la

columna V* al lugar de la k que encima tiene resulta abajo: *ivas; qoe... ¿...? Nada... Arriba obtengo ariokhum...; a, rio, khum...; ari, o, khum...; ari, okhum... ¿Okhum, okhum? Si la u fuera o, sería Okhom, y entonces las dos primeras líneas dirían ari Okhom el sábado.*

Una o... Aquí está, en la misma columna VII de la u... Eso es, eso es; y bajando la u al lugar de la o dirían las tres letras de la tercera línea que.

Esto marcha, esto marcha. Ya no me queda sino ari arriba e *ivas*; abajo.

Hay que consignar por escrito el estado de estas conquistas en líneas y columnas.

Poniendo el dicho en hecho, escribió en el siguiente cuadro, con mayúsculas, las letras que ya daban sentido:

I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII
a	r	i	O	K	H	O	M
E	L	S	A	B	A	D	O
i	v	e	s	;	Q	U	E

donde solamente a, r, i de la primera línea, e i, v, e, s, ; de la tercera quedaban por combinar en forma que completaran sentido con las mayúsculas; pero teniendo presente la imposibilidad de cambiar la ese ni el punto y coma, sujetos ya por la O y K de la primera línea, que no podrían variarse de lugar sin deshacer las palabras obtenidas.

Aquello era ya un juego, después de lo pasado.

El cambio de lugares de la r y la v le dió *avi* arriba e *ires* abajo; combinación que a nada conducía; pero bajando la a y la i de las columnas I y III a la tercera línea, y subiendo a la primera, a reemplazar a aquellas, la i y la e de la tercera línea, exclamó Raúl "Eureka", al escribir, una vez realizada tal trasposición:

1.ª línea	2.ª línea	3.ª línea
<i>ire okhom</i>	<i>el sábado</i>	<i>avis; que</i>

que en el caso archiverosímil, más todavía, lógicamente indudable, de que detrás del punto y coma se escondieran una e o una o, y permutando de lugares las dos líneas extremas, daba una de estas frases, perfectamente inteligibles:

1.ª línea	2.ª línea	3.ª línea
AVIS ^E _O QUE	EL SABADO	IRÉ OKHON

Dividiendo esta frase en líneas en el orden marcado por los trazos verticales, y comparándola con el telegrama cifrado, comprobó

Raúl que la regla para descifrar era cambiar en dicho telegrama las *equis* por *aes*, poner *ees* en vez de *ies* y e u o en lugar de punto y coma, con lo cual se tenía:

1	2	3	4	5	6	7	8
aei	moe	rlv	udo	isa	haq	oas	e bk o ;

Una vez hecho esto, escribir los grupos en el orden de los impares, 1, 3, 5, 7, en sentido ascendente, seguidos de los pares en sentido decreciente, 8, 6, 4, 2, así:

1	3	5	7	8	6	4	2
aei	rlv	isa	oas	e bk o	haq	udo	moe

; alternar después las letras extremas en los segundos grupos de cada par consecutivo de ellos, considerados en el orden en que así habían quedado, con lo cual se transformaban en

aei	vlr	isa	sao	e bk o	qah	udo	eom;
-----	-----	-----	-----	-----------	-----	-----	------

; y escribiendo, por último, éstos en columnas verticales, resultaba la traducción:

A	V	I	S	E	O	Q	U	E
E	L	S	A	B	A	D	O	
I	R	E	O	K	H	O	M	

Sin otra duda ya sino si la primera palabra sería *aviso* o *avise*, por no haber dato para afirmar si el punto y coma significaba e u o.

Esta duda y el significado del signo ortográfico dos puntos, que no en este sino en otros telegramas figuraba, fueron aclarados al aplicar la regla a éstos: averiguando que la palabra dudosa del anterior era *avise*, por estar la e representada por sí misma unas veces y otras con y o con ;. Del mismo modo que : y x hacían indistintamente veces de a cuando ésta no era usada.

Para cerciorarse más y más de su éxito, cogió Raúl el primero de los interceptados mensajes dirigidos desde L (Tao) a A, el cual, copiado a renglón seguido, y haciendo la substitución de *equis*, *ies*, etc., decía:

L a A = 20

d :ii	xheg	modi	y i xd	vonv
a	a		a a	
irull	e s x	bubu	nasp	gima
e v s	y s y	uenr	sosg	tirp
e e	e e			
ydn	rrri	:alo	r yie	m ga
a e		e	e	

Y aplicándole la indicada regla obtuvo la traducción que se verá en el capítulo siguiente.

XX

EL ALEGRE RAUL APRENDE QUE ES MELANCOLIA

En cuanto Raúl obtuvo su éxito criptográfico, gritó desaforadamente:

—¡Sultán, Sultán!... Digo, ¡qué cabeza! ¡Joubert, Joubert!

—Aquí estoy. ¿Qué hay?—contestó el telegrafista acudiendo a la llamada sin haberse enterado de la confusión de su jefe.

—Que me iba a volver loco, ¿eh? Que se me harían los sesos agua... ¡Como no se hagan!

—Pero ¿es que?...

—¿Ve usted este telegrama?... Pues en él dice: *Avisé que el sábado irá a Okhom.*

—Pero ¿cómo?

—¿Ve usted este otro, que es el primero que cazamos? Pues escuche, escuche: *"Diván Supremo: Eglab. = Llegados ayer rifles y municiones. Entregados Ibrahim repartirá en seguida."*

—No puede ser. ¿Cómo ha de ser posible? Es que ya está usted otra vez de broma.

—No está mala broma... Que no, hombre, que no: palabra de honor.

—Entonces vuelvo a lo del otro día.

—¿Qué es lo del otro día?

—Que tiene usted que ser brujo.

—¡Ja, ja, ja! Amigo Joubert, en cuanto me ayude usted a descifrar todos los jeroglíficos, cuyas copias tiene en su cajón, y que por lo visto en éstos supongo van a ser interesantes, se convencerá de que no llevo escondida la cola en los fondillos. Huélame, hombre, huela, y se convencerá de que tampoco tengo tufo a azufre. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Raúl no podía contener su estrepitosa risa: no motivada, según creía Joubert, por lo del azufre, sino porque al decirle "Huélame", acercándole una mano a la nariz, y contestarle aquél: "¡Qué cosas tiene usted!", se decía para sí el travieso muchacho: "Pues no me ha lamido".

Cuando al fin cedieron aquellas carcajadas, preguntó el causante de ellas:

—¿Entonces piensa usted que descifremos todo eso?

—Claro. Así entretendremos nuestro aburrimiento mientras llega el socorro; porque además de no poder movernos de aquí, el trabajo que costó recibir de In-Saláh me hace creer que no será grande el que nos den las estaciones clandestinas;

pues siendo mucho menos potentes que las del gobierno, no llegará a este subterráneo ni una letra siquiera de lo que transmitan.

—En eso se equivoca usted.

—¿Cómo?

—Sí, señor; mientras usted se entretenía con eso, han llegado los *zas* de costumbre; pero mucho más, digo mal, muchísimo más claros y más fuertes que nunca.

—Sí que es raro. Entonces lo de ayer obedecería a mal funcionamiento de la estación de In-Salah o de la nuestra... Pero, aun así, es notable que ahora lleguen mejor las transmisiones de esos pillos. Es una novedad inesperada.

—Hay otra que va aumentar el buen humor del descubrimiento de la clave.

—¿Otra? ¿Cuál?

—Que he atrapado un telegrama de la misteriosa estación A.

—¡Caray con la pachorra del hombre! Sabe que ando loco con esa estación; que por ella me he zampado en este maldito Tanezrouth, donde estaremos sabe Dios cuántos días, y se lo calla como un muerto.

—¿Pero cuándo iba a decirlo? Si hasta ahora mismo no ha podido usted oír sino sus carcajadas.

—Verdad es, Joubert. Pero vamos, vamos a verlo: eso es interesantísimo... Por supuesto, habrá usted tomado la hora de llegada y la indicación de la cruceta.

—Desde luego: como siempre. Aquí está, véalo—contestó Joubert sacando de su cajón el telegrama; pues la última parte del diálogo se había desarrollado mientras con Raúl subía al auto y entraba en el camarotillo telegráfico—. Al dorso están la hora y el rumbo.

Tan pronto lo recibió, se puso el jefe a descifrarlo, enseñando de paso a su ayudante el modo de hacerlo.

He aquí los términos en que resultó concebido:

"A a C-33.

"Si continúa ahí Gran Caíd, dile que recibidos telegramas todos jefes preparados. Diván espera para darles señal avise él cuándo. Si se fué ya transmite esto a F para que a su llegada donde F sabe se lo haga saber. Ten cuenta que F es de servicio limitado y no funciona sino de diez a dos noche. Cuida no llamar a otra hora."

Además de éste había otro despacho, contestación que a él daba C, dirigiéndola a A, cuyo contexto era: *Gran Caid no está ya aquí. Transmitiré esta noche a F encargo Diván.*

—¿Efe, efe?—dijo Raúl cuando hubo terminado su labor... ¿No es esa la estación que nos ha sorprendido no transmita nunca los *zas* de la mañana como todas?

—Ni los *zas* ni nada, pues no le hemos interceptado ningún despacho; y dirigidos a ella sólo dos o tres.

—Naturalmente: como no funciona, según ahora sabemos, sino esas pocas horas en que cuando no hay luna para viajar dormimos nosotros, ya se explica el porqué estamos tan a oscuras de ella como de la A. No, más, pues de A ya tenemos ese telegrama a C con el encargo para el personajote que da órdenes nada menos que a un Supremo Diván... ¡Gran Caid!... Y gran bribón. Esto se pone muy interesante.

—Sí, sí, señor... Ese Caid..., ese Diván..., yo creo...

—Mire, amigo Joubert, ahora no podemos hablar, porque es preciso que se tumbe usted en seguida.

—¿Que me tumbé!... ¿Para qué?

—Para cobrarse adelantada su ración de sueño de la noche venidera: para dormir *muy aprisa*, hasta las diez; porque a esa hora ha de ponerse de centinela al aparato. Es preciso cazar esa interesante comunicación de C con F, y luego..., luego puede que ya no le vuelva a dejar a usted dormir en mucho tiempo.

—Pero, ¿y usted? ¿Cuándo va a dormir?

—Querido Joubert, los altos puestos imponen en los momentos críticos duros deberes; mi jefatura me obliga a ser un Argos.

—¿Argos?

—¿No sabe usted quién es? ¿No se lo han enseñado en la Escuela de Telegrafía?... ¡Qué imperdonable descuido! Pero no es esta la ocasión de repararlo, pues lo urgente ahora es que se duerma usted.

—Pero, ¿y si viene algo?

—No creo venga ahora nada tan interesante como lo ya venido y lo esperado para la noche. Pero como me voy a meter en una faena honda y acaso no vería la bombilla de llamada, antes de echarse usted arrólese a una muñeca o a un tobillo dos alambritos que empalmaremos en derivación al circuito receptor. Así, si llaman esos, ellos mismos despertarán a usted haciéndole cosquillas.

—¡Ave María, qué ocurrencia! Gracias a que la corriente es muy pequeña...

—Aun así, deseo que no turbe su sueño.

Y basta de conversación. Átese los alambres, y al mismo tiempo que en la hamaca métase en la línea detector-bombilla y a dormir y callar, mientras ésta no grite (1).

—La verdad es—decía entre dientes el telegrafista mientras se ataba los alambres—que me ha dado la gran idea, y no he de echarla en saco roto en adelante, cuando me dé sueño estando de guardia en la estación... ¡El diablo es este pollo!... Y que aunque la corriente tuviera la fuerza que no tiene, con emplear en la derivación un alambre de conveniente resistencia no pasaría por él sino la parte de ella que yo quisiera (2).

Apenas se desembarazó del ayudante midió Raúl, en su mapa del Sahara, cincuenta y cuatro kilómetros hacia el oeste, tomándolos a partir del lugar donde el "Itinerario del coronel Laparine entre In-Sala a Gao" llegaba al borde sur del dibujo representativo de los montes de In-Ziza, con lo cual el extremo de dicha distancia venía a señalar, poco más o menos, el punto de entrada de la caverna, que le era necesario colocar en la carta, para trazar en ésta la dirección, revelada por el *gonio* del telegrama recién descifrado de aquella pícaro estación A: viendo, cuando ya la tuvo marcada, que sus presunciones anteriores no iban descaminadas; pues prolongándola pasó por la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias.

Pero siguiendo dicha recta, en el mapa, a través de los parajes que cruzaba en el Sahara, y en los cuales pudiera estar tal estación, halló que ni en las soledades de Tanezrouth, Chek-Chek, El Iguidí ni en la Hamada (meseta pedregosa) de Ain-Berka, ni en Río de Oro, pasaba cerca de lugar alguno, ni cruzaba otra zona de importancia que El Eglab: comarca montañosa erguida entre las dunas de arena de los dos

(1) El detector es el aparato que entra en actividad al llegar una onda telegráfica, dando paso a la corriente local de una pila, que es la que actúa sobre la llamada y los teléfonos.

(2) La observación de Joubert nacía de saber (hecho conocido de los electricistas menos cultos) que cuando a una corriente que circula por un alambre se le ofrece, además de este cauce, el proporcionado por un segundo alambre empalmado al primero por sus dos extremos, la corriente se reparte en dos, cada una de las cuales fluye por uno de los alambres, circulando con intensidad mayor por el de menos resistencia y menor por el que más obstáculos opone al paso de la electricidad. Como cuando llega el agua de un río a una bifurcación en dos canales corre mucha agua por el más ancho y hondo y poca por el más angosto y menos profundo.

Igudís, septentrional y meridional, de la que, como sede del cuartel general de los conjurados, se ha hablado ya en la primera parte de esta historia, y de la cual hacía mención el segundo de los telegramas descifrados por Raúl, quien, al tropezar con tal nombre en el mapa, dijo:

—No puede estar sino aquí... Pero El Eglab es grande, está aislado y es completamente desconocido aun de los más doctos geógrafos...

Mayor motivo para que esas gentes lo hayan escogido por guarida; pues de los despachos descifrados ya parece deducirse que allí están los mandones de la conspiración, excepto el principal, que por lo visto anda de viaje... ¿Por dónde estará ese pez?... ¡Calla! ¿Será? A ver, a ver.

Este telegrama a F dice: "*Avise que el sábado irá a Okhom*"... A los tres días pregunta A a C si allí está el Gran Caíd, y al saber que nó encarga a C de transmitir a F un despacho para él, porque F conoce el sitio adonde llegará en día también sabido; y como a F transmitieron el otro día el telegrama del *sábado irá a Okhom*, o soy muy romo o el tuno ése es quien llegará a Okhom el sábado.

—¡Canario! Y el sábado es mañana... No tengo tiempo de aguardar a la noche para redondear mis descubrimientos con las esperadas comunicaciones entre C y F; pues aunque así podría dar más completos informes a Bertier, no le servirían ya de nada; porque, estando cerrada la estación de Agadés desde media noche a la mañana no podré ponerme en comunicación con él hasta mañana, y llegaría tarde mi aviso.

—¡Joubert, Joubert, arriba!

—¿Qué? ¿Son ya las diez?

—No: apenas hace media hora que se durmió usted; pero lo necesito en seguida... ¿No me oye?... ¿Por qué no sale de la hamaca?

—Es que no sé qué se me ha enredado en esta pierna que por más que hago no puedo sacarla.

—Aguarde, hombre, aguarde. Si es que el alambre amarrado al tobillo se ha en-ganchado en la hamaca.

—Anda, y yo que creí que era un calambre... Bueno, ¿qué ocurre?

—Frecuencia de la telegrafía oficial; y flame en seguida a Agadés. Pero de prisa, de prisa.

Joubert, en cuyas venas no corría el azogue que en las de quien le daba aquellas órdenes, las cumplió cuan rápidamente lo consentía su temperamento: es decir, muy despacio para aquel polvorilla que únicamente por buena educación no lo agobiaba más.

Pero como los de Agadés tampoco parecía darse gran prisa, permitió su tardanza a Raúl despotricar contra *los calmosos*, sin aludir sino por tabla a su ayudante.

—No, no: ya sé qué es—contestó éste.

—¿El qué?

—Que estamos en las mismas de ayer con In-Salah: pereza y poca sensibilidad en los aparatos. Voy a afinar más la frecuencia; y aflojando el acoplamiento de la antena al circuito del detonador oscilante les enviaré una onda menos enérgica, pero más clara. Tenga un poco de paciencia, porque allá tendrán que hacer algo por el estilo.

—¡Paciencia, paciencia! Siempre me sale usted con esa muletilla.

—No es mía la culpa.

—Entonces, las dificultades de ayer con In-Saláh no eran culpa de ellos, sino nuestra.

—Tampoco, Don Raúl, porque esta mañana hemos recibido *impepinablemente* los telegramas de *los otros*: aun cuando, por estar cifrados, son mucho más difíciles de tomar. La culpa será de estar aquí enterados.

—No más enterrados que anoche y esta mañana... Son rarísimas estas diferencias: rarísimas... Y todavía más el que las dificultades con que tropezamos desde la llegada a la gruta, no se presenten sino con las estaciones de la telegrafía oficial, y no con las clandestinas.

—Ca: de esas recibimos mejor desde que estamos aquí.

—Lo contrario que nos pasaba antes. Es extraño, extrañísimo.

En cuanto a Raúl le parecía que una cosa era rara: entrábase en seguida un cosquilleo inquieto de saber el porqué de la rareza; así, que en aquel punto mismo comenzó su magín a darle vueltas a la anomalía, mas sin sacar entonces nada en limpio, por tenerlo distraído el afán de establecer pronto comunicación que, aunque no fuera sino laboriosamente, permitiera entenderse con Agadés.

Lograda al cabo, todavía fué preciso aguardar a que Bertier acudiera a la estación, desde la cual lo llamaron por teléfono urgentísimamente, adverbio que al transmitirlo comentó Joubert, pensando: "Este pollo es muy simpático, simpatiquísimo; pero a su lado nadie vive tranquilo... No, ni lejos tampoco, porque bien lejos está el capitán, y va a tener que levantarse de la mesa; pues a estas horas estará comiendo."

Diez minutos después del anterior aparte comenzó el telegrafista a ir diciendo en voz

alta, pero con pausas y a empujones—pues así llegaba la transmisión—las palabras dictadas por Bertier al de Agadés.

—¡Gracias a Dios, muchacho! Bien te ha durado el berrenchín. Te he llamado tres veces, y la callada por respuesta. No eres tú poco rencoroso...

—No es eso, Señor Bertier. No me han llegado esas llamadas; y no he llamado yo, porque he tenido una avería en el aparato...

—Tu padre me ha telefoneado dos veces de Techiasco, inquieto porque yo no le daba noticias tuyas.

—Tranquílcelo: dígame que estoy bueno—contestó rápidamente Raúl, no queriendo hablar del trance en que se hallaba, para no tener a su padre y a Emma atormentados hasta la llegada del socorro: si llegaba.

Esta duda sobre el incierto desenlace de su situación fué causa de que se le desvaneciera el tono cáustico con que ya iba a empezar su diálogo con el capitán, devolviéndole la pelota de sus bromitas de días antes, en vez de lo cual contestó con toda seriedad:

—Amigo Bertier, llamo a usted porque aun cuando mañana podré darle noticias más completas, es urgente hoy no demorar el enterarle de las que acaso le permitan dar, ahí, un buen golpe.

—¿Aquí?

—Ahí mismo, no, pero muy cerca: en Okhom.

—¿Qué es ello?

—Le advierto que no son chiquilladas ni ilusiones, sino cosas sabidas por telegramas interceptados cuya clave he descubierto.

—¡Caracoles!... ¿Que has?... Pero eso es estupendo, merece...

—Déjese de eso: el caso es que estoy cierto, *absolutamente cierto*, de que mañana sábado, no sé a qué hora, ni por qué camino, llegará a Okhom un personaje principalísimo de la conspiración musulmana: tal vez el más importante, pues lo llaman Gran Caíd, y da órdenes a una junta titulada Diván Supremo... Sí, señor, sí... Lo sé por los telegramas de que le he hablado.

—¿Y no tienes seña o dato por el cual pueda conocerse?

—No sé sino lo ya dicho; pero he pensado que como Okhom es un aldeorro de dos docenas de chozas y sin más de dos o tres casas con facha de tales, y como allí nunca va nadie, no será difícil enterarse de la llegada de nuestro hombre.

—Verdad, muchacho: estás hablando como un libro, y tienes mil razones.

—Como ignoro la hora de llegada, y puede ser temprana, he pensado que necesitará usted la tarde y la noche de hoy para tomar sus disposiciones y enviar alguna pareja que pueda estar en Okhom antes de amanecer.

—¡Ca! Tanta importancia doy a tu aviso que, a no tenerme prohibido más jefes apartarme de la cabecera de la compañía mientras no se desvanezcan estos temores o acabe de reventar la mina, iría yo mismo a Okhom, con todo el disimulo que requiere este asunto; pero en la imposibilidad de ello, enviaré un teniente. No dirás que hoy no te hago caso... ¿Tienes algo más que decirme?

—Sí. Y eso que no: mejor será cuando haya descifrado todos los telegramas que aún no he tenido tiempo de traducir y los dos que espero esta noche.

—Pero ¡tú estás en diaria correspondencia con esos pillos!

—Así parece.

—Pues, chico, va a ser cosa de proponerte al Gobierno para Intendente de Electropolicía Sahárica. No te rías, no es broma... Y hablando de otra cosa, ya podías dar la vuelta: tu padre, tu hermana... y yo también, ¡qué diantre!, estamos en ascuas; pues con lo que se teme es imprudente andar por esos mundos con tres gendarmes, y yo no puedo darte más, por toda escolta. Además, como la caza de esos telegramas ya te acredita de *detective pisto-nudo* y no es flojo el servicio que has prestado, me parece que debes ya tomar el camino de Techiasco. ¿Dónde estás ahora?

—En In-Ziza.

—Mala tierra: digo, mala piedra... Con que anuncio a Don Héctor tu regreso?

—No, no, señor—contestó el muchacho conmovidísimo al pensar que si el esperado Custine no se acordaba del camino de la cueva, como era probable, sería imposible aquel regreso en ningún tiempo—. Antes deseo averiguar unas cosillas que sería lástima dejar pendientes.

—Pues averígalas pronto; y si se ponen pesadas prescinde de ellas... ¿Hasta cuándo podrás ocuparte?

—Hasta fines de la próxima semana... o mediados de la siguiente.

—Mucho es. Mira, chiquillo, que no va estando el horno para bollos; pues menu-dean indicios de agitación de los indígenas; y si por ahí te coge...

—Me dará cuanta prisa pueda.

—Pues que no quede en dicho... ¡Ah! No dejes de llamarme a diario, ni sin contestación mis llamadas a la hora de costumbre. Y prométeme que si alguna nove-

dad me obliga a darte orden de volver, me obedecerás inmediatamente, sin acordarte de nada más, cuan de prisa puedas y buscando caminos poco transitados para evitar malos encuentros.

—Lo prometo—Contestó Raúl; agregando para su sayo—, si es que puedo cumplirlo.

—Recuerdos a Friand... ¿Qué tal se porta?

—Vale más oro que pesa: ya, ya le contaré a usted grandes cosas de él cuando nos veamos.

—No me extraña: lo conozco hace tiempo. Pues, ¡real!, hasta mañana: me voy porque he venido a medio comer y no perdono lo que me falta.

—Ya lo sabía yo—pensó Joubert.

Acabó Raúl la anterior conferencia deprimido por un sentimiento para él completamente nuevo, que lo sobrecogió al enterarse de los temores, no sabían ellos cuán justificados, de su padre y su hermana, y preguntarse, sin atreverse a formular respuesta, si volvería a verlos, y si Friand, Joubert, Dessaix y los gendarmes volverían a abrazar a sus mujeres e hijos.

Aquello era melancolía, con dolor que punzaba como remordimiento al ocurrírsele que era causa de todo el haberse metido en el Tanezrouth por deseo vanidoso de éxitos personales. Pero inmediatamente, y por dicha para él, protestó su razón diciendo que en tal deseo había algo más elevado y grande que la vanidad: su interés en descubrir los planes de la temida conspiración para defender, frustrándolos, las vidas de millares de compatriotas amenazados por aquella. Y al convencerse de que si él y sus compañeros perecían, sería cumpliendo un noble deber, cual por encanto se le disipó la melancolía: a tal extremo que ni el apetito le quitó en la comida.

Terminada ésta, se llevó a Friand consigo al auto para explicarle cómo había adivinado la clave, y pedirle ayuda en la material operación de descifrar tres docenas largas de telegramas no descifrados todavía, interesantes siempre, pero más aún y de actual urgencia después de lo oído a Bertier sobre aumento de la excitación indígena.

XXI

UNA INTERESANTISIMA CONFERENCIA TELEGRAFICA

Ya se sabe que el telegrama de C. a F., anunciado para aquella noche, importaba principalmente a Raúl en cuanto medio de averiguar dónde estaba aquella F; pues siendo verosímil telegrafíara ella también, siquier no fuera sino para acusar recibo del despacho, sus ondas delatarían en el radiogoniómetro el rumbo en que vinieran. Mas no podía sospechar que ni aun las más interesantes comunicaciones descifradas aquella tarde por Friand y él contenían noticias tan importantísimas como las que iba a sorprender en la sesión telegráfica de aquella noche.

Dos partes tuvo ésta, reduciéndose la primera y más breve a la transmisión del telegrama ya conocido del Diván al Gran Caid, que C cursó a la estación F, dando la última respuesta, que descifrada resultó decir: *Enterado, y yo mismo lo avisaré en seguida al Eglab.* Con gran satisfacción de Raúl, al ver confirmada su creencia de que en dicha región se hallaba la estación principal, A, de la red de los conspiradores.

Pero antes de hacerse cargo de ello, pues ni aun había tenido tiempo de descifrar el

mensaje, llegó nueva llamada, que la inmovilidad de la cruceta indicó proceder también de F, y cuando ésta terminó de telegrafíar, un nuevo salto de la aguja hizo saber que de El Eglab llegaba nuevo telegrama: llegaba no, pasaba, pues su punto de destino era F, a donde contestaban desde allí.

Y ya no ocurrió más en esta primera parte de la noche, cortada por un largo entreacto telegráfico, aprovechado por el sargento y Raúl en descifrar los cuatro despachos que en un momento habían caído.

Los dos primeros, entre C y F, fueron repetición de los dados en anteriores párrafos; los siguientes decían poco, pero prometían mucho. Helos aquí:

F a A:

Recibido de Taourirt (la estación C) telegrama ese Diván. Lo envié al Caid, que avisa vendrá aquí esta noche doce y media, y ordena avisen Ben-Cassim esté esa hora ahí al aparato conferenciar con él.

A esto contestó A; es decir, El Eglab:

Enterado. Avisaré Cassim. Pero la hora dada ¿es de aquí o de ahí?

—De aquí.

—Pues transmite la que ahí sea ahora para tenerla en cuenta.

A lo cual replicó F:

—En el instante de acabar esta transmisión las diez y treinta y dos.

Es de advertir que este parte no llegaba en cifra: sin duda por no ser posible transmitir la hora con exactitud en el instante preciso de recibirla. El Eglab, si se perdía tiempo en cifrarla.

Para comodidad del lector se han dado ya traducidos estos telegramas, que hicieron comprender a los que los sorprendían que entre asistir a la conferencia del Gran Caid con Cassim y descifrarla luego tenían labor para la noche entera; pero al oír Raúl, en el último parte capturado, la hora entonces en F, recordó que con ella y la indicación de la cruceta tenía datos para averiguar, no ya el rumbo a F, sino el sitio donde seguramente estaba; y al puntualizarlo en el mapa, por el procedimiento de la intersección de aquél y el meridiano, puso cara de asombro más para vista que para ponderada; pues la estación caía en Agadés!

Tal revelación era, aun más que inesperada, extraordinaria; porque estando establecidas todas las estaciones hasta entonces descubiertas en escondidos lugares alejados de los núcleos de población europea, y sobre todo de los de residencia de tropas y autoridades francesas, parecíale a Raúl temeridad inexplicable en los conspiradores la de montar ninguna clandestina en la cabecera de la compañía de Bertier, precisamente reputado como el más fino sabueso de la Gendarmería Sahárica.

En cuanto a Friand, que de memoria se sabía casa por casa y rincón por rincón todo Agadés, juraba y perjuraba que era imposible estuviera escondido allí "eso"; y Joubert, a quien su escaso discernimiento le vedaba formar propia opinión en nada, nada podía decir tampoco por diferente causa; pues tan luego acabó de recibir y sus compañeros se pusieron a descifrar, comenzó a dar cabezadas; y si no dormido, estaba dormitante al hacer Raúl el sorprendente descubrimiento: no saliendo de su dulce modorra sino a los gritos de la acalorada discusión en que los otros se enzarzaron: afirmando el pollo que la estación F estaba en Agadés, y negándolo el gallo.

—Pues yo estoy seguro que ese último telegrama ha venido de Agadés—decía uno.

—Pues yo sostengo que eso no puede ser—replicaba otro.

Falto de antecedentes el telegrafista sobre el punto debatido, no pudo creer cuando,

recién despierto, oyó hablar de Agadés, se refiriera el desacuerdo sino a un despacho oficial, diciendo, con las ideas todavía oscurecidas por el sueño:

—El señor Friand tiene razón: a estas horas no pueden venir telegramas de allí porque desde las diez estará cerrada la estación y Morand en la cama. A no ser que arrepentido de sus buenos propósitos, que todo puede ser, le esté otra vez tirando de la oreja a Jorge.

—Joubert, vuélvase usted a dormir... ¿Quién habla de la estación oficial?... ¡Calla! También es coincidencia que las horas de interrupción del servicio del gobierno sean las únicas en que funcione el de los otros.

—¿Qué quiere usted decir, Don Raúl?—preguntó vivamente Friand.

—Que esa clandestina estación de Agadés, porque sigo en mis trece, no telegrafía sino cuando está cerrada la oficial.

Se quedó Friand meditando un momento, y de pronto preguntó a Joubert a santo de qué se acordaba de Morand suponiendo que él habría cerrado la estación, cuando mal podía saberse desde Ziza quién fuera el telegrafista de turno aquella noche; contestándole el interpelado con la noticia de que lo menos desde dos semanas antes de salir a campaña el auto telegráfico hacía Morand siempre el servicio de noche; porque habiéndole *salido* un empleo para desempeñarlo de día, en el escritorio de Mohamed el recaudador, solicitó el último turno para poder servir aquel destino: único modo de reforzar sus ingresos y salir de garras de usureros que, no contentos con llevarle la paga entera, amenazaban ya meterlo en la cárcel. Al pedirlo, protestando que aquella era su única esperanza de regenerarse, juraba no volver a tocar una carta, no salir en toda la noche de la estación, y hasta pidió dormir en ella para ahorrarse el hospedaje; y como los compañeros no habían tenido inconveniente en renunciar a un turno incómodo, y al Jefe de Telégrafos lo conmovieron las promesas de enmienda del arrepentido jugador, desde entonces hacía éste el último turno y dormía en un cuartucho de la oficina, donde entre cajones vacíos, material y aparatos viejos había acomodado un catre y una flaca maletilla, que contenía todo su guardarropa.

Aquello le parecía a Joubert tan puesto en razón como descabellado al sargento, que, después de llamar estúpido al Jefe de Telégrafos por fiarse de un canalla tan redomado como Morand, dijo a Raúl que, sabido ya quién hacía el servicio nocturno pudiera resultar que en la pasada discusión tu-

vieran razón ambos contrincantes; por no haber en Agadés sino una sola estación, la del gobierno, pero en ella un pillo, que al acabar, a las diez, su servicio oficial la pusiera al de los conspiradores: presunción que no pudiendo ser convencimiento pleno mientras no fuera comprobada, le pareció a Raúl muy verosímil.

Llevaban rato ya comentando lo anterior, cuando los hizo callar el sonido del timbre, que para evitar cruzara inadvertido telegrama alguno había hecho Raúl que montara Joubert, en vez de la bombilla de llamada, cuya vigilancia era fatigosa: operación que un rato antes había el telegrafista terminado.

Aquel repique era el aviso para comenzar la anunciada conferencia de Ben-Cassim, desde El Eglab, con Abd-el-Gahel, que a Morand la dictaba en la misma estación de Agadés, y éste transmitía: sin cifrar por tratarse de una conversación larguísima cuya traducción habría exigido mucho tiempo, que le faltaba al Gran Caíd.

La longitud de onda empleada era diferente de la usada por las estaciones oficiales, las cuales no había, por tanto, miedo que la interceptaran; aparte que con la excepción de algunas muy lejanas de Marruecos y Argelia, se hallaban todas cerradas a tal hora. La confianza de Abd-el-Gahel estaba, pues, justificada, ya que nadie sino Cassim lo habría oído a no estar Raúl por medio: que no obstante se alegró que tal confianza le evitara el penoso trabajo de descifrar aquella larguísima conferencia.

Las andanzas de Gahel desde que lo perdimos de vista, a raíz de la ayuda de Emma a la fuga de Ben-Cassim, fué el primer punto concisamente tocado en la conversación de tío y sobrino, según puntualizaremos cuando no estorbe hacerlo, como embarazaría ahora, la transcripción mucho más urgente de la noticia dada por Gahel de que al día siguiente—el sábado en que debía llegar a Okhom el pájaro, que en dicho pueblo tendría a aquella hora preparado el lazo donde había de caer—sobrevendría el *previsto acontecimiento*, siendo, por tanto, llegada la ocasión de que el Diván circulara telegráficamente a todos los "jefes de comarca y taifa la fecha en la forma acordada" y diera orden de que inmediatamente se divulgara en el pueblo que Al-láh había enviado ya el anunciado Vengador, a quien el Diván Supremo entregaba el mando, acatándolo y obediéndolo como el caudillo de quien ESTABA ESCRITO que traería el triunfo y la venganza.

Al contestar a esto Ben-Cassim, dicen-

do: "Todo se hará como mandas", y repetir Joubert tales palabras, saltó Raúl:

—¡Caracoles! ¡Pues no es menudo personaje!...

—¡Y pensar que a ese pillo le estoy oyendo sin poder echarle el guante!... Es para darse a todos los demonios—despotricó el sargento, quedando en esto el diálogo, para no perder ninguna de las palabras de Joubert que, despacio, repetía las siguientes de Abd-el-Gahel a medida que llegaban y las iba escribiendo letra a letra:

"Que se atengan todos estrictamente a sus escritas instrucciones—decía el Caíd—; pero insistid en que lo primero es apoderarse del telégrafo y los ferrocarriles, cuyo personal directivo y administrativo ha de ser pasado a cuchillo; pero bajo pena de la vida se respetarán las de los maquinistas, fogoneros y telegrafistas que prometan prestar servicio a nuestras órdenes, siendo las de ellos y las de sus deudos garantía de la lealtad con que lo hagan. Haréis saber, además, a todos nuestros afiliados que si alguno de ellos causare desperfectos en las vías o en el material ferroviario o telegráfico será degollado dentro de las veinticuatro horas."

—Este hombre—dijo Friand al oír esto—es un mozo de muchísimo cuidado.

—Sí—contestó Raúl—, porque pone al servicio de sus crueles odios musulmanes un cerebro de hombre civilizado... ¿Quién será?

—Vaya usted a saber; mas, por lo que se ve, dentro de poco lo sabrá todo el mundo.

Ha de advertirse que Raúl y Friand, salidos a su expedición antes de que por Manuel Lobera descubriera Bertier que Núñez y Abd-el-Gahel eran una misma persona, ignoraban que aquel antiguo conocido de ambos fuera el profetizado vengador cuyas órdenes estaban sorprendiendo.

Después de asegurar Ben-Cassim que aquella misma madrugada las comunicaría el Diván, para que de mañana fueran telegrafadas a todos los jefes de comarca, designó Ab-el-Gahel unos cuantos de ellos, a quienes, además de lo indicado, había de prevenirseles que sin aguardar la fecha del alzamiento general dispusieran que todos los hermanos a sus órdenes no indispensables en el inicial ataque por sorpresa a los franceses se aprestaran a ponerse en marcha por pequeños grupos hacia diversos lugares, donde hallarían jefes que en ellos se les darían a conocer. Las fechas de salida de estos grupos las fijarían los de las comarcas de modo que garantizaran la llegada de aquéllos a los puntos marcados para su concentración de allí a veinticinco días.

Por último, había de ordenarse a los *amisgos sedentarios* de las regiones de Azaoua, Adar, Gaber, Demageria, Manga, lago Tchad y El Air, que acopiaran víveres y medios de transportarlos a los señalados parajes antes de la llegada a ellos de la gente, a la cual sería preciso seguir abasteciendo mientras las circunstancias lo hicieran necesario.

—Es todo un plan de concentración para algún golpe gordo; pero me extraña que sea con posterioridad al reventón del alzamiento.

—Y a mí... Y que más bien que contra los franceses parece dirigirse contra la Nigricia Inglesa... De ser así, ahí nos las den todas.

—Mucho me temo que para entonces ya nos habrán dado en sitios donde nos duelan más—contestó Friand torciendo el gesto—; pues conociendo cual conozco a estos traidores, está para mí claro que preparan un asesinato general por el estilo de la matanza de cristianos de 1950; pero vistos los puntos que calza el hombre ése, me temo que mejor preparado.

—Sí, pero se lo frustraremos avisando a las autoridades de la fecha que mañana nos dirá ese Ben-Cassim al telegrafiar a los cabecillas las órdenes del Gran Caíd.

—¡Chist, chist! Vuelven a hablar—dijo Joubert, interrumpiendo el anterior diálogo, sostenido durante una breve interrupción del cruzado entre Agadés y El Egab, mientras Ben-Cassim tomaba nota de los lugares indicados por Abd-el-Gahel y se la leía a éste; quien, después de hacérsela repetir para cerciorarse de la fidelidad de ella, se despidió de su pariente, diciéndole que desde entonces al *gran día* iba a dedicarse a recorrer los principales núcleos de la rebelión, para avivar el entusiasmo de los hermanos con la presencia y la palabra del Supremo Caudillo; y acabó con estas palabras:

"Que todos tus compañeros del Diván salgan mañana mismo en aviones a encargarse de los mandos que tienen señalados. Tú aguarda ahí hasta dos días antes de la fecha de la concentración que te he dicho or-

denes; y entonces ve a casa de Mohamed, en Sabankafi, donde me encontrarás.

"Mientras tanto te llamaré todas las noches para decirte adónde has de telegrafiarle a la siguiente noticias y consultas. Mañana, después de la entrevista que sabes tengo en Okhom, iré a Tintelloust."

—Es nuestro, es nuestro, Friand: es el de Okhom, y mañana lo trincará el oficial que Bertier habrá ya enviado allí.

—¡Caramba! No, no dirá mi capitán que ha perdido usted el tiempo. ¡Menudo golpe! Hay que decirle en seguida quién es el pájaro que va a cazar y enterarlo de lo que sospechamos de Morand, para ver si mañana mismo lo coge con las manos en la masa.

—Sí, sí: en cuanto llegue la hora de abrir la estación y nos cercioremos de que no está al aparato ese pillo, capaz de hacer cualquier gatada con nuestro aviso a Bertier de lo oído esta noche, y en cuanto podamos completarlo con la fecha que el señor Cassim nos dará de mañana.

—Y en cuanto vuelva usted a Agadés le levantamos una estatua por todo esto que ha hecho.

—Friand, si consigo que mi aviso dé tiempo a las autoridades de salvar a los millares de compatriotas nuestros amenazados por la traición de esos infames, esa será sobrada recompensa—contestó Raúl, con los ojos brillantes de entusiasmo—: tan grande, que aunque no dieran con nosotros los que ya parece tardan en salir a buscarnos, gustoso moriría aquí, viendo en mí muerte el precio de sus vidas.

El recuerdo de su mujer y de sus hijos fué tenaza que oprimió duramente el corazón de Friand al aludir Raúl a la muerte suspendida sobre él y sus compañeros; pero al oírle ofrendar animoso su vida de diecinueve años henchida de ilusiones, se sintió contagiado; y con igual verdad, con igual heroísmo, no nacido de un instante de furia ni de un hervor de sangre, sino de serena abnegación, repuso:

—Y yo también, yo también la daré gozoso.

XXII

LA EXPEDICION DE SALVAMENTO

Felizmente para él, que no tenía temple de héroe, nada había oído Joubert de los temores del general asesinato, porque dormía junto al telégrafo, del cual no le consintieron apartarse para no perder tiempo en levantarlo si a los de El Eglab se les ocurría transmitir el telegrama circular antes de que él se levantara; pero ni el estado de nerviosidad en que a Raúl y a Friand los tenía la impaciencia de conocer la fecha ni la importancia de sus recientes averiguaciones los dejaban, no ya dormir, como el telegrafista, mas ni pensar siquiera en ello. Por eso, charla que charla, se les fué el resto de la noche en comentarios de lo averiguado; y cuando éstos llegaron a las órdenes sobre movimientos de fuerzas rebeldes, creyeron oportuno consultar, con el mapa a la vista, las cuartillas donde Joubert había ido escribiendo los lugares por Gahel citados. Decía dicha cuartilla:

La gente innecesaria para dar el golpe en Bilma, Agram, Dithela y Agadem irá a reunirse en Manzafur y Farak; los de Oundala y Manga, a Gadori y Tanaut; los de Darmergou y Tagama, a Gangara y Sabankafi; los del Gaber y el Adar, a Tarkass y Tintadorak, y los del Air, a Keita y Tadetaka (1).

—¿Sabe usted, amigo Friand, lo que me va pareciendo?—preguntó Raúl cuando aun no habían acabado de leer la nota, dándose cuenta ya de que los lugares citados rodeaban por completo a Techiasco, a distancias entre veinticinco y setenta kilómetros.

—Lo que a mí, la cosa está muy clara: que quieren poner cerco a la Residencia. Sin duda es porque con la expulsión que allá hicieron de los dagatums sospechosos no tienen en ella los conjurados la gente necesaria para dar allí el golpe al mismo tiempo que en todas partes.

—Del mal el menos—dijo Raúl estremeciéndose al pensar en su padre y en su hermana—, que esto dará un respiro y nuestro aviso llegará allá con mucho tiempo para que se prevengan; pues lo que es los de Bilma no han de tardar menos de tres semanas en su marcha—; y conviniendo con Friand

en la apreciación de la causa del cerco; porque ignorantes por completo como lo estaban ambos de que Abd-el-Gahel era el autor del frustrado rapto de Emma, no podía ocurrírseles lo movía, antes que sus deseos de exterminar a los franceses de Techiasco, el afán frenético de apoderarse de la *huri rubia*; pues los obstáculos habían exacerbado su pasión al delirio, y lo lisonjeaba la esperanza de que, si aun no era amado, lo sería cuando ella conociera el poderío y la grandeza de quien iba a ofrecerle el trono de sultana del Musulmán Imperio de Africa, restaurado por su valor y su inteligencia, y extendido desde el Atlántico al Mar Rojo, y del Mediterráneo al Ecuador.

A la hora que solían llegar dieron los cotidianos zas un chasco a Raúl, que creyó eran el ansiado telegrama con la aguardada fecha; pero antes de acabar de recibirlos todos, dijo Joubert de pronto:

—Ya tenemos aquí lo que esperaba usted.

—¿El Eglab? ¿La estación A?

—Sí.

—Pues cuidado con perder ni una letra—encargó Raúl, latiéndole descompasadamente el corazón con esperanza, confirmada al descifrar el telegrama, de que fuera el circular del Diván; pero frustrada en cuanto a la importante fecha; pues si bien la fijaba el despacho, hacíalo en la siguiente forma, inútil para él:

El golpe en todas partes a la hora que sabéis del último de los días que en Doghem se os previno contarais cuando se os avisara. Hoy es el primero.

Quedóse alicaído y mustio el pobre mozo, pues entre poder decir, cual pensaba, a Bertier: "Tal día", o decir, como dijo: "Un día que debe estar cercano", había gran distancia, no obstante parecerle al capitán muchísimo (cuando lo conoció), lo averiguado por la conferencia de Abd-el-Gahel y Cassim, que él transmitiría a todas las autoridades en cuanto terminara la conversación con Raúl, en la cual dijo a éste que a aquella hora nada podía saberse aún de Okhom, donde la víspera había ido un teniente con ocho gendarmes por sí, dado el estado del país, les hicieran resistencia; pero que en

(1) Regiones y comarcas las primeras de cada inciso comprendidas desde los Oasis de Kavar y de El Air al Níger; poblados los segundos, cuya situación fué lo que llamó la atención de Rau.

cuanto cayera el Gran Caid telegrafiaría el notición. Y al enterarse de las sospechas sobre Morand, de quien todo era creíble, dijo que muy pronto procuraría pescarlo "in fraganti".

Por último, y en vista de las graves noticias que el mismo Raúl le daba, insistió en que éste regresara inmediatamente, aprovechando los días de respiro que parecía dar el alzamiento; pues Bertier relacionaba el número de los indispensables para que los de Bilmá y de otros oasis lejanos de Techiasco hicieran las marchas de concentración con *el de las fechas que habían de contarse hasta la del alzamiento*: no creyendo, por tanto, en la inminencia de él, y pensando que no solamente daría tiempo al regreso de los expedicionarios, sino a concentrar en las cabeceras de la región los pequeños puestos de gendarmería y los colonos por su aislamiento más en riesgo de ser primeras víctimas de la rebelión.

Además, tal aumento de fuerzas no vendría mal en las capitalidades de las compañías, pues aquella misma mañana habían amanecido sobre Agadés dos dirigibles, llevándose, según de antemano le había dicho su coronel en Tafílete, los refuerzos venidos meses antes, por ser ya un hecho la ruptura con Inglaterra y precisas dichas tropas en las fronteras de la Nigricia y el Sudán.

Terminada la conferencia, quedaron el sargento y Raúl bajo la deprimente impresión que les produjo la malhadada merma de guarniciones en aquellos críticos momentos; alarmándolos tanto como esto la idea de si la retirada de tropas podría ser el *previsto acontecimiento* anunciado la víspera por Abd-el-Gahel; pues de estar éste previamente enterado de ella sería prueba de que contaba con una extensísima y eficaz red de relaciones, lo cual llevaba a desagradables consecuencias sobre su poderío y recursos.

El sábado, del que esperaban tanto bueno, no principiaba bien y continuó peor; pues a media tarde preguntaron a Ouallem los pobres desvalidos de Ziza cuándo salía la expedición de socorro, recibiendo por respuesta que el "auto" llegado la anterior madrugada, de In-Saláh con la gasolina, estaba ya también cargado con víveres y agua, y listo y en espera de Custine, a quien debían haber tenido que ir a buscar lejos del puesto: lo cual, mirando a ciertos inquietantes síntomas de la población indígena, hacía poca gracia al teniente, que daba estas noticias agregando:

—Pero no se apuren, pues si Custine no pareciera, ya procuraríamos nosotros buscar a ustedes... Ahora que, como probablemente no los encontraríamos tan de prisa

como él, no harán mal en ir economizando provisiones y agua.

Tales fueron las últimas palabras del teniente, que hicieron exclamar a Friand:

—¡Que vendrán ellos a buscarnos!... Para consolarnos, como si fuéramos chiquillos... Como si aquí pudiera encontrarnos quien no conozca el sitio...

A lo cual sólo contestó el joven jefe de la expedición, diciendo:

—Friand, desde la cena de esta noche, todo el mundo a media ración: así tendremos cuerda siquiera para seis días.

—Hace usted bien. ¿Y de agua?

—Todavía no hay urgencia de disminuirla: tenemos para dos semanas a ración entera.

A las siete de la tarde avisó Bertier que *aquél* había ido, efectivamente, a Okhom; pero se les había escurrido de entre las manos a los gendarmes. Seguidamente manifestó que no era dar aquella desagradable noticia el principal motivo de su llamada, sino decir a Raúl que, según las cosas iban, insistía, y si era preciso mandaba, que sin demorarlo, no ya un día, pero ni una hora, echara a andar para Techiasco, sin perder tiempo en el camino.

Entonces hubo Duvery hijo de confesar el trance en que se hallaban los expedicionarios, pero agregando que esperaban ser en breve socorridos: noticia a la que, dominando a duras penas su consternación, contestó el capitán:

—Hijo mío: ahora mismo voy a telegrafiar a mi compañero de In-Salah que para buscaros ponga inmediatamente, si es preciso, el escuadrón entero en movimiento. Para más interesarle, le diré que por ti tengo las noticias de la conspiración que esta mañana le telegrafíé, y que por sorprenderlas te ves en ese aprieto. Pero tú ingéniate, por tu parte, en buscar modo de señalar a distancia tu presencia en ese maldito maremágnum de picachos y hoyos. Y si das con él, dímelo en seguida... Friand.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Con usted cuento para ayudar a ese chico a salvarse.

—Mi capitán, el chico vale por diez hombres y no necesita que lo ayude nadie.

—Pues adiós... Raúl, Raúl: no dejes de llamarme mañana y tarde. Y si llega el socorro, avísame en seguida.

* * *

El fracasado arresto del Gran Caid puso de malísimo humor a Raúl y a Friand, del cual se contagiaron sus compañeros al ver reducida la pitanza a la mitad.

El día siguiente, domingo, hizo crecer la preocupación añeja, pues en Ouallen continuaban sin saber nada de Custine, y tras de esto, el repetido y vano intento de comunicar con Bertier trajo otra inquietud, convertida en zozobra de que algo grave ocurriera en Agadés, cuando para cerciorarse de si la falta de respuesta sería achacable a deficiente intensidad de las llamadas de la telegrafía del "auto", se preguntó a In-Saláh, de donde dijeron que desde la tarde de la víspera en que se habían recibido instancias calurosas de apresurar la salida de la expedición de salvamento no se tenía noticia de Agadés, cuya estación debía estar estropeada, porque tres veces se la había llamado infructuosamente.

El lunes fueron inútiles reiteradas intenciones para hablar con Bertier, y esto era ya muy alarmante, pues habiendo en más de cincuenta horas tiempo sobrado de componer cualquiera avería de las ordinarias de los aparatos, parecía aquel silencio ser indicio de novedad más grave.

A mediodía dijo Ouallen que de Custine no se sabía palabra; mas por fin, a las nueve de la noche, comunicó que llegado en aquel momento de una excursión lejana, estaba al aparato y deseaba hablar con el sargento Friand.

Después de expresar el cabo cuánto le complacía ser el llamado a sacar a su antiguo amigo y jefe del aprieto en que estaba, manifestó que, aun confiando en recordar el camino y el terreno, quería hablar con él por no sobrar que quien acababa de ver aquellos lugares le refrescara la memoria, que los años podían haberle embarullado.

El palique fué largo; pues además de dar en él datos, señalar punto de referencia y de repetir el sargento lo ya dicho a In-Saláh sobre colocación en lo alto de la meseta de lonas a modo de banderas, pusieron Custine y él acordes sus relojes, para que, a partir de las siete de la mañana del siguiente día, y de diez en diez minutos, estuviera atento el cabo a los disparos que con tales intervalos harían los vigías de la boca del barranco.

Se fijaba tal hora en vista de la de sa-

lida de Ouallen (cinco de la madrugada), pues habiendo de marchar despacio "auto" y "motos", por la necesidad de observar con atención los montes, alrededor de ella andaría la de llegada frente al desfíladero.

Por último, convinieron ambos veteranos en que, de llegarle a Custine las nueve marchando a saliente, volvería sobre sus pasos; pues, en opinión del sargento, sería prueba de que habría pasado sin verlos; y como a los vigilantes instalados en lo alto de la meseta no podía pasarles inadvertido el cruce de la patrulla de socorro por el llano, bajarían a su encuentro.

Aquella noche cenaron a ración entera los naufragos de los cerros de Ziza y se acostaron muy alegres.

En pie todos a las tres de la madrugada, quedáronse Joubert y un gendarme en el campamento subterráneo, en tanto Raúl y Desaix hacia el oeste, y Friand y el otro gendarme hacia el este, trepaban por los derrumbaderos del barranco a la cresta de sus empinadísimas laderas.

Llevaba cada pareja una lona atada a un palo, un fusil y anteojos de campo para registrar a distancia la llanura inmensa que, al pie de la meseta, se extendía al sur.

A las seis ya había escogido cada grupo lugar dominante y adecuado para que, destacándose sobre el fondo del cielo, resultaran las siluetas de quienes lo ocupaban muy visibles a quienes desde el llano miraran a los cerros; y con emoción innecesaria de encomiar para que sea comprendida, enfiláron los gemelos a poniente, por donde eran los salvadores esperados.

Escortando al automóvil de los víveres, el agua y la gasolina, y montados en motocicletas, salieron Custine y dos gendarmes de Ouallen poco antes de las cinco, avanzando a buen paso hasta las seis y media; pero desde tal hora, en que la luz del día, ya muy claro, alumbraba el extremo occidental del macizo de los cerros de In-Ziza, acortaron la marcha y hasta la interrumpieron con frecuentes altos para examinar detenidamente las cumbres donde esperaban ver a los que buscaban.

XXIII

A QUE COSTA AVERIGUO RAUL LA FECHA QUE NO PUDO
SORPRENDER

Hacia las siete y cuarto vió Raúl serpear, allá en la lejanía, sobre el amarillento suelo, unas movibles manchas negras. Antes de distinguir qué fueran adivinó en ellas su afán un automóvil y tres motocicletas, y al convencerse de ello al poco rato él y Dessaix entregáronse a transportes de júbilo, flameando éste la lona cuando los que venían estaban aún demasiado lejos para verla.

Pero en esto les llamó la atención otra mancha que, creciendo en tamaño detrás de las primeras, con rapidez mucho mayor que las de motos y autos, hacía crecer, al mismo tiempo, una idea negra también, muy negra, en los cerebros de ambos, ahogando en inquietudes su naciente gozo.

—Es muy grande. Parece una patrulla numerosa—dijo Dessaix—. Y por lo de prisa que adelanta ha de venir montada en motos y correr a toda marcha.

—Parece como si quisiera alcanzar a los otros—contestó Raúl; y más por querer en gañarse que por pensarlo realmente, agregó:—Tal vez sea la sección de gendarmería de Ouallen.

—¿Y qué ha de venir a hacer una sección entera en pleno desierto y en ruta que no va a ninguna parte?... Señorito, hágame el favor de los gemelos. Sabe usted que conozco bien las gentes del Desierto.

Mientras el veterano ingeniero del Ejército de Argelia miraba atentamente con los anteojos, Raúl veía que conforme la mancha se acercaba se desplegaba el núcleo de ella en una línea donde a poco se vieron sueltos y uno a uno los hombres que integraban el pelotón.

—Es indudable: persiguen a los otros—exclamó Raúl—. Los están envolviendo, y ¡ellos no lo ven!

—Bien sabía yo que no eran gendarmes—dijo Dessaix, pálido como un muerto—. Son *ifoghas*: estoy seguro, y a nuestra vista van a acochinar a esos infelices.

—Hay que ayudarlos.

—¿Cómo, señorito? Antes de que lleguemos a la falda de los cerros ya los habrán alcanzado a dos o tres kilómetros, por corto, de nosotros.

—Pero, a lo menos, podemos llamarles la atención, prevenirles del peligro.

Para ello disparó el impetuoso muchacho los doce tiros de su rifle: sin resultado alguno, pues o el viento, soplando del llano, llevaba los estampidos lejos de Custine y sus gendarmes, o de oírlos éstos, los tomaron por las señas convenidas con Friand la noche anterior: probablemente lo último; pues motos y auto se detuvieron, y desmontando el cabo y echando mano a los gemelos, los asestó a las cumbres del macizo montañoso.

—No, señorito, no—gritó, ya tarde, el motorista corriendo los diez o doce pasos que lo separaban de su amo, agarrándose a él y derribándolo—. ¡Quieto, quieto! No podemos ayudarlos en nada, porque el rifle no alcanza allí, y si los *ifoghas* nos ven, nos perdemos nosotros también. No se levante; agazápase, achántese.

Comprendiendo Raúl cuánta razón tenía Dessaix y que su rabia y su valor eran impotentes, obedeció; pero llorando de despecho y coraje.

Ni él ni su compañero apartaban la vista de Custine y su gente, que preocupados con mirar a los cerros volvían la espalda a sus perseguidores, sin percatarse de la persecución, facilitada con la parada de los gendarmes; mientras los *ifoghas* ganaban terreno, muy de prisa abrían más y más la media luna en que venían desplegados, y cuando ya llegaron como a trescientos metros de los descuidados perseguidos, se detuvieron un instante, pasado el cual resonó al crepitar de sus rifles de repetición: primer aviso que, al recibir los tiros por la espalda, tuvo el pequeño grupo de la presencia de enemigos.

La triste escena fué brevísima: al volverse Custine y los dos guardias vieron al conductor del auto caer de bruces, muerto, sobre el volante de guiar; requiriendo sus rifles, acogiéronse al resguardo del coche y, resueltos a vender caras las vidas, que por pérdidas dieron al verse frente a treinta y tantos enemigos, comenzaron a disparar.

Dos o tres minutos, tal vez no tanto, les duró a los gendarmes el reparo del carruaje; pues avanzando las puntas de la media luna y estrechando el cerco pudieron los tuaregs

fusilarlos de flanco, haciéndolos caer uno en pos de otro, y lanzarse después, como fieras, sobre ellos, a rematarlos, mutilarlos y ensañarse en sus cuerpos bestialmente.

Saltó al coche un tuareg, sin duda práctico en automovilismo, arrojó afuera el cuerpo del conductor, y se dispuso a llevarse el carruaje. Pero hubo de aguardar mientras sus compañeros ejecutaban la feroz idea de juntar en montón los descabezados cuerpos de los gendarmes, rociarlos con gasolina tomada del auto y prenderles fuego: con espanto de los infelices que, perdida la esperanza de propia salvación, contemplaban horrorizados desde el monte la tragedia abominable.

Pero la llamarada que envolvió los pobres cuerpos no se detuvo en el montón de ellos, sino que se corrió por el piso empapado con la gasolina sobrante de la embebida en sus ropas, y con la procedente de dos o tres latas perforadas durante el pasado combate por unas cuantas balas que habían atravesado el auto, del cual chorreaba el inflamable líquido en donde prendió el fuego, que haciendo reventar con fuertes estallidos los bidones de gasolina hasta entonces intactos, daba, de momento en momento, nuevo impulso a las llamas que envolvieron el coche.

Apenas si el improvisado motorista tuvo tiempo de escapar con graves quemaduras; y comprendiendo la pandilla de ifhogas que de aquella hoguera nada quedaría que mereciera aguardar a recogerlo, acomodaron sus heridos y muertos—en total siete u ocho, pues los pobres gendarmes habían luchado como leones—en los *side-cars* que de Ouallen traían los asesinos; y colgando las cabezas de sus víctimas delante de los timones de las motos dieron la vuelta al pueblo muy de prisa para llegar a tiempo de tomar parte en el saqueo de él; porque el momento del alzamiento general mahometano, que Bertier y Raúl pensaban no sobrevendría en dos o tres semanas, estaba preparado para el alba del cuarto día, contado a partir del de la retirada de las tropas de refuerzo de las guarniciones del Sahara; y aquel amanecer era el del día cuyo sol acababa de alumbrar la hecatombe recién descripta.

He aquí cómo las cosas habían ocurrido en Ouallen:

Un cuarto de hora después que, todavía de noche, salió Custine con su gente de la aldea, y cuando aún no lucía sino precaria luz, tres mil hermanos vengadores cayeron

sobre los ochenta o noventa *perros cristianos* que, incluyendo en ellos al teniente y veintiocho gendarmes, constituían todos los europeos del lugar, despiertos a las voces de "fuego, fuego" dadas por las turbas indígenas a las puertas de sus casas, y asesinados al abrirlas asustados por la embustera alarma.

Antes de transcurrida media hora, las cabezas de todos, sin otras excepciones que las de los telegrafistas, respetados por orden de Abd-el-Gahel, se hacinaban en *macabro* rimerio al pie de la torre, desde cuyo alminar el almuecín llama al pueblo a la mezquita.

De entre la plebe, cuyos odios se deleitaban en la contemplación del horrendo trofeo, salió de improviso una voz diciendo: "Se han escapado cuatro, que antes de amanecer se fueron en auto y motos hacia In-Ziza por el uad Tin-Chek-Chek".

A los gritos de "hay que alcanzarlos, hay que alcanzarlos", se formó la gavilla que en los mismos *side-cars* de la asesinada sección de gendarmería salió en pos de Custine y sus hombres, realizando la hazaña relatada, y trayendo, cual testimonio de ella, las cabezas de aquéllos, para que no quedara el montón descabalado.

Dos cadáveres parecían Raúl y Dessaix cuando en pie se pusieron; y aunque el incendio del automóvil con la pérdida de los víveres y de la gasolina era su sentencia de muerte en aquellas soledades, ha de reconocerse, en honor suyo, que en esto no pensaron sino luego; porque la palidez de ambos no nacía entonces sino de dolorosa compasión, torturante impotencia y trágico estupor que no les permitía decir sino: "¡Desdichados, qué horror!" Hasta que al reponerse de él corrieron cerro abajo y llanura adelante a la hoguera en donde ardía el automóvil y se abrasaban los cuerpos de los desventurados, que por salvarlos habían perecido.

Diez minutos de atormentadora contemplación llevaban, queriendo y no pudiendo apartar los espantados y llorosos ojos del execrable cuadro de aquellos carbonizados restos que no ardían ya por haberse consumido la gasolina que empapaba las ropas y el suelo, cuando llegaron Friand y el gendarme, que también habían visto, aunque desde más lejos, la horrorosa matanza.

—¡Pobre Custine! ¡Pobre viejo! ¡Pobre amigo!—exclamó el valiente veterano, sollozando como un niño—. ¡Ni un azadón tengo para pagar, cubriéndote con un poco de tierra, la vida que por mí has perdido!

—¡Infelices, infelices!—gimió Raúl; y de pronto, volviéndose a poniente, por donde habían desaparecido los asesinos, levantó el impotente puño y rugió: ¡Malditos, traidores, cobardes, cobardes!... ¡Y no poder, no poder! ¡Estar aquí clavados!

No solamente les faltaban picos para cavar una fosa, sino que, al tender Friand la vista en derredor, ni arena halló siquiera que con las manos pudiera ser amontonada sobre los cadáveres. ¡Hasta arena, tan abundante en otros parajes del Desierto, les negaba el duro suelo de compacta roca!

Desaix fué quien primero pensó en la propia situación; y al recordársela la frase de Raúl, "estar aquí clavados", exclamó:

—Si pudiéramos apagar el auto; si aún fuera tiempo de salvar algo de lo que nos traían—. Y se precipitó hacia él seguido de los otros: pensando todos que aquella era su única esperanza.

Pero en cuanto llegaron a cuatro pasos de la hoguera, comprendieron que sin agua, sin picos, sin hachas nada podían contra ella.

De pronto resonó un estampido formidable, e hirvientes gotas los salpicaron, produciéndoles pequeñas quemaduras que de momento atribuyeron al estallido de un bidón de gasolina: no siendo eso, sino que la presión del vapor del agua caldeada en el depósito donde venía la provisión de ella lo hacía reventar; y parte de aquel preciado líquido sin el cual no podían salvarse, se vertía por el suelo, mientras el resto se vaporizaba en el culote de la rota vasija rodeada de llamas.

Una hora después, cuando del auto no quedaban sino cenizas, negruzcas planchas y herrajes retorcidos de su armazón desventijada, se miraron los cuatro desgraciados, cual saliendo de un sueño. Pasó un instante, se arrodilló Raúl delante del montón de muertos, e imitándole los demás, todos rezaron una oración, tomando al acabarla el camino de la caverna, sin que ninguno hablara una palabra hasta que al entrar en ella dijo el gendarme:

—Tenemos más suerte que esos infelices: a nosotros no ha de faltarnos sepultura.

—¿Qué dices?—preguntó Friand.

—Que ya estamos en ella.

—Eso lo sabe Dios—replicó con viveza Raúl—. Mientras hay vida hay esperanza.

Palabras no contradichas por los otros; pero acogidas con incredulidad evidente.

Cuando hacia medio día llegaron al autocamión, hallaron al otro gendarme sentado en una piedra, con la cabeza entre las ma-

nos, sombrío y mudo; pues enterado hacía rato de lo que el telegrafista acongojado y sollozante, contó a los otros en cuanto llegaron, pensaba en los pedazos de su corazón que en Agadés había dejado, víctimas probablemente a aquella hora de la general matanza del pasado amanecer, de la cual no cesaba el telégrafo de hablar desde las siete: no ya en cifra, sino en claro árabe, al transmitir de pueblo a pueblo el éxito de la cobarde y traidora inmolación en masa de los europeos, del general pillaje y del incendio que había ayudado al fusil, a la pistola y al puñal.

Desde Tombuctú a la Cirinaica, de Alcázarquivir, al Sudán, del Tchad, hasta de la misma Constantina, en donde Abd-el-Gahel había en persona presidido la hecatombe iniciada con el asesinato de todas las autoridades y la oficialidad apuñaladas en sus lechos por sus propios servidores y por soldados mahometanos, cruzaban incesantemente telegramas al Eglab, que el autoespía capturaba al paso, y todos concebidos en estos o parecidos términos:

—“¡Al-láh es grande! Muertos todos los perros (léase cristianos) sin distinción de edad ni sexo”.

—“Pasados todos a cuchillo. ¡Viva el Vengador!”

—“Sólo resisten unos cuantos en el cuartel, al que ponemos fuego.”

—“Africa está vengada. ¡Viva el gran Abd-el-Gahel!”

Sobrecogido Joubert con los primeros partes, no había podido continuar copiando los sucesivos; pero aseguraba que los hermanos africanos los transmitían no solamente desde las estaciones clandestinas, que ya sin disfrazar con letras sus nombres geográficos telegrafaban con la *misma longitud de onda que los oficiales*, sino desde éstas; lo cual probaba que habían caído en poder de la rebelión triunfante.

—¿Y de Agadés?—preguntó Friand ansioso.

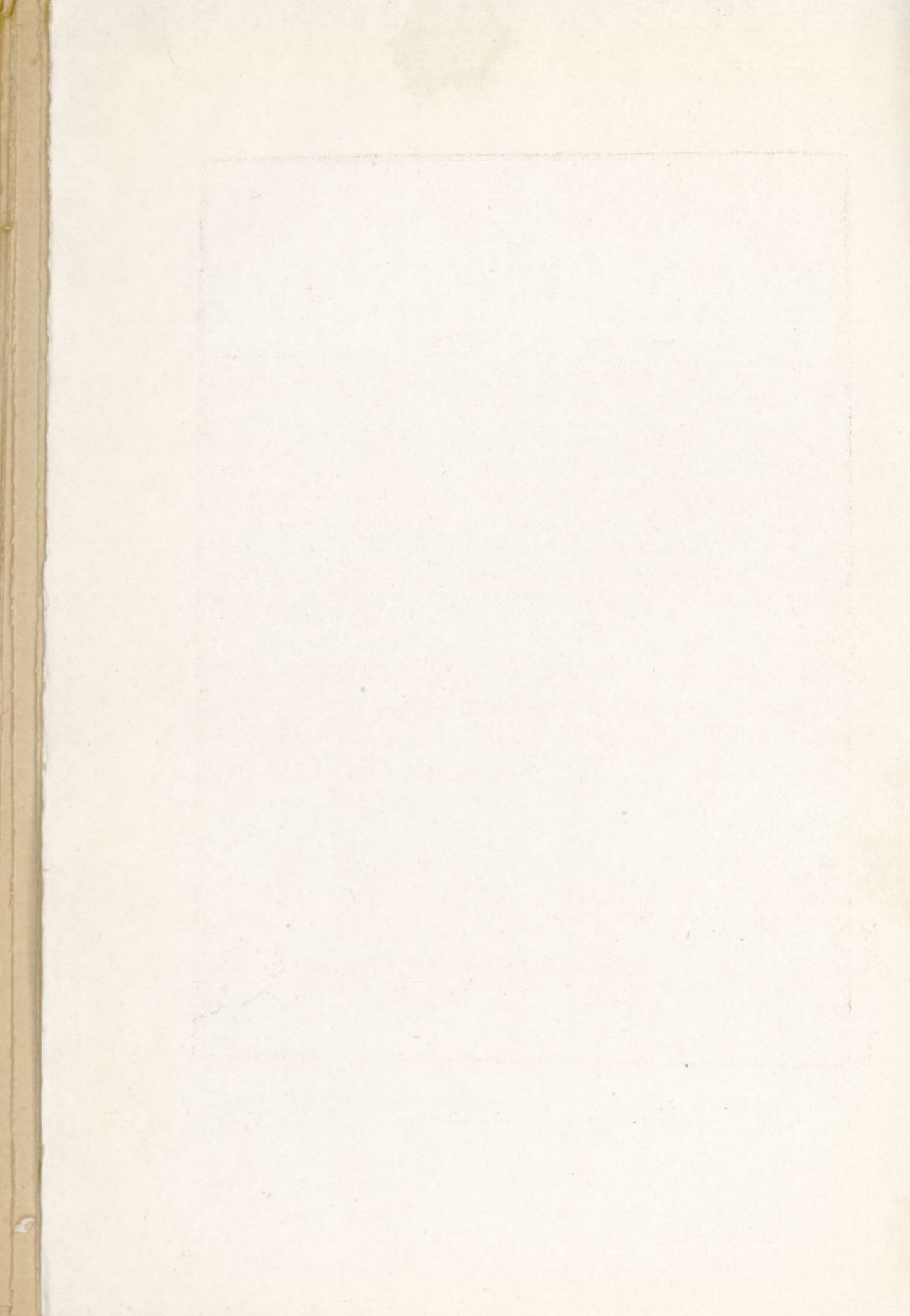
—Sí, sí—gritaron los demás, pensando con angustia en sus familias.—¿Qué dicen de Agadés?

—Nada—contestó el gendarme que en la cueva había quedado con Joubert y que desde que éste lo enteró de los primeros despachos, no dejaba de preguntar tan pronto repicaba el timbre de llamada si llegaba alguno de aquella población—. De allí no se sabe absolutamente nada.

Aun cuando no fuera aquello gran consuelo, y Raúl pensaba, aun no diciéndolo, que tal silencio, ya añejo de tres días, podría muy bien tener por causa que en Agadés se hubiera adelantado la catástrofe, co-



...requiriendo los rifles acogiéronse al resguardo del coche, resueltos a vender caras
las vidas que por pérdidas dieron...



mo de allí faltaba la evidencia de ella, siempre era esto menos malo que la plena certeza que había de otros lugares, aun cuando ocasionara las torturas de la incertidumbre.

.....

—Era hoy, Friand, era hoy la fecha... Ya la sabemos; pero caro nos ha costado averiguarlo... ¡Y no saber, no saber, no poder saber nada de Agadés!—repetía Raúl—. ¿No ha intentado usted comunicar otra vez?

—Dos veces, Don Raúl—contestó Joubert.

—Ya le dije yo que llamara—agregó el gendarme—; pero ninguna han contestado.

.....

La media ración dilapidada en la cena de la víspera, por creer sería la última que en la gruta se hiciera, fué economizada en la comida de aquel día, de la que nadie se acordó.

Hoscas pasaron las horas de la tarde inacabable entre largos silencios, no interrumpidos sino con alguna que otra exclamación de éste o aquél, casi nunca contestada por nadie, y con las preguntas que lanzaba la ansiedad general a cada repique del timbre, indefectiblemente contestadas por el telegrafista con: "No, tampoco es Agadés." Y de nuevo caía sobre todos el penoso silencio.

Los temores de la propia espantosa situación quedaban esfumados en segundo término; pues la zozobra lacerante sobre la suerte de las familias hacía pensar que, a perder la esperanza de que vivieran hijos, padres, esposas, no valía la pena de lamentar la pérdida de vida que sólo había de servir para llorarlos.

Entre todos, era Raúl el menos intranquilo por los suyos, pues faltando muchos días aún hasta la concentración preparatoria del ataque a Techiasco, era probable que antes

se desenlazara la amenaza de muerte suspendida sobre él, y que ellos a él y no él a ellos hubieran de llorarlo. Mas no era solamente la preocupación por sus allegados lo que amenguaba en todos los egoístas temores a la propia suerte: pues hasta las punzadas del más noble dolor ocasionado por la duda de cuál habría cabido a sus familias, se embotaba en estupor de horrendo espanto ante aquella matanza en masa de sus compatriotas, ante aquella feroz aleva orgía en donde las bestias carniceras abrevaban con sangre de cristianos sus ansias de venganza en todo el Sahara: colosal tragedia que empujaba las tragedias familiares, en la que la vida o la muerte de otros seis hombres parecía cosa insignificante aun a ellos mismos que ya llevaban días de ver la muerte entrometerse en todos sus pensamientos.

A despecho de todo, la tiranía de las necesidades físicas se impuso, cuando llegó la noche, y cenaron *media ración* atendiendo a que aquello era lo primero que comían en veinticuatro horas; pero anunciando Raúl que desde el día siguiente reducirían a un tercio la de comida y a una mitad la de agua.

—Da lo mismo, Don Raúl, por mucho que duremos, aquí hemos de quedarnos.

—¡Qué sabes tú!... Además, nuestro deber...

—Yo creo que más valdría acabar cuanto antes.

—Aquí no se permite a nadie hablar de muerte—dijo, airado, el sargento a su subordinado con el mismo tono que si mandara "apunten" o "fuego"—hasta... hasta—y se quedó perplejo por no atinar adónde podría llegar el "hasta".

—¿Hasta cuándo, mi sargento?

—Hasta... que estemos muertos.

—Y todavía no lo estamos—agregó Raúl.

XXIV

LA LIEBRE Y EL AGUILA

Durante la noche del martes y todo el miércoles continuaron llegando a los desterrados en Ziza telegramas y más telegramas, llenos todos de los mismos horrores, y en los cuáles sólo atendía Joubert a espiar si daban alguna noticia de Agadés. Tarea que no pudiendo ser día y noche desempeñada por un solo hombre, fué compartida por Raúl, a quien sus ejercicios prácticos durante la ya larga expedición habían puesto

en estado de recibir medianamente, y que en aquellas horas hizo que el telegrafista le cantara con insistencia machacona el sonsonete producido en los teléfonos por los puntos y las rayas de las letras empleadas para transmitir la palabra "Agadés", canturreándolo él una y otra vez hasta estar cierto de reconocerlo si lo oía. Y no sólo él, sino Friand, aprendió la canturía a puro oír: tanto, que estando con el fleje de los

auditivos sujeto a la cabeza, para aliviar de su faena a los otros, pudo en mitad de un telegrama del cual no entendía jota, reconocer el bordoncete que tenía en el oído, y avisar a Raúl, quien terminado de pasar el despacho encargó a Joubert llamara a la estación transmisora diciendo, por supuesto, en árabe, y simulando ser la receptora:

—Repíteme lo que has dicho de Agadés, que no ha llegado bien.

—¡Pero si acabas de darme la señal de recepción terminada!—contestó El Eglab, que era la estación de origen.

Pero ahora veo que no está claro: me he distraído y me faltan palabras.

—Pues ahí va la repetición: "*Decir al Gran Caid de parte de Cassim que, a pesar de los esfuerzos hechos, nada se sabe de Agadés desde el sábado, pues desde entonces no contesta a las llamadas de ninguna estación.*"

Hecha pública esta interesante noticia, los optimistas la interpretaron pensando que allí debía de haber fracasado el alzamiento, mientras los pesimistas, y Joubert era uno, la tomaban por prueba de que los vengadores habían destrozado los aparatos radiotelegráficos.

De los primeros era el impulsivo Raúl y hasta el sesudo Friand; pues conociendo la orden de Gahel de respetar las estaciones, esperaban que Bertier, por ellos enterado de todo, y demasiado cazurro para dejarse sorprender por una rebelión, de cuya proximidad tenía ya la mosca a la oreja, se habría refugiado con los europeos en el reducito, que era hueso muy duro de roer para insurrectos; y que no queriendo dejar a éstos posibilidad de utilizar la estación la habría destruido o acaso desmontado para armarla de nuevo en el reducito.

En este caso era posible que en el momento más inesperado pudieran comunicar con él.

¿Acertaban? Pronto vamos a verlo, poniéndonos para ello de un brinco grande, muy grande en el espacio, desde Ziza en Okhom, seguido de otro, más pequeño, desde Okhom a Agadés, y saltando a la vez, hacia atrás en el tiempo, del anochecer del miércoles a las cinco de la tarde del viernes anterior: hora de la llegada a aquel poblacho del teniente y los guardias enviados a detener al que, antes de decirselo Raúl, ya sospechaba el capitán quién era.

Con varias horas de anterioridad, hacia las once de la mañana del mismo día, había llegado a dicho pueblo nuestro antiguo conocido Tinkert; y no casualmente, sino porque hablar con él y darle órdenes era el motivo que a Okhom llevaba a Gahel, quien anticipadamente le había enviado orden a Te-

chiasco—donde, no en el centro ferroviario, sino en la aldea, residía entonces el antiguo capataz de Moyfsk—de que estuviera de mañana en Okhom, y con la orden noticia del campo por donde él llegaría y el modo y forma de encontrarse ambos rápidamente allí.

Para no caer en falta a la mañana del siguiente sábado, en que se le citaba, y tener tiempo de preparar lo que se le ordenaba, llegó a Okhom Tinkert con aquella anticipación, encaminándose derecho a casa del alcalde pedáneo, única autoridad, por de contado indígena, del lugarejo, a quien no hizo la consabida seña masónica por hacer tiempo que era conocido de aquel hombre: no como simple hermano, sino como importante jefe de Africa Vengadora: dignidad alcanzada en premio a sus servicios a Abd-el-Gahel.

Aquel funcionario, que era uno de los juramentados—y en Okhom lo estaban todos los vecinos—puso a las órdenes del recién llegado, tan pronto los pidió, veintiséis hombres con azadas y palas que tras Tinkert se fueron a las afueras del pueblo, donde a distancia de un kilómetro largo de las últimas chozas los dividió aquél en parejas, encomendando a cada una la excavación de un hoyo separado cincuenta pasos de sus inmediatos, y que alineados en dos direcciones concurrentes formaban entre todos una V.

Cuando los montones de tierra, removida y amontonada junto a cada hoyo, alcanzaban altura como de un metro, suspendió la cavazón e hizo que cuatro parejas abrieran un último hoyo y amontonaran la tierra de él extraída en otro montón mucho más grande que los anteriores, en medio y equidistante, a ojo de buen cubero, de las dos filas de ellos.

Una hora después llegaban los gendarmes, y siendo cosa insólita ver ocho juntos en Okhom y todavía más verlos al mando de un teniente, sin haber ocurrido robo ni asesinato por las cercanías, tal aparato de fuerzas desplegado en víspera de la llegada del Vengador, dió mala espina al sagaz Tinkert, haciéndole sospechar vinieran por aquél los gendarmes, a quien alguien habría dado el soplo: afirmándose en ello cuando después de ser llamado por el teniente volvió el pedáneo diciendo que aquél le había preguntado si sabía de alguien en Okhom que aguardara forasteros; que al no saber él contestarle le había encargado averiguarlo disimuladamente, recordándole en forma parecida a amenaza la obligación que su cargo le imponía de auxiliar a la autoridad, y advirtiéndole que sabiéndose de buena tinta que al día siguiente llegaría al pueblo alguien de afuera, sería pe-

ligroso, para quien lo intentara, pretender engañarla.

Tras breve conciliábulo con su huésped, salió el pedáneo a recorrer muy ostensiblemente unas cuantas casas del lugarejo, presentándose luego, entre diez y once de la noche al oficial, para informarle de haber averiguado por un *tibou* esclavo de Ben-Ual, de quien personalmente no había conseguido averiguar nada, que para aquella noche o para las primeras de la mañana, esperaba éste a alguien en su casa, sospechando el *tibou* debía de ser un tratante de ganados de la cercana aldea de Taguedaufat, llamado Ali-Tunín.

Preguntado por el teniente sobre la influencia y significación de dichos individuos en el país, contestó el pedáneo ser mucha la primera y francófoba la segunda.

Para que aun viniendo antes de amanecer no se le escapara el forastero, decidió el teniente hacer vigilar toda la noche el domicilio de Ben-Ual por una pareja relevada de dos en dos horas, quedando así concentrada la atención de los gendarmes en la parte del pueblo diametralmente opuesta a la casa del pedáneo. Esto era lo que al dictarle los mentidos informes que luego dió al teniente se había Tinkert propuesto para poder salir él de dicha casa sigilosamente, como sin ser visto de aquéllos lo efectuó a las dos de la madrugada, llevando la moto a mano a fin de no hacer ruido hasta dejar atrás las últimas casas de la aldea, pasadas las cuales montó en ella y partió a buena marcha, trasponiendo en cosa de media hora los treinta kilómetros hasta el villorrio de Tagedanfat, en donde Tunín era el vecino más conspicuo, a cuya casa, bien conocida de Tinkert, se dirigió derecho éste, aporreando la puerta sin ceremonia ni consideración a la hora, como quien llega donde puede mandar.

... ..

—Como ves, tu papel es sencillo. Y nada te podrán probar, por que Ben-Ual dirá lo que tú, siendo la explicación muy natural en quienes tratan en ganados. Pero, sobre todo, hay que salvar al Vengador; y aunque te fusilaran, a eso nos exponemos muchos a diario; y entre ir al paraíso fusilado por los perros o que los hermanos te apuñalen por cobarde y perjurio...

—A mí no es necesario hablarme en ese tono: Sé a lo que me comprometí al juramentarme.

—Que Al-láh vaya contigo.

—Y que te guarde a ti y al Vengador.

Las anteriores frases fueron el fin del largo diálogo comenzado por Tunín y Tinkert

en casa del primero, proseguido durante la inmediata marcha de ambos desde Taguedaufat a Okhom y terminado al detener sus motocicletos una legua antes de llegar a esta última aldea, sin entrar en la cual se fué el segundo al campo donde la víspera había hecho cavar los hoyos. Y llegado allá se tendió en el suelo junto al montón central.

El otro permaneció donde aquél lo dejara hasta las siete y media, hora en que reanudó la marcha a Okhom...

Al ser de día, y visto que durante la noche no había llegado nadie, se fué el teniente con su tropa a un altozano, desde donde dominaba a distancia los accesos al pueblo en todas direcciones, y allí aguardó hasta que a cosa de las ocho menos cuarto vió a Tunín acercarse en su motociclo por el lado de Taguedaufat; y suponiendo que aquél debía de ser el que acechaba, envió a su encuentro una pareja con orden de traérselo. Pero ocurrió que apenas salida del pueblo al raso, y vista por el que venía, dió éste media vuelta, cuando aún le faltaba un kilómetro largo para encontrarse con ella, y retrocedió a gran velocidad, con toda la apariencia de que el verla era causa de su precipitada fuga.

—Ese es, ese es. A él, muchachos—gritó el teniente al verlo huir.

Y montando en su moto y seguido de los guardias que con él quedaban, se lanzó en seguimiento del fugitivo, que antes de ser por ellos alcanzado les hizo dar una carrera de más de seis kilómetros.

Fingiéndolo gran sorpresa por la detención, declaró Tunín, al ser interrogado, sus verdaderos nombre, profesión y vecindad, agregando que lo llevaba a Okhom propósito de comprar unas cabras a Ben-Ual. Contestando a la pregunta de por qué huía, negó primero haber visto a los gendarmes, y protestó en seguida de que su contramarcha se tomara por fuga, cuando no obedecía sino a que al darse cuenta de habérsele olvidado en casa el dinero para su compra, siendo cosa de cinco cuartos de hora la ida y el retorno, y teniendo el día entero por delante para hacer sus negocios en Okhom, se volvía a por la bolsa.

Lo sospechoso de estas explicaciones, unido a los desfavorables antecedentes dados por el pedáneo de aquel hombre, hicieron al teniente creer que había cazado al pájaro que buscaba; y haciendo amarrar a la motocicleta de Tunín una cuerda de cuyo cabo suelto se encargó un gendarme, tomó con su gente y el preso la vuelta de Agadés, pensando pasar de largo por Okhom.

Pero al comenzar a desandar el camino recorrido en persecución le Ali-Tunín, vió

que a la otra parte del pueblo, y lejos aún, volaba raudo hacia él un biplano, o con más propiedad helicoplano: extraordinaria novedad, pues por aquellas tierras no se ven con frecuencia tales aerovehículos.

La patrulla y el helicóptero se acercaban a la aldea en opuestos sentidos; pero éste muchísimo más de prisa, así que estando todavía aquélla a cuatro kilómetros de Okhom el oficial vió claro ya el propósito de aquél de aterrizar en el pueblo; pues daba vueltas, planeaba y a veces permanecía inmóvil en el aire, gracias a sus hélices verticales, cual buscando lugar donde posarse, para efectuar lo cual es bien sabido no han menester los helicópteros tan amplio espacio como los antiguos aeroplanos, por permitirles las hélices citadas subir y descender a plomo.

Aquello fué un rayo de luz para el oficial, que dejando una pareja vigilando al preso, corrió seguido de las demás adonde el avión parecía disponerse a aterrizar.

Efectivamente, Abd-el-Gahel, que era quien en el helicóptero venía, buscaba desde la altura el sitio *no conveniente sino conveniente*. Pues para no dejarse ver en Okhom, sino tomar a bordo a Tinkert y pedirle noticias, darle órdenes y dejarlo después donde le conviniera, hablale enviado instrucciones previas de que con los montones de tierra ya mencionados marcara en el terreno una figura que desde lo alto mirado fuera una V visible a gran distancia, en medio de la cual lo aguardaría, y hacia la cual se dirigió Gahel sin haber visto a los gendarmes por llevar la atención concentrada en lo otro.

Pero Tinkert sí los veía; y cuando al helicóptero le faltaban no más de quince a veinte metros para llegar a tierra, y un ancla de

él pendiente al extremo de un cable rastreaba por el suelo, se abalanzó al cable aferrándose a él con ambas manos y gritó con todos sus pulmones.

—Arriba, arriba. Los gendarmes, Señor: arriba, arriba.

La suspensión del movimiento del helicóptero en el instante de interrumpir el descenso para emprender nueva ascensión imprimiendo a la hélice vertical velocidad de giro muchísimo más rápida que la que venía regulando su lenta bajada, dió a Tinkert tiempo de poner un pie sobre uno de los brazos del ánclora y otro después sobre el opuesto: postura solamente conservada unos segundos, pues comprendiendo, al iniciarse la subida, que era insostenible, se dejó escurrir hasta quedar abrazado a la caña del ancla, a horcajadas sobre la unión de ella a las garras, descansando los muslos sobre éstas, y las piernas colgantes al otro lado de ellas; y aun así agarrado, con presión convulsiva de brazos y de corvas, le fué preciso cerrar los ojos para evitar el vértigo.

Cuando el helicóptero detuvo su descenso, llegaban los gendarmes a quinientos metros de él, y al verlo elevarse de nuevo, ganando en breve considerable altura, gritó el oficial:

—Pie a tierra. Fuego: fuego apuntando a la hélice.—Pero entre desmontar, prevenir los fusiles, apuntar y hacer fuego, pasó más de un minuto, suficiente al avión para ponerse ya alto y lejos. Dos después se le veía pequeño, pequeño; y a poco, y descendiendo con la lejanía, desapareció por detrás de una duna.

—Me han engañado me han engañado— exclamó el teniente.—Por una liebre miserable dejo escapar el águila.

XXV

LA MAÑANA DE UN DIA FECUNDO EN ACONTECIMIENTOS

En el tiempo que llevamos perdido de vista al Vengador, sin atisbarlo sino furtivamente a través de la conferencia telegráfica sorprendida por Duvery hijo, y en su fugaz paso sobre Okhom, había estado en las cuevas basálticas de Doghem, socavadas en los montes del Air a centenar y medio de kilómetros de Agadés. Allí, ante los principales personajes del Africa musulmana, reunidos en asamblea, dió testimonio el Diván Supremo de que Abd-el-Gahel era el descendiente del semidivinizado héroe de igual nombre, el que había de acabar la obra de éste, el pro-

metido exterminador de los *perros cristianos*, el restaurador del imperio islámico africano: quien por haber llegado el tiempo de que fuera cumplido *cuanto estaba escrito*, era por Al-lah enviado para que por su pueblo fuera obedecido.

Aclamado por caudillo e investido de plena autoridad, con el despótico carácter que sobre gentes mahometanas había de tener lógicamente quien a los títulos de su excelsa prosapia añadía los de predestinado, ordenó a los jefes de la amañada rebelión, ante él congregados, que hicieran circular entre la

plebe rumor no de haber ya advenido, sino de estar cercano el anunciado advenimiento del Vengador. Seguidamente los informó de la inminencia para breve plazo de la guerra entre Inglaterra y Francia, de que para sostenerla tendría esta necesidad de llevar a las fronteras de las posesiones inglesas las tropas con que poco antes reforzara las guarniciones saharícas; de que por sus espías de Europa, Marruecos y Argelia sería avisado de cuando esto hubiera de ocurrir, y de que había resuelto aprovechar tal reducción de fuerzas enemigas para afirmar el éxito de la insurrección.

Con tal finalidad tendrían en cuenta quienes iban a ser sus inmediatos tenientes que cuando recibieran radiogramas avisándoles haber llegado el día del *previsto acontecimiento*, significaría esto que al amanecer del que a partir de aquél, tomado cual primero, resultara cuarto, deberían ser lanzados en todas partes a la vez contra los *pe-rrros* los hermanos que cada uno acaudillaba.

Terminada la asamblea, y acompañado solamente de dos jefes de su confianza, se dedicó Abd-el-Gahel a visitar por vía aérea a diversos personajes mahometanos del Egipto, el Sudán y la Nigricia, con el objeto que el tiempo y los sucesos nos dirán.

Terminadas estas expediciones, y ya sin otra compañía que el motorista de su avión, retornó al Air, adonde lo llevaban la necesidad de dar definitivas órdenes en la conferencia telegráfica celebrada en la noche del viernes desde Agadés con Ben-Cassim, y sorprendida por Duvery hijo desde Ziza, y el deseo de dar personalísimas instrucciones a Tinkert, a quien citó en Okhom por no querer atraer con su helicóptero la atención de los de la Residencia, yendo él a buscarlo a la aldea de Techiasco, donde el *ex* capataz tenía a la sazón la suya.

Y queriendo asimismo evitar ser visto en Agadés, aterrizó al anochecer del viernes en un corralón donde, en los pozos de Abalakh, a veinticinco kilómetros de aquella población, tenía Mohamed uno de sus aserraderos de traviesas y en donde aguardaba al Gran Caid con un *side-car*, que a los dos los llevó a Agadés, haciendo Abd-el-Gahel de conductor.

Después de media noche fué el Vengador, claro es que disfrazado, a la estación del gobierno a celebrar, por intermedio de Morand, la consabida conferencia; durmió hasta las seis de la mañana en casa de Mohamed, retornando a dicha hora, en compañía de éste, al cercado de Abalikh, en el mismo vehículo de la noche anterior, y saliendo en el hélico para Okhom, donde *pescó* a Tinkert: a quien su breve, pero insólita y sobresaltada travesía bamboleana al extremo del an-

cla le pareció larguísima, no obstante no durar sino seis minutos, pasados los cuales, y con ellos el riesgo de ser visto de los gendarmes, y a quien previno Abd-el-Gahel, a veces, se preparara a saltar en tierra al llegar cerca de ella, pues para ello iba a hacer descender el aparato.

—Es que si abro los ojos me caeré de seguro—gritó Tinkert—: me marea esta altura.

—Pues no los abras hasta que yo te avise, cuando estés próximo a llegar al suelo. Pero salta de prisa y corre en seguida hacia tu derecha para que el avión no te coja debajo al aterrizar...

—No sé si me dará tiempo.

—Sí te dará; pues ya tendré cuidado de bajar muy despacio...

Comenzó a descender verticalmente el helicóptero, y cuando sólo le faltaban unos diez metros para tocar con el áncora el suelo donde Tinkert cabalgaba, gritó Gahel:

—Abrelos y avisa al tirarte.

—Ya—contestó Tinkert saltando a tierra cuando se vió a poco más de un metro de ella, y corriendo al tocarla, obedeciendo al otro, que al mismo tiempo que gritaba "fuera, fuera", detenía un instante la ya lenta bajada del aparato para reanudarla hasta tomar tierra al ver en franquía a Tinkert.

Recibido a bordo el nuevo pasajero, y no queriendo el Gran Caid que su conversación con él fuera oída por el piloto, cuyo asiento delantero quedaba inmediato a ellos, dió orden a éste de poner rumbo a la corraliza de Abalakh, donde Mohamed, en espera del regreso de su huésped, continuó aguardando hasta terminar éste su conferencia a solas con Tinkert.

En ella fué enterado el antiguo capataz de Moyfsk de que el martes próximo vendiendo estallarían el alzamiento; pero que no sólo no habían de tomar parte, por lo pronto, en él las taifas que a sus órdenes tenía, sino abstenerse de hostilizar la Residencia, para captarse la confianza de Duvery y los suyos: tendiendo a conseguir que cuando les llegara la noticia de estar amenazados de inminente ataque, les ocurriera, en vista de tan probada lealtad, reforzar la guarnición del centro ferroviario con tal gente, que una vez dentro facilitaría el cometido de la que Abd-el-Gahel tuviera afuera.

Ha de advertirse que, aparte ir, como todo el mundo, cubierto siempre con el litzam, no era conocido Tinkert de ninguno de los capataces, ingenieros ni ayudantes del ferrocarril, ni siquiera del mismo Duvery, lo cual hizo posible que en una de las cuadrillas de jornaleros dagatums sobrantes al suspenderse las obras del ferrocarril y con-

tratados por Lobera en las de la Heliodinámica, los cuales residían y trabajaban fuera de las trincheras de la Residencia, fuera admitido como simple bracero cuando, para sustituir a uno que, enfermo, se retiró a su aldea, lo presentó un cabo indígena de tajo al capataz de la cuadrilla.

Pero el que para ingenieros y ayudantes franceses no era sino un paleador de tierras removidas, era para los dagatums, al parecer sus compañeros, el respetado jefe puesto por Africa Vengadora a la cabeza de los hermanos de Techiasco, a quien prestaban la obediencia ciega que habían prometido al juramentarse en la terrible sociedad.

—Pase lo que pase—le decía Gahel en la entrevista de Abalakh—; oigas lo que oigas; sean las que quieran las noticias que de nuestro triunfo os llegarán, es preciso que contengas a tus hombres, impidiendo todo intento contra la Residencia y hasta contra ninguno de sus moradores.

—Pero al saber que en todas partes matáis vosotros *perros*, no querrán ser menos; tal vez me haga sospechoso a ellos y me sea imposible contenerlos.

—Por lo pronto, promételes que nada perderán por aguardar.

—Pero aun así...

—Tienes razón. Aguarda.

Al decir esto sacó Abd-el-Gahel del bolsillo un mazo de volantes con el membrete terrorífico de que en otra ocasión hemos hablado, cortando dos de aquéllos y escribiendo en uno:

A Tinkert, Caid de Techiasco.—Bajo pena de la vida a ti, o que tú te impondrás a quien te desobedezca, queda prohibida toda hostilidad contra el centro ferroviario ni contra quienes en él viven, hasta que en el momento debido se te ordene atacarlo.—El Vengador, Abd-el-Gahel.

—Esto—dijo entregándoselo—para que lo utilices si te es preciso. Además, cuando hoy llegues allá dales a tus cabecillas de taifa la noticia de que el martes reventará la mina. Con lo que, viendo ellos que de antemano sabes cosas que hoy sólo pueden conocer los más altos jefes, crecerá tu prestigio con ellos; y para que llegado el caso de proceder como ahora te diré, nadie se atreva a ponerte obstáculos y seas de todos obedecido cual lo sería yo, toma.

Cogió Tinkert el segundo volante que Gahel le entregaba; y apenas lo leyó, cayó ante éste de rodillas exclamando:

—¡Gracias, Gran Señor, gracias!

—No te quejarás de mi confianza.

—¡Gracias, gracias! Puedes tenerla en mí... Pero gracias, gracias.

El escrito que tal efecto producía estaba así redactado:

Yo, el Vengador, ordeno a cuantos lean esta orden que obedezcan a Tinkert como obedecerían a Abd-el-Gahel.

—En manos de nadie he puesto nunca un arma semejante—prosiguió Gahel—; pero es que a nadie tuve que confiar nada que me interesase como lo que a ti te confío al alejarme de Techiasco; y si tan grande es tu agradecimiento, un modo sólo tienes de probármelo.

—¿Cuál?

—Jurarme que, ocurra lo que ocurra, no ha de escapárseme la hurí rubia, y que he de hallarla viva y sana a mi vuelta.

—Si no la encuentras, tampoco me encontrarás a mí.

—Oye: es posible que al saberse la matanza de todos los franceses les dé a los de la Residencia la idea de aprovechar la plaga de viles dazas y asquerosos congolese que allí tienen para procurar retirarse a la frontera inglesa, donde, aunque a todos los harían prisioneros, no los matarían.

—Puede ser; pero nosotros somos más en Techiasco, donde tengo armamento para todos, y una vez fuera ellos de sus parapetos los haríamos polvo.

—No: no es eso... Del combate no sabemos qué resultaría; tal vez su muerte, la de su padre y su hermano, de las que no quiero pueda ella culparme.

—Entonces... ¿qué hago?

—Si efectivamente intentan esa retirada, emplear toda la fuerza que preciso sea en separar de la columna el grupo en donde vaya Emma, apoderarte de ella, llevarla a lugar seguro y avisarme por telégrafo adonde me encuentre. Y nada de hacer fuego hacia donde ella vaya: arma blanca no más, sacrificando cuanta gente sea preciso, sin cuidarte de otra cosa que de ella. ¡Y desgraciados de vosotros como se os escape; desgraciados si llegare a rozarla el viento de una bala; desgraciados si a mi vuelta veo en su piel un arañazo!... Si coges al padre y al hermano, evita que los maten, diciendo que quiero ejecutarlos a los tres en la plaza de Orán; pero si entonces o antes puedes hacer que muera...

—¿Su marido?

—No lo nombres así, o...

.....

El resto de la conversación, que después de lo dicho se prolongó ya poco, fué dedicado a consultas y puntualizaciones sobre el estado a que llegaban los trabajos en ciertas misteriosas galerías de minas, y cuando ya

Tinkert se despedía de su jefe, disponiéndose a tomar la senda de Techiasco en una motocicleta que le dió Mohamed el contratista, se acordó Abd-el-Gahel de los gendarmes a quienes habían burlado, preguntando al primero cómo había conseguido despistarlos; y al referirle su *alter ego* el ardid para ello empleado, agregó que, para él, era indudable que algún traidor había dado a Bertier soplo de la cita en Okhom.

Convino en ello Gahel; y después de un momento de silencio, como si recapacitara, dijo:

—Que yo había de ir hoy a Okhom no lo sabíamos sino Ben-Cassim, tú y yo; pues ni el mismo Mohamed... ¡Ah, Morand!... Adiós, Tinkert. Cuando otra vez nos veamos pocos serán los perros que en el Sahara queden vivos.

—Que Al-lah te oiga y te guíe, Gran Señor.

A prima tarde ya estaban Ab-el-Gahel y Mohamed en casa de éste, en Agadés, adonde, cual la víspera, llegaron en un *side-car*, cruzándose con Bertier de regreso a su casa a acabar la comida interrumpida por la conferencia en que Raúl le había informado de la de la noche anterior entre Ben-Cassim y Gahel. Ni al verlo éste podía sospechar estuviera de pe a pa enterado de las órdenes que la noche antes había él dado al Elgab, ni el otro imaginar que el conductor de aquel *side-car*, desde donde Mohamed lo saludaba cordialísimamente, fuera el Núñez de marras, el Vengador de ahora y el que aquella mañana se le había escurrido de entre las uñas al teniente: cosa que aun ignoraba el capitán, pero que iba a tener el disgusto de saber al llegar a su casa, en donde, de regreso de Okhom, y muy mohino, lo estaba ya aguardando el oficial.

XXVI

QUIEN MAL ANDA, MAL ACABA

A raíz de una conversación reservadísima de Gahel y Mohamed, se fué el segundo al telégrafo, y después de poner un telegrama, se detuvo, al salir de la estación, en el zaguán de ésta a echar un párrafo, no breve ni en voz alta, con el ordenanza de ella.

Por entonces vomitaba Bertier sapos y cullebras al enterarse de lo ocurrido en Okhom; y cuando parecía habérsele acabado el repertorio y sosegado el berrinche, lo asaltó nuevo acceso de ruidoso coraje al ver que estaba escrito no acabara su comida aquel día; pues cuando iba a reanudarla le avisó su ordenanza que el Jefe de Telégrafos telefoneaba haber llegado a la estación, donde estaba a sus órdenes.

Obedecía tal recado a que, al recibir el capitán las gravísimas noticias telegrafiadas por Raúl desde Ziza, resolvió circularlas inmediatamente a sus jefes y a los capitanes de gendarmería; mas pareciéndole demasiado alarmantes para enterar de ellas a ninguno de los telegrafistas, envió en busca del jefe, suponiendo que mientras el ordenanza fuera a casa del llamado y acudiera éste a la llamada, tendría tiempo de acabar de comer. Pero como entre la comida y él se interpuso el teniente, y cuando terminaba éste el relato del fracaso de Okhom llegó el aviso del otro, haciéndole pensar que la impor-

tancia de las noticias que iba a telegrafiar no admitía demora, renunció ya definitivamente a los dos platos que aun le faltaban por comer, yéndose al telégrafo, pero con la rabietta exacerbada; pues aun siendo hombre para quien el deber pesaba más que una comida, no era su abnegación cual para hacer gustoso el sacrificio.

Después que, a solas el jefe y él en el telégrafo, transmitió el primero los avisos que le ordenó el segundo, peinó éste pelo arriba al acuitado funcionario, cuando le confesó atortoladísimo que, en efecto, Morand prestaba servicio desde hacía tres semanas en el turno de noche y dormía en la estación, porque, atendiendo a sus dificultades económicas, había él autorizado lo uno y lo otro.

Hecho una estatua se quedó el pobre hombre al decirle Bertier cómo pagaba aquel tunante sus bondades, conviniendo ambos hora y modo de cogerlo *in fraganti* aquella misma noche, cuando tuviere los aparatos arreglados a la frecuencia de las estaciones clandestinas.

Después de esto fué cuando el citado jefe transmitió a In-Iza la noticia de haberse frustrado lo de Okhom y el consejo apremiante a Raúl de que inmediatamente regresara; y recibida la contestación del último, confesando la imposibilidad de hacerlo,

puso a In-Salah el despacho en que el capitán excitaba calurosísimamente a su colega para que echara el resto en el salvamento del hijo del mejor amigo del apenado Bertier, del mejor sargento de la gendarmería saháríca y de los infelices compañeros de ambos.

Este fué el último telegrama puesto por la estación de Agadés, que a consecuencia de sucesos precipitadamente eslabonados en la noche de aquel sábado, cesó de funcionar.

A las once y media de ella llegaron a la oficina telegráfica Bertier y el jefe de ella, abriendo éste la puerta con una llave que en su poder tenía, para poder vigilar al ordenanza que allí pernoctaba, pero de la que nunca hacía uso.

Una vez dentro, avanzaron de puntillas hasta la entrada del salón de aparatos, donde, efectivamente, estaba el desleal telegrafista, pero de muy otra manera cual pensaban hallarlo: bañado en sangre y tendido en el suelo con la clásica puñalada por la espalda de los vengadores, gemela de la que en Tadelaka dió a Lobera Cassim, y con vida, a lo sumo, para una hora.

Al ver entrar al capitán le brillaron los ojos con esperanza de alcanzar algo ansiosamente deseado.

—Quiero declarar—dijo trabajosamente—; pero no... puedo... me ahogo.

—Ayúde, ayúdeme por ese lado a levantarle un poco la cabeza y el cuerpo...

Obedeciendo el jefe este mandato de Bertier, entre ambos incorporaron al herido, que en cuanto estuvo en tal postura, y sin dejar hablar al capitán, le dijo:

—No pierda tiempo en preguntarme. Tengo muy poca vida y no quiero morirme sin vengarme de quien me mata sin motivo, sólo para que no hable... Pero hablaré. Me asesina el Vengador..., el que escapó de casa de Moyfsk... Y anoche ordenó desde aquí mismo que... que al amanecer del... martes sean asesinados todos los cristianos...

—¿Cómo? ¡Tan pronto!... ¿Estás seguro?

—Sí. Pero déjeme... El, o el recaudador por orden suya, ha hecho que el ordenanza me asesine.

—¿El ordenanza? ¿Lo has visto?

—Sí; pero no penséis en ése hasta haber cogido a Abd-el-Gahel... que hoy debe dormir en... casa... de Mohamed... Si no lo matáis... él os matará... a... todos.

—Corra usted al cuartel, corra, y diga de mi parte que a la carrera vayan cuatro parejas a rodear la casa del recaudador—dijo Bertier al jefe de telégrafos—. No, no; voy yo a buscarlas. Usted aguarde aquí otra que le enviaré.

—Me muero... me muero. Yo no quiero morirme hasta saber que lo han cogido.

* * *

Con la orden de apuñalar a Morand había dado aquella tarde Mohamed al ordenanza la de que en cuanto lo hiciera registrara el baúl y las ropas que el telegrafista tuviera en el zaquizamí donde se acostaba, para recoger y llevar al contratista cuantos papeles hallara; pues por serle a éste muy penosa la tarea de cifrar y descifrar los telegramas de la conspiración, se había hecho ayudar por Morand en tal trabajo, contrayendo la orden del Diván de que los Cafdes de comarca realizaran por sí ambas operaciones, sin delegarlas en los telegrafistas clandestinos, y tenía mucho miedo de que con mala intención o por descuido hubiera conservado aquél minutas: tan comprometedoras si caían en poder de los gendarmes, como de ir a manos del Vengador.

Cumpliendo aquel encargo estaba el ordenanza, con pensamiento de ir a cerciorarse cuando lo terminara de si Morand había ya muerto, y si no rematarlo, cuando oyó el ruido de la puerta del salón de aparatos, al cual abría la única, entornada a la sazón, del cuchitril donde él se hallaba; y al enterarse de quiénes eran los recién venidos y de que le cortaban la retirada, pensó en huir por la ventana del cuartucho aquél, absteniéndose de ello temeroso del ruido que sabía hacía al abrirse, por encajar muy prietos en el marco sus batientes.

Oculto tras la hoja de la puerta semiabierta, se enteró de la denuncia de Morand; y cuando vió a Bertier marcharse dejando solo al jefe, perdió el temor de meter ruido, abrió rápidamente la ventana, que daba a diferente calle que la puerta por donde aquél salía, saltó afuera desde altura que no llegaba a un metro, y en tanto el capitán corría al cuartel a levantar a los gendarmes, cuan a prisa lo consentían sus cincuenta años y sus noventa y cinco kilos, volaba él en dirección opuesta a casa de Mohamed, que impaciente le estaba ya aguardando en el portal, tras el portón cerrado.

—Sí, sí, lo he matado: es decir, casi. Pero no me preguntes más ahora, y huye, huye. Y si está aquí el Vengador, que huya también.

—Pero ¿qué pasa?

—Que vienen los gendarmes a prenderos; que Morand ha dicho al capitán que está aquí el Vengador.

—¿Pero cuándo van a...?

—Si pierdes tiempo, lo cogen y te cogen.

—Seguido del ordenanza entró el recau-

dador donde trabajaba Abd-el-Gahel, a quien explicaciones tan rápidas, o todavía más, que las anteriores bastaron (pues apreciación en seguida no ser buena ocasión de pedir las más amplias) para ver el peligro, recoger apresuradamente su gumaí, su pistola y sus papeles y salir diciendo:

—Al *side-car*. ¿Tiene esencia abundante?

—No sé. Pero en el garaje la hay.

Momentos después Abd-el-Gahel, conduciendo la máquina, y los otros dos en la navecilla, salían a gran velocidad por el camino opuesto al que desde el cuartel habría de traer la tropa.

Pero apenas salidos de Agadés, y sin interrumpir la marcha, quiso enterarse el Gran Caid de cómo había sabido el capitán que él estaba en casa del recaudador; y cuando oyó que Morand había revelado la fecha del alzamiento—sin comprender cómo podía conocerla, pues tuvo buen cuidado Mohamed de no explicárselo—, detuvo la moto, preguntó al ordenanza si Bertier había salido a buscar a los gendarmes mucho antes de saltar él por la ventana, y al saber que a la par casi salieron cada uno por su lado, dijo:

—¿Cuánto habrás tardado en llegar a casa de Mohamed y cuánto hará ahora que saliste de la estación?

—Fui como una flecha. El que perdí hablando con Mohamed y el que... Bueno, veinte minutos... no, no llegan.

Sin contestar, pero echando cuentas de lo que el capitán tardaría en llegar al cuartel, no cercano, levantar a los gendarmes, ir a casa del contratista, registrarla hasta convencerse de la fuga y ordenar la persecución, puso de nuevo Abd-el-Gahel el motociclo en marcha a cuanta podía dar, mientras su pensamiento trabajaba intensamente, elaborando un plan de ejecución muy rápida.

En nueve minutos devoraron los quince kilómetros de Agadés a Abalakh.

Por el camino había pensado Mohamed que, descubierta la fecha del levantamiento y frustrada, por tanto, la sorpresa de él, podrían las cosas no salir tan al gusto de los conjurados cual se las prometían, por ser muy diferente golpear en confiados a contender con apercebidos; y por ello expuso a Abd-el-Gahel sus temores de que el capitán telegraficara la fecha del alzamiento a todas partes, en cuanto a la mañana llegara la hora de abrir las estaciones de la telegrafía oficial.

—Te equivocas: no aguardará a la mañana, pues tengo la certeza de que tan pronto pierda la esperanza de cogerme esta noche, se volverá al telégrafo; y aunque El Golea y Taflete, que son las dos estaciones oficiales más próximas de servicio permanente, están muy alejadas, hará los imposibles por comunicar con ellas.

—Entonces estamos perdidos: la rebelión ha fracasado.

—Verdad sería si tuviera un jefe tan fácil de acobardarse como tú. Y si estás a bien con tu vida, no se te ocurra hablar en ese tono donde puedan oírte otros que yo.

—Señor, señor; no tengo miedo.

—Pero te falta serenidad y seso. Basta. Sin perder un segundo, que alisten el hélico llenando los depósitos de esencia para hacer, si es preciso, el recorrido máximo, y que lleven a él tres o cuatro metros de cuerda fuerte, pero suave.

Cuando Abd-el-Gahel dió esta orden ya había trazado, con tanta rapidez como frialdad, un atrevidísimo proyecto, planeado en los minutos invertidos en llegar a Abalakh, y resuelto no fiarse para su ejecución de nadie; pues lo que en él se ventilaba (asegurar la sorpresa del alzamiento) merecía, en su entender, que el caudillo se jugara la vida.

XXVII

PORQUE NO CONTESTABA LA ESTACION DE AGADES

Por no ser hombre el Gran Caid que enterara a subalternos de sus resoluciones antes de ejecutarlas, nada dijo al contratista de cómo impediría a Bertier telegrafiar; mas siempre atento a aprovecharse de cuanto pudiera realzar su prestigio, quiso poner patente que la amenaza era aún más grave y el conjurarla más difícil de lo que a aquél

se le alcanzaba. Por eso, mientras el piloto alistaba el hélico, dijo al recaudador:

—Todavía hay otros peligros que no has visto; pues aunque el capitán no consiga forzar la longitud de ondas lo bastante para comunicar con las lejanas estaciones permanentes no aguardará hasta que a la mañana abran las limitadas; porque no siendo un tonto, se acordará de la telegrafía ordi-

naria del ferrocarril, cuyo servicio no se interrumpe por la noche.

—Es verdad, es verdad. No se me había ocurrido.

—A mí sí. Por eso mando: porque pienso en todo.

—Pero entonces no hay medio de evitar...

—No lo habría a no estar aquí yo, y a no haberse engolosinado ese hombre con prender al Vengador: no lo habría si, al escapar, no me hubiera yo acordado sino de mí; mas felizmente, mientras le pasa a ese lebel la fiebre de la caza y la rabieta, cuando vea que otra vez se le ha ido la pieza, pasará, por lo corto, hora y media, o tal vez más, no habiendo miedo que antes telegráfie. Ca: como si lo viera sé que el telegrama que tiene en la cabeza ahora es: "Descubierto plan rebelión general amanecer martes. Tengo preso al Vengador"; pues piensa, con razón, que divulgar esta última noticia sería la desmoralización de los nuestros, y porque ahora se está además regodeando con el exitazo con que se va a pavonear diciendo: "He prendido al jefe de la rebelión."

—Bien; pero eso, ¿qué implica?

—Que como ha de costarle trabajo renunciar a ese éxito, perderá tiempo en registrar tu casa hasta el último rincón. Y como yo no he de perderlo...

Además, el cambiar la longitud de onda que Morand tendría arreglada a la de nuestra red no ha de ser breve, pues para ello acudirán de primera intención al variómetro que altera la inducción mutua de los circuitos interiores y de la antena, y no lograrán nada, pues anteanoche precisamente hice yo que Morand la acertara sin tocar al variómetro, modificando disimuladamente las capacidades de los condensadores. Hasta que, a fuerza de probaturas, lo descubran tienen para rato.

—Pero si tanto tardan, tú mismo has dicho que el capitán se irá al telégrafo ordinario.

—Sí, pero solamente cuando se le agote la paciencia; después de perder el tiempo que yo le habré ganado; y entonces...

—¿Qué vas a hacer?

—Ya lo verás... Vamos.

Al decir esto echó a andar Gahel hacia donde estaba el avión.

—¿Voy yo contigo?

—Sí, y el ordenanza. Y como todavía sobra una plaza, que venga también uno de sus hombres con dos hachas de fuerza. ¡Eh, tú, piloto, descuelga el ancla de repuesto!

Obedecida esta última orden, hizo Abd-el-Gahel que con la cuerda anteriormente pedida fueran atadas fuertemente una a otra las cañas del áncla pendiente del hé-

lico y de la de repuesto, y afianzados los brazos de una en otra, de modo que, cruzados perpendicularmente, formaran una sola ancla de cuatro garras.

Terminada la explicada operación, en la que se fué casi un cuarto de hora, y cerciorado personalmente el Gran Caíd de la firmeza del amarre, subieron los cinco tripulantes al helicóptero, que alzó el vuelo una hora después de salir Bertier de la estación.

Habíasele ido dicho tiempo al capitán en hacer levantar a sus gendarmes, correr con ellos a casa de Mohamed, rodearla, penetrar en ella, y perder no poco mientras deudos y criados, en pie todos, se hacían los dormidos y simulaban levantarse y vestirse: entorpecimientos y dilaciones cuyo resultado fué hacer coincidir el momento de dar el capitán sus primeras disposiciones para un registro escrupuloso con el de la salida de Abalakh del helicóptero, alumbrado por la Luna en creciente.

Cuando, a los pocos minutos de partir, llegaba sobre Agadés, sumido en el silencio, Abd-el-Gahel, junto al piloto, dijo a éste unas palabras en voz queda, y el aparato acortó la marcha, descendió hasta quedar a cuarenta metros sobre terrados y azoteas, y enderezó su vuelo hacia seis hebras horizontales de argentada luz, que tales parecían los alambres paralelos de la antena de la estación radiotelegráfica iluminados por los rayos de la Luna.

Por sus opuestas puntas se amarraban los alambres a dos travesaños perpendiculares a la dirección de ellos, y a su vez presos con fuertes vientos a sendas pértigas, de veinticinco metros de altura sobre la azotea.

—Alto el motor—mandó el Vengador al verse cerca de la antena.

Y cuando estaba ya el avión sobre ella, agregó:

—Ahora, la hélice vertical; y baja bien a plomo y despacio... No, no: así, no. Sube, vira y ajéjate. Hemos perdido el tiempo.

Lo que Abd-el-Gahel quería no era romper los alambres con un tirón del ancla, cosa muy fácil, pero con la que no se contentaba; pues de no hacer más, bastaría a los telegrafistas empalmarlos a la siguiente mañana para poner la antena en estado de servicio. Y como esto no le convenía, aspiraba a enganchar el áncla en uno de los travesaños extremos y tirar de él con la fuerza del avión lanzado en marcha hasta romper sus dos vientos: llevándose a remolque la antena entera, la cual arrancaría también el otro travesano de su pértiga.

Cuando se vió alejado unos quinientos metros de la estación, dijo al piloto:

—Es preciso llegar allá volando enfilados perfectamente con los alambres de la antena... No, no... Sigue adelante sin descender: el ancla no ha de tocar a la llegada a los alambres. No quiero probaturas... Trae, trae.

Gahel, que era un magnífico piloto, se hizo cargo del gobierno; y retrocediendo nuevamente, dando virada todavía más amplia que antes, y alejándose a mayor distancia que en las pasadas intentonas, retornó hacia la antena, fija la vista en ella, rectificando desde lejos el rumbo hasta volar recto en la dirección de sus alambres. Refrenó después y paró el motor horizontal hasta quedar quieto sobre ellos, sostenido por el giro de la hélice de altura, logrando que, al descender muy lentamente el aparato, entrara el ancla entre los alambres. Conseguido esto, dió, sin perder segundo, marcha avante horizontal, que hizo avanzar el ancla bajo aquéllos, hasta que el cable de ella tropezó en la cruceta del travesaño, que quedaba a proa. La marcha del avión, cada vez más rápida, tiró de dicho cable, que resbalando sobre la cruceta, hizo subir el ánora verticalmente hasta cebar sus uñas en el travesaño y arrancarlo de cuajo, con un crujido en pos del cual se sintió otro mayor y una sacudida del hélico al vencer la resistencia de los vientos del opuesto lado a desprenderse del otro poste dejado por la popa, que quedó torcido. Y cual ave rapaz que ha engarrado su presa, remontó el vuelo el helicóptero y escapó al norte con la antena robada.

—Eres valiente, sabio, grande, muy grande... Pero...

—¿Pero qué?

—Que les queda el telégrafo de la vía férrea.

—Si se lo dejo. No me habría tomado este trabajo si había de quedarles la telegrafía ordinaria.

Para inutilizarla aterrizó Gahel a veinte kilómetros de Agadés, junto a la línea; y mientras entre Mohamed y el piloto desembarcaban el ancla de la antena arrastrada, y con un cortalambrador de la caja de herramientas del avión troceaban los de aquélla, para evitar fueran utilizados si eran recogidos, hizo el Gran Caíd que entre el ordenanza y el obrero derribaran a hachazos dos postes del telégrafo.

Una vez caídos, entre ellos fué cortado el alambre, amarrado al ancla, arrancado de los aisladores y los postes en extensión superior a un kilómetro cuando el avión se puso en marcha, y cortado en cuanto se advirtió que el peso de él tiraba demasiado.

—Esta avería no podrá estar reparada lo más pronto hasta mañana a mediodía, y

cuando desde aquí avisen a Agadés que ya puede telegrafiar será inútil.

—¿Por qué?

—Por que treinta kilómetros más adelante, y otros treinta más lejos, vamos a repetir la suerte. Cuando terminen el último de estos empalmes habrá estallado ya la insurrección.

Ya de día claro quedó consumada la tarea de cortar línea, y al oír el Vengador regocijarse a Mohamed con la certeza de que ya no podría Agadés telegrafiar, le contestó con aire de despectiva superioridad:

—Mal nos saldrían las cuentas a ser tú el Vengador.

—¿Por qué, Señor?

—Porque Bertier telegrafiaría hoy mismo.

—¿Pero cómo?... ¿Por dónde?... Si le has quitado todo medio?

—Porque en el tren que saldrá esta tarde de Agadés enviará un oficial a la primera estación telegráfica del gobierno o de la compañía, a cursar el telegrama que él no pueda transmitir. Convécete, Mohamed: es peligroso suponer tonto al enemigo.

—Verdad, verdad. Es admirable, no se te escapa nada, porque eres el elegido de Al-láh.

—Porque lo soy, porque Al-láh me ilumina, veo lo que no veis vosotros—contestó desenfadadamente el audaz farsante—. Porque todo lo vi desde el primer instante, te hice traer la dinamita; pues recordaba que a pocos kilómetros de aquí, entre Affaza y Albés, están las laderas del barranco de la vía férrea erizadas de disformes peñascos suspendidos sobre ella, y a la cual caerían a un pequeño empujón, interceptándola por varios días.

... ..

A las diez de la mañana quedaba ejecutada la última fechoría de Abd-el-Gahel en el ferrocarril; una hora más tarde desembarcaba en Tafidet al recaudador, al obrero y al ordenanza, encargando al primero se fueran a aguardar en Tinteloust sus órdenes; pues estando Bertier ya sobre aviso quedaba suspendido el alzamiento en la zona de Agadés, hasta que él enviara refuerzos de las cercanías, suficientes a aplastar al prevenido veterano.

Como éste y el Vengador tenían de común la cualidad de pensar lógicamente, apenas el primero se convenció de que otra vez se le iba de entre las manos el segundo, no bastó la rabieta de esta nueva decepción a hacerle olvidar la urgencia de avisar a las autoridades, lisonjeándose de que las cincuenta y dos horas que todavía faltaban hasta el amanecer del martes les darían

tiempo de arrestar a los sospechosos en cada localidad y de adoptar disposiciones en defensa de las vidas y haciendas de los europeos.

Pero habiendo la serena perspicacia de Gahel utilizado la ventaja que en tiempo había tenido, ya clareaba el alba del domingo cuando se echó de ver el robo de la antena, pues el estrépito de su arrancamiento a nadie reveló la substracción en el momento de ser llevada a cabo, por hallarse Bertier entonces en casa de Mohamed, y porque en cuanto el jefe de telégrafos se repuso del susto del asesinato y de las revelaciones de Morand, pensó que aun siendo éste un bribón era inhumano dejarlo morir sin asistencia, y se fué a buscar al médico, que no vivía cerca, y a cuya puerta estaba aguardando se vistiera y bajara, cuando Abd-el-Gahel se llevó la antena. En cuanto al telegrafista apuñalado no se sabe si oyó o no

oyó aquel ruido, pues cuando a su lado llegó el médico había ya muerto.

En lo que únicamente se equivocó el Vengador fué en la hora en que, al verse privado del telégrafo inalámbrico y del ordinario, se le ocurriría a Bertier enviar por ferrocarril a telegrafiar desde otra estación; pues en vez de aguardar la del tren ordinario, envió a las diez un teniente en una locomotora, el cual volvió a las dos trayendo la noticia de que en la quebradura de Affaza estaba obstruida la vía.

Como el alambre de repuesto en la estación, suficiente a remendar usuales averías no bastaba para la inverosímil pérdida total de la antena, ya sabemos por qué ni Raúl ni nadie pudo comunicar con Agadés el sábado ni en los días sucesivos, restándonos tan sólo, antes de retornar junto a los desventurados de In-Ziza, relatar lo acaecido en Agadés hasta que a ellos los perdimos de vista.

XXVIII

EN RETIRADA

Mientras lo preocupó predominante el afán de prevenir a los demás del general peligro no se acordó Bertier del propio; pero apenas desvanecida aquella esperanza pensó que, aislado de sus jefes y sin posibilidad de recibir socorros, sobre él, por ser la superior autoridad en la comarca, pesaba la obligación de defender a los europeos de la de Agadés.

Conocida la fecha del alzamiento, la presencia del Vengador en Agadés en día inmediato a ella, parecía indicio de dar éste especial importancia al éxito de aquél en la capitalidad de la demarcación. Pensando en esto, receló Bertier que de ser así podría muy bien verse sorprendido por una concentración de hermanos africanos por el estilo de la descubierta por Raúl sobre Techiasco; pero no demorada como ésta, sino ya en vías de ejecución, para caer sobre la capital del Air con fuerzas importantes el día del general levantamiento.

Bien sabía él que reconcentrando con rapidez los más próximos destacamentos y encerrándose con ellos en el reducto, sería difícil a bisoños rebeldes hincar el diente, aun cuando fueran muchos, a prevenidas tropas regulares, de este modo quedarían salvadas; pero a costa de abandonar inerme, a las

hordas de asesinos, la población civil europea (unos trescientos habitantes entre hombres, mujeres y niños), que ni cabía en el reducto, ni podía ser eficazmente defendida fraccionando la gendarmería en las calles, cuyas casas estaban casi todas habitadas por los enemigos.

Se le ocurrió, además, que a poder reunirse con la gente de la Residencia llevando a ella sus gendarmes y los vecinos de Agadés válidos para combatir y bien provistos, como todos los moradores del Sahara, de armas y municiones, tendría un núcleo de millar y medio de hombres, defendidos por buenos parapetos, dotados de elementos de defensa, y que, mejor o peor, cabría cobijar en cocheros y cobertizos ya existentes y en tinglados de fácil improvisación con el abundante material del centro ferroviario.

De otra parte, la estación radiotelegráfica en Agadés inútil, permitiría, instalada en Techiasco, comunicar con poblaciones o con tropas y hasta combinar planes con ellas, capaces de contrarrestar la rebelión; y cuando no, hablar siquiera con Cádiz, Canarias, o las potentes estaciones de la Guinea o el Congo, para dar noticias de la catástrofe a la metrópoli y pedir auxilio.

El problema de llegar a la Residencia con

toda la población civil, tal vez teniendo que abrirse paso a través de bandas de rebeldes en la marcha de doscientos cuarenta kilómetros, no era fácil; pero ochenta gendarmes de Agadés, cuarenta o cincuenta de los puestos cercanos, reconcentrados en veinticuatro o treinta horas—dejando los más distantes al cuidado de Dios, pues Bertier no debía sacrificar los más por salvar a los menos—y ciento veinte a ciento treinta paisanos armados serían en campo raso hueso muy duro para insurgentes aún no fogueados.

Como no era hombre el capitán dado a vacilaciones, y veía la urgencia de no perder minuto en los dos días escasos de que le era posible disponer, ya a la media hora de recibir la noticia de la interceptación de la vía tenía resolución tomada y plan trazado.

Al mismo tiempo que un teniente corría a ordenar al jefe de estación que suspendiera la salida del tren de la tarde y fuera sin demora a presentarse al capitán, cuatro parejas en motocicletas partían a llevar a los puestos cercanos órdenes de que, sin perder momento, se reconcentraran sobre la capital con meharis, motos y *sidecars*, trayéndose sus familias quienes las tuvieran; un ordenanza iba a buscar al Jefe de Telégrafos y al último oficial todavía no empleado, y otros dos a traerse a los seis vecinos franceses de mayor prestigio en la población; y cuando Bertier tuvo reunidos en su despacho a todos los llamados, dijo:

—No puedo perder tiempo en explicar porqué; pero mañana a media noche no ha de quedar un europeo en Agadés.

—¿Cómo! Pero...

—No hay tiempo de que hable nadie más que yo. No se llevarán sino las ropas personales, un colchón y una manta por cabeza.

—Pero con esa precipitación.

—En ella van las vidas de vuestras mujeres y de vuestros hijos.

—Sí, pero...

—No tengo tiempo sino de ordenar, y solamente así puedo salvarlos.

Usted, Marceau, ponga paréjas a las órdenes de dos sargentos y seis cabos, para que dentro de cinco minutos comiencen a requisar camiones, carros y autos en todo el pueblo, y en media hora los tengan cargados de víveres que tomarán, quieras que no, en tiendas y almacenes, pagando con recibos a liquidar después.

—¿Qué clase de provisiones? ¿Hasta qué cantidad?

—Cosas que se peguen al riñón, nada de fruslerías de regodeo. La cantidad... Diga, Pichegru, ¿cuántos vagones de mercancías tiene usted disponibles en la estación?

—Tengo que verlo.

—Telefonée al subjeje que los cuenten ahora mismo. En esa habitación de al lado está el teléfono. Vaya, vaya. Marceau, requise por lo pronto cuanto quepa en los carruajes que embargue. A medida que cada uno esté lleno a la estación con él, a descargarlo en los vagones; y vuelta a los almacenes a llenarlo de nuevo, y vuelta a la estación. Son las tres y media. Arréglese de modo que el primer tren de vituallas salga a las ocho lo más tarde.

—Pronto es.

Organizando bien el trabajo, no cargando un vagón después de otro, sino varios a la par, poniendo cuatro cargadores a cada uno, y enviando los mozos de los almacenes desocupados a ayudar a los de la estación sobra tiempo... No, Marceau, no aguarde a que conteste la estación; váyase en seguida, que ya al llegar allí los primeros carros le dirá el jefe cuántos vagones hay. Ande, ande el movimiento.

—Si los dueños de los vehículos o de los víveres oponen resistencia, ¿podré...?

Todo menos perder tiempo en discutir con ellos. A los dos minutos de llegar a cada puerta ha de estar haciéndose la carga, y a las siete y media cargado el primer tren. Y no admito disculpa.

—Lo estará.

Salió el teniente y volvióse Bertier hacia los vecinos del pueblo, diciéndoles:

—Señores: repartíendose la población por zonas, y haciéndose auxillar por los amigos que crean oportuno, quedan ustedes encargados de avisar al vecindario europeo que mañana a medio día, en trer convenientemente custodiado, saldrán todos los ancianos, las mujeres, las criaturas y los enfermos.

—¿Para dónde?

—Ya lo verán en cuanto lleguen.

—Si usted me permite.

—Cuando hayamos salido de Agadés, todo lo que usted quiera; pero antes nadie puede hablar sino para pedirme ayuda en el cumplimiento de mis órdenes: tengo mucho que hacer y poco tiempo para oír observaciones.

—Pero si alguien se resiste...

—Decidle que aquí lo dejaremos si le place morir asesinado; y luego, sin gastar tiempo ni saliva en convencerle, a otro.

A media noche vengán a participarme estar todo el mundo enterado y dispuesto. Los hombres acudirán a la estación con sus armas y municiones, acompañando a sus familias.

El tren sale a las doce; quien no lo alcance se quedará, y ya sabe a qué se expone. ¿Están ustedes enterados?

—Sí, señor. De modo que...

—No pierdan tiempo. Hasta la noche.

Pichegrú, ¿no han contestado todavía?

—Sí, señor.

—¿Cuántos?

—Treinta y siete.

—Entonces se podrán formar dos o tres trenes.

—Tres.

—¿Cuántas locomotoras tiene usted disponibles?

—Cuatro.

—¿Adónde llega el tendido de vía del ferrocarril en construcción?

—Un poco más allá de Tembellaga.

—Entonces unos ciento treinta kilómetros.

—Eso es.

—¿Suficientemente asentada para aguantar el paso de trenes?

—Hasta Abellama de seguro; pero más allá no sé.

—¿Estará encendida ya la máquina del tren que debía salir esta tarde?

—Sí, señor.

—Pues vuélvase a la estación, y con esa locomotora y dos vagones muy cargados que salga en seguida el mejor maquinista avanzando con precaución desde Abellama para reconocer y volver a decirme hasta dónde pueden llegar sin peligro los trenes. Por si no pudiere volver en la máquina, que lleve con él un ciclista y una moto. Cuando regrese telefonéeme usted. Y entre tanto, avise la carga de los trenes de vituallas.

—Adiós, mi Capitán.

Al salir el jefe de estación encomendó Bertier al teniente Davoust, anteriormente enviado a suspender la salida del tren, que organizara la prisión, simultáneamente realizada por ocho parejas, de los ocho sospechosos de más cuidado y mayor influencia en Agadés. Cuando éstos ya estuvieran en los calabozos se proseguiría deteniendo a otros menos conspicuos, pero *fichados* por la gendarmería como especialmente desafectos a los franceses.

—A los primeros—dijo al dar sus instrucciones—cójalos por sorpresa; pero en seguida haga correr la voz de que en Bilma, Tombuctú, In-Saláh y otros puntos han estallado motines ya a estas horas ahogados en sangre de sarracenos, y que a un impostor que pretendía hacerse pasar por descendiente de Abd-el-Gahel y que anoche escapó de casa de Mohamed, lo hemos cogido y fusilado esta mañana en el camino de Affazas; pues por allí andaría a juzgar por las señales que ha dejado. Dios nos perdone la vanidad y la mentira, mirando a la intención.

¡Y qué demonio!; puesto a mentir, diga

que Mohamed también ha caído al mismo tiempo. Cuando averigüen el embuste ya habrá hecho el efecto de desmoralizar a muchos.

—¿Algo más?

—Sí. Como yo tengo mucho que hacer, quiero dar a usted completas las instrucciones para esta tarde y esta noche.

A la menor señal de resistencia o algarada, que no espero ganándoles la mano, pegue usted duro, duro: que por docena más o menos de dagatums o tuaregs muertos no hemos de discutir.

—Está bien.

—En cuanto despache los arrestos, divida el pueblo en cuatro zonas, enviando a cada una seis gendarmes con un cabo o sargento a incautarse de todos los meharis de silla y camellos de carga, autos, motocicletas, *síde-cars* y cuanta gasolina encuentren, y llevarlo todo al ferrocarril donde estén ya *aparcados* los carruajes requisados por Marceau. Tiene usted la noche de plazo para todo, y facultad de resolver en lo imprevisto. A las seis de la mañana han de estar concentrados allí todos esos elementos de transporte, para que si estos pillos llegan a reunir fuerza capaz de perseguirnos no puedan hacerlo sino *pedibus andadibus*: y así no nos alcanzan.

—¿Han de ir los camellos con aparejos?

—Los meharis de silla, sí; pero los de carga, no: para lo que vamos a hacer con ellos...

No dió Bertier explicación de estos puntos suspensivos, ni el oficial, que se marchó inmediatamente, se la pidió.

En esto avisó Pichegrú por teléfono que los maquinistas afirmaban a una, sin necesidad de previo reconocimiento, que el tren no podría llegar a Tembellaga, pero sí hasta cinco kilómetros antes.

—Pues entonces no envíe la máquina exploradora. Hasta luego. ¡Calla! ¿Estaba usted ahí?

—Sí, señor—contestó desde un rincón el jefe de telégrafos—. Me envía usted a lla...

—Sí, sí. Haga desarmar inmediatamente la estación, embale sus aparatos y llévelos con los repuestos a la del ferrocarril... Sí, hombre, sí, me la llevo a otra parte: a ella, a usted y a sus telegrafistas los embarcaremos con las mujeres y los chicos.

Dada esta última orden corrió Bertier al lumiteléfono de comunicación con Techiasco, diciendo a Don Héctor en cuanto acudió éste al aparato.

—Amigo Duvery, voy a ser muy conciso porque tengo muchísimas y muy graves cosas que hacer. Mañana podré darle explicaciones detalladas. Esta noche inauguro su ferrocarril de usted con tres trenes de ví-

veres que llegarán a cinco kilómetros de Tembellaga, donde acaba la vía practicable. Haga salir en seguida de la Residencia cuantos autocamiones tenga a mano; no deje se le escape ninguno de los de Mohamed, que es un granuja, y si puede llévase a Techiasco los que tenga él en Sabankafi. Se trata de organizar la ida y la vuelta rápida de camiones entre donde paren y descarguen los trenes y la Residencia, para llevar a ella las provisiones que irán en treinta y siete vagones.

—¡Qué atrocidad! Pero si estamos perfectamente abastecidos.

—Lo que abunda no daña. Además, va aumentar la población del centro ferroviario.

—¿Cómo?

—Sí: con ciento veinte gendarmes y los trescientos habitantes de Agadés.

—¿Entonces es que...?

—Sí: lo que usted supone; y que me retiro llevándome esa gente antes de que en malas condiciones nos sorprendan aquí novedades probables para el martes. Pasado mañana, fíjese bien, y téngalo por su parte en cuenta. Convendrá que en los autocamiones envíe usted lo menos cincuenta hombres de confianza y bien armados para que estén allí cuando a las tres de la tarde de mañana llegue el tren de las mujeres y los niños, a quienes en los autos y *side-cars* que yo aquí arramble y los que usted pueda enviar llevaremos a la Residencia en el menor número de viajes que podamos. Esos hombres armados, unidos a los gendarmes que en el tren irán, servirán para preservar a esos infelices de un golpe de mano: escoltando unos a los que vayan en las expediciones y defendiendo otros, en caso necesario, a los que, mientras aquellos vuelvan con los vehículos, vivaquearán donde pare el tren.

—Haré cuanto me pide.

—Gracias, ya lo esperaba.

—E iré yo mismo al mando de la gente.

—Me alegro, así podremos hablar con algo más de calma... ¡Ah! Encargue usted a su yerno que si puede, que sí podrá, vaya preparándose una antena capaz de telegrafiar lo más lejos posible, pues me llevo la radiotelegrafía para montarla ahí; porque, cállesele, pero es posible que pronto sea esa la única de que dispongamos en todo Africa.

—Entonces la situación es...

—Ya hablaremos mañana. Adiós.

—Bertier, Bertier. ¿Y Raúl?

—Bueno, muy bueno—contesta el capitán, siendo suerte no pudiera verle la cara Duvery.—Esta mañana he hablado con él—agregó, mintiendo por parecerle inútil alarmar al pobre padre.

—¿Pero no le ha dicho usted?...

—Sí, sí: ya le he mandado en nombre de usted que se venga. Y me ha dicho que en seguida lo hará.

—¿Dónde está?

—En Ziza.

—Es muy lejos: con lo que usted acaba de decirme me preocupa su regreso.

—No, no viene de ese lado la tormenta—nuevo embuste, pues la tormenta venía de todas partes—; pero como efectivamente está lejos y yo le he indicado camino seguro pero dando un gran rodeo—los embustes eran ya racimo—tardará varios días en llegar.

Así—pensaba el capitán—le inquietará menos la tardanza del muchacho en volver... Si es que vuelve...

Hasta mañana, Duvery. No puedo detenerme más ni descansar un minuto de haber sacado de aquí a esta pobre gente.

—Adiós y que Dios le ayude.

—Amén.

Al separarse del aparato dos lágrimas, avergonzadas de haber salido de los ojos de ogro del veterano, se escondían presurosas entre su canoso bigote, mientras las manos restregaban duramente los párpados cual para castigarlos por haberlas dejado escapar.

—¡Demonio de chico! ¿Quién le mandaría meterse a farolero?... ¿A farolero? A no ser por sus farolerías, probablemente nos acochinarían aquí a todos por sorpresa.

* * *

No siendo esto un detallado relato logístico de la retirada de Agadés, basta decir que a las doce, a la una y media y a las tres de la noche partieron escalonados los trenes de mercancías; que a las cuatro, y ganando dos horas sobre las concedidas por su capitán, tomaba Davoust el camino de Tembellaga a la cabeza de veinte gendarmes y treinta vecinos armados, cabalgantes todos en los meharis requisados la víspera, y lanzados a la carrera; que a medio día salía el tren de los inermes, con Bertier y cincuenta gendarmes, quedando en el pueblo otros cincuenta y noventa vecinos armados, al mando de Maréau. Finalmente, a las tres de la tarde llegaba el capitán a Tembellaga, en donde ya Duvery había comenzado a evacuar hacia Techiasco los víveres llegados de madrugada.

Con él conferenció Bertier diciéndole cuanto sabía de la rebelión a punto de estallar y que el descubrimiento de casi todo ello se debía a su hijo, mas ni palabra de verdad actual respecto a éste; pues mientras en salvo no estuvieran los fugitivos de Agadés, a cuyo cuidado iba a quedar Don

Héctor con los gendarmes venidos en el tren y los setenta hombres que con varios ingenieros y Manolo Lobera—Pepe quedaba preparando la antena—habían llegado de Techiasco, no quería aumentar las preocupaciones del padre de Raúl, por no disminuir sus energías.

El capitán regresó al pueblo en el mismo tren. Pero antes dispuso que con la segunda expedición de víveres para la Residencia saliera la estación radiotelegráfica y los telegrafistas para no demorar la instalación de ella.

Las familias vivaquearon en Tembellaga bajo la protección de ciento veinte hombres con orden de no moverse hasta la vuelta del *general en jefe*, que a su retorno a Agadés organizó los últimos transportes de los gendarmes y vecinos que allí quedaban y de las municiones: utilizando para éstas un tren enviado por delante y para el personal todos los autos, motociclos y *side-cars* de la gendarmería y del vecindario.

Esta columna salió del pueblo a las dos de la madrugada, haciendo de extrema retaguardia hasta alcanzar y pasar a Davoust y sus meharis, cuando ya no faltaban sino diez kilómetros hasta el vivac de las familias, donde llegó a las seis de la mañana, y Davoust, con su tropa, hora y media después; pues los meharis, que habían hecho ciento diez kilómetros en veintisiete horas, no po-

dían tirar ya de sus patas. Y algunos habían quedado en el camino.

—Esta es la hora del alzamiento general —dijo Bertier a Duvery al llegar—. Pero ya estamos a ciento diez kilómetros de Agadés, y si de allí quieren perseguirnos, no es fácil nos alcancen; pues me he traído todos los medios rápidos de locomoción, y a cada uno de los camellos de carga que allí quedan le hemos dado un tiro en la cabeza antes de venirnos.

Echando mano de todos los autovehículos y animales disponibles y dividiendo las fuerzas en un grupo de escolta inmediata del convoy de mujeres y niños, otro de vanguardia y otro de retaguardia, se hizo en tres viajes el traslado de igual número de grupos de inermes, que uno en pos de otro emprendieron la marcha al volver los carruajes de dejar el anterior en la Residencia.

Con el cuarto núcleo, encargado de la defensa, que no fué necesaria, del vivac, se organizó la evacuación de éste, en tres días terminada sin peripecias graves; pues sobre que según sabemos había suspendido Abdel-Gahel el levantamiento en Agadés, los indígenas estaban deprimidos, pues la especie lanzada por Bertier del fusilamiento del Vengador y de Mahomed, caído de la comarca, había cundido, y nadie se atrevió a meterse con la fuerte columna que guiaba el temido y astuto capitán.

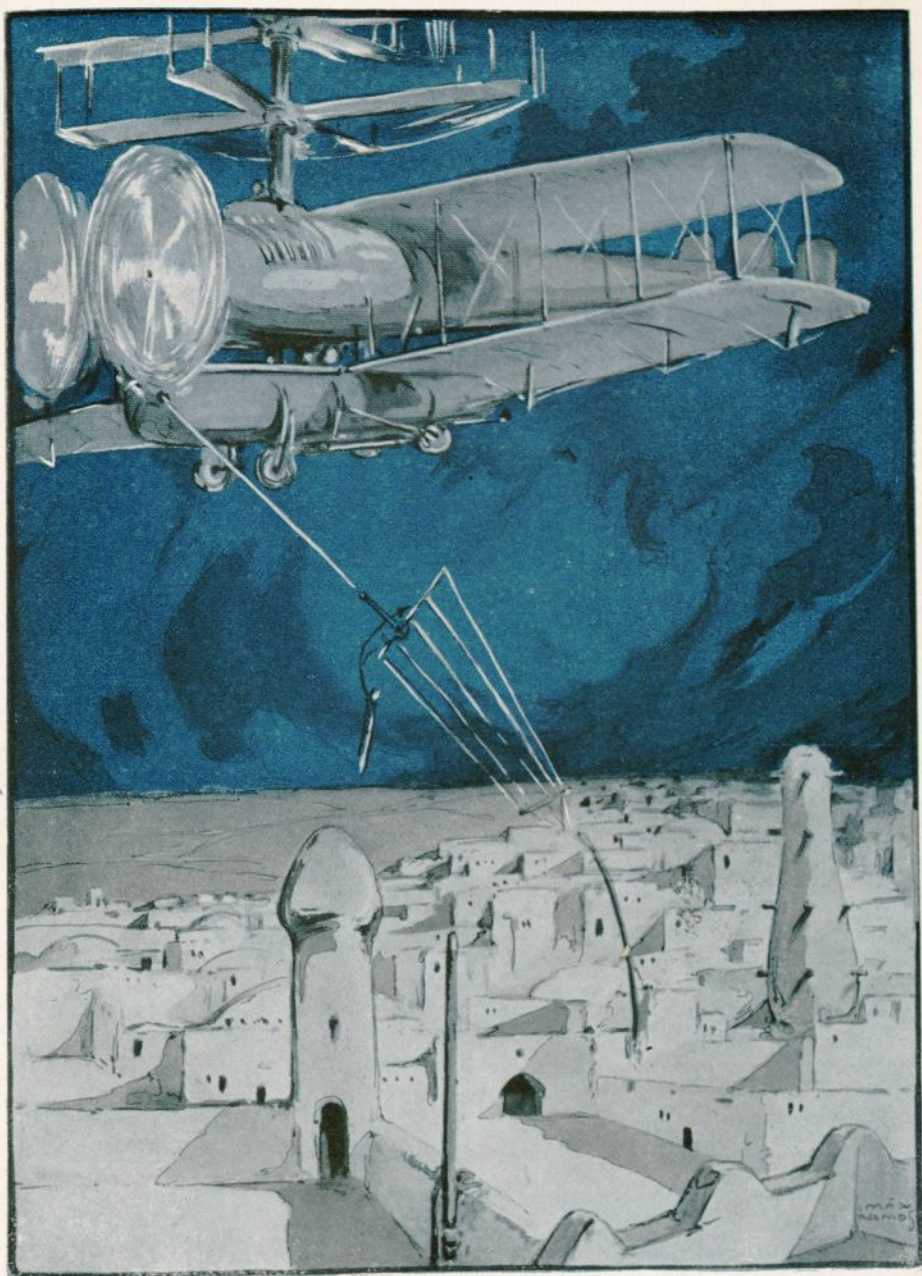
XXIX

PEPE LOBERA IMPROVISA UNA POTENTE ANTENA

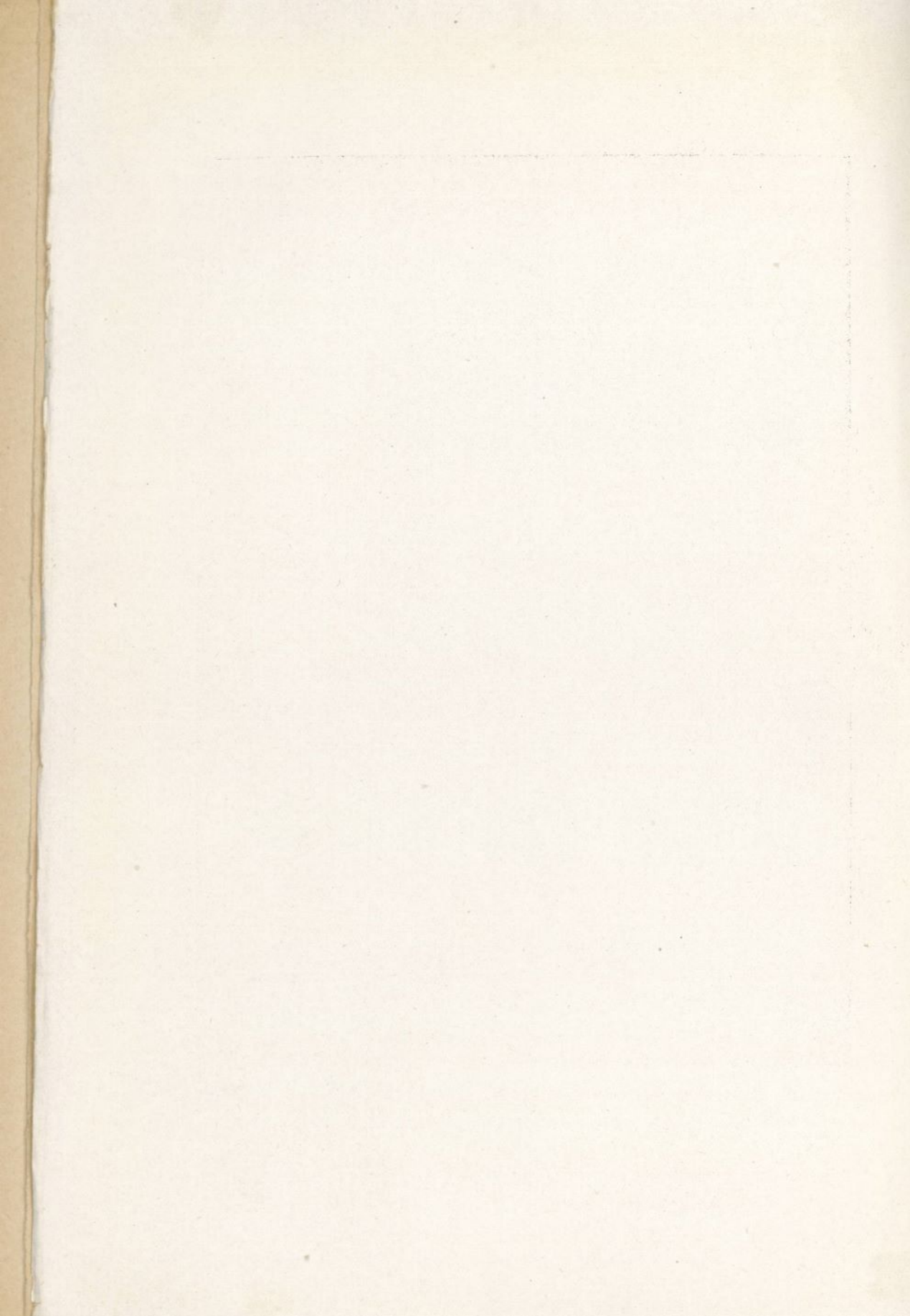
Cuatro días a media ración y tres a tercio de ella tenían de fuerzas cual puede suponerse a los infelices desvalidos de Ziza, y su estado de ánimo es fácil de inferir sabiendo que el día a que nos referimos, cuarto después del alzamiento, llevaban seis de llamar en cada uno cuatro o cinco veces a Agadés sin recibir respuesta.

En cambio, los telegramas interceptados a los rebeldes no dejaban duda del triunfo de éstos en todas partes; siendo tan similares entre sí, por desgracia, que ya los soteerrados en la espelunca de Ziza no se cuidaban de ellos. Para no entristecernos infructuosamente con la contemplación, día por día, de los padecimientos de aquellos desdichados, no narraremos de su triste vida sino lo preciso para evitar incongruencias y lagunas en el relato de los acontecimientos hasta llegar al desenlace de su desesperada situación.

El mismo martes trágico en que la terrible catástrofe de Custine y sus compañeros resultó episódica en la general hecatombe; cuando cediendo al estupor de esta última se vió Raúl frente al mañana cara a cara, el animoso muchacho no se avino a resignarse sin lucha a la idea de que fatalmente había de perecer allí con sus compañeros; ocurriéndosele que de llegar a restablecer la comunicación con Agadés antes del total agotamiento de las provisiones, aún podría probarse el incierto pero ya único expediente de salvación de avisar a Techiasco para que uno de los dirigibles o aviones de la Heliodinámica intentara buscarlos en la inmensidad donde estaban perdidos. Y como en dicho caso era preciso aminorar, a quienes vinieran por vía aérea, las dificultades que ya él había expuesto a Friand antes de partir éste en busca de la caverna, salióse Raúl el mismo martes por la noche al llano



Y cual ave rapaz que ha engarrado su presa, el avión remontó el vuelo y escapó
con la antena robada



para determinar con el sextante la hora y la latitud del sitio donde yacían los asesinados de la mañana; utilizando en ello, no la estrella polar, demasiado baja en el horizonte de tal lugar y en aquella época, sino las culminaciones (1) de varias estrellas, fáciles de observar, registradas en el anuario del Observatorio de San Luis, que por indispensable en sus trabajos radiogoniométricos tuvo buen cuidado de no dejarse en la Residencia al emprender la expedición que tan mal llevaba trazas de acabar.

De ser restablecida la comunicación telegráfica, lisonjeábase con la perspectiva de hacer conocer a su padre, con error no mayor veinte a treinta kilómetros, la posición geográfica del citado sitio, al cual debían encaminarse quienes intentaran el salvamento aéreo; porque la obscura mancha dejada por la hoguera era la sola referencia visible en la vastedad de la inmensa llanura: tan monótona y lisa de formas como de color. No, claro está, con propósito de que aquéllos volaran realizando observaciones astronómicas aquí y allá y más lejos, para rectificar, a cada una, la dirección del vuelo hasta alcanzar la meta de su exploración: cosa tan engorrosa, lenta y poco práctica que ni por la imaginación le pasó a Raúl fuera hacedera en viaje de extrema rapidez, impuesta por el próximo agotamiento de sus recursos alimenticios; sino con objeto de situar él en su mapa del Sahara, con cuanta exactitud fuera posible, el paraje citado, que desde lo alto debían buscar quienes vinieran de la Residencia; medir en dicho mapa el rumbo en que debían volar, y la distancia que habían de recorrer desde otro lugar notoriamente conocido, como Ouzel o Timisao, para llegar en dirección cuyo escaso alejamiento del punto de destino diera racional esperanza de que explorando, en una zona bien precisada, mediante vuelos espirales cada vez más abiertos llegarían a divisar en la planicie los ennegrecidos restos del auto y los pobres gendarmes o el resplandor de los faros del autocamión apuntados al cenit, si de noche fuera realizado el reconocimiento.

Ya amanecía el miércoles cuando Raúl se durmió; pues al volver del autocamión no quiso acostarse hasta tener medidos los rumbos y distancias que buscaba y poder ahuyentar las ideas negras del tremendo día anterior con las ilusiones que se forjaba escribiendo y retocando antes de tenderse en la hamaca el borrador del telegrama que a Bertier pondría en cuanto pudiera,

si podía, y el cual leyó, al levantarse, a Friand, a quien todo le pareció divinamente preparado; pero rumiando para su colete que ya sólo faltaba hubiera a quien contárselo, que fuera éste capaz de aprovecharlo y que la mermaidísima despensa les diera tiempo a ellos de verlo.

Pero, a despecho de la escasa confianza del veterano, no solamente no desanimó a Raúl, sino que, haciéndole leer a sus compañeros de infortunio los datos con los que a los de Techiasco "sería fácil efectuar el salvamento", fomentó en ellos esperanzas por él no compartidas, pero aparentadas por creerse en el deber de levantarles los decaídos ánimos, y pensar que, no pudiendo evitarles la muerte, les hacía con ello el beneficio de escamotearles algunas horas de desesperación.

Y, efectivamente, durante dos o tres la conversación sobre el aeroplano de Techiasco desanudó las lenguas y desentenebreció los rostros de los seis infelices, otra vez silenciosos y téticos al resultar tan infructuosa como las pasadas una nueva llamada a Agadés.

Y todavía el temple de alma del joven jefe y su optimismo a prueba de desengaños reaccionaron contra esta nueva decepción, diciendo que aún no era hora de descorazonarse; pues la pereza evidente del receptor del auto para recibir telegramas procedentes de estaciones oficiales podría ser causa de que, aun funcionando la de Agadés, no se la oyera si a dicha imperfección del aparato propio se agregara debilidad de transmisión de aquella, muy verosímil después de una avería.

En su opinión esto debía estar ocurriendo, pues no era de creer que en cinco días ya transcurridos sin comunicación no hubieran reparado el desperfecto en Agadés; y en cuanto a que estuviera en manos de los sublevados tampoco era creíble, pues bien oían desgraciadamente a las otras estaciones de éstos: argumento especioso, pero que hizo efecto en su auditorio. Con la esperanza, pues, de que solamente de la soterrada situación de su antena debía proceder la imposibilidad de comunicar, resolvió Raúl sacar el auto al barranco de acceso a la caverna: cosa que, en otro aspecto, complació a todos, porque la lobreguez del subterráneo, más semejante cada día a la tumba, con la cual ya había sido comparado, aumentaba la depresión que padecían. Pero vivir sus tristes vidas con más luz y ver mejor la hosquedad de sus semblantes fue todo el fruto recogido de la translación del campamento; pues la esperanza de hablar con Agadés quedó fallida.

(1) Paso más alto por el meridiano de un lugar de los dos visibles de las estrellas circumpolares que describan un círculo completo por cima del horizonte.

Por respeto Friand a sus galones de sargento y por idiosincrasia Raúl, ambos eran los menos abatidos; pero aun así, al llegar el mediodía del viernes y ver que ya no les quedaban sino dos tercios de ración, uno para la noche y otro para hacer el sábado una sola comida, se miraron, apartando en seguida los ojos para no leerse sus ideas en ellos.

El anochecer de aquel día los halló a todos en el mayor abatimiento: tendidos, cada uno por su lado, a unos cuantos metros del auto; sin cruzar palabra y deseando llegar pronto la inevitable muerte, cuya tardanza era aumento de dolores.

En esto repicó el timbre del telégrafo, del cual ya nadie hacía caso. ¿A qué, si todos los telegramas que pasaban eran siempre iguales, con las mismas noticias de asesinatos y más asesinatos de los pobres europeos escapados a la inicial hecatombé y perseguidos en inhumanas cacerías?

Calló el timbre, volvió a repicar y nadie creyó oportuno molestarse. Tornó a callar y repicó de nuevo, pero esta vez con obstinada insistencia.

—¿Cuándo querrán callar los malditos?—refunfuñó Dessaix, agregando al cesar el martilleo:—Ya era tiempo.

Y no lo era; pues en breve tornó a resonar el terco tintineo: tan incesante, que no llevaba trazas de acabar.

—Es raro—dijo Raúl, incorporándose al cruzar por su mente un rayo de esperanza.

—No: es que se impacientan porque no les contesta la estación adonde llaman.

—Pues eso es lo raro: que entre todas las estaciones de la red de los rebeldes no conteste ninguna... Porque como a nosotros no han de llamarnos ellos, esa insistencia, cuando no contestamos, parece indicio de que no a los rebeldes, sino a nosotros llaman. Venga, Joubert, venga.

Sólo por obediencia siguió el telegrafista a Raúl. Los demás, escarmentados de esperanzas deshechas siempre en desengaños, ni se movieron ni aun prestaron atención a las palabras de su jefe.

—En cuanto calle el timbre conteste con la contraseña que usábamos para darnos a conocer al capitán Bertier. Tal vez sea él.

—¿Sabe Dios cuántos días hará que lo han matado!

—Calle y conteste; ya ha parado el timbre.

Obedeció Joubert; pasó un instante, y en seguida, al oír unos cuantos chasquidos de los receptores acústicos, abrió los ojos desmesuradamente, se le encendió la cara, y tartaleante y balbuciendo con voz entrecortada por emoción hondísima, dijo al fin

tembloroso, no atreviéndose a dar crédito a sus propias palabras.

—Sí...: dicen Raúl... Lo llaman a usted... Es... es, su... su papá... Sí, su... Don Héctor.

—Friand, Dessaix, amigos. Agadés, Agadés llama por fin: nos salvamos, nos salvamos—gritó Raúl, saliendo enajenado a la puerta del auto, y retornando en seguida junto a Joubert, con los ojos desbordantes de lágrimas: creyendo que el corazón le iba a romper el pecho.

—¡No es Agadés—dijo el telegrafista—, sino Techiasco!

—¡De Techiasco!—contestó, sorprendido, Raúl.

—¿De Techiasco?—preguntaron los demás acudiendo y apiñándose ansiosos alrededor de Raúl y Joubert, que comenzaba a recitar lo que el telégrafo decía.

Pero antes de relatar la impresionante escena de Ziza, preciso es decir en cuatro palabras que, montados los aparatos de la estación de Agadés durante la misma noche del martes, en que llegaron a la Residencia, no se pudo telegrafiar tan rápidamente cual pedía la ansiedad de Duvery y aun del mismo Bertier, que en cuanto tomó el mando en Tembllaga reveló a su amigo la difícil situación de Raúl y sus acompañantes, atenuándola con la esperanza de que a aquella hora deberían ya haber sido auxiliados desde In-Saláh; pero callando sus recelos de que el alzamiento cuyo estallido suponía—no pudiendo darlo por cierto en su incomunicación—hubiera imposibilitado la prestación de socorro, o convertido después de éste a salvadores y salvados en otras cuantas más de tantas víctimas como a aquella hora habrían sido ya sacrificadas.

La dilación en el funcionamiento de la estación era perfectamente explicable, pues montar una antena de la longitud y altura requeridas para darle el alcance que había menester, exigía previa erección no ya de postes, sino de castilletes de celosía, para levantar los cuales era preciso armar elevadas andamiadas; y aun cuando la habilidad de Lobera fuera mucha y grandes los recursos industriales en la Residencia, era imposible tener lista la antena en menos de diez o doce días.

Cuando Bertier oyó esto y a Duvery decir que a pasar dos días sin noticias de su hijo estaba decidido a lanzarse en un auto a buscarlo, sin que lo retrajeran del propósito la imposibilidad, pintada por aquél, de hallarlo sin puntuales datos de donde se encontraba ni la verosimilitud, casi certeza, de ser él mismo víctima de las alzadas horridas mucho antes de llegar a Ziza, expuso

reservadamente el veterano a Pepe, y ya sin las atenuaciones con Don Héctor empleadas, la verdad entera sobre Raúl y sus compañeros: que a no haber sido muertos ya por los indígenas, deberían andar tan en las últimas por escasez de víveres que de no ser posible apresurar el restablecimiento de la antena, resultaría tan inútil el llamarlos, como imposible el impedir la temeraria insensatez de Don Héctor, que, aun descartada la probabilidad de perecer en ella no lo conduciría sino a hallar seis cadáveres.

Entonces, y a reserva de proseguir la instalación permanente para ulterior comunicación con el mundo, ocurriósele a Pepe pergeñar una provisional antena para satisfacer aquella apremiante urgencia. Al efecto, con treinta de los pequeños globos listos ya para emplearlos según será explicado cuando veamos a la Heliodinámica capturar la energía eléctrica de los rayos solares, formó un racimo, atando a lo inferior de cada uno una cuerda y amarrando éstas por sus otros extremos a un cable de retenida de los aerostatos, que al elevarse quedarían cautivos.

Como unos veinte metros por debajo de estos amarres ató al cable, bien aislado eléctricamente de él, uno de los travesaños terminales de los siete hilos metálicos de la antena, prendió al opuesto travesaño un alambre grueso y largo en comunicación eléctrica con los de ella; y soltando los globos, subieron éstos elevando la antena, que el conductor citado *ligaba eléctricamente a tierra*.

El número de globos estaba calculado de modo que, sumados, sobaban sus ascensionales empujes para elevar el peso de los siete alambres, el de trescientos metros de cable de retenida y otros tantos del *conductor a tierra*, quedando improvisada así una potente antena vertical en bonísimas condiciones de funcionamiento por la gran altura a que irradiaba la ondulación electromagnética: siendo tan indiferente para la transmisión como para la recepción, que a ratos oscilaba al impulso del viento su extremo superior en vez de estarse quieta como las ordinarias.

Rodeado de su mujer, su suegro, su hermano, Bertier y no sé cuántos ingenieros, interesadísimos en la suerte de los expedicionarios, se hallaba Pepe cuando a las siete y cuarto de la tarde del citado viernes lanzó las primeras ondas que en Ziza repicaron en el timbre del auto; y que no siendo contestadas, no obstante lo reiterado de ellas, pusieron a quienes ansiosos aguardaban la respuesta, en anhelosa perplejidad de si obedecería tal silencio a deficiencias de la flamante antena o a que los infelices a quienes se llamaba hubieran muerto ya: angustia prolongada hasta oír, al fin, Pepe la contraseña de Raúl y Bertier, que éste le había dado a conocer de antemano.

La explosión de júbilo que en Techiasco provocó la respuesta no le fué en zaga a la que en Ziza había levantado la llamada, armándose en seguida una doble batahola en Ziza y en Techiasco, donde cada uno de quienes en montón apretujaban a Lobera o sofocaban a Joubert pretendía hablar por sí, y todos a la par: deseo inasequible habiendo de pasar sus palabras por dos telegrafistas y metamorfosearse sucesiva y recíprocamente en puntos y guiones del alfabeto Morse, en *corcheas* de los crujidos breves y en *blancas* de los rumores largos de las vibrantes placas telefónicas.

No es de extrañar, por tanto, resultara la transmisión incongruente a ratos y muchísimo más lenta de lo pedido por la impaciencia de los comunicantes que a distancia cercana a mil doscientos kilómetros hacía cada uno su personal pregunta pretendiendo obtener su personal respuesta, como si todos a porfía se propusieran volver locos a Joubert y a Lobera, que obraron cuerdamente haciéndose los sordos a cuanto oían: limitándose el primero a decir que estaban vivos los de Ziza y deseaban saber si sus familias habían sido asesinadas, y a tranquilizarlos el segundo informándolos de que los pedazos de sus corazones, sin exceptuar ninguno, estaban sanos y salvos en la Residencia.

Solamente cuando amainaron los primeros transportes de alegría y cedieron las lágrimas de enternecimiento logró ordenarse la comunicación telegráfica hablando una sola persona junto a cada aparato.

XXX

VUELVEN A TECHIASCO EL DESEADO Y EL TEMIDO

Si los de Ziza no sabían nada de lo acontecido en Agadés, siendo para ellos gratisimo el feliz término de su incertidumbre de los pasados inacabables días de angustiosa zozobra, los de la Residencia ignoraban cuanto fuera de Agadés había ocurrido con posterioridad al robo de la antena, sabiendo solamente que para el anterior martes estaba proyectado un levantamiento general de indígenas; pero no si había llegado a estallar ni con qué consecuencias: quedándose aterrados cuando Pepe Lobera les repitió el relato hecho por Raúl de las abominaciones perpetradas por doquier y en quienquiera llevara nombre de cristiano, en todo el Africa septentrional, sin que al incendio, al pillaje, al degüello y a las más repugnantes violaciones escaparan sino las poblaciones británicas.

Duró la conferencia más de dos horas, en las cuales, pasadas las tumultuosas efusiones de los primeros momentos y regularizada sosegada transmisión, informó muy concisamente Bertier a Raúl de cómo supo por Morand moribundo la fecha del alzamiento, del robo de la antena y de la evacuación de Agadés. Seguidamente dió Raúl las noticias interceptadas en los telegramas donde los musulmanes se comunicaban sus execrables éxitos y los traidores modos de alcanzarlos: dejando deliberadamente para lo último la espeluznante tragedia de Custine y su tropa y la desesperanza en que esto y la incomunicación con Agadés había sumido a los que se creían ya inapelablemente sentenciados a morir de hambre y sed en su destierro.

Terminados ambos relatos manifestó Duvvery hijo, contestando a su padre, que ni un auto podría recorrer los mil doscientos kilómetros de Techiasco a Ziza por terreno donde campaban, cual señores, los alzados sahareños, ni aun de llegar encontraría a los que a salvar fuera (si es que daba con ellos), sino después de muy largas pesquisas, por imposibilidad de atalayar desde un carruaje a ras del suelo las grandes extensiones que para hallarlos era necesario explorar, fáciles de registrar rápidamente, en cambio, desde uno de los dirigibles o aeroplanos de la Heliodinámica, que convenía saliera cuanto antes; pues andaban en Ziza las provisiones "un poquillo escasas".

Contestó Pepe que zeppelin no tenía ninguno, porque los dos que habían ya terminado los grandes transportes de maquinaria y efectos para la instalación estaban de regreso en la Argentina; pero que tenía un aerohelicóptero cuya salida no sería demorada sino el tiempo que tardara Raúl en dar los datos necesarios para llegar donde él y sus compañeros aguardaban.

Como la contestación a esta pregunta es altamente interesante, la transcribimos a continuación literalmente:

—Para asegurar el éxito—dijo Raúl—, facilitando la pesquisa, quien a buscarnos venga no debe pretender volar en línea recta de Techiasco a Ziza; pues en tan gran distancia una imperceptible desviación de rumbo bastará a alejarlo de nuestro campamento en términos de no alcanzar a divisarlo, porque la pequeñez de él ofrece visibilidad escasa.

Debe, por tanto, a la salida de la Residencia, tomar rumbo de 47 grados norte-oeste, con el que, cuando lleve recorridos 900 kilómetros, llegará sobre el llano de Ouzel, sensiblemente circular, circunvalado de numerosas dunas de arena, y en cuyo centro está el pozo, fácil por estas señas de reconocer desde la altura. Además, puede el piloto cerciorarse de que ha llegado a Ouzel, y no a otro pozo, porque cuando estuvimos allí, hace dos semanas, desocupamos en los depósitos de gasolina de nuestro auto cuantos bidones de repuesto llevábamos: ocho o diez que, una vez vacíos, tiramos al suelo, en donde aun estarán seguramente, pues aquel es lugar *poco frecuentado*.

De Ouzel a Ziza no hay sino 280 a 300 kilómetros y como entre lo que el mapa me dice y lo que, recordando sus tiempos de meharista, me apunta Dessaix, puedo dar referencias bien marcadas del camino, ya no son tan temibles las consecuencias de la falta de absoluta exactitud en el rumbo de once grados y medio norte-oeste que es preciso tomar al partir del pozo. Volando en dicha dirección, debe pasarse, cuando se lleven recorridos 80 kilómetros, por cima de una suave cadena de cumbres redondeadas: la de los cerros de Tin-Dernan, tendidos de norte a sur en extensión de unos 40 kilómetros.

A 160 de Ouzel han de dejarse como 10 al oriente los pies de las laderas escarpadas

por donde cae al llano El Tassili (meseta) Tan Adrar, que en lo alto es un ancho páramo orientado a saliente hasta perderse de vista, y por el norte y el sur se alza en larguísimo escalón, interrumpiendo el inmenso descampado sobre el cual se eleva. Cuarenta kilómetros más allá, o sea a 200 de Ouzel, deberá pasarse 100 a oriente del Goufret-Cheb, cerrete cónico completamente aislado, y otros 50' más allá, dejar 30 hacia el oeste, una loma, solitaria también, pequeña y alargada en sentido de saliente a poniente.

Al llegar a estos parajes han de verse con detalles ya, cual erguida barrera que al frente y perpendicularmente a la marcha corte la rasa llanura, los cerros y las mesetas de In-Ziza, macizo agrio, rocoso, de agudos picos, o desolados páramos, dentadas crestas, ásperas pendientes y tajados barrancos: inconfundible, en suma.

Delante de una zona donde los cerros se separan, dejando espacio en lo alto a amplias mesetas; como tres kilómetros delante de las faldas de ellas, y en lugar situado sobre el rumbo que desde Ouzel debe traer el avión, aguardaremos a éste.

En cuanto quienes vengan hayan dejado atrás el Goufret-Cheb, la lomilla, y se vean encima de las laderas meridionales de Ziza, tengan en cuenta que estaremos en lo llano, tres kilómetros al sur de ellas, en lugar que de día se identifica fácilmente por el tizón negro que han dejado en la arena los chamuscados restos del automóvil venido de Ouallen y de los cuerpos de los infortunados que perdieron la vida por salvarnos; y de noche señalaremos el sitio con los faros del coche enfilados al cielo. Buscadnos, pues, volando de este a oeste, y viceversa, a escasa distancia del pie de la meseta.

Y ahora, Pepe, léeme cuanto te he dicho para cerciorarme de que nada he olvidado.

Aguarda, aguarda: Dice Dessaix que, para mayor seguridad en el reconocimiento de los pozos de Ouzel, debe acompañar a quien pilotée el helicóptero el capataz Hoche, que los conoce perfectamente, por haber servido en la sección de correos meharistas de Kidal.

Repetidos por Pepe los detalles de la ruta descripta por su cuñado, terminó la conferencia, prometiendo aquél que la salida del helicóptero no se demoraría sino el tiempo estrictamente indispensable para buscar una estrella que desde la Residencia fuera vista en el rumbo indicado al vuelo a Ouzel: con objeto de aproar a la salida hacia ella y no ir atenido a la brújula del aeromóvil, que aunque bien compensada podía ser influida por alguna imprevista perturbación local o

meteorológica, y aun por las variaciones diurnas, que en aquel largo recorrido adquirirían importancia.

—Son las diez—dijo—: entre media noche y la una levantaré el vuelo; al amanecer creo estar en Ouzel, y confío que de siete a ocho de mañana podré darte un abrazo.

—¡Ah! ¿Eres tú mismo quien va a venir?

—Sí.

—Gracias, gracias.

—Pues hasta mañana.

—Oye, Pepe, oye. No te vayas aún.

—¿Qué tienes que decirme?

—Que, sobre todo, no dejes de traernos algo que comer.

—¡Hijo mío, hijo mío!—exclamó Don Héctor, con desolado tono que, aun no pudiendo ser reflejado en la transmisión de Pepe, adivinó Raúl—. ¡Estáis hambrientos! ¡No tenéis que comer!... ¡Hijo de mi alma!

—No, papá, no: bien administradas todavía han de sobrarnos provisiones, pero el previsor régimen alimenticio de esta temporada nos ha abierto un poco el apetito: lo que le pido a Pepe son golosinas.

Cuantos en la Residencia oyeron a Lobera repetir las palabras con que el heroico buen humor del muchacho pretendía disfrazar los padecimientos de su hambre, se miraron consternados al comprender el real alcance de ellas. Emma rompió a llorar, abrazándose a su padre.

Cuando dos horas y media más tarde se remontó el aeroplano enfilando su vuelo a la estrella la Cabra, de la constelación de El Cochero, que Pepe había calculado era la que a aquella hora estaba en la dirección de Ouzel (1), se quedó Don Héctor desesperado en Techiasco de no ser él quien fuera en busca de su hijo; pues no sabiendo gobernar el hélico, solamente en el lugar del capataz, conocedor de aquel pozo, habría podido ir, y la ayuda de éste era harto interesante para dejarlo en tierra.

(1) Claro es que, a causa del continuo movimiento aparente de las estrellas en torno de la Tierra, la dirección a La Cabra, que a la salida del avión marcara el rumbo a Ouzel, dejaría de señalarlo al siguiente momento, y a proseguir volando siempre hacia a ella, ni el vuelo sería en línea recta ni llevaría a los pozos. Pero esto está remediado en los aviones de fines del siglo XX, con el empleo de un aparato de gobierno que no es sino un reloj donde en vez de aguja horaria se mueve un vástago que recorre un disco circular en veinticuatro horas al mismo paso que las estrellas. Además, dicho vástago monta un sencillo aparato de puntería o enfilaciones de modo tal que coincide con la dirección de la proa en el momento de zarpar, y no ésta, sino aquél es el que ha de mantenerse durante el vuelo enfilado a la estrella: enfilación que se va manteniendo durante el viaje con frecuentes y leves rectificaciones del timón.

Verdad que todavía quedaban tres asientos vacíos en el avión, de los cuales pretendía Duvery ocupar uno; pero como aun llevando tres de reserva eran necesarios dos viajes redondos para traer a los que se iba a recoger, y de ocupar Don Héctor una plaza habrían de convertirse en tres dichos dos viajes, con aumento de contingencias en la empresa de cuyo resultado pendían seis vidas, hubo de resignarse el impaciente padre a aguardar en Techiasco el desenlace de ella.

* * *

Alboreando el sábado subieron Raúl y sus compañeros en el autocamión, y sacando éste del barrando desembocaron en el llano, avanzando por él hasta llegar y detenerse junto a los restos de la siniestra hoguera.

Por entonces llegaba Pepe sobre las dunas de Ouzel, y guiado por Hoche planeaba hasta reconocer el pozo donde efectivamente vieron brillar a la luz del sol saliente las vacías latas de gasolina allí dejadas por Dessaix. Después, ya fiando en la brújula, lanzaba el hélico en el último de los rumbos marcados, comprobando la permanencia en él del vuelo, gracias a las señales orográficas dadas por Raúl, perfectamente conocidas del antiguo meharista.

Olvidando que el lugar donde estaban no era una estación ferroviaria ni un pueblo sobre una carretera, donde por camino trillado llega el correo a prefijada hora, a las siete, que era la presupuesta por Raúl a la llegada del avión, comenzaron sus compañeros a sentir impaciencias y a atormentarse con negros presagios, pasando un cruel rato hasta oír gritar a aquél:

—Allí, allí: mirad, mirad, ahí viene.

—No, venir no—dijo Dessaix—: va demasiado lejos y vira hacia saliente.

—Y se aleja se aleja—agregó Friand.

—Es que aun no nos ha visto y comienza, cual le dije, a volar a lo largo de la falda de las laderas... En cuanto pase un rato y se convenza de que no estamos a ese lado, dará la vuelta y no podrá menos de vernos.

—¡Dios lo quiera!; pero no estoy muy seguro.

—Ca, no, no vuelve; cada vez se aleja más...

—Ya no se lo ve. Se va, se va: no nos encuentra...

.....

Transcurrido lentamente un interminable cuarto de hora, y cuando hasta el propio Raúl iba desconfiando de ver de nuevo el helicoplano, lo percibieron en veloz reñono, desandando de saliente a poniente la

ruta anteriormente recorrida en sentido opuesto; y creciendo de puntito en el cielo a enorme bulto que casi lo ocultaba por completo sobre sus cabezas, hizo subir primero a dudas la desesperación pasada, encumbró luego las dudas a esperanzas, al cabo levantadas a certeza de que ya estaban salvos.

Cuando a las ocho aterrizaba el hélico, se espantaba Lobera de aquellas caras esqueléticas, y después de abrazar a todos y ser por todos abrazado, se apresuró a sacar los víveres, a los que los pobres hambrientos se abalanzaron como buitres famélicos.

* * *

A las cinco de la tarde siguiente a la de su salida de la Residencia de nuevo se posaba en ella el hélico, y al ver salir de él a Dessaix, Joubert y uno de los gendarmes, pero no a Raúl sufrían Don Héctor y Emma tremenda decepción y un espantoso susto, por creer que Pepe lo habría encontrado muerto ya de hambre.

Era que, como jefes de la expedición, ni él ni Friand habían querido embarcar en el primer viaje, aguardando la vuelta de Lobera en el segundo, emprendido a la siguiente madrugada, después de echar un sueño, y llevando consigo, por encargo del sargento, una gran lona y unas cuerdas.

A las tres de la tarde eran abrazados por sus familias en la Residencia, Raúl, Friand y el gendarme que con ellos venía en el segundo viaje; pero además de estos viajeros traía el aeromóvil amarrado en lo alto de su fuselaje un fardo en donde, envueltos en la lona pedida por Friand, llegaban los carbonizados cuerpos sin cabezas de Custine y sus compañeros de infortunio, que el sargento quería cubrir de tierra y cobijar bajo una cruz.

* * *

Para finalizar el presente episodio de esta historia, quedamos sólo por relatar de él un incidente sobrevenido en la última parte del segundo viaje del hélico, cuando al llegar como a ochenta kilómetros de la Residencia advirtió Pepe que del norte venía a su encuentro otro, con traza, al parecer, de avión de guerra.

Sabiendo por Bertier que de tal corte era el que en Okhom había burlado a los gendarmes, tuvo el presentimiento, bien fundado, de que Abd-el-Gahel tripulaba el que tenía a la vista: idea robustecida al verlo rectificar rumbo, enfilarse proa hacia el suyo, forzar marcha y darle caza cual queriendo

alcanzarlo antes de que llegara a la Residencia.

Por dicha, llevaba el aparato del argentino bastante delantera, pues si no habría sido alcanzado, porque el del Vengador más rápido, le llegó tan a los alcances cuando ya descendía aquél al campo de aterrizaje, que silbaron junto a él los proyectiles de una ametralladora que montaba el otro, demasiado alejado todavía para afinar sus tiros, por lo cual no hicieron blanco en los fugitivos ni en ningún elemento importante del hélico.

Después de aterrizar, y ya pasada la con-

movedora escena que entre Raúl, Don Héctor y Emma se desarrolló, pensaron todos en aquel ataque, conviniendo en que era el precursor del que aquel hombre llegaba a preparar contra la Residencia, único baluarte que en el Sahara quedaba a los europeos; pero movido, más que por aborrecimiento a éstos, por amor a Emma.

Las peripecias a que dieron origen tal amor y tal odio se narrarán en los *Modernos Prometeos*: último episodio de la sublevación africana y de la empresa heliodinámica.

FIN DE POLICIA TELEGRÁFICA

BIBLIOTECA RIVADENEYRA

Clásicos Rivadeneyra.

Selección de obras desde los orígenes hasta fines del siglo XVIII. Tomos lujosamente encuadernados en tela y estampaciones en oro, 5 pesetas.

Ediciones selectas.

Obras notables de la literatura universal, antiguas y modernas. Tomos primorosamente encuadernados en tela, con estampaciones en plata, 6 pesetas.

Escritores modernos.

Obras de los más célebres escritores nacionales y extranjeros del siglo XIX. En rústica, bajo artísticas cubiertas, 5 pesetas.

Escritores contemporáneos.

Obras de los más ilustres escritores contemporáneos nacionales y extranjeros. En rústica, con elegantes cubiertas, 5 pesetas.

Lecturas para mi hija.

Colección de novelas escogidas que pueden leerse *por todas*. En rústica, con primorosas cubiertas, 4 pesetas.

Viajes y aventuras.

Viajes célebres y novelas de aventuras, con ilustraciones, 5 pesetas.

Biblioteca novelesco-científica.

Colección de todas las obras del ilustre escritor D. José de Elola, *Coronel Ignotus*, ilustradas, a 4 pesetas.

Tomos publicados.

VIAJES PLANETARIOS EN EL SIGLO XXII

I.—*De los Andes al Cielo.*

II.—*Del Océano a Venus.*

III.—*El Mundo Venusiano.*

LA DESTERRADA DE LA TIERRA

IV.—*El Mundo-Luz.*

V.—*El Mundo-Sombra.*

VI.—*El Amor en el Siglo Cien*

LA MAYOR CONQUISTA

VII.—*Los Vengadores.*

VIII.—*Policia Telegráfica.*

En prensa.

LOS MODERNOS PROMETEOS

En preparación.

UN MUNDO NUEVO

ALVAREZ PUENTE (M.).—*El naviero Mas;*
I, *Los signos*, novela; 4 pesetas.

ALVAREZ Y SOTOMAYOR (J.).—*Rudezas*,
poesías regionales; 4 pesetas.

BRANDAO (R.).—*Los pobres*, novela; traducción del portugués; 4 pesetas.

GABRIEL Y GALÁN (J. M.^a).—*Obras completas*; dos tomos: rústica, 10 pesetas; tela, 14 pesetas.

LÓPEZ MARTÍN (F.).—*Blasco Jimeno*, drama premiado por la Real Academia Española; 4 pesetas.

—*El rebaño*; drama; 4 pesetas.

MATA (P.).—*Irresponsables*; 5 pesetas.

TORAL (J.).—*Flor de pecado*; 5 pesetas.

En prensa.

MAS (José).—*El rastrero*; novela castellana.

VILLAESPEA (F.).—*Vasos de arcilla*; poesías inéditas.

BIBLIOTECAS PARA NIÑOS

(Encerradas en artísticos estuches.)

Serie Liliput.

40 cuentos; 200 dibujos en colores, por los más populares dibujantes humoristas; 400 páginas; 2,50 pesetas.

Serie Velázquez.

Método simplificado de dibujo y colorido, por el popular dibujante «Karika-to»; 100 dibujos; 1,50 pesetas.

Serie Mignon.

Celebradas aventuras de la popular Mariquita; una peseta.

Serie Rosa.

Cuentos escogidos: El gaitero de Hameling; Viaje a Marte; El Rey del Río de Oro; Ratoncita Blanca; 1,50 pesetas.

Serie Blanca.

Cuentos para niñas: Corazoncito del Bosque; Flor de Almendro; El vestido de baile; Las dos amigas; 1,25 pesetas.

Serie Maravilla.

En colores, ocho cuadernos de interesantísimos cuentos de aventuras, caza y viajes; una peseta.

Serie Fantasía.

Alicia en el País de las Maravillas; original presentación con artísticas ilustraciones, encuadernada en cartón; 2 pesetas.

Serie Oro (en prensa).

Buby encuentra un tesoro; Buby se convierte en pájaro; Buby escribe a los Reyes.